



Una
educación

Tara
Westover

Lumen



Una
educación

Tara
Westover

Lumen

Una educación

Tara Westover

Traducido del inglés por
Antonia Martín

Lumen

narrativa

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Para Tyler

El pasado es hermoso porque nunca comprendemos una emoción en el momento. Se expande más tarde, y por eso no tenemos emociones completas sobre el presente, tan solo sobre el pasado.

VIRGINIA WOOLF

Creo, finalmente, que la educación debe ser concebida como una continua reconstrucción de la experiencia; que el proceso y la meta de la educación son una y la misma cosa.

JOHN DEWEY

Nota de la autora

Esta historia no trata sobre el mormonismo ni sobre ninguna otra creencia religiosa. En ella hay tipos de personas, unas creyentes, otras no; unas buenas, otras no. La autora duda que exista alguna relación, positiva o negativa, entre ambas circunstancias.

Los siguientes nombres, citados en orden alfabético, son seudónimos: Aaron, Audrey, Benjamin, Emily, Erin, Faye, Gene, Judy, Peter, Robert, Robin, Sadie, Shannon, Shawn, Susan y Vanessa.

Prólogo

Estoy encima del vagón rojo abandonado, al lado del establo. Cuando el viento arrecia, el pelo me azota la cara y el frío se me cuele por el cuello abierto de la camisa. Los vendavales son fuertes cerca de la montaña, como si la cumbre misma exhalara. El valle está tranquilo, sin que nada lo perturbe. Entretanto, nuestra granja baila: las rotundas coníferas se balancean despacio mientras tiemblan la artemisa y los cardos, que se inclinan ante las ráfagas y las corrientes. Detrás de mí, una colina suave asciende para unirse a la base de la montaña. Si miro hacia arriba, veo la forma oscura de la Princesa India.

La colina está revestida de trigo almidonero. Si las coníferas y la artemisa son solistas, el trigal es un cuerpo de baile en el que cada tallo sigue a los demás en arranques de movimiento y un millón de bailarinas se comban, una tras otra, cuando el ventarrón les abolla la dorada cabeza. La forma de la abolladura se mantiene solo un instante, y es lo más cerca que estamos de ver el viento.

Al volverme hacia nuestra casa, situada en la ladera, percibo movimientos de un género distinto, sombras alargadas que se abren paso con rigidez entre las corrientes. Mis hermanos varones se han levantado y miran qué tiempo hace. Imagino a mi madre frente a los fogones, donde prepara tortitas de harina y salvado. Visualizo a mi padre encorvado junto a la puerta trasera, atándose los cordones de las botas de seguridad para luego enfundarse los guantes de soldador en las manos encallecidas. El autobús escolar pasa por la carretera sin detenerse.

Aunque solo tengo siete años, sé que ese hecho, más que ningún otro, diferencia a mi familia: nosotros no vamos a la escuela.

A papá le preocupa que el Gobierno nos obligue a ir, pese a que no puede obligarnos porque no sabe de nuestra existencia. De los siete hijos de mis padres, cuatro no tenemos partida de nacimiento. No tenemos historia clínica porque nacimos en casa y nunca hemos ido a una consulta médica o de enfermería.^[1] No tenemos expediente escolar porque jamás hemos pisado un aula. Cuando cumpla nueve años, inscribirán mi nacimiento en el registro civil, pero ahora, según el estado de Idaho y el gobierno federal, no existo.

Sí existía, desde luego. Había crecido preparándome para los Días de Abominación, esperando a que el sol se oscureciera y la luna rezumara sangre. En verano elaboraba conservas de melocotón y en invierno reordenaba las provisiones según su caducidad. Cuando el Mundo de los Humanos se viniera abajo, mi familia seguiría adelante, incólume.

Me habían educado en los ritmos de la montaña, en los que el cambio no era esencial, sino tan solo cíclico. Todas las mañanas aparecía el mismo sol, que después de recorrer el valle descendía detrás del pico. La nieve caída en invierno se derretía en primavera. Nuestra vida era un ciclo —el ciclo del día, el ciclo de las estaciones—, un círculo de cambio perpetuo que, una vez completado, significaba que nada había cambiado. Creía que mi familia formaba parte de ese modelo inmortal, que en cierto sentido éramos eternos. Pero la eternidad pertenecía solo a la montaña.

Mi padre contaba una historia acerca del pico, antiguo y grandioso como una catedral. Si bien en la cordillera había otros más altos e imponentes, Buck's Peak era el de factura más bella. Con una base que se extendía un kilómetro y medio, su masa oscura surgía de la tierra y se elevaba para formar un chapitel perfecto. Desde cierta distancia se distinguía la huella de un cuerpo femenino en la cara de la montaña: las enormes quebradas

constituían las piernas; el pelo era un conjunto de pinos dispuestos en abanico sobre la cresta septentrional. Su actitud era imperiosa, con una pierna adelantada en un movimiento vigoroso, más una zancada que un paso.

Mi padre la llamaba la Princesa India. Todos los años, cuando la nieve empezaba a fundirse, emergía de cara al sur para observar el regreso de los búfalos al valle. Mi padre decía que los indios nómadas esperaban su aparición como un indicio de la primavera, una señal de que la montaña se deshela, de que el invierno había terminado y de que había llegado la hora de volver a casa.

Todos los relatos de mi padre giraban en torno a nuestra montaña, nuestro valle, nuestro abrupto pedacito de Idaho. Nunca me advirtió de lo que debía hacer si me marchaba de la montaña, si cruzaba océanos y continentes y acababa en un territorio desconocido, donde ya no podría buscar en el horizonte a la Princesa. Nunca me contó cómo sabría cuándo había llegado la hora de volver a casa.

PRIMERA PARTE

Escoger lo bueno

Mi recuerdo más vivo no es un recuerdo. Es algo que imaginé y que luego llegué a evocar como si hubiera sucedido. Se formó cuando tenía cinco años, poco antes de que cumpliera los seis, a partir de una historia que mi padre contó con tanto detalle que cada uno de mis hermanos y yo fraguamos nuestra propia versión cinematográfica, con tiros y gritos. En la mía había grillos. Es lo que oigo cuando mi familia se acurruca en la cocina, con las luces apagadas, para esconderse de los federales que rodean la casa. Una mujer alcanza un vaso de agua y su silueta queda iluminada por la luna. Resuena un disparo como un trallazo y la mujer se desploma. En mi recuerdo es mi madre quien cae, y lleva un bebé en brazos.

Lo del bebé no cuadra —soy la menor de los siete hijos de mi madre—, pero, como he dicho, nada de eso ocurrió.

Una noche, un año después de que mi padre nos contara esa historia, nos reunimos para escucharle leer a Isaías, la profecía sobre Emmanuel. Estaba sentado en nuestro sofá color mostaza, con una Biblia enorme abierta sobre el regazo y mi madre al lado. Los demás nos habíamos desperdigado sobre la mullida moqueta marrón.

—«Comerá mantequilla y miel —salmodiaba papá con voz débil y

monótona, agotado tras una larga jornada acarreando chatarra—, hasta que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno.»

Siguió una pausa densa. Permanecimos en silencio.

Pese a no ser alto, mi padre era capaz de imponerse en una habitación. Poseía prestancia, la solemnidad de un oráculo. Sus manos, recias y curtidas —las manos de un hombre que había trabajado mucho toda su vida—, agarraban con firmeza la Biblia.

Leyó el fragmento en voz alta una segunda vez; luego, una tercera y una cuarta. Con cada repetición su tono se volvía más agudo. Sus ojos, hinchados de cansancio poco antes, estaban muy abiertos y alertas. La frase contenía una doctrina divina, afirmó. Consultaría al Señor.

A la mañana siguiente sacó del frigorífico la leche, el yogur y el queso, y al atardecer regresó a casa con doscientos litros de miel en el camión.

—Isaías no dice qué es lo malo, si la mantequilla o la miel —comentó con una sonrisa de oreja a oreja mientras mis hermanos arrastraban las cubas blancas hasta el sótano—. Pero si le preguntáis, el Señor sí os lo dirá.

Leyó el versículo a su madre, que se le rio en la cara.

—Tengo unos peniques en el monedero —le dijo ella—. Más vale que te los quedes. Con tu sesera no conseguirás nada más.

La abuela tenía la cara delgada y angulosa y un surtido ilimitado de falsas joyas indias, todas de plata y turquesa, que le colgaban en racimos largos y finos de los dedos y el cuello. Como vivía más abajo que nosotros, cerca de la carretera, la llamábamos «abuela de colina abajo». Así la distinguíamos de la abuela materna, a la que llamábamos «abuela de la ciudad» porque vivía veinticinco kilómetros al sur, en la única ciudad del condado, que tenía un solo semáforo y un supermercado.

Papá y su madre se llevaban como dos gatos con las colas atadas entre sí. Podían pasarse una semana entera hablando sin ponerse de acuerdo en nada,

pero les unía su veneración por la montaña. Mi familia paterna llevaba un siglo viviendo en la falda de Buck's Peak. Mientras que las hermanas de papá se marcharon al casarse, él se quedó, construyó una casucha amarilla, que no llegó a terminar, más arriba de la vivienda de su madre y plantificó un desguace —uno de varios— en la base de la montaña, al lado del cuidado césped de la abuela.

Discutían a diario. Porfiaban sobre la suciedad del desguace y más a menudo sobre nosotros, los críos. La abuela opinaba que debíamos estar en la escuela en lugar de «vagar por la montaña como unos salvajes», según sus propias palabras. Mi padre afirmaba que la escuela pública era una artimaña del Gobierno para alejar de Dios a los niños. «Para el caso daría igual entregar a mis hijos al mismísimo diablo —decía— que enviarlos a la escuela.»

Dios ordenó a mi padre que compartiera la revelación con quienes vivían y trabajaban en la sombra de Buck's Peak. Casi todos se reunían los domingos en la iglesia, una capilla de color nogal situada al lado de la carretera, con el campanario, pequeño y sobrio, típico de los templos mormones. Papá abordó a los padres cuando se levantaban de los bancos. Empezó por su primo Jim, quien le escuchó con aire afable mientras papá agitaba la Biblia y le informaba de que la leche era pecaminosa. Jim sonrió de oreja a oreja, le dio unas palmadas en la espalda y afirmó que ningún Dios justo privaría al hombre de un helado de fresa casero en las calurosas tardes de verano. Su mujer le tiró del brazo. Cuando Jim pasó por nuestro lado percibí un olorcillo a estiércol. Entonces lo recordé: la enorme granja lechera situada a menos de dos kilómetros al norte de Buck's Peak era suya.

Después de que a mi padre le diera por predicar contra la leche, la abuela

llenó de ella la nevera. Si bien el abuelo y ella solo la tomaban desnatada, no tardó en tener también semidesnatada, entera e incluso con chocolate. Por lo visto consideró importante mantenerse firme en ese aspecto.

El desayuno se convirtió en una prueba de lealtad. Todas las mañanas nos sentábamos alrededor de una gran mesa, de madera de roble rojo reciclada, a tomar un tazón de siete cereales con miel y melaza, o bien tortitas de siete cereales también con miel y melaza. Como éramos nueve, las tortitas siempre quedaban crudas por dentro. No me importaba comerme los cereales si podía remojarlos en leche para que la nata apelotonara el grano molido y penetrara en los grumos, pero desde la revelación nos los tomábamos con agua. Era como zamparse un tazón lleno de barro.

No tardé en pensar en toda la leche que se estropeaba en la nevera de la abuela. Entonces adquirí la costumbre de saltarme el desayuno todos los días para ir derecha al establo. Echaba de comer a los cerdos, llenaba el abrevadero de las vacas y los caballos, cruzaba de un brinco la valla del corral y rodeaba el establo para entrar en casa de la abuela por la puerta lateral.

Una de esas mañanas, mientras estaba sentada al mostrador de la cocina observando cómo la abuela llenaba de copos de maíz un tazón, me preguntó:

—¿Qué te parecería ir a la escuela?

—No me gustaría.

—¿Y cómo lo sabes, si nunca has ido? —me espetó.

Tras añadir la leche y tenderme el tazón se encaramó a un taburete del mostrador, enfrente de mí, y observó cómo me zampaba los cereales a cucharadas.

—Mañana nos vamos a Arizona —me informó, aunque yo ya lo sabía.

Todos los años los abuelos se marchaban a Arizona en cuanto el tiempo

empezaba a cambiar. El abuelo decía que era demasiado viejo para los inviernos de Idaho; con el frío le dolían los huesos.

—Levántate temprano —añadió la abuela—, alrededor de las cinco, y te llevaremos con nosotros. Te matricularemos en una escuela.

Me removí en el taburete. Traté de imaginarme la escuela pero no pude. Me vino a la mente la escuela dominical, a la que asistía todas las semanas y que detestaba. Un niño llamado Aaron había contado a las niñas que yo no sabía leer porque no iba al colegio, y desde entonces ninguna me hablaba.

—¿Ha dicho mi padre que puedo ir? —le pregunté.

—No. Pero cuando se percate de tu ausencia ya estaremos muy lejos —respondió la abuela, que dejó mi tazón en el fregadero y miró por la ventana.

La abuela era una fuerza de la naturaleza: impaciente, enérgica, dueña de sí misma. Para mirarla había que retroceder un paso. Se teñía el pelo de negro, lo que realzaba la severidad de sus rasgos, en especial las cejas, que todas las mañanas se pintarrajeaba para formar gruesos arcos azabache. Se las dibujaba tan grandes que parecían estirarle la cara. Además se las trazaba muy altas, de modo que envolvían el resto de las facciones en una expresión de aburrimiento, casi de sarcasmo.

—Deberías ir a la escuela —dijo.

—¿Y no te obligará mi padre a traerme a casa? —le pregunté.

—Tu padre no puede obligarme a hacer nada de nada. —La abuela se irguió—. Si te quiere aquí, tendrá que ir a buscarte. —Dudó y por un momento pareció avergonzada—. Ayer hablé con él. No podrá ir a por ti durante una buena temporada. Lleva muy retrasado ese cobertizo que está construyendo en la ciudad. No puede liar el petate y largarse a Arizona mientras el tiempo aguante y los chicos y él tengan por delante largas jornadas de trabajo.

La abuela lo tenía bien planeado. Mi padre trabajaba de sol a sol las

semanas anteriores a la primera nevada a fin de que el transporte de chatarra y la construcción de establos le proporcionaran dinero suficiente para pasar el invierno, cuando escaseaban los empleos. Aunque su madre se fugara conmigo, la pequeña de la familia, no podría dejar de trabajar hasta que el hielo recubriera la carretilla elevadora.

—Antes de marcharme tendré que dar de comer a los animales —dije—. Si las vacas rompen la valla para ir en busca de agua, papá se dará cuenta de que no estoy.

No dormí aquella noche. Me quedé sentada en el suelo de la cocina viendo pasar las horas. La una de la madrugada. Las dos. Las tres.

A las cuatro me levanté y dejé las botas junto a la puerta trasera. Sabía que la abuela no me permitiría subir con ellas al coche porque estaban cubiertas de estiércol seco. Las visualicé en su porche, abandonadas mientras yo me iba descalza a Arizona.

Imaginé qué ocurriría cuando mi familia reparara en mi ausencia. Mi hermano Richard y yo solíamos pasar días enteros en la montaña, por lo que con toda probabilidad nadie se daría cuenta hasta la puesta del sol, al ver que Richard volvía a casa para cenar y yo no. Imaginé a mis hermanos saliendo en tromba en mi busca. Primero mirarían en el desguace, donde levantarían las planchas de hierro por si alguna se hubiera deslizado y me hubiese dejado inmovilizada. Después peinarían la granja, treparían a los árboles y rastrearían el altillo del establo. Por último se dirigirían a la montaña.

Para entonces ya habría caído la tarde. Sería ese momento previo a la llegada de la noche en el que el paisaje se reduce a un contraste de claroscuros, y en el que el mundo que nos rodea, más que verse, se intuye. Imaginé a mis hermanos dispersándose por la montaña y buscando en la

negrura de los bosques. No hablarían; todos tendrían los mismos pensamientos. En la montaña todo podía torcerse de forma terrible. Aparecían barrancos de improviso. Los caballos cimarrones de mi abuelo corrían a sus anchas por terrenos cubiertos de cicuta y abundaban las serpientes de cascabel. Ya habíamos realizado en alguna ocasión una batida cuando en el establo faltaba un ternero. En el valle lo encontrábamos herido; en la montaña, muerto.

Imaginé a mi madre escrutando la oscura cima junto a la puerta trasera cuando mi padre llegara a casa para informarle de que no me habían encontrado. Mi hermana, Audrey, aconsejaría que alguien fuera a preguntar a la abuela, y mi madre diría que la abuela se había marchado a Arizona de madrugada. Esas palabras flotarían un instante en el aire, hasta que todos cayeran en la cuenta de adónde me había ido. Imaginé la cara de mi padre — los oscuros ojos achicados, la boca comprimida en una mueca de disgusto— cuando se volviera hacia mi madre. «¿Crees que ha decidido irse?»

Su voz resonaría grave y apesadumbrada. Luego se impondrían los sonidos de un recuerdo evocado: grillos, disparos y, por último, silencio.

Según descubriría más tarde, fue un suceso famoso —como la masacre de indios en Wounded Knee y el asalto de Waco—, pero la primera vez que mi padre nos lo contó tuve la impresión de que éramos los únicos que lo sabíamos en el mundo.

Empezó hacia el final de la estación de las conservas, que otros niños seguramente conocerán como «verano». Mi familia dedicaba los meses cálidos a envasar fruta, que según mi padre necesitaríamos en los Días de Abominación. Una noche llegó inquieto del desguace. Durante la cena se

paseó por la cocina sin apenas probar bocado. Teníamos que ponerlo todo en orden, dijo. Quedaba poco tiempo.

Pasamos el día siguiente pelando e hirviendo melocotones en la olla a presión. Al ponerse el sol ya habíamos llenado decenas de tarros de tapa hermética, que estaban dispuestos en filas perfectas, todavía calientes. Mi padre supervisó el trabajo. Tras contar los recipientes murmurando para sí, se volvió hacia mi madre y dijo: «Es suficiente».

Aquella noche convocó una asamblea familiar y nos reunimos alrededor de la mesa de la cocina porque era ancha y larga y nos permitía sentarnos a todos. Teníamos derecho a saber a qué nos enfrentábamos, dijo en la cabecera de la mesa. Encaramados a los bancos, los demás observábamos los gruesos tablones de roble rojo.

—No lejos de aquí vive una familia que lucha por la libertad —añadió—. No quieren que el Gobierno lave el cerebro a sus hijos en las escuelas públicas, y por eso los federales han ido a por ellos. —Mi padre soltó una exhalación larga y lenta—. Los federales han rodeado la cabaña, los tienen acorralados desde hace semanas, y cuando un niño hambriento, un chiquillo, salió a escondidas para ir a cazar, lo mataron a tiros.

Miré a mis hermanos. Por primera vez percibí miedo en el rostro de Luke.

—Siguen en la cabaña —continuó papá—. Tienen las luces apagadas y andan a gatas, sin acercarse a las puertas ni a las ventanas. No sé cuánta comida les queda. Es posible que se mueran de hambre antes de que los federales desistan.

Nadie dijo nada. Al final, Luke, que tenía doce años, preguntó si podíamos echarles una mano.

—No —respondió papá—. Nadie puede ayudarlos. Están atrapados en su propia casa. De todos modos, tienen armas; seguro que por eso no han entrado los federales.

Se interrumpió para sentarse y se replegó sobre el banco de asiento bajo con movimientos lentos y rígidos. Lo vi envejecido, agotado.

—No podemos echarles una mano, pero podemos ayudarnos a nosotros mismos. Cuando los federales vengan a Buck's Peak, estaremos preparados.

Esa noche subió del sótano un montón de macutos viejos del ejército. Dijo que eran nuestras mochilas «de huida a las montañas». Pasamos la noche llenándolas de provisiones: medicamentos herbales, purificadores de agua, eslabón y pedernal. Mi padre había comprado una gran cantidad de raciones de comida preparada del ejército, y embutimos tantas como pudimos en los macutos imaginando el momento en que, después de escapar de casa, nos las zamparíamos escondidos entre los ciruelos silvestres que crecían cerca del río. Algunos de mis hermanos metieron un arma en la mochila; yo, en cambio, solo tenía un cuchillo pequeño, pese a lo cual mi mochila acabó siendo tan grande como yo. Pedí a Luke que me la subiera a un estante del armario, pero papá me ordenó tenerla a mano, de modo que dormí con ella en la cama.

Me la colgaba a la espalda y corría para practicar, pues no quería quedarme rezagada. Imaginaba la huida, una fuga a medianoche hacia la protección de la Princesa. Deduje que la montaña era nuestra aliada. Se mostraba bondadosa con aquellos a quienes conocía, y traicionera con los intrusos, lo cual nos concedía una ventaja. Por otra parte, no entendía por qué preparábamos conservas de melocotón si íbamos a refugiarnos en la montaña cuando llegaran los federales. Nos resultaría imposible acarrear hasta el pico un millar de tarros, con lo que pesaban. ¿O acaso necesitábamos la fruta para atrincherarnos en casa, como los Weaver, y resolver el asunto a tiros?

Lo de los tiros parecía probable, sobre todo cuando unos días después papá llegó a casa con más de una docena de fusiles y carabinas excedentes del ejército, en su mayoría SKS, con la fina bayoneta plateada plegada

pulcramente bajo el cañón. Las armas llegaron dentro de cajas estrechas de estaño y estaban cubiertas de Cosmoline, una sustancia pardusca con la consistencia del sebo que evitaba la oxidación y que había que retirar. Una vez limpias, mi hermano Tyler eligió un fusil y lo depositó sobre un plástico negro, lo envolvió con él y lo selló con un montón de cinta americana gris. Se lo colocó al hombro, bajó por la colina, lo soltó al lado del vagón rojo y empezó a cavar. Cuando el hoyo fue lo bastante ancho y hondo, depositó el arma en él, y yo observé cómo lo cubría de tierra y cómo apretaba las mandíbulas y se le hinchaban los músculos por el esfuerzo.

Poco después papá compró una máquina para fabricar balas con cartuchos usados. Así aguantaríamos más tiempo en un enfrentamiento, aseguró. Al pensar en mi mochila «de huida a las montañas», que aguardaba en la cama, y en el fusil escondido cerca del vagón empecé a preocuparme por la máquina de fabricar balas. Era voluminosa y estaba atornillada a un escritorio metálico que había en el sótano. Supuse que si nos pillaban desprevenidos no tendríamos tiempo de ir a recogerla. Me pregunté si no deberíamos enterrarla con el fusil.

Seguimos preparando conservas de melocotón. No recuerdo cuántos días habían pasado ni cuántos tarros habíamos añadido a nuestras reservas cuando papá nos contó algo más.

—Han disparado a Randy Weaver —dijo con voz apagada y vacilante—. Salió de la cabaña para ir a recoger el cadáver de su hijo y los federales le dispararon.

Nunca había visto llorar a mi padre, pero ese día las lágrimas le resbalaban por la nariz en un torrente continuo. No se las enjugó, sino que dejó que le cayeran en la camisa.

—Su mujer oyó el disparo y corrió hacia la ventana con su hijita en brazos. Entonces se produjo un segundo disparo.

Mi madre estaba sentada con los brazos cruzados y una mano sobre el pecho; con la otra se apretaba la boca. No levanté la vista del linóleo moteado mientras papá nos contaba que habían retirado al bebé de los brazos de la mujer y que tenía el rostro manchado de la sangre de su madre.

Hasta ese momento una parte de mí había deseado que se presentaran los federales, había anhelado la aventura. De pronto sentí verdadero miedo. Imaginé a mis hermanos agachados en la oscuridad, deslizando las manos sudorosas por los fusiles. Imaginé que mi madre, agotada y muerta de sed, se apartaba de la ventana. Me imaginé tumbada en el suelo oyendo, inmóvil y silenciosa, el agudo chirrido de los grillos en el campo. La veía levantándose y alargando la mano hacia el grifo de la cocina. Un fogonazo blanco, el estruendo de un disparo, y se desplomaba. Yo saltaba para coger al bebé.

Mi padre no nos contó el final. Como no teníamos televisor ni radio, tal vez no había llegado a enterarse de cómo acabó la historia. Lo último que recuerdo que dijo al respecto fue: «La próxima vez quizá seamos nosotros».

Esas palabras me acompañarían. Oiría su eco en el chirrido de los grillos, en el ruido húmedo de los melocotones al caer dentro del tarro de cristal, en el clic metálico de una SKS cuando la limpiaban. Las oiría todas las mañanas al pasar por delante del vagón y detenerme ante las pamplinas y los cardos borriqueros que crecían donde Tyler había enterrado el fusil. Mucho después de que papá olvidara la revelación de Isaías y mi madre volviera a tener en la nevera leche semidesnatada de la marca Western Family, seguiría acordándome de los Weaver.

Eran casi las cinco de la madrugada.

Volví al dormitorio con la cabeza llena de grillos y disparos. Audrey roncaba en la litera de abajo, un murmullo apagado y satisfecho que me

invitaba a imitarla. Sin embargo, no lo hice. Subí a mi cama, crucé las piernas y miré por la ventana. Dieron las cinco. Las seis. A las siete apareció la abuela y la vi pasear por su patio y volverse cada pocos minutos para mirar colina arriba, hacia nuestra casa. Luego subió al coche con el abuelo y enfilaron hacia la carretera.

Cuando el vehículo se alejó, bajé de la litera y me comí un tazón de salvado con agua. Kamikaze, la cabra de Luke, me saludó apenas salí de casa, y me mordisqueó la camisa mientras me dirigía al establo. Pasé por delante del kart que Richard estaba construyendo con un cortacésped viejo. Eché de comer a los cerdos, llené el abrevadero y llevé los caballos del abuelo a otros pastos.

Al acabar las tareas me encaramé al vagón y contemplé el valle. No costaba imaginar que avanzaba y se alejaba veloz, que en cualquier momento el valle desaparecería a mi espalda. Había pasado horas proyectando esa fantasía, pero ese día la cinta no quiso girar. Me volví hacia el este, de espaldas a los campos, y miré el pico.

La Princesa siempre resplandecía más en primavera, apenas emergían de la nieve las coníferas, cuyas agujas mostraban un verde tan intenso que casi parecían negras contra los marrones leonados de la tierra y de la corteza de los troncos. Estábamos en otoño. La Princesa aún se veía, aunque comenzaba a desdibujarse: los rojos y amarillos de un verano moribundo opacaban su forma oscura. Pronto nevaría. Mientras que esas primeras nieves se derretirían en el valle, en la montaña persistirían y sepultarían a la Princesa hasta la primavera, cuando reaparecería, vigilante.

La comadrona

—¿Tiene caléndula? —preguntó la comadrona—. También necesitaría lobelia y hamamelis.

Sentada al mostrador de la cocina, la mujer observaba cómo mi madre rebuscaba en las alacenas de contrachapado. Entre ambas había una balanza electrónica, en la que de vez en cuando mi madre pesaba hojas secas. Estábamos en primavera y la mañana era fresca pese a que brillaba el sol.

—Precisamente la semana pasada preparé un lote de tintura de caléndula —dijo mi madre—. Tara, corre a buscarla.

Se la llevé y la metió en una bolsa de plástico del supermercado junto con las hierbas secas.

—¿Algo más? —Mi madre se echó a reír. Era una risa aguda, nerviosa. La comadrona la intimidaba y, siempre que se sentía intimidada, mi madre adquiría un aire de ingravidez, de modo que volaba de un lado a otro cada vez que la mujer realizaba un movimiento con su lentitud y firmeza características.

La partera repasó la lista.

—Con esto bastará.

Era una mujer bajita y rechoncha de casi cincuenta años; tenía once hijos y una verruga rojiza en la barbilla. Yo nunca había visto una melena tan larga como la suya, una cascada del color de los ratones de campo que le llegaba

hasta las rodillas cuando se soltaba el moño prieto que solía llevar. Sus facciones eran toscas y su voz rezumaba autoridad. No tenía diplomas ni permiso alguno. Ejercía de partera por la fuerza de su autoridad, lo que bastaba y sobraba.

Mi madre iba a ser su ayudante. Recuerdo que aquel primer día me dediqué a observarlas y a compararlas. Mi madre tenía la piel de pétalo de rosa y el cabello rizado en ondas suaves que le brincaban sobre los hombros. Los párpados le brillaban. Se maquillaba todas las mañanas, y si no tenía tiempo de hacerlo, se disculpaba el día entero, como si hubiera molestado a todos por no acicalarse.

La comadrona daba la impresión de no haber pensado en su aspecto desde hacía una década y con su comportamiento lograba que una se sintiera idiota por fijarse en él.

Se despidió con un gesto de la cabeza, los brazos cargados con las plantas medicinales de mi madre.

La vez siguiente acudió con su hija Maria, que, con un bebé apretado a su nervudo cuerpecillo de nueve años, se mantuvo al lado de la mujer e imitó sus movimientos. La miré ilusionada. No había conocido a muchas niñas como yo, que no fueran a la escuela. Me acerqué a ella poco a poco intentando atraer su atención sin conseguirlo, pues escuchaba absorta a su madre, que explicaba cómo había que administrar la agripalma para tratar las contracciones posteriores al alumbramiento. Maria asentía con la cabeza sin apartar la vista del rostro de la comadrona.

Me encaminé con desgana a mi habitación, sola, y al volverme para cerrar la puerta apareció delante con el bebé sobre la cadera. El niño era un rollizo fardo de carne, y para compensar su peso el torso de Maria se doblada de manera abrupta por la cintura.

—¿Vas a ir? —dijo.

No entendí la pregunta.

—Yo siempre voy —añadió—. ¿Has visto nacer un niño?

—No.

—Yo sí, un montón de veces. ¿Sabes lo que pasa cuando un niño viene de nalgas?

—No. —Lo dije como si fuera una disculpa.

La primera vez que mi madre ayudó en un parto se ausentó dos días. Al regresar cruzó la puerta trasera como si flotara, tan pálida que parecía traslúcida, y fue al sofá, donde se sentó temblando.

—Ha sido espantoso —susurró—. Hasta Judy ha dicho que estaba asustada. —Cerró los ojos—. La verdad es que no lo parecía.

Antes de contarnos lo ocurrido descansó unos minutos, hasta que recuperó un poco el color. El alumbramiento había sido largo, laborioso, y la parturienta había sufrido un desgarro muy grave cuando la criatura por fin salió. Había sangre por todas partes y la hemorragia no se detenía. Mi madre se dio cuenta de que el bebé tenía el cordón umbilical enrollado al cuello. Al ver que estaba morado pensó que había muerto. Palideció al relatar estos detalles, y luego se quedó callada, blanca como un huevo y rodeándose el torso con los brazos.

La llevamos a la cama después de que Audrey le preparara una infusión de manzanilla. Cuando papá llegó por la noche, mi madre volvió a contar lo sucedido.

—No puedo hacerlo —aseguró—. Judy sí que puede, pero yo no.

Papá le pasó un brazo por los hombros.

—Es una llamada del Señor —dijo—, y a veces el Señor pide cosas difíciles.

Mi madre no quería ser comadrona. Había sido idea de papá, formaba parte de su plan para ser autosuficientes. Nada le desagradaba tanto como depender del Gobierno. Afirmaba que algún día viviríamos completamente al margen del sistema. En cuanto reuniera el dinero necesario tenía pensado construir una tubería para llevar a casa el agua de la montaña, y después instalaría placas solares por toda la granja. De esa manera dispondríamos de agua y electricidad en el Fin de los Tiempos, cuando los demás beberían de los charcos y vivirían en la oscuridad. Mi madre era herbolaria, de modo que cuidaría de nuestra salud, y si aprendía el oficio de partera podría traer al mundo a los nietos cuando llegara el momento.

La comadrona la visitó unos días después del primer parto. Llevó consigo a Maria, que de nuevo me siguió a la habitación.

—Qué lástima que a tu madre le tocara uno malo la primera vez — comentó con una sonrisa—. El siguiente será más fácil.

Al cabo de unas semanas se puso a prueba esa predicción. Era medianoche. Como no teníamos teléfono, la comadrona llamó a la abuela de colina abajo, que subió cansada y malhumorada y espetó que había llegado el momento de que mi madre fuera a «jugar a los médicos». Aunque solo se quedó unos minutos, despertó a toda la casa.

—¡No acabo de entender por qué no podéis ir al hospital como todo el mundo! —gritó antes de salir dando un portazo.

Mi madre recogió la bolsa de viaje y la caja de aparejos de pesca que había llenado de frascos turbios de tintura, se encaminó despacio hacia la puerta y salió. Me sentía inquieta y no dormí bien. Sin embargo, a la mañana siguiente, cuando regresó con el pelo revuelto y oscuras ojeras, sus labios dibujaban una sonrisa amplia. «Ha sido una niña», anunció. Acto seguido se fue a la cama y durmió todo el día.

Así transcurrieron los meses. Se marchaba a cualquier hora del día y volvía

temblorosa y profundamente aliviada de que el asunto hubiera concluido. Cuando las hojas de los árboles empezaron a caer, había ayudado en una docena de alumbramientos; a finales del invierno, en varias docenas. En primavera le dijo a mi padre que era suficiente, que podía atender a una parturienta si hacía falta, si llegaba el Fin del Mundo, y que de momento lo dejaba.

Mi padre puso cara larga al oírlo. Le recordó que era la voluntad de Dios, que sería una bendición para nuestra familia.

—Tienes que ser comadrona. Tienes que atender los partos tú sola.

Mi madre negó con la cabeza.

—No puedo —dijo—. Además, ¿quién me contratará a mí pudiendo contratar a Judy?

Así llamó a la mala suerte, arrojó el guante a Dios. Poco después Maria me contó que su padre había encontrado trabajo en Wyoming. «Mi madre dice que la tuya debería relevarla», dijo. En mi imaginación tomó forma una imagen emocionante, una imagen de mi persona en el papel de Maria, la hija de la comadrona, segura de sí misma, entendida. Pero cuando me volví a mirar a mi madre, que estaba a mi lado, la imagen se evaporó.

En Idaho las parteras trabajaban al margen de la ley, sin formación ni permiso oficial. Por lo tanto, si un parto iba mal podían enfrentarse a la acusación de ejercer la medicina sin autorización; si iba muy mal, podían enfrentarse a la imputación de homicidio imprudente, incluso a penas de cárcel. Como pocas mujeres estaban dispuestas a asumir ese riesgo, las comadronas escaseaban: el día que Judy se marchó a Wyoming, mi madre se convirtió en la única en ciento cincuenta kilómetros a la redonda.

Empezaron a acudir a casa mujeres preñadas para pedirle que las atendiera en el alumbramiento. Mi madre se venía abajo solo de pensarlo. Un día una embarazada se sentó en el borde de nuestro descolorido sofá amarillo y, sin

levantar la vista, contó que su marido trabajaba fuera y no tenían dinero para el hospital. Mi madre guardó silencio, con la mirada fija, los labios apretados y la expresión firme. Luego esa expresión se desvaneció y dijo con su vocecilla: «No soy comadrona, solo ayudante».

La embarazada volvió varias veces. Se sentaba en el sofá y describía sus partos, todos sin complicaciones. Al ver el coche de la mujer desde el desguace, mi padre solía entrar en casa por la puerta trasera sin hacer ruido, con el pretexto de que quería agua; se quedaba en la cocina dando sorbitos silenciosos, con el oído dirigido hacia la sala de estar. Apenas podía contener su entusiasmo cuando la mujer se marchaba, de modo que al final mi madre sucumbió a la desesperación de esta, a la euforia de mi padre o a ambas, y cedió.

El alumbramiento fue como la seda. La mujer tenía una amiga embarazada, a la que mi madre también ayudó a dar a luz. Esa mujer tenía una amiga. Mi madre buscó una ayudante. Al cabo de poco tiempo atendía a tantas parturientas que Audrey y yo nos pasábamos los días recorriendo el valle en coche con ella y observando cómo realizaba exámenes prenatales y recetaba hierbas. Se convirtió en nuestra maestra como no lo había sido hasta entonces, ya que rara vez nos daba clase en casa. Nos explicaba todos los remedios y calmantes. Si Fulanita tenía la presión alta, había que administrarle espino blanco para estabilizar el colágeno y dilatar las arterias coronarias. Si la señora Menganita presentaba contracciones prematuras, necesitaba un baño de jengibre para aumentar el aporte de oxígeno al útero.

Ejercer de comadrona cambió a mi madre. Pese a ser una mujer adulta con siete hijos, por primera vez en su vida era, sin objeciones ni salvedades, quien estaba al mando. En los días posteriores a un parto, en ocasiones percibía en ella parte de la fuerte presencia de Judy, ya fuera en el brío con que volvía la

cabeza o en el arco imperioso de una ceja. Dejó de llevar maquillaje, y más tarde dejó de disculparse por no llevarlo.

Le pagaban unos quinientos dólares por parto, y ese fue otro motivo por el cual ejercer de comadrona la cambió: de repente tenía dinero. Mi padre opinaba que las mujeres no debían trabajar, pero supongo que consideró que estaba bien que mi madre cobrara, ya que su labor socavaba al Gobierno. Además, necesitábamos esos ingresos. Aunque papá trabajaba tanto como cualquier otro hombre que yo conociera, el desguace y la construcción de establos y cobertizos para el heno no daban grandes beneficios, de modo que era una ayuda que mi madre comprara comestibles con los sobres de billetes pequeños que guardaba en el monedero. En ocasiones, cuando pasábamos el día entero recorriendo el valle a toda prisa para entregar plantas medicinales o realizar exámenes prenatales, mi madre se gastaba ese dinero invitándonos a Audrey y a mí a comer fuera. La abuela de la ciudad me había regalado un diario rosa con un oso de peluche color caramelo en la tapa, y en él anoté la primera vez que mi madre nos llevó a un restaurante, que describí como «un verdadero ensueño, con carta y todo». Según la anotación, mi comida costó tres dólares con treinta.

Mi madre también empleó el dinero en mejorar como comadrona. Compró una bombona de oxígeno por si un recién nacido no podía respirar y asistió a una clase sobre la realización de suturas para estar en condiciones de coser a las mujeres que sufrían desgarros. Judy siempre las había enviado al hospital para que les dieran los puntos, pero mi madre estaba decidida a aprender. «Autosuficiencia», supongo que pensaba.

Con el resto del dinero instaló un teléfono en casa.[2] Un día apareció una furgoneta blanca, y una cuadrilla de hombres con monos oscuros empezó a trepar por los postes que bordeaban la carretera. Papá entró en tromba por la puerta de atrás y exigió saber qué diablos pasaba.

—Creía que querías un teléfono —le dijo mi madre, con unos ojos de sorpresa perfectos. Siguió hablando a borbotones—. Dijiste que sería un problema que una mujer se pusiera de parto y la abuela no estuviera en casa para atender la llamada. Pensé: «Tiene razón, ¡necesitamos un teléfono! ¡Qué tonta! ¿No te entendí bien?».

Papá se quedó varios segundos con la boca abierta. Claro que una comadrona necesita un teléfono, afirmó. A continuación regresó al desguace y no se volvió a hablar del asunto. Yo no recordaba que hubiéramos tenido nunca teléfono, y al día siguiente ahí estaba, sobre una base verde lima de acabado brillante que desentonaba junto a los tarros oscuros de cimífuga y escutelaria.

A los quince años, Luke preguntó a nuestra madre si podía conseguir una partida de nacimiento. Quería matricularse en una autoescuela porque Tony, el hermano mayor, cobraba bastante como conductor de tráileres, para lo cual se necesitaba permiso de conducir. Shawn y Tyler, mayores que Luke, tenían partida de nacimiento; éramos los cuatro menores —Luke, Audrey, Richard y yo— los que no la teníamos.

Mi madre empezó a presentar la documentación. Ignoro si habló antes con papá. Si así fue, no me explico qué lo llevó a cambiar de opinión, por qué de repente acabó sin peleas la política de no inscribir a nadie en el registro civil —una política que se había aplicado durante diez años—, aunque creo que quizá fuera el teléfono. Era casi como si hubiera llegado a aceptar que debíamos asumir algunos riesgos si de verdad queríamos luchar contra el Gobierno. Que mi madre fuera comadrona socavaría las bases de la medicina oficial, pero para serlo necesitaba un teléfono. Tal vez se aplicara la misma lógica al caso de Luke: necesitaría un sueldo con que mantener a la familia,

comprar provisiones y prepararse para el Fin de los Tiempos, por lo que necesitaba la partida de nacimiento. La otra posibilidad es que mi madre no consultara a papá. Quizá concluyera por su cuenta que aceptaría la decisión. Es posible que por un tiempo la fuerza de mi madre lo desplazara incluso a él, un torbellino de hombre con un gran carisma.

Una vez iniciado el papeleo para Luke, mi madre decidió inscribirnos a los demás en el registro civil. Resultó más difícil de lo que esperaba. Puso la casa patas arriba buscando documentos que demostraran que éramos sus hijos. No encontró ninguno. En mi caso, nadie estaba seguro de cuándo había nacido. Ella recordaba una fecha, papá otra, y la abuela de colina abajo, que fue a la ciudad para hacer una declaración jurada de que yo era su nieta, aportó una tercera fecha.

Mi madre telefoneó a Salt Lake City, a la sede de la Iglesia. Un administrativo encontró un certificado de inscripción de mi nombre siendo recién nacida y otro de mi bautismo, que, como todos los niños mormones, recibí a los ocho años. Mi madre solicitó copias, que llegaron por correo al cabo de unos días. «¡Por el amor de Dios!», exclamó al abrir el sobre. En cada documento constaba una fecha de nacimiento distinta, y ninguna de las dos coincidía con la que había puesto la abuela en la declaración jurada.

Aquella semana mi madre se pasó varias horas diarias al teléfono. Con el receptor apoyado en el hombro y el cable extendido a lo largo de la cocina, guisaba, limpiaba y filtraba tinturas de hidrastis y de cardo santo mientras mantenía la misma conversación una y otra vez.

—Claro que debería haberla inscrito cuando nació, pero no lo hice. De eso se trata.

Unas voces murmuraban al otro extremo de la línea.

—Ya se lo he dicho, y también a su subordinado y al subordinado de su subordinado y a otras cincuenta personas esta misma semana: no tiene

expediente escolar ni informes médicos. ¡No los tiene! No los hemos perdido. No puedo solicitar copias. ¡No existen!

»¿Fecha de nacimiento? Digamos que el 27.

»No, no estoy segura.

»No, no tengo ningún documento.

»Sí, esperaré.

Las voces pedían a mi madre que esperase en cuanto admitía que ignoraba mi fecha de nacimiento. La pasaban a los superiores, como si el hecho de que desconociéramos en qué día había nacido yo deslegitimara por completo la idea de que tenía una identidad. Era como si dijeran: «Sin fecha de nacimiento no puede ser una persona». Yo no entendía por qué no. Hasta que mi madre decidió inscribirme en el registro civil, nunca me había parecido extraño ignorar mi fecha de nacimiento. Sabía que había venido al mundo a finales de septiembre y cada año elegía un día, uno que no cayera en domingo porque no es divertido pasar el cumpleaños en una iglesia. A veces habría deseado que mi madre me dejara el teléfono para explicarlo. «Sí que tengo una fecha de nacimiento, igual que usted —habría querido decirles a las voces—, pero la mía cambia. ¿Acaso no le gustaría poder cambiar el día de su cumpleaños?»

Con el tiempo mi madre convenció a la abuela de colina abajo de que hiciera otra declaración jurada afirmando que había nacido el 27, si bien la abuela seguía creyendo que era el 29, y el estado de Idaho me inscribió en el registro y expidió una partida de nacimiento fuera de plazo. Me acuerdo del día en que llegó por correo. Experimenté una curiosa sensación de desposeimiento al recibir aquella primera prueba legal de mi condición de persona: hasta entonces no se me había ocurrido pensar que esa prueba fuera necesaria.

Al final obtuve mi partida de nacimiento mucho antes que Luke la suya.

Cuando mi madre contaba a las voces del teléfono que le parecía que yo había nacido la última semana de septiembre, enmudecían. En cambio, cuando les decía que no estaba muy segura de si Luke había nacido en mayo o en junio, se alborotaban.

El otoño en que cumplí nueve años acompañé a mi madre a un parto. Llevaba meses pidiéndoselo, recordándole que a mi edad Maria ya había presenciado una docena de alumbramientos. «Yo no tengo un bebé al que dar el pecho —decía ella—. No tengo motivos para llevarte conmigo. Además, no te gustaría.»

Al cabo de un tiempo la contrató una mujer que tenía varios hijos pequeños. Acordaron que yo cuidara de ellos durante el parto.

Recibimos la llamada en plena noche. El timbre mecánico taladró el pasillo y contuve la respiración con la esperanza de que no fuera alguien que se hubiese equivocado de número. Al cabo de un instante mi madre se acercó a mi cama.

—Ha llegado el momento —dijo, y corrimos juntas hacia el coche.

A lo largo de quince kilómetros repasamos lo que yo debía decir si ocurría lo peor y se presentaban los federales. Bajo ningún concepto debía revelarles que mi madre era comadrona. Si me preguntaban qué hacíamos en la casa, no diría nada. Era «el arte de cerrar el pico», en palabras de mi madre.

—Limítate a decirles que estabas dormida y que no has visto nada, que no sabes nada ni te acuerdas de por qué hemos ido. No les des más sogas para colgarme de la que ya tienen.

Guardó silencio. Mientras conducía la observé. Las luces del salpicadero le alumbraban el rostro, que se veía blanco como el de un fantasma contra la negrura de las carreteras rurales. Llevaba el miedo grabado en las facciones,

en las arrugas de la frente y en los labios apretados. A solas conmigo dejaba a un lado la imagen que mostraba a los demás. Volvía a ser como antes, frágil, de voz velada.

Oí susurros apagados y me percaté de que los emitía ella. Salmodiaba para sí una lista de «y si». ¿Y si algo salía mal? ¿Y si había algún antecedente médico del que no la hubieran informado, alguna complicación? ¿Y si pasaba algo corriente, un problema habitual, y el pánico la paralizaba y no conseguía detener la hemorragia? Al cabo de unos minutos llegaríamos a nuestro destino y tendría dos vidas en sus manitas temblorosas. Hasta ese momento yo no me había dado cuenta del riesgo que asumía.

—La gente muere en los hospitales —murmuró, con los dedos aferrados con fuerza al volante, como una aparecida—. A veces Dios los llama y nadie puede hacer nada. Pero si le pasa a una comadrona... —Se volvió hacia mí—. Un solo fallo, e irás a visitarme a la cárcel.

Mi madre se transformó en cuanto llegamos. Impartió una orden tras otra, al padre, a la parturienta y a mí. Casi se me olvidó hacer lo que me mandaba, pues no podía apartar la vista de ella. Ahora comprendo que aquella noche la vi por primera vez, percibí su secreta fortaleza.

Dio órdenes a voz en grito y nos movimos en silencio para obedecerlas. La criatura nació sin complicaciones. Aunque ser una testigo íntima de ese giro del ciclo de la vida tuvo algo de irreal y romántico, mi madre estaba en lo cierto: no me gustó. Fue largo y agotador y olía a sudor de ingles.

No le pedí que me llevara al siguiente parto. Mi madre volvió a casa pálida y estremecida. Con voz trémula nos contó a mi hermana y a mí lo que había ocurrido: la frecuencia cardíaca del feto había descendido de forma preocupante hasta un simple temblor; mi madre había pedido una ambulancia y luego, tras concluir que no podían esperar, había llevado en su coche a la parturienta. Condujo a tal velocidad que llegó al hospital con una escolta

policial. En el servicio de urgencias procuró facilitar a los médicos la información necesaria sin parecer demasiado entendida, para que no sospecharan que era una comadrona sin autorización.

Se practicó una cesárea de urgencia. La mujer y el recién nacido pasaron varios días ingresados, y cuando les dieron el alta mi madre ya había dejado de temblar. De hecho, se mostraba eufórica y había empezado a contar otra versión de los hechos, en la que saboreaba el momento en que el policía la mandaba detenerse en el arcén y se quedaba de una pieza al encontrar en el asiento trasero a una mujer, a todas luces de parto, que gemía de dolor. «Hice el numerito de la mujer atolondrada —nos contó a Audrey y a mí, con voz cada vez más alta—. A los hombres les gusta creer que salvan a las descerebradas que se meten en líos ellas solitas. ¡Solo tuve que apartarme a un lado y dejarle hacerse el héroe!»

El momento de mayor peligro para mi madre llegó unos minutos después, en el hospital, una vez que se llevaron a la parturienta en una silla de ruedas. Un médico la paró para preguntarle por qué estaba presente al iniciarse el parto. Mi madre sonreía al recordarlo. «Le hice las preguntas más tontas que se me ocurrieron. —Ponía una voz aguda, coqueta, muy distinta de la suya—. ¡Anda! ¿Eso era la cabeza del bebé? ¿Es que no salen primero los pies?» El médico se convenció de que era imposible que fuera una comadrona.

Puesto que en Wyoming no había herbolarias tan buenas como mi madre, unos meses después del episodio del hospital Judy vino a Buck's Peak para provisionarse. Las dos charlaron en la cocina, Judy encaramada en un taburete, mi madre inclinada sobre el mostrador, con la cabeza apoyada perezosamente en una mano. Fui al almacén con la lista de hierbas. Maria, cargada con otro bebé, me siguió. Mientras sacaba de los estantes hojas secas

y líquidos turbios hablé entusiasmada de las hazañas de mi madre, que concluí con el enfrentamiento del hospital. Maria tenía sus propias anécdotas sobre federales burlados, y en cuanto empezó a contar una la interrumpí.

—Judy es una buena comadrona —dije sacando pecho—, pero a la hora de tratar con polis y médicos, nadie se hace la tonta tan bien como mi madre.

Zapatos color crema

Mi madre, Faye, era hija de un cartero. Se crio en la ciudad, en una casa amarilla con una valla blanca bordeada de lirios azules. Su madre era costurera, la mejor del valle a decir de algunos, por lo que de joven Faye llevaba ropa bonita, de hechura perfecta, desde chaquetas de terciopelo y pantalones de poliéster hasta trajes pantalón de lana y vestidos de gabardina. Iba a la iglesia y participaba en las actividades escolares y comunitarias. Su vida poseía un aire de intenso orden, de normalidad y de respetabilidad incuestionable.

Fue su madre quien tejió con sumo cuidado ese aire de respetabilidad. Mi abuela, LaRue, alcanzó la mayoría de edad en los años cincuenta, en la década de la fiebre idealista desatada tras la Segunda Guerra Mundial. Su padre era alcohólico en una época en que aún no se había inventado el lenguaje de la empatía y la adicción, cuando a los alcohólicos no se les llamaba alcohólicos sino borrachos. LaRue pertenecía a una «mala familia» y se encontraba inmersa en una piadosa comunidad mormona que, como otras muchas, castigaba en los hijos las faltas de los padres. Los hombres respetables de la ciudad no la consideraban adecuada como esposa. Cuando se casó con mi abuelo —un joven bondadoso recién licenciado de la armada—, LaRue se dedicó a construir la familia perfecta, o cuando menos la

aparición de la familia perfecta. Creía que así protegería a sus hijas del desprecio social que tanto dolor le había causado a ella.

Un resultado de esa determinación fue la valla blanca y el armario con ropa confeccionada a mano. Otro fue el matrimonio de la hija mayor con un joven severo de cabello azabache y ansia inconformista.

Es decir, mi madre reaccionó de forma deliberada a la respetabilidad que había recibido en abundancia. La abuela quería regalarle el don que ella nunca había tenido, el de nacer en una buena familia. Pero Faye no lo quiso. Aunque no era una revolucionaria —incluso en el apogeo de su rebeldía mantuvo la fe mormona, con su veneración por el matrimonio y la maternidad—, al parecer los disturbios sociales de la década de 1970 tuvieron al menos un efecto en ella: no quiso la valla blanca ni los vestidos de gabardina.

Mi madre me contó decenas de historias sobre su niñez, sobre la inquietud de la abuela por la posición social de su primogénita, por si su vestido de piqué tenía el corte adecuado y sus pantalones de terciopelo el tono de azul correcto. Casi todas concluían con la irrupción de mi padre, que cambiaba los pantalones de terciopelo por unos vaqueros. Recuerdo una anécdota en particular. Tengo siete u ocho años y estoy vistiéndome en mi habitación para ir a la iglesia. Me he pasado un trapo húmedo por la cara, las manos y los pies; me froto tan solo la piel que quedará a la vista. Mi madre me mira mientras me pongo un vestido de algodón que he elegido porque es de manga larga y así no tendré que lavarme los brazos, y la envidia le ilumina los ojos.

—Si fueras hija de la abuela —dice—, nos habríamos levantado al despuntar el día para arreglarte el pelo. Habríamos pasado el resto de la mañana dándole vueltas a qué zapatos causarían mejor impresión, los blancos o los crema.

La cara de mi madre se tuerce en una sonrisa desagradable. Se esfuerza por

adoptar un tono de buen humor, pero el recuerdo es negativo.

—Al final elegiríamos los crema y de todos modos llegaríamos tarde porque en el último momento a la abuela le entraría el pánico e iría a casa de la prima Donna para que nos prestara sus zapatos color crema, que tenían el tacón más bajo.

Mi madre se queda mirando por la ventana. Se ha replegado en sí misma.

—¿Blancos o crema? ¿No son el mismo color? —pregunto.

Yo solo tenía un par para ir a la iglesia. Eran negros, o al menos lo habían sido cuando pertenecían a mi hermana.

Con el vestido puesto, me vuelvo hacia el espejo y, mientras me restriego el escote para eliminar la roña, pienso en la suerte que tuvo mi madre al escapar de un mundo en el que existía una diferencia importante entre el blanco y el crema, y donde por asuntos como ese podía desperdiciarse una mañana espléndida, una mañana que podría haberse dedicado a saquear el desguace de mi padre en compañía de la cabra de Luke.

Mi padre, Gene, era uno de esos jóvenes que consiguen parecer al mismo tiempo serios y traviosos. Tenía un físico impresionante: cabello negro como el ébano, rostro anguloso y severo, nariz como una flecha apuntando fiera al frente, ojos hundidos. A menudo apretaba los labios en una sonrisa guasona, como si poseyera el mundo entero para reírse de él.

Aunque viví mi infancia en la misma montaña en que mi padre había pasado la suya y eché sobras a los cerdos en el mismo comedero de hierro que él, sé muy poco acerca de su niñez. Jamás hablaba de ella, de modo que solo puedo basarme en los comentarios de mi madre, que me contó que el abuelo de colina abajo había sido violento, de genio pronto. Me extrañaba que usara las palabras «había sido». Todos sabíamos que no debíamos

contrariar al abuelo. Tenía malas pulgas, no cabía duda, y cualquier vecino del valle lo habría dicho. La intemperie le había curtido por dentro y por fuera, era recio y nervudo como los caballos que corrían a sus anchas por la montaña.

La madre de papá trabajaba en la ciudad, donde vendía pólizas de seguros. De adulto mi padre expresaría opiniones encendidas respecto a que las mujeres tuvieran un empleo, radicales incluso en nuestra comunidad rural mormona. «El lugar de la mujer es su casa», decía siempre que veía a una mujer casada trabajando en la ciudad. Ahora que soy mayor me pregunto a veces si su enardecimiento tenía que ver con su madre más que con la doctrina. Me pregunto si habría deseado que la abuela se hubiera quedado en casa, con lo que él no habría pasado largas horas soportando el mal genio del abuelo.

Las labores de la granja ocuparon la infancia de papá. Dudo que se planteara ir a la universidad; ni siquiera estoy segura de que terminara la enseñanza secundaria. En cualquier caso, según lo cuenta mi madre, papá rebosaba de energía, júbilo y garbo. Conducía un Volkswagen Escarabajo azul celeste, vestía trajes extravagantes de telas coloridas y lucía un grueso bigote a la moda.

Se conocieron en la ciudad. Un viernes por la noche, mi padre y un grupo de primos suyos fueron a la bolera, donde Faye trabajaba de camarera. Era la primera vez que mi madre lo veía, por lo que de inmediato dedujo que no era de la ciudad y que debía de haber llegado de las montañas que rodeaban el valle. La vida en la granja había convertido a Gene en un joven distinto de los demás: era serio para su edad, poseía un físico soberbio y un carácter independiente.

La vida en una montaña proporciona una sensación de autonomía, una idea de privacidad y aislamiento, incluso de dominio. Es posible surcar ese vasto

espacio a solas durante horas, vagar entre los pinos, arbustos y rocas. La quietud nace de la pura inmensidad; apacigua con su propia magnitud, que vuelve intrascendente lo meramente humano. Esa hipnosis alpina, ese enmudecimiento del drama humano, conformó a Gene.

En el valle, Faye trataba de desoír los incesantes cotilleos de una ciudad pequeña, cuyas opiniones penetraban por las ventanas y se colaban por debajo de las puertas. Mi madre solía describirse como una persona complaciente: decía que no podía dejar de pensar en cómo querían los demás que fuera y de retorcerse de manera compulsiva, a su pesar, para adaptarse a esos deseos. En su respetable hogar del centro de la ciudad, encajado entre otras cuatro casas, tan cerca las unas de las otras que era posible espiar por las ventanas y emitir un juicio entre susurros, Faye se sentía atrapada.

He imaginado muchas veces el momento en que Gene llevó a Faye a lo alto de Buck's Peak y, por primera vez, ella no pudo ver las caras de sus vecinos de la ciudad ni oír sus voces. Estaban muy lejos. Empequeñecidos por la montaña, enmudecidos por el viento.

Se prometieron poco después.

Mi madre contaba una anécdota ocurrida antes de que se casaran. Como estaba muy unida a su hermano Lynn, lo llevó a conocer al hombre que esperaba que se convirtiera en su marido. Era verano, de anochecida, y los primos de mi padre armaban jaleo, como siempre después de una cosecha. Lynn llegó y, al ver una sala llena de gamberros patiestevados que se gritaban los unos a los otros y golpeaban el aire con los puños apretados, pensó que presenciaba una pelea salida de una película de John Wayne. Quiso llamar a la policía.

«Le ordené que escuchara —decía mi madre con lágrimas en los ojos de

tanto reír. Siempre relataba del mismo modo esta historia, que era nuestra preferida, hasta el punto de que, si se apartaba del guion habitual, la contábamos nosotros—. Le mandé prestar atención a las palabras que intercambiaban a gritos. Daba la impresión de que estaban fuera de sí, pero en realidad tenían una conversación encantadora. Había que escuchar lo que decían, no cómo lo decían. Le dije: “¡Es que los Westover hablan así!”»

Cuando terminaba la historia solíamos estar tirados en el suelo. Nos reíamos a carcajadas hasta que nos dolían las costillas al imaginar el momento en que nuestro remilgado tío catedrático veía a la rebelde cuadrilla de papá. A Lynn le repugnó tanto la escena que no volvió, por lo que nunca lo vi en la montaña. Le estuvo bien empleado —pensábamos—, por entrometerse, por tratar de arrastrar a nuestra madre al mundo de los vestidos de gabardina y los zapatos color crema. Nos dábamos cuenta de que la disolución de la familia de nuestra madre representaba la inauguración de la nuestra. No podían coexistir. Solo una podía tener a Faye.

Sabíamos que su familia se había opuesto al noviazgo pese a que nunca nos lo dijo. Quedaban vestigios que las décadas no habían logrado borrar. Mi padre rara vez ponía los pies en casa de la abuela de la ciudad, y cuando iba se mostraba hosco y no apartaba los ojos de la puerta. De niña apenas vi a mis tíos y primos maternos. Casi nunca los visitábamos —ni siquiera sabía dónde vivían la mayoría—, y ellos venían a la montaña menos veces aún. La excepción era mi tía Angie, la hermana menor, que vivía en la ciudad y se empeñaba en ver a mi madre.

Lo que sé sobre el noviazgo me ha llegado de manera fragmentaria, en su mayor parte a través de las anécdotas que contaba mi madre. Sé que tenía el anillo antes de que papá se fuera de misionero —como debían hacer los varones mormones devotos— y pasara dos años haciendo proselitismo en Florida. Lynn aprovechó esta ausencia para presentarle a todos los hombres

casaderos que encontró a este lado de las Rocosas, pero ninguno consiguió que mi madre olvidara al adusto granjero que gobernaba su propia montaña.

Gene regresó de Florida y se casaron.

LaRue cosió el vestido de novia.

He visto una única fotografía de la boda. Es de mis padres, que posan delante de una cortina vaporosa de color marfil pálido. Ella lleva el tradicional vestido de seda con abalorios y encaje veneciano, y un escote por encima de la clavícula. Un velo bordado le cubre la cabeza. Él viste un traje color crema con anchas solapas negras. Están ebrios de felicidad. Mi madre luce una sonrisa relajada y papá una tan ancha que asoma por debajo de las puntas del bigote.

Me cuesta creer que ese joven apacible de la fotografía sea mi padre. Se me presenta con mayor claridad como un hombre cansado de mediana edad, temeroso y angustiado, que almacena comida y municiones.

Ignoro en qué momento el hombre del retrato se convirtió en el hombre que conozco como mi padre. Quizá no hubiera un único momento. Papá se casó a los veintiún años y tuvo su primer hijo, mi hermano Tony, a los veintidós. A los veinticuatro pidió permiso a mi madre para contratar a una herbolaria que ayudara a traer al mundo a mi hermano Shawn. Ella aceptó. ¿Fue el primer indicio o sencillamente Gene se comportó como Gene, que, excéntrico y original, quiso escandalizar a su familia política, que lo miraba con malos ojos? Al fin y al cabo, veinte meses más tarde Tyler nació en un hospital. Mi padre tenía veintisiete cuando nació Luke, en casa, con la asistencia de una comadrona. Decidió no inscribirlo en el registro civil, y la misma decisión tomó con Audrey, con Richard y conmigo. Al cabo de unos años, más o menos al cumplir los treinta, sacó a mis hermanos de la escuela.

Aunque no lo recuerdo porque ocurrió antes de que yo naciera, me pregunto si quizá fue ese el punto de inflexión. En los cuatro años siguientes se deshizo del teléfono y optó por no renovar el permiso de conducir. Dejó de matricular y asegurar el coche. Luego empezó a almacenar comida.

En esta última parte es fácil reconocer a mi padre, pero no al padre que recuerdan mis hermanos mayores. Papá acababa de cumplir los cuarenta cuando los federales sitiaron a los Weaver, un suceso que confirmó sus peores temores. Después de ese hecho declaró la guerra, si bien esa guerra solo se desarrolló en su cabeza. Quizá por eso al mirar la fotografía Tony ve a su padre, mientras que yo veo a un desconocido.

Catorce años después del incidente de los Weaver, sentada en un aula universitaria, oiría a un profesor de psicología describir algo llamado «trastorno bipolar». Hasta ese momento no había oído hablar de las enfermedades mentales. Sabía que algunas personas enloquecían —llevaban gatos muertos sobre la cabeza o se enamoraban de un nabo—, pero jamás se me había ocurrido pensar que alguien pudiera ser funcional, lúcido y persuasivo, y aun así tener un problema.

El catedrático enumeró los datos con voz mortecina y prosaica: la enfermedad aparece por término medio a los veinticinco años; es posible que antes no se aprecie ningún síntoma.

La paradoja es que si mi padre era bipolar —o estaba aquejado de cualquiera de la docena de trastornos que podían explicar su comportamiento—, la misma paranoia que era síntoma de la enfermedad impediría que se le diagnosticara y tratara. Nadie lo sabría nunca.

La abuela de la ciudad falleció hace tres años, a los ochenta y seis.

No la conocí bien.

En todos aquellos años que entré y salí de su cocina, jamás me contó lo que había supuesto ver cómo su hija se encerraba a cal y canto, emparedada por fantasmas y paranoias.

Cuando la recuerdo ahora evoco una única imagen, como si mi memoria fuera un proyector de diapositivas y el carro se hubiera atascado. Está sentada en un banco acolchado. El cabello le brota en rizos apretados, y estira los labios en una sonrisa educada, que está soldada en el sitio. Su mirada es agradable pero ociosa, como si contemplara la representación de un drama.

Esa sonrisa me obsesiona. Era constante —la única cosa eterna—, inescrutable, distante, desapasionada. Ahora que soy adulta y me he tomado la molestia de conocerla, sobre todo a través de mis tías y tíos, sé que la abuela no era nada de eso.

Asistí al acto conmemorativo. El ataúd estaba abierto y me sorprendí escudriñando su cara. Los embalsamadores no le habían puesto bien los labios: le habían arrancado la sonrisa cortés que había llevado como una máscara de hierro. Por primera vez la veía sin ella y entonces caí en la cuenta: la abuela era la única persona que habría entendido lo que me pasaba. Que la paranoia y el fundamentalismo troceaban mi vida, que me apartaban de aquellos a quienes quería y dejaban en su lugar diplomas y licenciaturas (un aire de respetabilidad). Lo que ocurría ya había sucedido antes. Era la segunda ruptura entre madre e hija. La cinta reproducía en bucle la misma película.

Las apaches

Nadie vio que el vehículo se salía de la carretera. Mi hermano Tyler, que tenía diecisiete años, se durmió al volante. Eran las seis de la mañana y había conducido en silencio nuestra ranchera durante la mayor parte de la noche a través de Arizona, Nevada y Utah. Nos encontrábamos a poco más de treinta kilómetros al sur de Buck's Peak, en Cornish, una población agrícola, cuando el coche se apartó de la línea central, cruzó el otro carril y se salió de la carretera. Salvó la cuneta, se estampó contra dos postes de duro cedro y solo se detuvo al chocar contra un tractor.

El viaje había sido idea de mi madre.

Unos meses antes, cuando la caída de las quebradizas hojas de los árboles había indicado el final del verano, papá había estado muy animado. En el desayuno repiqueteaba con los pies melodías de musicales y durante la cena solía señalar la montaña, con los ojos brillantes, y describir dónde instalaría los tubos que traerían agua a casa. Prometió que cuando cayera la primera nevada haría la bola de nieve más grande de todo el estado de Idaho. Pensaba ir a la base de la montaña haciendo autoestop y amasar una bola pequeña, insignificante, echarla a rodar por la ladera de la colina y verla triplicar su tamaño cada vez que se deslizara por un montículo o descendiera por un

barranco. Cuando llegara a la casa, que estaba en lo alto de la última colina antes del valle, sería tan grande como el establo del abuelo, y quienes pasaran por la carretera se quedarían mirándola asombrados. Solo necesitábamos la nieve adecuada: espesa, de copos viscosos. Tras cada nevada le llevábamos puñados y le veíamos restregar los copos entre los dedos. Aquella nieve era demasiado fina. Esta estaba demasiado húmeda. Pasada la Navidad, dijo. Es entonces cuando llega la nieve de verdad.

Sin embargo, después de Navidad pareció deprimirse, venirse abajo, retraerse. Dejó de hablar de la bola de nieve y luego dejó de hablar del todo. En sus ojos se formó una oscuridad que acabó por invadirlos. Caminaba con los brazos caídos, los hombros hundidos, como si algo lo hubiera prendido y tirara de él hacia la tierra.

En enero no podía levantarse de la cama. Se quedaba tumbado de espaldas, mirando con expresión ausente el techo de estuco, con su compleja trama de protuberancias y nervaduras. Ni siquiera parpadeaba cuando le llevaba la cena por la noche. No estoy segura de que reparara en mi presencia.

Entonces mi madre anunció que nos íbamos a Arizona. Dijo que papá era como un girasol —se moriría en la nieve— y que al llegar febrero había que sacarlo y plantarlo al sol. Así pues, nos apretujamos en la ranchera y durante doce horas viajamos por cañones serpenteantes y veloces autopistas oscuras, hasta que llegamos a la casa rodante del árido desierto de Arizona donde mis abuelos pasaban el invierno.

Hacía unas horas que había salido el sol. Mi padre logró caminar hasta el porche de la abuela, donde se quedó el resto del día con un cojín de punto bajo la cabeza y una mano encallecida sobre el estómago. Permaneció dos días en esa postura, con los ojos abiertos, sin pronunciar palabra, inmóvil como un arbusto en aquel calor seco y sin viento.

Al tercer día pareció volver en sí, percatarse de los tejemanejes que tenían

lugar a su alrededor, escuchar la conversación durante la comida en lugar de mirar con indiferencia la alfombra. Después de la cena la abuela escuchó los mensajes telefónicos, en su mayoría de vecinos y amigos que querían saludarla. Del aparato salió una voz femenina que le recordó que al día siguiente tenía cita con el médico. El recado tuvo un efecto espectacular en mi padre.

Al principio formuló preguntas a la abuela: para qué era la visita, con quién la tenía, por qué iba al médico si mi madre podía darle tinturas.

Papá siempre había creído con fervor en las plantas medicinales de mi madre, pero lo de aquella noche fue distinto, como si algo empezara a cambiar en su interior, como si arraigara un credo nuevo. La herbología, afirmó, era una doctrina espiritual que separaba el trigo de la cizaña, a los fieles de los infieles. A continuación empleó una palabra que yo nunca había oído: Illuminati. Fuera lo que fuese, resultaba exótica, potente. Dijo que la abuela era sin saberlo una agente de los Illuminati.

Dios no toleraba la infidelidad, aseguró. Por eso los pecadores más aborrecibles eran aquellos que no se decidían, que tomaban tanto hierbas como medicamentos, que el miércoles acudían a mi madre y el viernes iban al médico, o, en palabras de mi padre, «quienes un día rezaban ante el altar de Dios y al siguiente ofrecían un sacrificio a Satanás». Esas personas eran como los israelitas de la antigüedad porque se les había dado una religión verdadera y aun así anhelaban los falsos ídolos.

—Médicos y pastillas —añadió casi a gritos—. Ese es su dios, y por él se prostituyen.

Mi madre no levantaba la vista del plato. Al oír el verbo «prostituir» se puso en pie, lanzó una mirada colérica a papá, se fue a su dormitorio y cerró de un portazo. No siempre estaba de acuerdo con él. Cuando papá no se hallaba presente yo le había oído expresar opiniones que él —o al menos esa

nueva encarnación de él— habría calificado de sacrílegas, frases como: «La hierbas son complementarias. Para algo grave hay que ir al médico».

Papá hizo caso omiso de la silla vacía de mi madre.

—Esos médicos no tratan de salvarte —le dijo a la abuela—. Intentan matarte.

Cuando pienso en aquella noche, la escena se reproduce con claridad. Estoy sentada a la mesa. Mi padre habla con voz perentoria. Enfrente de mí, la abuela mastica los espárragos una y otra vez con sus mandíbulas torcidas, como lo haría una cabra, y bebe sorbos de agua helada sin dar señales de oír una sola palabra de mi padre, salvo alguna que otra mirada irritada al reloj, que le indica que todavía es demasiado temprano para acostarse.

—Participas a sabiendas en los planes de Satanás —dice mi padre.

Durante la visita a los abuelos esta escena se representó a diario, en ocasiones varias veces al día. Seguía siempre un guion similar. Encendido su fervor, papá salmodiaba durante una hora o más, repitiendo sin parar las mismas frases, enardecido por una pasión interior que continuaba ardiendo mucho después de que el rapapolvo nos hubiera sumido a los demás en un estupor frío.

Era inolvidable la risa que soltaba la abuela al final de esos sermones. Era una especie de suspiro, como si se le escapara una espiración lenta y larga, tras la cual alzaba la vista al cielo en un remedo indolente de exasperación, como si quisiera llevarse las manos a la cabeza pero estuviera demasiado cansada para completar el gesto. A continuación sonreía... No era una sonrisa tranquilizadora dirigida a alguien, sino una sonrisa para sí misma que expresaba regocijo y desconcierto, y que en mi opinión parecía decir: «No hay nada más divertido que la vida real, os lo digo yo».

La tarde en que la abuela nos llevó a Richard y a mí a dar una vuelta en coche por el desierto era tórrida, tan abrasadora que no se podía andar descalzo por el asfalto. Después de que nos pusiera a la fuerza el cinturón de seguridad, que usábamos por primera vez, avanzamos por la carretera, que comenzó a ascender, y seguimos adelante incluso cuando la calzada dio paso al polvo bajo los neumáticos. La abuela subía y subía por las colinas descoloridas doblando una curva tras otra, y solo se detuvo al acabar la carretera de tierra y comenzar un sendero de montaña. Entonces caminamos. La abuela se quedó sin aliento al cabo de unos minutos, de modo que se sentó en una roca plana de color rojo. Señaló a lo lejos una formación de piedra arenisca constituida por chapiteles desmoronados, cada uno de los cuales era una pequeña ruina, y nos animó a caminar hasta ella. Cuando llegamos nos pusimos a buscar pedazos de roca negra.

—Se llaman lágrimas de apache —nos dijo. Deslizó la mano en el bolsillo y sacó una piedrecita negra, sucia e irregular, cubierta de venas grises y blancas como un cristal resquebrajado—. Y así son después de pulirlas un poco. —Del otro bolsillo sacó una segunda piedra, negra como la tinta y suave de lo lisa que estaba.

Richard las reconoció: eran obsidiana.

—Esas son piedras volcánicas —nos informó con su mejor voz enciclopédica—, pero esta no lo es. —Dio una patada a un guijarro descolorido y señaló con la mano hacia la formación rocosa—. Eso es sedimento.

Richard tenía talento para las curiosidades científicas. Pese a que yo no solía escuchar sus disertaciones, la de ese día me interesó, al igual que aquel extraño terreno sediento. Caminamos alrededor de la formación rocosa y al cabo de una hora volvimos con las pecheras llenas de piedras a donde estaba la abuela. Se alegró; podría venderlas. Las guardó en el maletero, y en el

trayecto de regreso a la caravana nos contó la leyenda de las lágrimas de apache.

Según la abuela, una tribu apache había luchado hacía cien años contra la caballería estadounidense en esos peñascos desvaídos. Superados en número por los soldados, daban la batalla por perdida, la guerra por terminada. No les cabía más que esperar la muerte. Poco después del inicio de la batalla, los guerreros quedaron atrapados en una cornisa. Como no querían que la caballería les infligiera una derrota humillante matándolos de uno en uno si intentaban atravesar sus líneas, montaron en sus caballos y se precipitaron por la cara de la montaña. Cuando las apaches encontraron en las rocas los cuerpos destrozados, derramaron enormes lágrimas de desesperación, que al tocar la tierra se convirtieron en piedras.

La abuela no nos contó qué fue de las mujeres. Los apaches estaban en guerra pero no tenían guerreros, de modo que tal vez el final le pareció demasiado tétrico para relatarlo en voz alta. Me vino a la cabeza la palabra «matanza», porque es la adecuada, la aplicable a una batalla en la que una parte no se defiende. Es la que usábamos en la granja. Matábamos a las aves de corral, no luchábamos con ellas. El resultado más probable de la valentía de los guerreros era una matanza. Ellos murieron como héroes; sus esposas como esclavas.

Mientras nos dirigíamos hacia la caravana, con la carretera atravesada por los últimos rayos del sol poniente, reflexioné sobre las apaches. Al igual que la forma del altar de arenisca sobre el que habían muerto, la de sus vidas había quedado determinada hacía años..., antes de que los caballos iniciaran su galopada, de que sus cuerpos alazanes se arquearan para la colisión definitiva. Cómo vivirían y cómo morirían las mujeres se decidió mucho antes del salto de los guerreros. Lo decidieron estos y las mismas mujeres. Un sinfín de decisiones, incontables como los granos de arena, se habían

depositado en capas y se habían comprimido hasta fundirse en sedimento y luego en piedra, hasta que todo fue inamovible como una roca.

Era la primera vez que abandonaba la montaña, y suspiraba por ella, por la vista de la Princesa dibujada por los pinos a lo largo del macizo. Me sorprendía mirando el cielo diáfano de Arizona con la esperanza de ver cómo su forma negra emergía de la tierra para reivindicar su mitad del firmamento. Pero no estaba allí. Más que su imagen, añoraba sus caricias: el viento que lanzaba a través de los cañones y barrancos para revolverme el pelo. En Arizona no había viento. Tan solo una hora de calor achicharrante tras otra.

Durante el día iba de un extremo a otro de la caravana, salía por la puerta trasera, cruzaba el patio, saltaba por encima de la hamaca, rodeaba el porche delantero, donde pasaba por encima de la forma semiinconsciente de mi padre, y volvía a entrar. Fue un enorme consuelo que el sexto día se estropeará el quad del abuelo y que Tyler y Luke lo desmontaran para ver qué fallaba. Sentada en un enorme bidón de plástico azul, los observé preguntándome cuándo regresaríamos a casa. Cuándo dejaría papá de hablar de los Illuminati. Cuándo dejaría mi madre de salir de la habitación en cuanto entraba él.

Aquel día, después de la cena, mi padre anunció que había llegado la hora de irse.

—Recoged los bártulos. Nos ponemos en camino dentro de media hora.

La abuela dijo que era descabellado iniciar un viaje de doce horas cuando acababa de anoecer. Mi madre aconsejó que esperásemos hasta el amanecer, pero papá quería llegar a casa para ponerse a desguazar con los chicos a la mañana siguiente.

—No puedo permitirme el lujo de perder más días de trabajo —afirmó.

La preocupación oscureció los ojos de mi madre, que sin embargo no dijo nada.

Me desperté cuando el automóvil chocó con el primer poste. Me había dormido en el suelo a los pies de mi hermana, con una manta sobre la cabeza. Intenté incorporarme pero el vehículo se sacudía y se precipitaba hacia delante —daba la impresión de que iba a desmontarse—, y Audrey cayó encima de mí. Notaba y oía lo que sucedía aunque no lo veía. Otro pum estruendoso, un bandazo, mi madre gritando «¡Tyler!» en el asiento delantero, y un último trompazo violento antes de que todo cesara y se hiciera el silencio.

Pasaron varios segundos sin que ocurriera nada.

Al cabo oí la voz de Audrey, que nos llamaba a todos de uno en uno.

—¡Estamos todos menos Tara! —dijo.

Intenté chillar pero tenía la cara encajada bajo el asiento, la mejilla pegada al suelo. Me debatí bajo el peso de Audrey cuando gritó mi nombre. Al final arqueé la espalda, me la quité de encima y saqué la cabeza de la manta.

—Estoy aquí —exclamé.

Miré alrededor. Tyler había girado el torso de modo que estaba casi en el asiento trasero, y con los ojos fuera de las órbitas observaba cada corte, cada moretón, cada par de ojos abiertos como platos. Le vi la cara aunque no parecía su cara. De la boca le salían borbotones de sangre que le caía en la camisa. Cerré los párpados intentando olvidar sus dientes torcidos y ensangrentados. Luego los abrí para ver cómo estaban los demás. Richard se sujetaba la cabeza; tenía una mano sobre cada oreja, como si no quisiera oír un ruido. A Audrey se le había vuelto ganchuda la nariz, de la que manaban chorros de sangre que le bajaban por el brazo. Luke temblaba pero no vi que

sangrara por ninguna parte. Yo tenía un corte profundo en el antebrazo, que me había pillado con el armazón del asiento.

—¿Estáis todos bien? —Era la voz de mi padre.

Se oyó un murmullo general.

—Hay cables de alta tensión sobre el coche —añadió—. Que nadie salga hasta que los desconecte.

Abrió la portezuela y por un momento pensé que se había electrocutado; luego vi que se había lanzado con impulso de modo que su cuerpo no tocara el vehículo y el suelo al mismo tiempo. Recuerdo que por la ventanilla hecha añicos lo vi rodear el coche con la gorra roja echada hacia atrás, por lo que la visera quedaba levantada y lamía el aire como una lengua. Tenía un curioso aspecto infantil.

Rodeó el coche y se detuvo, se agachó y bajó la cabeza hasta la altura del asiento del copiloto.

—¿Estás bien? —preguntó. Volvió a preguntarlo. La tercera vez que lo dijo le temblaba la voz.

Me incliné sobre el asiento para ver a quién hablaba y entonces me percaté de la gravedad del accidente. La mitad delantera del coche estaba aplastada y el motor se había combado hasta formar un arco, como un pliegue en una roca maciza.

El sol de la mañana refulgía en el parabrisas, donde vi retículas de grietas y fisuras. Era una imagen conocida. En el desguace había visto centenares de parabrisas resquebrajados, todos únicos, cada uno con su particular telaraña en abanico que partía del punto de impacto, una crónica de la colisión. Las rajaduras del nuestro contaban su propia historia. El epicentro era un redondel pequeño del que salían fisuras y que se encontraba justo enfrente del asiento del copiloto.

—¿Estás bien? —preguntó papá con tono implorante—. Cariño, ¿me oyes?

En el asiento estaba mi madre. Daba la espalda a la ventanilla y, aunque yo no le veía la cara, la manera en que estaba hundida en el asiento producía escalofríos.

—¿Me oyes? —Papá repitió la pregunta varias veces. Al final vi que la coleta de mi madre descendía en un movimiento sutil, casi imperceptible, cuando asintió con la cabeza.

Papá se incorporó y miró los cables de alta tensión, miró al suelo y miró a mi madre. Se le veía inerte.

—¿Crees que... debería pedir una ambulancia?

Me parece que se lo oí decir. Si lo preguntó, que es lo más probable, mi madre debió de responder en un susurro, o tal vez no estuviera en condiciones de susurrar nada, no lo sé. Siempre he imaginado que le pidió que la llevara a casa.

Más tarde me contaron que el granjero contra cuyo tractor habíamos chocado salió corriendo de su casa. Había llamado a la policía, lo que nos traería problemas porque el coche no estaba asegurado y ninguno de nosotros llevaba puesto el cinturón de seguridad. Después de que el granjero informara a la compañía eléctrica de Utah, tardaron unos veinte minutos en interrumpir la letal corriente que latía en los cables. Entonces papá sacó a mi madre de la ranchera y vi el rostro de ella: tenía los ojos ocultos por unos círculos oscuros del tamaño de ciruelas y las facciones desfiguradas por la hinchazón, unas aplastadas, otras estiradas.

No sé cómo ni cuándo llegamos a casa, aunque sí recuerdo que la cara de la montaña tenía un brillo naranja con la luz del amanecer. Al entrar en casa observé cómo Tyler echaba por la boca chorros rojos en la pila del cuarto de baño. Se había estampado los incisivos contra el volante y le bailaban.

Mi madre se tumbó en el sofá. Murmuró que la luz le hacía daño en los ojos. Cerramos las persianas. Quiso ir al sótano, donde no había ventanas, y

papá la bajó por la escalera. No la vi durante varias horas, hasta que al anochecer le llevé la cena con una linterna de luz tenue. Al verla no la reconocí. Tenía los ojos morados, de un tono tan oscuro que parecían negros, y tan hinchados que no se distinguía si estaban abiertos o cerrados. Me llamó Audrey, incluso después de que le corrigiera dos veces.

—Gracias, Audrey, pero solo quiero oscuridad y silencio. Así está bien. Oscuridad. Silencio. Gracias. Audrey, vuelve dentro de un ratito a ver cómo estoy.

No salió del sótano durante una semana. Día a día la hinchazón empeoraba y el negro de los hematomas se volvía más negro. Aunque todas las noches yo pensaba que era imposible que una cara estuviera más marcada y deforme que la suya, al día siguiente la veía aún más oscura, más tumefacta. Al cabo de una semana apagamos las luces al ponerse el sol y mi madre subió. Parecía que llevara atados a la frente dos objetos del tamaño de manzanas y negros como olivas.

No se habló más de ir al hospital. Ya había pasado el momento de tomar esa decisión, y volver a ella significaría regresar a la rabia y el miedo del accidente. Papá dijo que de todos modos los médicos no podían hacer nada, que mi madre estaba en manos de Dios.

Durante los meses siguientes mi madre se dirigió a mí por muchos nombres. No me preocupaba que me llamara Audrey, pero me inquietaban las conversaciones en las que se refería a mí como Luke o Tony, y toda la familia ha coincidido siempre, incluso mi madre, en que tras el accidente no volvió a ser la misma. Los hermanos la llamábamos Ojos de Mapache. Nos pareció una ocurrencia muy divertida cuando ya llevaba varias semanas con los círculos negros, tiempo suficiente para que nos acostumbráramos a ellos y los convirtiéramos en objeto de chistes. No teníamos ni idea de que era una expresión médica. Ojos de mapache. Un signo de una lesión cerebral grave.

A Tyler le corroyó la culpa. Se culpó del accidente y más tarde siguió culpándose de todas las decisiones tomadas con posterioridad, de los efectos y las repercusiones que tuvo a lo largo de los años. Reivindicó aquel momento y todas sus consecuencias, como si el tiempo mismo hubiera comenzado en el instante en que la ranchera se salió de la carretera y no hubiera habido historia, contexto ni capacidad de actuar hasta que él le dio inicio, a los diecisiete años, al quedarse dormido al volante. Incluso ahora, cuando nuestra madre olvida algún dato, por banal que sea, en los ojos de Tyler aparece aquella expresión: la que mostró en los minutos posteriores al choque, cuando sangraba a mares por la boca y asimilaba la escena escudriñando lo que suponía que era obra de sus manos y solo de sus manos.

Por lo que a mí respecta, no culpé a nadie del accidente, y menos aún a Tyler. Pensé que eran cosas que pasaban. Al cabo de una década cambiaría mi forma de verlo, como parte de mi salto a la edad adulta, y más tarde el accidente me recordaría siempre a las apaches y las decisiones que contribuyen a forjar una vida: las decisiones que las personas toman, juntas o por su cuenta, y que se conjugan para producir un único hecho. Granos de arena, incontables, que se aplastan para formar sedimento y luego roca.

Suciedad honrada

La montaña se deshelo y en su cara apareció la Princesa, cuya cabeza rozaba el cielo. Era domingo, había pasado un mes del accidente y nos habíamos reunido en la sala de estar. Mi padre explicaba un pasaje de las escrituras cuando Tyler carraspeó y anunció que se marchaba.

—M-m-me voy a la u-universidad —dijo, con el rostro rígido. Mientras pronunciaba con esfuerzo las palabras, una vena se le marcaba en el cuello: una magnífica serpiente en lucha que aparecía y desaparecía cada pocos segundos.

Todos miramos a papá. Tenía los brazos cruzados y una expresión impasible. El silencio era peor que los gritos.

Tyler sería el tercer hermano que se iba de casa. El mayor, Tony, conducía camiones en los que transportaba grava o chatarra y se esforzaba por reunir el dinero suficiente para casarse con la chica que vivía carretera abajo. Shawn, el segundo, se había peleado con mi padre hacía unos meses y se había largado. Yo no lo veía desde entonces, aunque cada pocas semanas mi madre recibía una apresurada llamada suya en la que le informaba de que estaba bien y de que trabajaba de soldador o camionero. Si también se iba Tyler, papá se quedaría sin cuadrilla, y sin una cuadrilla no podría construir establos ni heniles. Tendría que dedicarse de nuevo a la chatarra.

—¿Qué es una universidad? —pregunté.

—La universidad son más años de escuela para los tontos que no aprenden la primera vez —respondió papá.

Tyler tenía la vista clavada en el suelo, el rostro tenso. De pronto dejó caer los hombros, se le relajó la cara y levantó la cabeza; me pareció que había salido de sí mismo. Su mirada era dulce, amable. Era como si no estuviera en la sala.

Escuchó a papá, que había iniciado un sermón.

—Hay dos tipos de profesores universitarios. Los que saben que mienten y los que creen decir la verdad. —Mi padre sonrió—. Ahora que lo pienso, no sé qué es peor, si un verdadero agente de los Illuminati, que al menos sabe que trabaja para el demonio, o un venerable catedrático que cree poseer una sabiduría mayor que la de Dios. —Seguía sonriendo. La situación no era grave; solo tenía que hacer entrar en razón a su hijo.

Mi madre señaló que papá perdía el tiempo, que nadie lograría disuadir a Tyler una vez que tomaba una decisión.

—Lo mismo daría que cogieras una escoba y te pusieras a barrer el polvo de la montaña —añadió. Acto seguido se levantó, tardó unos segundos en recuperar el equilibrio y bajó por la escalera con mucha dificultad.

Tenía migraña. Casi siempre tenía migraña. Seguía pasando los días en el sótano y solo subía al ponerse el sol, aunque rara vez se quedaba más de una hora porque el ruido y el esfuerzo le provocaban un dolor pulsátil en la cabeza. Observé cómo bajaba los peldaños: despacio, con mucho cuidado, la espalda encorvada, agarrada con las dos manos a la barandilla, como si fuera ciega y avanzara a tientas. Hasta que tenía los dos pies apoyados con firmeza en un escalón no descendía al siguiente. La hinchazón de la cara ya casi había desaparecido por completo y prácticamente volvía a ser la de antes, si bien todavía le quedaban los círculos de los ojos, que de manera paulatina habían

pasado del negro al morado oscuro y en ese momento eran una mezcla de lila y berenjena.

Una hora después mi padre ya no sonreía. Tyler no había repetido su deseo de ir a la universidad, pero tampoco había prometido quedarse. Sentado en la sala de estar, aguantaba el chaparrón con gesto inexpresivo.

—Un hombre no puede ganarse la vida con libros y papeles —dijo mi padre—. Algún día serás un cabeza de familia. ¿Cómo se puede mantener con libros a la mujer y los hijos?

Tyler inclinó la cabeza para indicar que le escuchaba y no despegó los labios.

—Un hijo mío se pone en fila para que los espías de los socialistas y los Illuminati le laven el cerebro...

—La u-u-universidad la lleva la I-I-Iglesia —lo interrumpió Tyler—. ¿Cómo v-va a ser m-mala?

Mi padre abrió la boca y expelió una ráfaga de aire.

—¿Te crees que los Illuminati no se han infiltrado en la Iglesia? —Su voz tronaba. Cada palabra resonaba con vigorosa energía—. ¿Te crees que no irían en primer lugar a esa universidad, donde pueden formar a toda una generación de mormones socialistas? ¡Te he enseñado a ser más listo!

Siempre recordaré a mi padre en ese momento, su fuerza y la desesperación. Se inclina hacia delante, con las mandíbulas apretadas, los ojos entrecerrados, y busca en el rostro de su hijo una señal de conformidad, alguna arruga de convicción compartida. Y no la encuentra.

La historia de cómo Tyler decidió marcharse de la montaña es curiosa y está plagada de lagunas y giros. Empieza con el propio Tyler, con lo singular de su persona. Sucede en algunas familias: hay un hijo que no encaja, que no

sigue el compás, que tiene el metrónomo puesto para otra melodía. En la nuestra era Tyler. Él bailaba un vals mientras los demás saltábamos en una giga; él era sordo a la música estridente de nuestra vida y nosotros éramos sordos a la serena polifonía de la suya.

A Tyler le gustaban los libros, le gustaba el silencio. Le gustaba organizar, ordenar y etiquetar. Una vez mi madre encontró en el armario de Tyler un estante lleno de cajas de cerillas apiladas por años. Según él, contenían virutas de lápiz del último lustro, que guardaba para llevarlas en nuestras mochilas «de huida a las montañas» como material combustible. El resto de la casa era un desbarajuste: en el suelo de las habitaciones se desperdigaban montones de ropa sin lavar, negra y manchada de la grasa del desguace; en las mesas y alacenas de la cocina se alineaban turbios tarros de tinturas, que solo se retiraban a fin de dejar espacio para actividades más sucias, como despellejar un ciervo o quitar el Cosmoline de un fusil. Y en el seno de ese caos Tyler guardaba las virutas de lápiz de un lustro, catalogadas por años.

Mis hermanos eran como una manada de lobos. Se ponían a prueba los unos a los otros sin cesar, y estallaban trifulcas cada vez que un cachorro daba un estirón y soñaba con ascender. Cuando yo era pequeña, esas peleas solían acabar con los gritos que soltaba mi madre al ver una lámpara o un jarrón roto, pero a medida que crecía quedaban menos cosas por romper. Mi madre decía que cuando yo era un bebé teníamos un televisor, hasta que Shawn estampó la cabeza de Tyler contra la pantalla.

Mientras sus hermanos luchaban, Tyler escuchaba música. Tenía el único estéreo que yo había visto y, al lado, una pila alta de CD con palabras raras como «Mozart» y «Chopin». Una tarde —él tendría unos dieciséis años— me pilló mirándolos. Quise salir corriendo porque pensé que me daría un golpetazo por haber entrado en su habitación, pero me cogió de la mano y me llevó hasta la columna de discos.

—¿C-cuál te gusta m-más? —me preguntó.

Había uno negro con un centenar de hombres y mujeres vestidos de blanco en la carátula. Lo señalé. Tyler me miró con aire escéptico.

—E-e-es m-m-música coral —dijo.

Introdujo el disco en el estéreo y se sentó al escritorio a leer. Yo me agaché a sus pies y me dediqué a hacer dibujos con las uñas en la moqueta. Empezó la música: un murmullo de instrumentos de cuerda, seguido de un susurro de voces entonadas, un sonido suave como la seda y, aun así, penetrante. Reconocí el himno religioso —lo habíamos cantado en la iglesia: un coro de voces dispares que se elevaban con fervor—, aunque lo que oía era distinto. Era fervoroso pero poseía algo más, algo que tenía que ver con el estudio, la disciplina y la colaboración; algo que no logré captar.

La canción terminó y escuché paralizada la siguiente, y la siguiente, hasta que el CD llegó a su fin. Sin la música, la habitación pareció carente de vida. Pedí a Tyler que la escucháramos otra vez, y una hora después, cuando cesó, le supliqué que volviera a ponerla. Era muy tarde y en la casa reinaba el silencio. Tyler se levantó del escritorio y pulsó el botón de play diciendo que era la última vez.

—P-p-podemos v-v-volver a escucharla mañana.

La música se convirtió en nuestro lenguaje. El trastorno del habla de Tyler le trababa la lengua, lo volvía callado. Por eso nunca habíamos conversado mucho; hasta entonces no conocía a mi hermano. A partir de ese momento cada atardecer, cuando llegaba del desguace, me encontraba esperándolo. Tras ducharse y restregarse la piel para arrancar la mugre de la jornada, se sentaba al escritorio y preguntaba: «¿Q-q-qué vamos a e-e-escuchar esta n-n-noche?». Yo elegía un CD y, sentada en el suelo a los pies de mi hermano, escuchaba la música con la vista clavada en sus calcetines mientras él leía.

Aunque era tan escandalosa como cualquiera de mis otros hermanos,

estando con Tyler me transformaba. Tal vez se debiera a la música, a su delicadeza, o quizá a la delicadeza de Tyler. No sé cómo conseguía que me viera a mí misma a través de sus ojos. Intentaba recordar que no debía gritar. Intentaba evitar las peleas con Richard, en especial aquellas en las que acabábamos rodando por el suelo y él me tiraba del pelo mientras yo le arañaba la tierna carne de la cara.

Tendría que haber adivinado que algún día Tyler se marcharía. Ya se habían ido Tony y Shawn, que encajaban en la montaña más que él. Tyler siempre había adorado lo que papá llamaba «aprender con los libros», algo que al resto de nosotros, con excepción de Richard, nunca nos había interesado.

Durante una época, en la infancia de Tyler, mi madre había tenido una visión idealista de la educación. Aseguraba que no nos llevaban a la escuela porque así recibíamos una instrucción mejor que la de los otros niños. Era la única que lo decía, pues papá opinaba que debíamos aprender cosas más prácticas. Cuando yo era muy pequeña, libraron una batalla: ella intentaba impartir clases todas las mañanas y, en cuanto se daba la vuelta, él llevaba a mis hermanos al desguace.

Al final mi madre perdió la batalla. La derrota empezó con Luke, el cuarto de sus cinco hijos varones. Luke era listo en todo lo referente a la montaña —trabajaba con los animales de tal manera que daba la impresión de que les hablaba—, pero tenía graves dificultades de aprendizaje y le costó aprender a leer. Durante cinco años mi madre se sentó con él a la mesa de la cocina todas las mañanas y le enseñó los mismos sonidos una y otra vez, pese a lo cual a los doce Luke solo conseguía leer entre carraspeos una frase de la Biblia durante el estudio en familia de las escrituras. Mi madre no lo entendía. Había enseñado a leer a Tony y a Shawn sin ningún problema, y los

demás habíamos aprendido igualmente. A mí me enseñó Tony cuando tenía cuatro años, creo que para ganar una apuesta con Shawn.

En cuanto Luke logró garrapatear su nombre y leer frases breves y sencillas, mi madre pasó a las matemáticas. Las únicas matemáticas que me enseñaron las aprendí fregando los platos del desayuno y oyéndola explicar, una y otra vez, lo que es una fracción y cómo operar con los números negativos. Luke no avanzó y al cabo de un año mi madre tiró la toalla. Dejó de decir que recibíamos una instrucción mejor que la de los otros niños. Empezó a repetir las palabras de papá. «Lo importante —me dijo una mañana— es que aprendáis a leer. Las otras zarandajas son un lavado de cerebro.» Papá acudía cada vez más temprano para llevarse a los chicos, hasta que, cuando yo tenía ocho años y Tyler dieciséis, adquirimos la costumbre de saltarnos del todo las clases.

No obstante, la conversión de mi madre a la filosofía de papá no fue completa y de vez en cuando la embargaba el entusiasmo de antaño. En esas ocasiones, cuando la familia se reunía a la mesa a desayunar, anunciaba que ese día íbamos a «hacer clase». En el sótano tenía un estante con tratados de herbología y unos cuantos libros viejos en rústica. Había unos pocos manuales de matemáticas, que compartíamos, uno de historia de Estados Unidos, que nunca vi leer a nadie salvo a Richard, y uno de ciencias, que debía de ser para niños pequeños porque contenía muchas ilustraciones en papel satinado.

Por lo general yo tardaba media hora en encontrar todos los libros, nos los repartíamos y cada uno se iba a una habitación a «hacer clase». No tengo ni idea de lo que hacían mis hermanos y mi hermana cuando hacíamos clase, pero en mi caso yo abría el libro de matemáticas y durante diez minutos pasaba las páginas deslizando un dedo por el pliegue central. Si el dedo

tocaba cincuenta páginas, informaba a mi madre de que había hecho cincuenta páginas de mates.

«¡Increíble! —decía ella—. ¿Lo ves? En la escuela pública es imposible llevar ese ritmo. Solo se puede avanzar así en casa, donde una se concentra de verdad, sin distracciones.»

Mi madre no explicaba la teoría ni ponía exámenes. No nos mandaba escribir redacciones. En el ordenador del sótano había un programa llamado Mavis Beacon, con clases de mecanografía.

Cuando mi madre tenía que entregar hierbas medicinales y ya habíamos acabado nuestras tareas, a veces nos llevaba a la biblioteca Carnegie del centro de la ciudad. En el sótano había una sala llena de libros infantiles, y nos los leíamos. Richard cogía incluso los de arriba, que eran para adultos y tenían títulos serios sobre historia y ciencias.

En nuestra familia el aprendizaje era autodirigido: estudiábamos lo que podíamos aprender solos tras terminar el trabajo. Algunos tenían más disciplina que otros. Yo me contaba en el grupo de los menos disciplinados, de modo que a los diez años la única materia que había estudiado de manera sistemática era el código Morse, pues mi padre insistió en que me lo aprendiera. «Si cortan los cables de teléfono seremos los únicos del valle que podrán comunicarse», decía, aunque yo no entendía con quién íbamos a comunicarnos si éramos los únicos que conocíamos el código.

Los mayores —Tony, Shawn y Tyler— habían crecido en otra década y era casi como si hubieran tenido otros progenitores. Su padre no sabía nada de los Weaver; no hablaba de los Illuminati. Matriculó en la escuela a sus tres hijos mayores, y si bien los sacó al cabo de unos años con la promesa de darles clase en casa, cuando Tony quiso volver al colegio no se lo impidió. Tony llegó hasta la enseñanza secundaria, aunque no pudo graduarse porque faltó muchos días para trabajar en el desguace.

Como Tyler era el tercer hijo, apenas se acordaba de la escuela y no le importó estudiar en casa. Hasta que cumplió los trece. Entonces, tal vez porque mi madre dedicaba todo su tiempo a enseñar a Luke a leer, pidió permiso a papá para matricularse en octavo.

Asistió a la escuela todo ese curso, desde el otoño de 1991 hasta el final de la primavera de 1992. Aprendió álgebra, una materia que a su mente le resultó tan natural como el aire a sus pulmones. Aquel mes de agosto sitiaron a los Weaver. Ignoro si Tyler habría regresado a la escuela; en cualquier caso, tras enterarse de lo que les había ocurrido a los Weaver, papá no volvió a permitir que sus hijos pusieran los pies en un aula de un centro público. No obstante, el interés de Tyler ya se había despertado. Con el dinero que tenía se compró un manual de trigonometría de segunda mano y siguió estudiando por su cuenta. Luego quiso aprender cálculo; como no tenía dinero para otro libro, fue a la escuela y le pidió uno al profesor de matemáticas. El hombre se le rio en la cara.

—No puedes aprender cálculo tú solo —le dijo—. Es imposible.

Tyler insistió.

—Deme un libro. Creo que sí puedo.

Salió con el libro bajo el brazo.

El verdadero reto fue encontrar tiempo para estudiar. Todos los días mi padre reunía a sus hijos varones a las siete de la mañana, los dividía en grupos y los mandaba a emprender las tareas de la jornada. Solía tardar una hora en advertir que Tyler no estaba con sus hermanos. Entonces entraba en tromba por la puerta de atrás y atravesaba la casa en dos zancadas hasta la habitación de Tyler, que estaba estudiando.

—¿Qué demonios haces? —decía a gritos tras dejar un rastro de pedazos de tierra en la moqueta impoluta de Tyler—. Tengo a Luke cargando vigas de

doble T él solito, haciendo el trabajo de dos hombres, y vengo y te encuentro con el culo pegado a la silla.

Yo habría salido corriendo si papá me hubiera pillado con un libro cuando debía estar trabajando, pero Tyler no se alteraba.

—Papá —decía—, t-t-trabajaré después del a-a-almuerzo. N-n-necesito la mañana para e-e-estudiar.

La mayor parte de las veces discutían unos minutos, hasta que Tyler dejaba el lápiz, encorbaba los hombros y se ponía las botas y los guantes de soldador. En cambio otras veces, que siempre me sorprendían, papá salía resoplando por la puerta de atrás, solo.

Creí que Tyler no se iría a la universidad, que no abandonaría la montaña para unirse a los Illuminati. Pensé que mi padre disponía de todo el verano para hacerle entrar en razón, lo que intentó casi a diario cuando la cuadrilla acudía a almorzar. Mientras los chicos se paseaban por la cocina y se servían dos y hasta tres veces, papá, estirado cuan largo era sobre el duro linóleo — porque estaba cansado y quería tumbarse, pero estaba demasiado sucio para echarse en el sofá de mi madre—, disertaba sobre los Illuminati.

Un almuerzo en particular se me quedó grabado en la memoria. Tyler se prepara unos tacos con los ingredientes que ha dispuesto mi madre: coloca en el plato tres tortillas abarquilladas, perfectamente alineadas, les añade con cuidado la carne, la lechuga y el tomate midiendo bien las cantidades y reparte con esmero la crema agria. Papá no para de salmodiar. En el momento en que llega al final de su sermón y toma aliento para volver a empezar, Tyler echa los tres tacos perfectos en la licuadora de mi madre, la que usa para elaborar las tinturas, y la pone en marcha. Un rugido atruena en toda la cocina e impone una especie de silencio. El rugido cesa; papá continúa. Tyler vierte

el líquido naranja en un vaso y empieza a beber, con cuidado, con delicadeza, porque los incisivos todavía le bailan y amenazan con desprenderse de la encía. Muchos recuerdos podrían simbolizar ese período de nuestra vida, pero ese es el que me ha acompañado: el de la voz de papá que se eleva del suelo mientras Tyler se bebe los tacos.

Cuando la primavera dio paso al verano, la determinación de mi padre dio paso al mecanismo de negación: actuaba como si la disputa hubiera terminado y él hubiese ganado. Dejó de hablar de la marcha de Tyler y no quiso contratar a nadie para sustituirlo.

Una tarde calurosa, Tyler me llevó a ver a los abuelos de la ciudad, que vivían en la misma casa donde habían criado a nuestra madre, una casa que no podía ser más distinta de la nuestra. La decoración no era cara pero todo estaba bien cuidado: moqueta color crema, papel con estampado floral de tonos suaves en las paredes, gruesas cortinas con pliegues. Casi nunca cambiaban nada. La moqueta, el papel pintado, la mesa de la cocina, las encimeras..., todo estaba igual que en las diapositivas de la infancia de mi madre que yo había visto.

A papá no le gustaba que fuéramos. El abuelo había sido cartero antes de jubilarse y, según mi padre, nadie que hubiera trabajado para el Gobierno merecía nuestro respeto. La abuela era aún peor, decía. Era frívola. Yo ignoraba qué significaba la palabra, pero se la oía pronunciar tan a menudo que llegué a asociarla a ella..., a la moqueta color crema y al papel pintado de pétalos en tonos suaves.

A Tyler le encantaba estar en esa casa. Le encantaban la calma, el orden y que mis abuelos hablaran en voz baja. El lugar irradiaba un halo que me llevaba a comprender de manera instintiva, sin que me lo mandaran, que no debía gritar, pegar a nadie ni irrumpir en la cocina a toda velocidad. Sí tenían

que ordenarme, una y otra vez, que dejara junto a la puerta los zapatos embarrados.

—¡A la universidad! —dijo la abuela en cuanto nos sentamos en el sofá con estampado de flores. Se volvió hacia mí—. ¡Tienes que estar orgullosa de tu hermano!

Los ojos se le achicaron para dejar espacio a la sonrisa. Le vi cada uno de los dientes. «Solo a la abuela se le ocurriría creer que hay que alegrarse de que a alguien le laven el cerebro», pensé.

—Tengo que ir al baño —dije.

Caminé despacio por el pasillo, sola, deteniéndome a cada paso para que la punta de los pies se me hundiera en la moqueta. Sonreí al recordar que mi padre había comentado que la abuela la tenía tan blanca porque el abuelo nunca había trabajado de verdad. «Yo tendré las manos sucias —me había dicho con un guiño al tiempo que me enseñaba las uñas ennegrecidas—, pero es suciedad honrada.»

Pasaron las semanas y ya estábamos en pleno verano. Un domingo papá convocó a la familia.

—Tenemos una buena provisión de comida —dijo—. Tenemos gasolina y agua. Lo que no tenemos es dinero. —Sacó de la cartera un billete de veinte y lo estrujó—. No me refiero a este dinero falso. En los Días de Abominación no valdrá nada. La gente cambiará billetes de cien dólares por un rollo de papel higiénico.

Imaginé un mundo en el que la carretera aparecía sembrada de billetes verdes como si fueran latas de refresco vacías. Miré alrededor. Me pareció que los demás imaginaban lo mismo, sobre todo Tyler. Tenía la mirada reconcentrada, resuelta.

—Tengo algo de dinero ahorrado —prosiguió papá—. Y vuestra madre también ha guardado un poco. Vamos a cambiarlo por plata. Es lo que la gente pronto querrá tener: plata y oro.

Poco después se presentó en casa con la plata e incluso con oro. El metal llegó en forma de monedas empaquetadas en cajitas pesadas que llevó a cuestras por la casa para apilarlas en el sótano. No me dejó abrirlas. «No son un juguete», me dijo.

Al cabo de unos días Tyler cogió varios miles de dólares —casi todos los ahorros que le quedaban después de pagar el tractor al granjero y la ranchera a papá— para comprar un montón de plata, que depositó en el sótano, al lado del armario donde guardábamos las armas. Después de hacerlo, pasó un buen rato delante de las cajas, mirándolas pensativo, como suspendido entre dos mundos.

Tyler era un objetivo más fácil: cuando le supliqué, me regaló una moneda de plata tan grande como la palma de mi mano. La moneda me tranquilizó. Que Tyler la hubiera comprado me pareció una declaración de lealtad, una promesa a nuestra familia de que, pese a la locura que se había apoderado de él, que lo había llevado a desear ir a la universidad, al final nos elegiría a nosotros. Que lucharía en nuestro bando cuando llegara El Final. Antes de que las hojas de los árboles empezaran a cambiar de color y pasaran de los verdes enebro del verano a los granates y los dorados bronceos del otoño, la moneda brillaba hasta con la luz más tenue, pulida por un millar de caricias de los dedos. Me consolaba su mera corporeidad, convencida de que, si la moneda era real, la marcha de Tyler no podía serlo.

Al despertarme una mañana de agosto me encontré con que Tyler guardaba en cajas su ropa, sus libros y sus CD. Casi había terminado cuando nos

sentamos a desayunar. Comí deprisa, fui a su habitación y miré los estantes, en los que solo quedaba un CD, el negro con la imagen del grupo vestido de blanco, que entonces ya sabía que era el Coro del Tabernáculo Mormón. Tyler apareció en la puerta. «Lo d-d-dejo p-p-para ti», dijo. A continuación salió y lavó su coche con la manguera para eliminar el polvo de Idaho, hasta que pareció que nunca hubiera pisado un camino de tierra.

Papá acabó de desayunar y se marchó sin pronunciar palabra. Entiendo por qué. Ver a Tyler guardar las cajas en el coche me exasperó. En lugar de gritar, que era lo que deseaba, salí por la puerta trasera y corrí por las colinas en dirección al pico. Corrí hasta que el latido de la sangre en los oídos fue más estruendoso que mis pensamientos; entonces di media vuelta y desanduve el camino a la carrera. Al llegar a los pastos torcí hacia el vagón rojo y me subí al techo a tiempo de ver que Tyler cerraba el maletero y giraba en redondo, como si quisiera despedirse pero no hubiera nadie a quien decir adiós. Imaginé que me llamaba y que ponía cara larga al no obtener respuesta.

Cuando bajé del vagón ya estaba sentado al volante, y el coche traqueteaba por el camino de tierra cuando salí de detrás de una cisterna metálica. Tyler frenó y se apeó para abrazarme..., sin agacharse como hacen los adultos al estrechar a los niños; fue otro tipo de abrazo, con los dos erguidos. Me atrajo hacia sí y acercó su cara a la mía. Tras decir que me echaría de menos me soltó, subió al vehículo y bajó a toda velocidad por la colina en dirección a la carretera. Vi asentarse el polvo.

Tyler volvió a casa en contadas ocasiones. Estaba forjándose una nueva existencia al otro lado de las líneas enemigas. Realizó pocas incursiones en nuestro bando. Apenas guardo recuerdos de él hasta cinco años después, cuando yo tengo quince y él irrumpe en mi vida en un momento crítico. Para entonces somos desconocidos.

Ocurriría muchos años antes de que yo comprendiera lo que su marcha le había costado y lo poco que él sabía de adónde se dirigía. Tony y Shawn se habían ido de la montaña para hacer lo que mi padre les había enseñado: conducir camiones, soldar, desguazar. Tyler se lanzó al vacío. Ignoro por qué lo hizo y él tampoco lo sabe. No acierta a explicar de dónde salió esa convicción y cómo ardió lo suficiente para que su brillo se abriera paso en la negra incertidumbre. Yo siempre he supuesto que fue la música que tenía en la cabeza, una canción esperanzada que los demás no oíamos; la misma melodía secreta que tarareaba cuando compró el libro de trigonometría y cuando guardaba las virutas de lápiz.

El verano declinaba, parecía evaporarse con su propio calor. Los días seguían siendo cálidos, pero al anochecer refrescaba y tras la puesta del sol las horas gélidas reclamaban una porción mayor de cada jornada. Tyler llevaba un mes fuera.

Recuerdo una tarde que pasé con la abuela de la ciudad. Me había bañado por la mañana pese a no ser domingo y me había vestido con mi ropa especial, sin rotos ni manchas, para sentarme en la cocina de la abuela y verla hacer galletas de calabaza. El sol de otoño se colaba a raudales por las cortinas de gasa e iluminaba los azulejos amarillo caléndula, de modo que todo se hallaba envuelto en un resplandor ambarino.

Cuando la abuela introdujo en el horno la primera tanda de galletas fui al cuarto de baño. Recorrí el pasillo, con su suave moqueta blanca, y sentí una punzada de rabia al recordar que la había visto por última vez cuando había ido con Tyler. El cuarto de baño me pareció exótico. Me fijé en el lavamanos nacarado, en el tono rosado de la moqueta y en la alfombra color melocotón. El inodoro apareció bajo una tapa amarillo claro. Observé mi reflejo,

enmarcado en azulejos color crema. No parecía yo. Por un instante me pregunté si era eso lo que Tyler quería: una casa bonita con un baño precioso y una hermana guapa que fuera a visitarlo. Quizá por eso se había marchado. Le odié.

Junto al grifo, sobre una concha de tono marfil, había una docena de pastillas de jabón rosadas y blancas con forma de cisnes y rosas. Cogí un cisne y noté cómo su suave contorno cedía a la presión de mis dedos. Era bonito y quise quedármelo. Lo visualicé en el baño de nuestro sótano, con sus delicadas alas sobre el tosco cemento. Lo imaginé en el lavamanos tirado en medio de un charco de agua turbia, rodeado de tiras de papel pintado amarillento que se abarquillaban. Lo devolví a la concha.

Al salir me topé con la abuela, que me esperaba en el pasillo.

—¿Te has lavado las manos? —me preguntó con tono dulce, empalagoso.

—No.

Mi respuesta agrió la miel de su voz.

—¿Por qué no?

—Porque no las tengo sucias.

—Hay que lavarse las manos después de ir al baño.

—No será tan importante —dije—. En el lavabo de casa ni siquiera tenemos jabón.

—No es cierto. Yo eduqué bien a tu madre.

Me enderecé, dispuesta a discutir, a repetirle que en casa no usábamos jabón, pero la mujer que vi al levantar la mirada no era la que esperaba ver. No me pareció frívola, no me pareció de las que se pasaban el día entero preocupadas por su moqueta blanca. En ese instante se transformó. Quizá fuera la forma de sus ojos, el modo en que los entrecerró al mirarme con incredulidad, o tal vez fuera la línea severa que formaba su boca, cerrada con fuerza, con determinación. O quizá no fuera nada, quizá la anciana era ella

misma y decía lo de siempre. Tal vez su transformación fuera tan solo un cambio temporal de mi perspectiva: es posible que en ese momento la perspectiva fuera la del hermano al que yo odiaba y quería.

La abuela me llevó al cuarto de baño y me observó mientras me lavaba las manos; luego me ordenó que me las secara con la toalla color rosa. Me ardían las orejas, notaba la garganta al rojo vivo.

Mi padre pasó a recogerme cuando volvía a casa tras realizar un trabajo. Aparcó el camión y tocó el claxon para indicarme que saliera, y obedecí, con la cabeza gacha. La abuela me siguió. Me apresuré a sentarme en el asiento del copiloto tras apartar una caja de herramientas y unos guantes de soldador, y la abuela le contó que no me había lavado las manos. Papá la escuchó contrayendo las mejillas mientras con la mano derecha toqueteaba la palanca de cambios. En su interior borboteaba una carcajada.

Al volver con mi padre sentí la fuerza de su persona. Unas lentes familiares me cubrieron los ojos y la abuela perdió el insólito poder que había tenido sobre mí una hora antes.

—¿Es que no enseñas a tus hijos a lavarse las manos después de ir al baño?
—dijo la abuela.

Papá puso en marcha el camión, que empezó a avanzar, y despidiéndose con un gesto respondió:

—Les enseño a no mearse en las manos.

Escudo y rodela

Audrey cumplió quince años el primer invierno tras la marcha de Tyler. Recogió el permiso de conducir en el juzgado del condado y de camino a casa consiguió un empleo en la cocina de una hamburguesería. Luego encontró una segunda colocación que consistía en ordeñar vacas a las cuatro de la madrugada todos los días. Había pasado un año peleándose con papá, rebelándose contra las limitaciones que le imponía. De pronto tenía dinero; tenía coche; yo apenas la veía. La familia menguaba, la antigua jerarquía se comprimía.

Mi padre no tenía trabajadores suficientes para construir heniles, de modo que volvió a la chatarra. Con la marcha de Tyler, los demás ascendimos: a los dieciséis años Luke se convirtió en el hijo mayor, la mano derecha de mi padre, y Richard y yo lo sustituimos como machacas.

Recuerdo la primera mañana que entré en el desguace como miembro de la cuadrilla de mi padre. La tierra estaba helada, hasta el aire parecía agarrotado. Nos encontrábamos en el terreno situado por encima de los pastos de abajo, atestado de centenares de coches y camiones. Algunos se habían estropeado porque eran viejos, pero la mayoría había sufrido un accidente, y se notaba: combados, arqueados, retorcidos, parecían papel arrugado más que acero. En el centro había un lago de desechos ancho y hondo: baterías de coche que perdían líquido, marañas de cables de cobre, transmisiones abandonadas,

planchas oxidadas de zinc ondulado, grifos antiguos, radiadores destrozados, pedazos serrados de tubos de bronce reluciente, etcétera. Una masa informe infinita.

Papá me condujo hasta el borde.

—¿Sabes distinguir el aluminio del acero inoxidable? —me preguntó.

—Creo que sí.

—Ven aquí. —Su tono era impaciente. Estaba acostumbrado a dar órdenes a hombres hechos y derechos. Que tuviera que explicar el oficio a una niña de diez años nos hizo sentir pequeños a los dos.

De un tirón sacó un pedazo de metal lustroso.

—Esto es aluminio. ¿Ves cómo brilla? ¿Notas lo ligero que es?

Me lo puso en la mano. Tenía razón: no pesaba tanto como parecía. A continuación me tendió un tubo abollado.

—Esto es acero.

Empezamos a clasificar la chatarra en montones —aluminio, hierro, acero y cobre— para venderla. Cogí un pedazo de hierro cubierto de una capa compacta de herrumbre color bronce, y sus esquinas melladas me mordisquearon la palma de las manos. Tenía unos guantes de cuero, pero papá me dijo que con ellos puestos trabajaría más despacio.

—Te saldrán callos antes de que te des cuenta —prometió cuando se los entregué.

En el taller había encontrado un casco, que papá también me quitó.

—Te moverás más despacio intentando mantener esa cosa en su sitio.

Mi padre vivía atemorizado por el tiempo. Sentía que lo acechaba. Yo lo notaba en las miradas medrosas que lanzaba al sol a medida que surcaba el cielo, en la preocupación con que evaluaba cada fragmento de tubo o pedazo de acero. En cada pieza veía el dinero por el que podía venderse, menos el tiempo necesario para clasificarla, cortarla y entregarla. Cada bloque de

hierro, cada arandela de cobre era una moneda de dólar, de diez centavos, de cinco —menos, si se tardaba más de dos segundos en sacarlo y clasificarlo—, y contraponía sin cesar esos exiguos beneficios al gasto por hora que representaba la casa. Calculaba que para tener las luces encendidas y el interior caldeado debía trabajar a una velocidad de vértigo. Nunca le vi llevar nada a los contenedores; se limitaba a arrojar los objetos, con todas sus fuerzas, dondequiera que estuviese.

La primera vez que lo vi hacerlo pensé que era un accidente, un percance que no se repetiría. Aún no conocía las normas de ese nuevo mundo. Estaba agachada y me disponía a alcanzar un tubo de cobre enrollado cuando un objeto voluminoso cortó el aire a mi lado. Apenas me volví para ver de dónde había venido, un cilindro de acero me dio de lleno en el estómago.

El impacto me derribó.

—¡Huy! —gritó papá.

Rodé sin aliento sobre el hielo. En cuanto logré ponerme en pie, papá lanzó otro objeto. Me agaché para esquivarlo, perdí el equilibrio y volví a caerme. Esta vez me quedé en el suelo. Temblaba, pero no de frío. La piel me hormigueaba y cosquilleaba ante la certeza del peligro; sin embargo, cuando busqué el origen de ese peligro, solo vi a un hombre cansado que tiraba de una lámpara rota.

Recordé todas las veces que había visto a uno de mis hermanos entrar en tromba por la puerta trasera berreando y apretándose alguna parte del cuerpo rajada, aplastada, rota o quemada. Me acordé de que dos años antes un hombre llamado Robert que trabajaba para papá había perdido un dedo. Recordé el tono sobrenatural de sus gritos cuando corrió a casa. Recordé que me había quedado mirando el muñón ensangrentado y luego el dedo rebanado, que Luke había recogido y depositado sobre el mostrador. Parecía un accesorio de un truco de magia. Mi madre lo puso en hielo y se apresuró a

llevar a Robert a la ciudad para que los médicos se lo cosieran. El dedo de Robert no fue el único que el desguace se cobró. Un año antes que Robert, Emma, la novia de Shawn, había entrado chillando por la puerta de atrás. Perdió la mitad del índice mientras ayudaba a Shawn. Aunque mi madre se apresuró a llevarla a la ciudad, no hubo nada que hacer porque Emma tenía la carne machacada.

Miré mis dedos sonrosados y en ese momento el desguace se transformó. De niños, Richard y yo habíamos pasado incontables horas entre la chatarra, saltando de un coche destrozado a otro, saqueando algunos, dejando otros. Había sido el telón de fondo de un millar de batallas imaginarias: entre demonios y brujos, hadas y geniecillos, troles y gigantes. De pronto cambió. Dejó de ser el patio de juegos de mi infancia para adquirir su propia realidad, cuyas leyes físicas eran misteriosas y hostiles.

Mientras recordaba el curioso dibujo que había trazado la sangre de Emma al deslizarse por la muñeca y escurrirse por el antebrazo, me levanté y, todavía temblando, traté de desprender el tubo de cobre. Casi lo había conseguido cuando papá lanzó un catalizador. Me aparté de un salto y me corté la mano con el borde dentado de un depósito agujereado. Me limpié la sangre en los vaqueros.

—¡No los tires aquí! —le dije a gritos—. ¡Estoy yo!

Papá levantó sorprendido la cabeza. Se había olvidado de que estaba con él. Al ver la sangre se acercó y me puso una mano en el hombro.

—No te preocupes, cariño. Dios está aquí, trabajando con nosotros. No permitirá que te hagas daño. Y si te lo haces es porque así lo ha dispuesto.

No era la única cuyos pies buscaban un terreno seguro. Mi madre mejoró de forma paulatina en los seis meses posteriores al accidente de coche, de modo

que creímos que se repondría del todo. No le dolía la cabeza tan a menudo, por lo que se encerraba en el sótano solo dos o tres días a la semana. Luego la recuperación fue más lenta. A los nueve meses las migrañas persistían y la memoria de mi madre era caprichosa. Al menos dos veces por semana me ordenaba preparar el desayuno mucho después de que todos lo hubieran tomado y de que hubiéramos recogido los platos. Me mandaba pesar medio kilo de milenrama para un cliente y yo le recordaba que ya la habíamos entregado el día anterior. Empezaba a elaborar una tintura y al cabo de un minuto ya no se acordaba de qué ingredientes había añadido, por lo que debíamos tirar todo el lote. En ocasiones me pedía que me quedara a su lado, vigilándola, para decirle: «Ya has echado la lobelia. Ahora viene la verbena».

Empezó a dudar de que volviera a ejercer de comadrona, algo que a ella la entristecía y a mi padre lo destrozaba. A papá se le descomponía la cara cada vez que mi madre rechazaba una clienta. «¿Y si tengo migraña cuando se ponga de parto? —le decía ella—. ¿Y si no me acuerdo de qué hierbas le he dado o de cuál es la frecuencia cardíaca del recién nacido?»

Al final no fue él quien la convenció de que volviera a ejercer de comadrona. Se convenció sola, quizá porque era una parcela de sí misma a la que no podía renunciar sin batallar. Aquel invierno atendió dos partos que yo recuerde. Tras el primero llegó a casa pálida y enferma, como si traer esa vida al mundo le hubiera quitado parte de la suya. Estaba encerrada en el sótano cuando recibió la segunda llamada. Subió al coche y condujo con las gafas de sol puestas, esforzándose por ver a través de las ondas que le distorsionaban la vista. Cuando llegó a la casa el dolor era pulsátil, atroz, y disolvía cualquier pensamiento. Se encerró en una habitación del fondo y su ayudante se ocupó del parto. Después de eso no volvió a ser la Comadrona. Para el siguiente alumbramiento gastó casi todos sus honorarios en contratar a una segunda partera que la supervisara. Al parecer todo el mundo la supervisaba.

Ella, que había sido una experta, una autoridad indiscutible, tenía que pedirle a su hija de diez años que le dijera si había almorzado. Aquel invierno fue largo y sombrío, y en ocasiones me preguntaba si mi madre se quedaba en la cama incluso cuando no tenía migraña.

En Navidad le regalaron un frasquito con una mezcla de aceites esenciales. Le alivió el dolor de cabeza, pero no podíamos permitirnos el lujo de pagar cincuenta dólares por diez gramos. Decidió prepararla ella misma. Compró los aceites sueltos, sin mezclar —de eucalipto y siempreviva, de sándalo y ravensara—, y la casa, dominada durante años por el olor a tierra de la corteza de árbol y el perfume acre de las hojas, de repente olía a lavanda y manzanilla. Se pasaba los días enteros mezclando aceites, modificando las cantidades para conseguir fragancias y propiedades específicas. Trabajaba con un cuaderno y un bolígrafo para anotar cada paso que daba. Los aceites eran mucho más caros que las tinturas; era una catástrofe tener que tirar toda una mezcla cuando mi madre no recordaba si había añadido el de abeto. Confeccionaba un aceite contra las migrañas y otro contra los dolores menstruales, uno contra las mialgias y otro contra las palpitaciones. Durante los años siguientes elaboraría muchos más.

Para crear las fórmulas recurría a algo denominado «prueba muscular», que según me explicó consistía en «preguntarle al cuerpo lo que necesita y dejarle responder». Mi madre decía en voz alta: «Tengo migraña. ¿Qué la aliviará?». A continuación cogía un frasco de aceite, se lo acercaba al pecho y con los ojos cerrados preguntaba: «¿Necesito esto?». Si su cuerpo se movía hacia delante, significaba que sí, que el aceite la ayudaría. Si el cuerpo se movía hacia atrás, significaba que no, de modo que probaba otro.

Cuando se volvió más experta pasó de utilizar todo el cuerpo a usar solo los dedos. Cruzaba el índice y el corazón y los flexionaba un poco para descruzarlos al tiempo que se formulaba una pregunta. Si seguían

entrelazados, significaba que sí; si se separaban, la respuesta era no. Este método producía un ruidito tenue pero inconfundible: cada vez que la yema del dedo corazón cruzaba la uña del índice, se oía un carnosos clic.

Mi madre aprovechó la prueba muscular para experimentar con otros métodos de curación. Por toda la casa aparecieron diagramas de chakras y puntos de presión, y empezó a cobrar a la clientela por algo llamado «trabajo energético». No supe qué era hasta que una tarde nos llamó a Richard y a mí para que fuéramos a la habitación del fondo, donde se encontraba una tal Susan. Mi madre, con los ojos cerrados, la mano izquierda sobre la de Susan y los dedos de la derecha cruzados, susurró preguntas para sí. Tras unas cuantas se volvió hacia la mujer.

—Su relación con su padre le está afectando a los riñones —le dijo—. Piense en él mientras alineamos el chakra.

Mi madre explicó que el trabajo energético resulta más efectivo cuando hay varias personas.

—Así extraemos la energía de todas —afirmó.

Me señaló la frente y me indicó que me diera golpecitos con el dedo en el centro, entre las cejas, y que con la otra mano agarrara el brazo a Susan. Richard debía darse golpecitos en un punto de presión situado en el pecho y alargar la otra mano hacia mí, mientras mi madre le tocaba con el pie y se apretaba un punto de la palma.

—Eso es —dijo cuando agarré el brazo de Richard.

Permanecimos diez minutos en silencio formando una cadena humana.

Cuando pienso en aquella tarde, lo primero que me viene a la memoria es la sensación de incomodidad: mi madre dijo que sentía la energía caliente que atravesaba nuestros cuerpos, pero yo no noté nada. Ella y Richard se quedaron inmóviles, con los ojos cerrados, la respiración superficial. Sentían la energía, y la energía los transportaba. Yo me removía. Intenté

concentrarme, luego me preocupó pensar que estaba desbaratándolo todo, que rompía la cadena, que el poder sanador de mi madre y de Richard no llegaría a Susan porque yo no conseguía transmitirlo. Al finalizar los diez minutos Susan entregó veinte dólares a mi madre y entró el siguiente cliente.

Si me mostraba escéptica, no era del todo culpa mía. Mi escepticismo se debía a que me costaba decidir a cuál de mis madres debía creer. Un año antes del accidente, cuando mi madre había oído hablar por primera vez de la prueba muscular y del trabajo energético, los había tachado de meras fantasías, algo en lo que la gente deseaba creer. «Quieren milagros —me dijo—. Se tragarán cualquier cosa que les dé esperanzas, que les lleve a creer que mejoran. Pero la magia no existe. La nutrición, el ejercicio y el estudio cuidadoso de las propiedades de las plantas es lo único que funciona, aunque nadie lo acepta cuando sufre.»

Ahora afirmaba que la curación era espiritual e ilimitada. Me contó que la prueba muscular y el trabajo energético eran una especie de oración, un ruego divino. Un acto de fe en el que Dios hablaba a través de sus dedos. Había momentos en los que yo creía a esa mujer sabia con respuestas para todo; aun así, no lograba olvidar las palabras de aquella otra mujer, la otra madre, que también era sabia. «La magia no existe.»

Un día anunció que había adquirido otra destreza. «Ya no necesito formular las preguntas en voz alta. Es suficiente con que las piense.»

Entonces empecé a observar cómo daba vueltas por la casa y posaba la mano en diversos objetos al tiempo que murmuraba para sí y flexionaba los dedos a un ritmo constante. Si hacía pan y no estaba segura de cuánta harina había echado: clic clic clic. Si mezclaba aceites y no recordaba si había añadido el de incienso: clic clic clic. Se sentaba a leer las escrituras durante media hora, se olvidaba de cuándo había empezado y recurría a la prueba muscular para saberlo: clic clic clic.

Comenzó a usarla de manera compulsiva, sin darse cuenta, siempre que se aburría de una conversación, siempre que las incertidumbres de su memoria, o incluso las de la vida corriente, la dejaban descontenta. Se le relajaban las facciones, su rostro se volvía inexpresivo y los dedos chasqueaban como grillos al anochecer.

Papá no cabía en sí. «Los médicos esos no saben lo que le pasa a un paciente con solo tocarlo —decía entusiasmado—. ¡Vuestra madre sí que lo sabe!»

El recuerdo de Tyler me persiguió aquel invierno. Me acordaba del día en que se marchó, de lo raro que había sido ver su coche cargado de cajas bajar por la colina dando botes. No acertaba a imaginar el lugar donde estaba, y en ocasiones me preguntaba si quizá su escuela sería menos mala de lo que creía mi padre, ya que a Tyler, la persona menos mala que yo conocía, le gustaba...; por lo visto, hasta el punto de que la prefería a nosotros.

Se había plantado la semilla de la curiosidad, que solo necesitaba tiempo y aburrimiento para crecer. Mientras arrancaba el cobre de un radiador o arrojaba al contenedor el quingentésimo pedazo de acero, a veces me sorprendía imaginando las aulas en las que Tyler pasaba los días. Mi interés se agudizaba con cada hora tediosa en el desguace, hasta que un día tuve una idea peregrina: debía matricularme en la escuela pública.

Mi madre siempre había afirmado que podíamos ir a la escuela si queríamos. Tan solo teníamos que pedir permiso a papá, decía. Luego podríamos ir.

Sin embargo, no pedí permiso. En la severidad del rostro de mi padre, en el suspiro quedo de súplica que exhalaba todas las mañanas antes de comenzar

la plegaria de la familia, había algo que me inducía a creer que mi curiosidad era una obscenidad, una ofensa a cuanto él había sacrificado para criarme.

Me esforcé por retomar los estudios en el tiempo libre que me quedaba cuando no estaba en el desguace ni ayudando a mi madre a elaborar tinturas y mezclar aceites. Mi madre ya no nos daba clase, pero continuaba teniendo un ordenador y había libros en el sótano. Encontré el de ciencias, con sus ilustraciones coloridas, y el de matemáticas que recordaba de hacía unos años. Hasta localicé un libro verde desvaído de historia. No obstante, cuando me sentaba a estudiar casi siempre me quedaba dormida. Las páginas eran satinadas y finas, y se volvían aún más finas con las horas que había pasado trajinando con la chatarra.

Mi padre intentaba apartarme de los libros en cuanto me veía con uno en la mano. Quizá se acordara de Tyler. Quizá creyera que el peligro desaparecería si lograba distraerme durante unos años. Así pues, me buscaba tareas, fueran o no necesarias. Una tarde que me pilló mirando el manual de matemáticas, pasamos una hora llevando cubos de agua por el campo para regar los árboles frutales, lo cual no habría tenido nada de extraordinario de no haber sido porque llovía a mares.

Sin embargo, si quería impedir que sus hijos se interesaran excesivamente por la escuela y los libros —que los Illuminati los sedujeran como a Tyler—, habría hecho mejor en dirigir la atención hacia Richard. Por las tardes mi hermano tenía que elaborar tinturas para nuestra madre, aunque casi nunca lo hacía. Se esfumaba. Ignoro si ella estaba enterada de adónde iba Richard, pero yo sí lo sabía. Mi hermano pasaba casi todas las tardes en el oscuro sótano, encajonado en el cuarto de instalaciones entre el sofá y la pared, con una enciclopedia abierta delante. Si papá aparecía de improviso, le apagaba la luz refunfuñando sobre el gasto innecesario de electricidad. Entonces yo buscaba algún pretexto para bajar a encenderla. Si papá volvía a entrar, un

gruñido resonaba por toda la casa y mi madre tenía que aguantar una monserga sobre eso de dejar encendida la luz de una habitación vacía. Ella nunca me regañaba, por lo que me pregunto si sabía dónde se encontraba Richard. Si yo no podía bajar a encender la luz, Richard se acercaba el libro a la nariz y leía a oscuras; tantas ganas tenía de leer. Tantas ganas tenía de leer la enciclopedia.

Tyler no estaba. No quedaban indicios de que hubiera vivido en la casa, excepto uno: todas las noches, después de cenar, cerraba la puerta de mi dormitorio y sacaba su radiocasete de debajo de la cama. Ya había arrastrado su escritorio hasta la habitación, y mientras el coro cantaba, estudiaba sentada en la silla de Tyler, como le había visto hacer a él un millar de noches. No estudiaba historia ni matemáticas, sino religión.

Me leí dos veces el Libro de Mormón. Me leí el Nuevo Testamento, una vez deprisa y la segunda despacio, con pausas para tomar notas, introducir remisiones e incluso escribir redacciones breves sobre doctrinas como la de la fe y el sacrificio. Nadie leía las redacciones; las escribía para mí misma, igual que suponía que Tyler había estudiado para sí mismo y solo para sí mismo. A continuación me leí el Antiguo Testamento y luego los libros de papá, en su mayoría recopilaciones de discursos, cartas y diarios de los primeros profetas mormones. Su lenguaje era decimonónico —rígido y tortuoso pero preciso— y al principio no entendí nada. Con el tiempo se me adaptaron la vista y el oído, de modo que empecé a sentirme más suelta con esos fragmentos de la historia de mi pueblo: relatos de pioneros, mis antepasados, que habían atravesado con determinación las tierras vírgenes de Norteamérica. Mientras que las narraciones eran gráficas, los discursos eran tratados abstractos sobre

oscuros temas filosóficos, y a esas abstracciones dediqué la mayor parte de las horas de estudio.

Visto en perspectiva, me doy cuenta de que esa fue mi educación, la importante: las horas que pasé sentada a un escritorio prestado esforzándome por descomponer y analizar las rígidas corrientes de la doctrina mormona a imitación del hermano que me había abandonado. Estaba adquiriendo una aptitud fundamental: la paciencia para leer lo que aún no entendía.

Cuando la nieve de la montaña empezó a derretirse ya tenía las manos llenas de callos. Una estación en el desguace me había afinado los reflejos: había aprendido a captar el gruñido quedo que escapaba de los labios de mi padre cada vez que arrojaba un objeto pesado, y en cuanto lo oía me tiraba al suelo. Pasaba tanto tiempo tendida en el barro que apenas recogía nada. Papá decía en broma que era lenta como una tortuga subiendo una cuesta.

El recuerdo de Tyler se había desvanecido, y con él, su música, sofocada por el estruendo del metal al chocar con metal. Esos eran los ruidos que sonaban en mi cabeza por la noche: el tintineo del zinc ondulado, el chasquido del alambre de cobre, el estrépito del hierro.

Había entrado en una nueva realidad. Veía el mundo a través de los ojos de mi padre. Veía a los ángeles —o al menos imaginaba que los veía— observar cómo desguazábamos y adelantarse para atrapar las baterías de coche o los pedazos dentados de tubo de acero que mi padre tiraba a la otra punta del terreno. Cuando los lanzaba, yo ya no le gritaba, sino que rezaba.

Como trabajaba más deprisa separando el material yo sola, una mañana que papá se encontraba en el extremo norte del desguace, cerca de la montaña, me dirigí a la parte sur, próxima a los pastos. Llené de piezas de hierro un contenedor con capacidad para novecientos kilos y, con los brazos

doloridos, corrí a buscar a mi padre, pues había que vaciarlo y yo no sabía manejar la cargadora: una enorme carretilla elevadora con brazo telescópico y anchas ruedas negras más altas que yo. La máquina levantaría el contenedor unos ocho metros y, con el brazo extendido, inclinaría las horquillas para que se deslizara la chatarra, que como un chaparrón caería en el remolque con un estrépito tremendo. El remolque era una plataforma de camión de quince metros aparejada para albergar la chatarra; básicamente, un recipiente enorme con paredes construidas con gruesas chapas de hierro de dos metros y medio de altura. Tenía capacidad para veinte contenedores, es decir, unas dieciocho toneladas de hierro.

Encontré a papá en el campo, donde encendía una fogata para quemar la envoltura de unos cables de cobre enmarañados. Le informé de que el contenedor ya estaba listo, me acompañó y se subió a la carretilla elevadora. Señaló el remolque.

—Cabrás más si colocas bien el hierro cuando lo deje caer. Sube.

No le entendí. ¿Quería vaciar el contenedor conmigo dentro?

—Subiré cuando hayas tirado la carga —le dije.

—No. Es más rápido como yo digo. Pararé la máquina cuando el contenedor esté a la altura de la pared del remolque, para que bajes de un salto. Entonces corres por lo alto de la pared, te subes al techo de la cabina y te quedas ahí hasta que lo vacíe.

Me senté sobre un pedazo de hierro. Papá deslizó las horquillas debajo del contenedor, nos levantó a la chatarra y a mí y avanzó a toda velocidad hacia el principio del remolque. Me costaba sujetarme. En la última curva el contenedor osciló con tanta fuerza que una punta de hierro voló hacia mí. Se me clavó en la cara interna de la pierna, un poco más abajo de la rodilla, y atravesó el tejido como un cuchillo corta la mantequilla caliente. Traté de arrancarla pero la pieza había quedado sepultada en parte al moverse la carga.

Oí el suave gemido de las bombas hidráulicas cuando el brazo se extendió. El gemido cesó en cuanto el contenedor estuvo al nivel del remolque. Mi padre me daba tiempo para que bajara a la pared, pero yo estaba encallada.

—¡No puedo moverme! —grité.

El rugido del motor de la carretilla elevadora era demasiado fuerte. Me pregunté si antes de vaciar el contenedor mi padre esperaría a verme a salvo sobre la cabina del camión, aunque sabía bien que no lo haría. El tiempo acechaba.

Las bombas hidráulicas gimieron y el contenedor ascendió otros dos metros y medio. Posición de vaciado. Volví a gritar, más alto, luego más bajo. Trataba de encontrar un tono que lograra penetrar el zumbido del motor. El contenedor empezó a inclinarse, despacio al principio, deprisa después. Estaba encallada cerca de la parte trasera. Coloqué las manos en el borde, consciente de que me proporcionaría un asidero cuando el contenedor quedara vertical. Siguió inclinándose y la chatarra de la parte delantera se deslizó poco a poco como un enorme glaciar de hierro que se rompiera. La punta continuaba incrustada en la pierna y me arrastraba hacia abajo. Las manos me habían resbalado y empezaba a escurrirme cuando la pieza por fin salió de la carne desgarrada y se estampó en el remolque con un estruendo brutal. Ya estaba libre pero cayendo. Noté que con la palma tocaba la pared lateral del contenedor, ya casi vertical. Me impulsé hacia ella, me descolgué por el borde y seguí descendiendo. Como me encontraba en un lateral y no en la parte delantera, esperaba —rogaba— aterrizar en el suelo y no en el remolque, que en esos momentos era un furor de metal rechinante. Solo veía el azul del cielo mientras caía con la expectativa de sentir la cuchillada del hierro afilado o el golpetazo de la tierra firme.

La espalda chocó con metal: la pared del remolque. Los pies se movieron por encima de la cabeza y proseguí mi desmañado descenso hacia el suelo.

La primera caída fue de dos o dos metros y medio; la segunda, de unos tres. Me alivió estrellarme contra la tierra.

Permanecí unos quince segundos tendida boca arriba antes de que cesara el rugido del motor y se oyeran las fuertes pisadas de mi padre.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó tras arrodillarse a mi lado.

—He caído fuera —respondí resollando. Se me había parado la respiración con el impacto y notaba un dolor pulsátil en la espalda, como si me la hubiera partido en dos.

—¿Cómo lo has hecho? —Su tono, aunque compasivo, reflejaba decepción.

Me sentí tonta. «Tendría que haberlo hecho bien —pensé—. Era fácil.»

Papá examinó el corte de la pierna, que se había desgarrado y abierto más al desprenderse la punta. Parecía un socavón; la carne se había hundido. Mi padre se quitó la camisa de franela y me apretó la pierna con ella.

—Ve a casa. Tu madre detendrá la hemorragia.

Crucé los pastos cojeando hasta que papá desapareció de la vista, y me derrumbé entre las altas gramíneas. Me agitaba y tragaba bocanadas de aire que no me llegaba a los pulmones. No entendía por qué lloraba. Estaba viva. Me pondría bien. Los ángeles habían cumplido con su cometido. Así que ¿por qué no dejaba de temblar?

Crucé el último campo en dirección a casa y, pese a estar mareada, entré en tromba por la puerta de atrás, como había visto hacer a mis hermanos, como habían hecho Robert y Emma, y llamé a voces a mi madre. Al ver las huellas rojas que surcaban el linóleo fue a buscar el medicamento homeopático que utilizaba para tratar las hemorragias y conmociones, llamado «remedio de rescate», y me echó bajo la lengua doce gotas de ese líquido claro e insípido. Posó la mano izquierda sobre el corte y cruzó los dedos de la derecha. Cerró los ojos. Clic clic clic.

—No hay tétanos —dijo—. La herida se cerrará. Con el tiempo. Pero dejará una fea cicatriz.

Me puso boca abajo y examinó el hematoma —una mancha morado oscuro del tamaño de una cabeza humana— que me había salido un poco más arriba de la cadera. De nuevo cruzó los dedos y cerró los ojos. Clic clic clic.

—Te has lastimado el riñón. Debemos preparar una mezcla de enebro y flores de gordolobo para hacer infusiones.

En el corte de debajo de la rodilla se había formado una costra —oscura y lustrosa, un río negro que cruzaba la carne sonrosada— cuando tomé una decisión.

Elegí una noche de domingo. Papá descansaba en el sofá, con la Biblia abierta en el regazo. Me quedé plantada delante de él durante lo que me parecieron horas y, al ver que no me miraba, solté a borbotones lo que tenía que decir:

—Quiero ir a la escuela.

No dio muestras de oírme.

—He rezado y quiero ir —añadí.

Mi padre levantó por fin la vista y la clavó al frente, en algo situado a mi espalda. Se hizo un silencio denso.

—En esta familia obedecemos los mandamientos del Señor.

Cogió la Biblia. Los párpados le temblaban mientras sus ojos pasaban de una línea a la siguiente. Me di la vuelta para salir, y no había llegado a la puerta cuando papá volvió a hablar.

—¿Te acuerdas de Jacob y Esaú?

—Sí.

Retomó la lectura y salí en silencio. No necesitaba ninguna explicación;

conocía el significado de la historia. Quería decir que no era la hija a la que él había criado, la hija de la fe. Había querido venderme por un plato de lentejas.

Dios proveerá

Era un verano seco. El sol ardía en el cielo todas las tardes y con su calor árido agostaba la montaña. Al atravesar el campo por las mañanas camino del establo notaba que los tallos de trigo almidonero crujían y se quebraban bajo mis pies.

Una mañana ambarina me dediqué a confeccionar el remedio de rescate, el medicamento homeopático, para mi madre. Cogía quince gotas de la tintura madre —ella la guardaba en el armario de la costura, para que nadie la usara y no se contaminara— y las echaba en un frasquito con agua destilada. A continuación formaba un círculo con el índice y el pulgar y pasaba el frasquito por él. Según mi madre, la potencia de los remedios homeopáticos dependía de cuántas veces la botellita pasara entre los dedos, de cuántas veces absorbiera mi energía. Por lo general yo paraba al llegar a cincuenta.

Papá y Luke se encontraban en la montaña, en el desguace situado por encima de los pastos de arriba, a cuatrocientos metros de casa. Preparaban los coches para la trituradora, que mi padre había alquilado con la intención de utilizarla esa misma semana. Luke tenía diecisiete años. Era delgado y musculoso, y de sonrisa espontánea cuando estaba al aire libre. Papá y él extraían el combustible de los depósitos. No hay que meter vehículos con el depósito en la trituradora, por el riesgo de que se produzca una explosión, de modo que había que vaciarlo y arrancarlo. Era una tarea lenta: lo agujeraban

con un martillo y una estaca y esperaban a que saliera toda la gasolina para retirarlo sin peligro con un soplete cortador. Papá había ideado método más rápido: un pincho de hierro de dos metros y medio de largo. Levantaba el vehículo con la carretilla elevadora y Luke lo guiaba hasta que el depósito quedaba justo encima del pincho. Entonces mi padre bajaba las horquillas. Si todo iba bien, el coche quedaba empalado y el carburante salía del depósito y se escurría por el pincho hasta un contenedor de fondo plano que papá había soldado para recogerlo.

A mediodía ya habían vaciado entre treinta y cuarenta depósitos. Luke había trasvasado el combustible a cubos con capacidad para veinte litros, que empezó a llevar al camión de papá. Cuando cargaba uno tropezó y le cayeron casi cuatro litros de gasolina en los vaqueros. El sol estival secó la tela en cuestión de minutos. Mi hermano terminó de acarrear los cubos y fue a casa a comer.

Recuerdo aquel almuerzo con una claridad inquietante. Recuerdo el olor pegajoso del estofado de carne y patatas, y el tintineo de los cubitos de hielo al cabriolar en los vasos, que con el calor sudaban gotas de condensación. Recuerdo que mi madre me dijo que me tocaba fregar porque ella se iría a Utah después de comer para consultar a otra comadrona sobre un embarazo complicado. Añadió que tal vez no llegaría a tiempo para la cena y que había hamburguesas en el congelador.

Recuerdo que no paré de reír en toda la hora. Tumbado en el suelo de la cocina, papá bromeaba sobre una ordenanza recién aprobada en nuestro pequeño pueblo agrícola. Un perro callejero había mordido a un niño y todo el mundo estaba indignado. El alcalde había decidido limitar a dos el número de perros por familia, aunque el que había atacado al chiquillo no era de nadie.

—Esos genios socialistas —dijo papá—. Se ahogarán mirando la lluvia si

no les construyéramos un techo sobre la cabeza.

Me reí tanto que me dolió el estómago.

Luke se había olvidado por completo de la gasolina cuando volvió con papá a la montaña y prepararon el soplete cortador. Se lo apoyó en la cadera, el pedernal golpeó el eslabón y las diminutas chispas se convirtieron en llamas que le envolvieron la pierna.

La parte que nosotros recordaríamos, que contaríamos tantas veces que acabaría por incorporarse al folclore familiar, era que Luke no pudo quitarse los vaqueros empapados de gasolina. Aquella mañana, como todas, se los había ceñido con un trozo de cordel para atar pacas, que es liso y escurridizo y necesita un nudo de seguridad para no soltarse. Por otro lado, el calzado tampoco ayudaba: voluminosas botas de seguridad tan destrozadas que durante semanas las había remendado por las mañanas con cinta americana, que por las noches arrancaba con la navaja. Luke podría haber cortado el cordel y haber rajado las botas en cuestión de segundos, pero, enloquecido por el pánico, salió corriendo como un ciervo que huye de la muerte y propagó el fuego por la artemisa y el agropiro, resecos y quebradizos por el verano abrasador.

Había apilado los platos sucios y llenaba de agua el fregadero cuando lo oí: un agudo chillido ahogado que empezaba en una clave y terminaba en otra. No cabía duda de que era humano. Nunca había oído a un animal berrear de esa manera, con tales fluctuaciones de tono y timbre.

Salí corriendo y vi a Luke cojear por la hierba. Tras llamar a voces a nuestra madre se desplomó. Entonces me fijé en que la pernera de sus vaqueros había desaparecido, se había fundido. Tenía algunas partes de la pierna amoratadas, rojas y ensangrentadas; otras se veían descoloridas y

muertas. Hilos de piel finos como el papel le rodeaban con delicadeza el muslo y descendían por la pantorrilla, como cera que goteara de una vela de mala calidad.

Tenía los ojos en blanco.

Volví a toda prisa a casa. Ya había empaquetado los frascos del remedio de rescate, pero la tintura madre continuaba sobre el mostrador. La cogí, salí como una flecha y vertí media botellita entre los labios trémulos de Luke. No se produjo ningún cambio. Mi hermano tenía los ojos blancos como el mármol.

Poco a poco apareció un iris castaño, luego el otro. Luke farfulló y empezó a gritar.

—¡Se quema! ¡Se quema! —exclamó. Le recorrió un escalofrío y le castañetearon los dientes. Temblaba.

Yo solo tenía diez años y en aquel momento me sentí muy pequeña. Luke era mi hermano y mayor que yo; pensé que él sabría qué había que hacer, de modo que lo agarré por los hombros y lo zarandeeé con fuerza.

—¿Debo ponerte frío o calor? —le pregunté a gritos.

Me respondió con un resuello.

La lesión era la quemadura, razoné. Era lógico tratarla en primer lugar. Fui al congelador horizontal del patio y saqué una bolsa de hielo. Luke gritó en cuanto le tocó la pierna: un alarido con la espalda arqueada y los ojos desorbitados que consiguió que el cerebro se me pegara al cráneo. Tenía que encontrar otra forma de refrescarle la pierna. Me planteé vaciar el congelador y meter dentro a Luke, pero el arcón solo funcionaba con la tapa cerrada, de modo que mi hermano se asfixiaría.

Registré mentalmente la casa. Teníamos un cubo de la basura enorme, grande como una ballena azul. Estaba salpicado de pedacitos de comida podrida y apestaba de tal manera que lo teníamos encerrado en un armario.

Corrí a casa y al vaciarlo sobre el linóleo vi el ratón muerto que Richard había tirado la víspera. Salí con el cubo y lo lavé con la manguera. Sabía que debía limpiarlo más a fondo, quizá con lavavajillas, pero al ver a Luke retorcerse en la hierba decidí que no disponía de tiempo. Tras apuntar el chorro hacia el último resto de comida para eliminarlo, enderecé el cubo y lo llené de agua.

Luke se arrastraba hacia mí para introducir la pierna en él cuando oí resonar la voz de mi madre. Informaba a alguien de que con las quemaduras la mayor preocupación no es la carne dañada, sino la infección.

—¡Luke! —exclamé—. ¡No! ¡No metas la pierna!

Continuó gateando hacia el cubo sin hacerme caso. La expresión fría de sus ojos indicaba que no le importaba nada salvo el fuego que le quemaba la pierna de tal modo que le ardía el cerebro. Actué con rapidez. Empujé el cubo y una enorme masa de agua ondeó sobre la hierba como una ola. Luke emitió un ruido gorgoteante, como si se ahogara.

Corrí a la cocina a buscar las bolsas de la basura que poníamos en el cubo, abrí una y ordené a Luke que introdujera en ella la pierna. No se movió, pero me permitió cubrirle la carne desollada. Enderecé el cubo y metí la manguera en él. Mientras se llenaba ayudé a mi hermano a mantener el equilibrio sobre un pie y a deslizar la pierna quemada, envuelta en plástico negro, en el interior del cubo de la basura. El aire de la tarde era sofocante; el agua se calentaría enseguida; eché dentro la bolsa de hielo.

Al cabo de un ratito —veinte minutos, quince quizá—, Luke pareció recuperar la cordura y la calma y estar en condiciones de mantenerse erguido sin ayuda. El cubo de la basura se encontraba en el centro mismo del césped, a tres metros de la sombra, y el sol de la tarde se dejaba sentir con fuerza. Lleno de agua pesaba demasiado, por lo que yo no podía moverlo, y Luke se negaba a sacar la pierna ni siquiera un minuto. Fui a buscar el sombrero de

paja que la abuela nos había regalado en Arizona. Como a Luke seguían castañeteándole los dientes, le llevé también una manta de lana. Y así se quedó, con un sombrero en la cabeza, una manta de lana sobre los hombros y la pierna metida en un cubo de la basura. Su aspecto estaba a medio camino entre el de un indigente y el de un veraneante.

El sol calentó el agua y Luke empezó a moverse incómodo. Fui otra vez al congelador horizontal, pero ya no quedaba hielo, tan solo una docena de bolsas de verdura, que arrojé al cubo. El resultado fue una sopa turbia con guisantes y pedacitos de zanahoria.

Al rato —no sé cuánto tiempo transcurrió— se presentó mi padre, demacrado y con gesto de desaliento. Luke, tranquilo por fin, descansaba, en la medida en que podía descansar de pie. Papá lo trasladó con el cubo a la sombra porque, a pesar del sombrero, el sol le había quemado las manos y los brazos, que habían enrojecido. Papá dijo que lo mejor era dejar la pierna donde estaba hasta que regresara nuestra madre.

El coche de mi madre apareció en la carretera en torno a las seis. Cuando subía por la colina salí a su encuentro para contarle lo sucedido. Se apresuró a ir donde estaba Luke y le pidió que le enseñara la pierna, por lo que mi hermano la sacó goteando. El plástico se había adherido a la quemadura. Mi madre dijo que no quería desgarrar el frágil tejido de la herida, por lo que cortó la bolsa despacio, con sumo cuidado, hasta dejar la pierna a la vista. Había poca sangre y aún menos ampollas, puesto que ambas necesitan piel y a Luke le quedaba muy poca. El rostro de mi madre adquirió un tono amarillo grisáceo, pero no perdió la calma. Cerró los ojos y cruzó los dedos para preguntar en voz alta si la herida se había infectado. Clic clic clic.

—Esta vez has tenido suerte, Tara —me dijo—. ¿Cómo se te ocurre meter una quemadura en un cubo de la basura?

Papá llevó a Luke a casa y mi madre fue a buscar el escalpelo. Pasaron las

últimas horas de la tarde arrancando la carne muerta. Mi hermano intentaba no gritar, pero exhalaba grandes bocanadas de aire y le rodaban lágrimas por las mejillas cuando le levantaban y estiraban fragmentos de piel para ver dónde terminaba la carne muerta y empezaba la viva.

Mi madre le aplicó en la pierna un ungüento de gordolobo y consuelda, receta suya. Aunque se le daban bien las quemaduras —eran su especialidad—, yo la notaba preocupada. Dijo que nunca había visto ninguna tan grave como la de Luke. Que no sabía qué sucedería.

Mi madre y yo pasamos la primera noche a la cabecera de Luke, que deliraba por la fiebre y el dolor y apenas durmió. Para bajar la fiebre le poníamos hielo en la cara y el pecho; para aliviar el dolor le dábamos lobelia, verbena y escutelaria. Era otra receta de mi madre. Después de caerme del contenedor de chatarra había tomado esa preparación para aplacar el dolor pulsátil de la pierna mientras esperaba a que se cerrara el corte, pero, por lo que a mí respectaba, no tenía el menor efecto.

Aunque consideraba que los fármacos convencionales eran abominaciones a Dios, si aquella noche hubiera tenido morfina se la habría dado a Luke. El dolor no le dejaba respirar. Incorporado en la cama, de modo que las gotas de sudor de la frente le caían en el pecho, contenía el aliento hasta que se ponía rojo y luego morado, como si privar de oxígeno al cerebro fuera lo único que le permitiría aguantar los siguientes minutos. Cuando el dolor de los pulmones superaba al de la quemadura, expelía el aire en un enorme grito jadeante: un alarido de alivio por los pulmones, de sufrimiento por la pierna.

La segunda noche lo cuidé sola para que mi madre descansara y dormí a medias. Me despertaba con los primeros ruidos de agitación, con el menor movimiento, para ir a buscar el hielo y las tinturas antes de que Luke

recobrar por completo el conocimiento y el dolor se apoderase de él. La tercera noche lo atendió mi madre y yo me quedé junto a la puerta, desde donde oía los jadeos de mi hermano y observaba cómo lo velaba mi madre, que tenía el rostro demacrado y los ojos hinchados de preocupación y agotamiento.

Cuando me dormí, soñé. Soñé con el fuego que no había visto. Soñé que era yo quien yacía en aquella cama con el cuerpo envuelto en vendas flojas, momificado. Mi madre, arrodillada en el suelo, me apretaba la mano embadurnada igual que se la apretaba a Luke, me tocaba la frente, rezaba.

Luke no fue a la iglesia aquel domingo, ni al siguiente, ni al otro. Papá nos ordenó decir que estaba enfermo. Nos advirtió de que habría problemas si el Gobierno se enteraba del accidente, que los federales se nos llevarían a nosotros, los críos. Que ingresarían a Luke en un hospital, donde se le infectaría la pierna y moriría.

A las tres semanas del fuego, mi madre anunció que la piel del borde de la quemadura empezaba a regenerarse y que abrigaba esperanzas incluso respecto a las partes en peor estado. Luke ya se sentaba, y al cabo de una semana, con la llegada de los primeros fríos, podía permanecer un ratito de pie con la ayuda de muletas. Poco después caminaba ruidosamente por la casa, flaco como un espárrago, y zampaba grandes cantidades de comida para recuperar el peso perdido. Por entonces el cordel se había convertido en una leyenda de la familia.

—Un hombre debe tener un buen cinturón —afirmó papá mientras desayunábamos el día en que Luke ya se encontraba lo bastante recuperado para volver al desguace. Le tendió un cinto de cuero con hebilla de acero.

—Luke no —intervino Richard—. Él prefiere un cordel. Ya sabes lo moderno que es.

Luke sonrió.

—La belleza lo es todo —dijo.

Durante dieciocho años no reflexioné ni una sola vez sobre aquel día, ni siquiera de manera indagatoria. Las escasas ocasiones en que los recuerdos me retrotraían a aquella tarde tórrida, lo primero que evocaba era el cinturón. «Luke, amigo loco —pensaba—, me pregunto si todavía llevarás un cordel.»

Ahora, con veintinueve años, me siento a escribir, a reconstruir el incidente a partir de los ecos y gritos de una memoria fatigada. Lo anoto deprisa. Al llegar al final vacilo. Hay una incongruencia, un fantasma en el relato.

Lo leo. Vuelvo a leerlo. Ya lo tengo.

¿Quién apagó el fuego?

Una voz aletargada desde hace tiempo responde: «Papá».

Sin embargo, Luke se encontraba solo cuando lo vi. Si mi padre hubiera estado con él en la montaña, lo habría llevado a casa, le habría curado la quemadura. Había ido a realizar algún trabajo y por eso Luke tuvo que bajar solo. Por eso le curó una niña de diez años. Por eso acabó con la pierna en un cubo de la basura.

Decido preguntar a Richard. Es mayor que yo, y su memoria, mejor que la mía. Además, según las últimas noticias, Luke ya no tiene teléfono.

Le llamo. Lo primero que recuerda Richard es el cordel, al que, fiel a su carácter, denomina «aparejo de atar pacas». A continuación recuerda la gasolina derramada. Le pregunto cómo logró Luke apagar el fuego y bajar de la montaña, puesto que estaba conmocionado cuando lo vi. Papá se encontraba con él, afirma Richard sin vacilar.

Bien.

Entonces ¿por qué no fue papá a casa?

Richard responde: porque Luke había corrido entre la maleza, que había

empezado a arder. Acuérdate de aquel verano. Seco, abrasador. No puedes ir provocando incendios forestales en una región agrícola durante un verano seco. Por eso papá subió a Luke al camión y lo mandó a casa, con nuestra madre. Solo que ella no estaba.

Bien.

Le di vueltas durante unos días antes de ponerme a escribir otra vez. Papá está al principio..., con sus chistes divertidos sobre socialistas, perros y tejados que impiden que los progresistas se ahoguen. Luego se va a la montaña con Luke, mi madre se marcha y yo abro el grifo para llenar el fregadero. De nuevo. Parece como si lo hiciera por tercera vez.

En la montaña ocurre algo. Aunque solo puedo imaginarlo, lo visualizo con claridad, con mayor nitidez que si se tratara de un recuerdo. Los coches esperan apilados, con el depósito de gasolina reventado y vacío. Mi padre señala una torre de vehículos y dice: «Luke, quítales el depósito a esos, ¿vale?». Y mi hermano responde: «Claro, papá». Apoya el soplete en la cadera y golpea el pedernal. Surgen llamas y prenden en él. Grita, manipula el cordel, vuelve a gritar y sale corriendo entre la hierba.

Papá va tras él y le ordena que se detenga. Luke no le obedece, probablemente por primera vez en su vida. Mi hermano es rápido pero mi padre es listo. Ataja por una pirámide de coches, lo agarra y lo tira al suelo.

No logro visualizar qué sucede a continuación, pues nadie me ha contado cómo apagó papá el fuego de la pierna de Luke. De pronto aflora un recuerdo—de aquella noche en la cocina: papá se encoge de dolor mientras mi madre le aplica el ungüento en las manos, rojas y cubiertas de ampollas— y entonces deduzco lo que debió de hacer.

Luke ya no está en llamas.

Intento imaginar el momento de la decisión. Mi padre mira la maleza, que arde deprisa, sedienta de llamas en aquel calor trémulo. Mira a su hijo. Piensa

que si consigue sofocarlas mientras aún sean pequeñas tal vez logre impedir un incendio arrasador, quizá logre salvar la casa.

Luke parece lúcido. Su cerebro aún no ha asimilado lo sucedido; el dolor todavía no ha empezado. «Dios proveerá —supongo que piensa papá—. El Señor lo ha dejado consciente.»

Lo imagino rezando en voz alta con los ojos hacia el cielo mientras lleva a su hijo al camión y lo acomoda en el asiento del conductor. Pone la primera y el vehículo empieza a avanzar. Alcanza una buena velocidad y Luke tiene las manos en el volante. Papá salta del vehículo en marcha, rueda por la tierra dura y corre hacia la maleza envuelta en llamas, que se han extendido y se han vuelto más altas. «Dios proveerá», salmodia, y se quita la camisa para sofocar el fuego.[3]

Pequeñas ramerás

Quería escapar del desguace y solo había una forma de conseguirlo, la que había utilizado Audrey: encontrar un empleo para no estar en casa cuando papá reuniera a su cuadrilla. El problema era que tenía once años.

Recorrí en bicicleta el kilómetro y medio que nos separaba del centro polvoriento de nuestro pueblo. No había mucho que ver: una iglesia, una oficina de correos y una gasolinera llamada Papa Jay's. Entré en la oficina de correos. Atendía el mostrador una señora mayor que yo sabía que se llamaba Myrna Moyle, porque Myrna y su marido, Jay (Papa Jay), eran los dueños de la gasolinera. Habían estado detrás de la ordenanza municipal que limitaba a dos el número de perros por familia. Habían propuesto otras ordenanzas, y los domingos, al volver de la iglesia, mi padre despotricaba contra Myrna y Jay Moyle y decía a gritos que eran de Monterey, de Seattle o de donde fuera y que creían que podían imponer el socialismo de la Costa Oeste a las buenas gentes de Idaho.

Pedí permiso a Myrna para colgar una tarjeta en el tablón. Me preguntó para qué era. Le respondí que buscaba trabajo como canguro.

—¿A qué horas estás disponible?

—A cualquier hora, a todas horas.

—¿Quieres decir al salir del colegio?

—Quiero decir a todas horas.

Myrna me miró y ladeó la cabeza.

—Mi hija Mary necesita a alguien que le cuide a la pequeña. Hablaré con ella.

Mary impartía clases de enfermería, lo que según mi padre representaba el máximo grado de lavado de cerebro posible: trabajar al mismo tiempo para la medicina oficial y para el Gobierno. Pensé que quizá me prohibiera trabajar para ella, pero me equivocaba, y empecé a cuidar a la hija de Mary los lunes, miércoles y viernes por la mañana. Mary tenía una amiga llamada Eve, que necesitaba una niñera para sus tres hijos los martes y los jueves.

A un kilómetro y medio de nosotros un tal Randy llevaba desde casa una empresa de venta de anacardos, almendras y nueces de macadamia. Una tarde pasó por la oficina de correos y charlando con Myrna le contó que estaba harto de preparar las cajas, que le gustaría contratar a algunos críos, pero que todos estaban ocupados con el fútbol y la banda de música.

—En este pueblo hay al menos una cría que no lo está —comentó Myrna—. Y creo que estaría más que interesada.

Señaló mi tarjeta y poco después yo trabajaba de niñera de lunes a viernes, de ocho a doce, y luego iba a casa de Randy a envasar anacardos hasta la hora de la cena. Aunque no me pagaban mucho, me parecía un montón porque nunca había cobrado nada.

En la iglesia decían que Mary tocaba el piano de maravilla. Utilizaban la palabra «profesional». No supe lo que significaba hasta un domingo en que interpretó un solo para los feligreses. La música me dejó sin aliento. Había oído ese instrumento innumerables veces como acompañamiento de los himnos religiosos, pero cuando Mary lo tocó, el sonido no guardó el menor parecido con aquel aporreo informe. Era líquido, era etéreo. Era piedra y, a continuación, viento.

Al día siguiente, cuando Mary regresó de la facultad, le pedí que me diera

clases en lugar de dinero. Se sentó en el taburete del piano y me enseñó unos ejercicios de digitación. Después me preguntó qué más estudiaba aparte de piano. Papá me había indicado lo que debía responder si alguien se interesaba por mi escolarización.

—Hago clase todos los días.

—¿Ves a otros niños? ¿Tienes amigos?

—Claro.

Mary reanudó la lección. Cuando acabamos y me disponía a marcharme, me dijo:

—Mi hermana Caroline enseña danza los miércoles en la trastienda de Papa Jay's. Van muchas niñas de tu edad. Podrías apuntarte.

Ese miércoles salí temprano de casa de Randy y me dirigí en bicicleta a la gasolinera. Llevaba pantalones vaqueros, una camiseta gris muy ancha y botas de seguridad; las otras niñas llevaban mallas negras, faldas vaporosas de tela brillante, medias blancas y minúsculas zapatillas de ballet color chicle. Caroline era más joven que Mary. Lucía un maquillaje impecable y unos aros de oro que destellaban entre los rizos castaños.

Nos mandó ponernos en fila y nos enseñó un ejercicio breve. En un radiocasete colocado en un rincón sonó una canción. Yo nunca la había oído pero las otras niñas la conocían. Miré nuestro reflejo en el espejo, a mis doce compañeras, impecables y relucientes, que ejecutaban piruetas nebulosas en negro, blanco y rosa. Y me miré a mí, ancha y gris.

Al terminar la clase Caroline me aconsejó que me comprara unas mallas y zapatillas de ballet.

—No puedo —le dije.

—Ah. —Se quedó cortada—. A lo mejor alguna compañera puede prestarte unas.

No me había entendido. Había interpretado que no tenía dinero.

—No son decorosas —aclaré.

Abrió los labios en un gesto de sorpresa. «Estos Moyle californianos...», pensé.

—No puedes bailar con botas. Hablaré con tu madre.

Al cabo de unos días mi madre condujo sesenta y cinco kilómetros para llevarme a una tienda pequeña con los estantes repletos de zapatillas exóticas y trajes acrílicos extravagantes. Ni uno solo era decoroso. Fue derecha al mostrador y pidió a la dependienta unas mallas negras, medias blancas y zapatillas de baile.

—Guárdalas en tu habitación —me dijo cuando salimos de la tienda.

No hizo falta que añadiera nada más. Entendí bien que no debía enseñarle las mallas a papá.

Aquel miércoles me puse las medias, las mallas y, encima, la camiseta gris, que me llegaba casi a las rodillas. Aun así, me daba vergüenza que se me viera tanta pierna. Mi padre afirmaba que una mujer honesta nunca enseña más arriba del tobillo.

Aunque las otras niñas apenas hablaban conmigo, me encantaba estar con ellas. Me encantaba la sensación de conformidad. Aprender ballet era como aprender a formar parte de un grupo. Memorizaba los movimientos y de ese modo entraba en sus mentes: ejecutaba un arabesco al mismo tiempo que ellas; estiraba los brazos hacia arriba cuando ellas lo hacían. En ocasiones miraba al espejo y veía girar la maraña de nuestros cuerpos sin distinguirme de inmediato entre las demás. No importaba que llevara una camiseta gris, ser un pato entre cisnes; nos movíamos juntas, en una sola bandada.

Empezamos los ensayos de la función de Navidad y Caroline llamó a mi madre para hablar de la ropa.

—¿Cómo de larga será la falda? —preguntó mi madre—. ¿Y transparente? No, eso no es posible.

Oí a Caroline decir algo sobre las prendas que las otras niñas de la clase querían llevar.

—Tara no puede ponerse eso —replicó mi madre—. Si las otras quieren vestirse así, se quedará en casa.

El miércoles siguiente a la llamada de Caroline llegué a Papa Jay's unos minutos antes de la hora. La clase de las pequeñas acababa de terminar y la tienda estaba atestada de niñas de seis años que se meneaban delante de sus madres con sombreros de terciopelo y faldas recamadas de destellantes lentejuelas color escarlata. Las vi contonearse y brincar por los pasillos con las piernas cubiertas solo con medias transparentes. Me parecieron pequeñas rameritas.

Llegó el resto de mi clase. Al ver los atuendos entraron corriendo en el estudio para saber qué les había preparado Caroline. La encontraron junto a una caja de cartón llena de anchas sudaderas grises. Empezó a repartirlas.

—¡Aquí está vuestro vestuario!

Las niñas levantaron las sudaderas y arquearon las cejas con incredulidad. Esperaban gasa y cintas, no ropa deportiva de Fruit of the Loom. Caroline les había cosido en la pechera unos enormes Papás Noel bordeados de purpurina con la intención de que resultaran más atractivas, pero solo había conseguido que el triste algodón pareciera aún más triste.

Mi madre no informó de la función a papá, y yo tampoco. No le invité a asistir. En mí actuaba un instinto, una intuición adquirida. El día del espectáculo mi madre le comentó que yo tenía «algo» esa noche. Papá le planteó muchas preguntas, lo que pilló por sorpresa a mi madre, que al cabo de unos minutos admitió que se trataba de una actuación de danza. Cuando le contó que Caroline Moyle me había dado clases, papá hizo una mueca y, en vez de hablar una vez más del socialismo de California como yo esperaba, cogió el abrigo y nos encaminamos al coche los tres.

La función tenía lugar en la iglesia, adonde había acudido todo el mundo con voluminosas cámaras de fotografía y vídeo que disparaban el flash. Me cambié de ropa en la misma sala donde recibía las clases de la escuela dominical. Las otras niñas charlaban animadas. Me puse la sudadera e intenté dar de sí la tela un poco más. Todavía tironeaba del bajo cuando nos pusimos en fila en el escenario.

Sonó música de un estéreo colocado sobre el piano y empezamos a bailar. Dimos por orden unos pasos de claqué y a continuación teníamos que saltar, estirar los brazos hacia arriba y girar. Me quedé con los pies pegados al suelo. No levanté los brazos por encima de la cabeza, sino solo hasta los hombros. Cuando las otras niñas se agacharon para dar una palmada en el suelo, me incliné hacia delante; acto seguido teníamos que hacer una rueda lateral y yo me limité a balancearme, pues me negaba a que la gravedad actuara y me bajara la sudadera de modo que se me viera más pierna.

La música cesó. Mis compañeras me fulminaron con la mirada cuando salimos del escenario —había arruinado la actuación—, pero yo apenas las veía. En aquella sala solo había una persona que me parecía real, y era mi padre. Escudriñé al público y no me costó localizarlo. Estaba al fondo, de pie, con el destello de las luces del escenario en sus gafas cuadradas. Tenía una expresión acartonada, impasible, en la que sin embargo percibí ira.

Solo nos separaba un kilómetro y medio de casa; me parecieron cien. Sentada en el asiento trasero, oí gritar a papá. ¿Cómo me había permitido mi madre pecar tan a las claras? ¿Por eso no le había hablado de la función? Mi madre le escuchó mordiéndose los labios y al cabo de unos instantes levantó los brazos y dijo que no tenía ni idea de que el vestuario sería tan indecoroso. «¡Estoy furiosa con Caroline Moyle!», afirmó.

Me incliné para verle la cara y deseé que me mirara y captara la pregunta que le formulaba mentalmente, puesto que no entendía nada de nada. Sabía

que no estaba furiosa con Caroline, pues mi madre había visto la sudadera hacía unos días. Incluso la había telefoneado para darle las gracias por elegir un traje que pudiera ponerme. Mi madre volvió la cabeza hacia la ventanilla.

Clavé la vista en las canas de papá. Mi padre escuchaba en silencio a mi madre, que pasó a insultar a Caroline y afirmó que el vestuario era escandaloso, obsceno. Él asentía mientras subíamos dando botes por el camino helado, y se mostraba menos enfadado con cada palabra que la oía pronunciar.

El sermón de mi padre ocupó el resto de la noche. Dijo que la clase de Caroline era uno de los engaños de Satanás, como la escuela pública, porque parecía una cosa y en realidad era otra. Parecía que enseñaba a bailar, cuando en verdad enseñaba la impudicia y la promiscuidad. Satanás era astuto, aseguró. Llamándolo «danza» había convencido a mormones buenos de que aceptaran ver a sus hijas saltar como rameras en la casa del Señor. Eso fue lo que más le ofendió: que aquel espectáculo lascivo se hubiera celebrado en una iglesia.

Cuando quedó agotado y se fue a la cama, me deslicé bajo las mantas y fijé la vista en la oscuridad. Alguien llamó con los nudillos a la puerta. Era mi madre.

—Tendría que haberlo sospechado —dijo—. Tendría que haberme dado cuenta de lo que en realidad eran esas clases.

Después de la función mi madre debió de sentirse culpable, porque durante las semanas siguientes trató de encontrarme alguna actividad que pudiera realizar, que papá no prohibiera. Se había fijado en las horas que pasaba en mi habitación escuchando el Coro del Tabernáculo Mormón en el radiocasete de Tyler, por lo que empezó a buscar una profesora de canto. Tardó varias

semanas en encontrar una, y varias más en convencerla de que me aceptara. Las clases, mucho más caras que las de danza, las pagó mi madre con el dinero que ganaba vendiendo aceites.

La profesora, alta y delgada, tenía las uñas tan largas que repiqueteaban cuando sus dedos recorrían el teclado. Me enderezaba la postura tirándome del pelo de la nuca hasta que yo levantaba la barbilla. Me mandaba tumbarme en el suelo y me pisaba el estómago para fortalecer el diafragma. Obsesionada con el equilibrio, a menudo me golpeaba las rodillas para recordarme que debía erguirme, ocupar mi propio espacio.

Tras unas cuantas clases me consideró preparada para cantar en la iglesia. Ya lo había concertado, anunció. Aquel domingo yo interpretaría un himno ante los feligreses.

Los días volaron, como ocurre cuando tememos algo. El domingo por la mañana subí al púlpito y miré el rostro de los fieles. Estaban Myrna y Papa Jay, y detrás de ellos Mary y Caroline. Parecían compadecerse de mí, como si creyeran que iba a hacer el ridículo.

Mi madre tocó la introducción. La música se interrumpió; había llegado el momento de cantar. En aquel instante podrían haberme asaltado varios pensamientos. Podría haber pensado en mi profesora y en sus técnicas: postura erguida, espalda recta, mandíbula relajada. En cambio, me acordé de Tyler, de cuando me quedaba tumbaba en la moqueta al lado de su escritorio, con la vista fija en sus calcetines de lana, mientras el Coro del Tabernáculo Mormón cantaba y hacía gorgoritos. Gracias a mi hermano tenía sus voces en la cabeza, y para mí no había nada más bello que ese sonido, aparte de Buck's Peak.

Mi madre tenía los dedos suspendidos sobre el teclado. La pausa empezaba a resultar violenta; los feligreses se movían incómodos. Me acordé de las voces, de sus insólitas contradicciones: conseguían que el sonido flotara en el

aire y que fuera suave como un viento cálido y, al mismo tiempo, tan penetrante que traspasaba. Traté de llegar a esas voces, las busqué en mi mente..., y di con ellas. Nada me había parecido nunca tan natural; fue como si «pensara» el sonido y, al pensarlo, lo creara. Por primera vez la realidad se sometía a mi pensamiento.

La canción terminó y volví a nuestro banco. Rezamos al final del oficio y todos corrieron hacia mí. Mujeres con estampados florales me sonrieron y me apretaron la mano; hombres con trajes negros anticuados me dieron palmaditas en el hombro. La directora del coro me invitó a incorporarme al grupo, el hermano Davis me pidió que cantara para el Rotary Club, y el obispo —el equivalente mormón del pastor protestante— dijo que le gustaría que interpretara el himno en un funeral. Respondí sí a los tres.

Papá sonrió a todo el mundo. Pese a que en la iglesia había pocas personas a las que no hubiera tildado de infieles —por ir al médico o por llevar a los hijos a una escuela pública—, aquel día pareció olvidarse del socialismo de California y de los Illuminati. Permaneció a mi lado, con una mano sobre mi hombro, para aceptar con afabilidad los elogios. «Somos muy dichosos —decía—. Muy dichosos.» Papa Jay cruzó la capilla y se detuvo delante de nuestro banco. Afirmó que yo cantaba como un ángel de Dios. Papá se lo quedó mirando. De repente le brillaron los ojos y le estrechó la mano como si fueran viejos amigos.

Nunca había visto ese aspecto de mi padre, pero en el futuro lo vería en innumerables ocasiones: cada vez que cantara. Por muchas horas que hubiera trabajado en el desguace, jamás estaba tan cansado que no quisiera conducir hasta la otra punta del valle para oírme. Por muy grande que fuera su animadversión hacia socialistas como Papa Jay, nunca era tan grande para que, al oírlos alabar mi voz, le impidiera dejar a un lado su formidable batalla contra los Illuminati durante el tiempo necesario para decir: «Sí, Dios nos ha

bendecido, somos muy dichosos». Era como si al oírme cantar se olvidara por un momento de que el mundo era un lugar aterrador, que podía corromperme; de que había que tenerme a buen recaudo, protegida, en casa. Quería que mi voz se oyera.

El teatro de la ciudad montaba una obra, *Annie*, y mi profesora aseguró que el director me daría el papel principal si me oía cantar. Mi madre me advirtió de que no me hiciera demasiadas ilusiones. Dijo que no podíamos permitirnos el lujo de recorrer veinte kilómetros cuatro noches a la semana para participar en los ensayos y que, aunque pudiéramos permitirnoslo, papá no me dejaría estar sola en la ciudad, con quién sabía qué clase de gente.

Practiqué los temas de todos modos porque me gustaban. Una tarde, cantaba «El sol brillará mañana» en mi habitación cuando papá llegó para cenar. Masticó en silencio el pastel de carne y me escuchó.

—Conseguiré el dinero —le dijo a mi madre cuando se acostaron por la noche—. Llévala a la audición.

Perfecto en Sus generaciones

El verano en que interpreté a la protagonista de *Annie* fue el de 1999. Mi padre se preparaba en serio. Desde que yo tenía cinco años y habían sitiado a los Weaver, no había estado tan seguro de que se avecinaban los Días de Abominación.

Él lo llamaba el Y2K. Según decía, el 1 de enero fallarían los sistemas informáticos de todo el planeta. No habría electricidad ni teléfonos. Nos sumiríamos en el caos, antesala del Segundo Advenimiento de Cristo.

—¿Cómo sabes que será ese día? —le pregunté.

Papá me contó que el Gobierno había programado los ordenadores con fechas de seis dígitos, es decir, que al año le correspondían dos.

—Cuando el nueve-nueve se convierta en cero-cero, los ordenadores no sabrán qué año es. Se apagarán.

—¿No pueden arreglarlo?

—No, imposible. El hombre confió en su fuerza, y su fuerza era débil.

En la iglesia advirtió a todos del Y2K. Aconsejó a Papa Jay que consiguiera candados recios para la gasolinera y quizá también armas defensivas. «La tienda será lo primero que saqueen con la hambruna», aseguró. Al hermano Mumford le dijo que todos los hombres buenos debían tener una provisión de comida, gasolina, armas y oro para diez años como mínimo. El hermano Mumford se limitó a lanzar un silbido. «No podemos ser

todos tan buenos como tú, Gene —le respondió—. ¡Algunos somos pecadores!» Nadie hizo caso. Siguieron con su vida bajo el sol estival.

Entretanto mi familia hervía y pelaba melocotones, deshuesaba albaricoques y trituraba manzanas hasta convertirlas en puré. Todo se cocía en la olla a presión, se envasaba en tarros herméticos, se etiquetaba y se almacenaba en una despensa que papá había cavado en el campo, con la entrada oculta por un montículo; nos avisó de que no reveláramos a nadie dónde estaba.

Una tarde se subió a la excavadora y abrió un hoyo cerca del establo viejo. Con la carretilla elevadora introdujo en él un depósito con capacidad para tres mil ochocientos litros, después tapó el agujero con la pala y sobre la tierra removida plantó con sumo cuidado ortigas y cerrajas para que al crecer ocultaran el depósito. Mientras trabajaba con la pala silbaba «I Feel Pretty» de *West Side Story*. Llevaba el sombrero echado hacia atrás y lucía una sonrisa radiante.

—Cuando llegue El Final solo nosotros tendremos gasolina —aseguró—. Iremos en coche mientras los demás van corriendo. Incluso haremos un viaje a Utah para ir a buscar a Tyler.

Casi todas las noches ensayaba en el Worm Creek Opera House, un teatro en muy mal estado situado junto al único semáforo de la ciudad. La obra era otro mundo. Nadie hablaba del Y2K.

Las interacciones personales en el Worm Creek no tenían nada que ver con las que yo veía en mi familia. Me había relacionado con otras personas, naturalmente, pero eran iguales que nosotros: mujeres que contrataban a mi madre para que las atendiera en el parto o que acudían a ella en busca de hierbas medicinales porque no eran partidarias de la medicina oficial. Solo

tenía una amiga, Jessica. Hacía unos años papá había convencido a sus padres, Rob y Diane, de que las escuelas públicas eran poco más que programas gubernamentales de propaganda, y desde entonces la tenían en casa. Antes de que sus padres la sacaran de la escuela, Jessica era una «de ellos» y no le dirigí la palabra ni una sola vez; después se convirtió en una «de los nuestros». Los niños corrientes la excluyeron de sus juegos y solo le quedé yo.

No había aprendido a hablar con quienes no eran como nosotros, es decir, con quienes iban a la escuela y al médico. Con quienes no se preparaban a diario para el Fin del Mundo. En el Worm Creek había mucha gente de ese tipo, y sus palabras parecían extraídas de otra realidad. Esa sensación tuve la primera vez que el director de la obra se dirigió a mí: la de que me hablaba desde otra dimensión.

—Ve a por F. D. R. —se limitó a decir.

No me moví.

Volvió a probar.

—El presidente Roosevelt. F. D. R.

—¿Es como una máquina de JCB? —le pregunté—. ¿Necesita una carretilla elevadora?

Todos se echaron a reír.

En los ensayos me sentaba sola y fingía estudiar mi carpeta negra aunque ya me sabía de memoria todas mis frases. Cuando me tocaba salir al escenario recitaba los parlamentos en voz alta y sin titubeos. Eso me proporcionaba una especie de seguridad en mí misma. Si bien yo no tenía nada que decir, al menos Annie sí hablaba.

Una semana antes del estreno mi madre me tiñó el pelo, que pasó de castaño a rojo cereza. El director dijo que había quedado perfecto y que solo me faltaba reunir mi vestuario antes del ensayo general del sábado.

En el sótano encontré un jersey de punto enorme, manchado y agujereado, y un vestido azul muy feo que mi madre puso en lejía hasta que se volvió de un marrón desvaído. El vestido era ideal para una huérfana, y me alivió ver lo fácil que había sido encontrar mi vestuario, hasta que recordé que en el segundo acto Annie lleva vestidos preciosos, regalo del señor Warbucks. Yo no tenía ninguno.

Mi madre puso cara larga cuando se lo dije. Recorrimos ciento cincuenta kilómetros deteniéndonos en cada tienda de segunda mano que veíamos y no encontramos nada. En el aparcamiento de la última mi madre frunció los labios antes de decir:

—Hay otro sitio donde podemos probar suerte.

Nos dirigimos a casa de mi tía Angie y estacionamos delante de la valla que compartía con la abuela. Mi madre llamó a la puerta con los nudillos, retrocedió un par de pasos y se alisó el pelo. Angie se sorprendió al vernos — mi madre casi nunca visitaba a su hermana—, pero nos sonrió con afecto y nos invitó a entrar. La sala de estar me recordó los vestíbulos de hotel lujosos que había visto en las películas, con mucho encaje y seda. Mi madre y yo nos sentamos en un sofá de capitoné color rosa pálido y ella explicó el motivo de nuestra presencia. Angie dijo que su hija tenía unos vestidos que tal vez me sirvieran.

Mi madre aguardó en el sofá rosa mientras Angie subía conmigo a la habitación de su hija y me enseñaba un montón de vestidos, todos tan elegantes, con encajes tan elaborados y lazos anudados con tanta delicadeza, que al principio me dio miedo tocarlos. Angie me ayudó a probármelos: ató los cintos, abrochó los botones, ahuecó los lazos.

—Deberías llevarte este —me aconsejó tendiéndome uno azul marino con cordones blancos trenzados que cruzaban el canesú—. La abuela le cosió estos detalles.

Me lo llevé, junto con otro de terciopelo rojo y cuello de encaje blanco, y regresé a casa con mi madre.

Al cabo de una semana se estrenó la obra. Mi padre se sentó en la primera fila. Al finalizar la función fue derecho a la taquilla y compró entradas para la noche siguiente. Aquel domingo no habló de nada más en la iglesia. Ni de médicos, ni de Illuminati, ni de Y2K. Solo del musical que se representaba en la ciudad y que protagonizaba su hija pequeña.

No me prohibió que me presentara a una audición para la siguiente obra, ni para la que se programó después, pese a que le preocupaba que estuviera tanto tiempo fuera de casa. «A saber qué clase de devaneos tienen lugar en ese teatro —decía—. Seguro que es un antro de adúlteros y fornicadores.»

Sus sospechas se confirmaron cuando el director de la siguiente obra se divorció. Dijo que si no me había matriculado en la escuela pública en todos esos años no iba a consentir ahora que me corrompieran los escenarios. Después me llevó al ensayo. Casi todas las noches aseguraba que pondría fin a eso, que algún día se presentaría en el Worm Creek y me llevaría a rastras a casa. Sin embargo, cada vez que se estrenaba una obra, ahí estaba, en primera fila.

En ocasiones desempeñaba el papel de agente o mánager. Corregía mi técnica y proponía canciones para mi repertorio, e incluso me daba consejos sobre salud. Aquel invierno encadené una serie de amigdalitis que me impidieron cantar, y una noche mi padre me ordenó que me acercara y me escudriñó la boca abierta para ver las amígdalas.

—Las tienes hinchadas, sí señor. Del tamaño de albaricoques.

Al ver que mi madre no conseguía bajar la inflamación con equinácea y caléndula, papá propuso su propio remedio.

—La gente no lo sabe, pero el sol es el medicamento más potente. Por eso nadie tiene anginas en verano. —Asintió como si aprobara su propia lógica

—. Si tuviera unas anginas como las tuyas, saldría de casa todas las mañanas y me quedaría al sol con la boca abierta... para que los rayos me impregnaran durante media hora, más o menos. La hinchazón desaparecería en un periquete.

Él lo llamó tratamiento.

Lo seguí durante un mes.

Era incómodo estar con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás para que el sol me diera en la garganta. No aguantaba ni media hora. Las mandíbulas me dolían a los diez minutos y me quedaba medio helada, allí parada, en pleno invierno de Idaho. Tuve más amigdalitis y, siempre que mi padre me notaba un poco ronca, decía: «¿Qué esperabas? ¡No te he visto seguir el tratamiento en toda la semana!».

Lo vi por primera vez en el Worm Creek Opera House: un chico que se reía con un grupo de chavales de la escuela pública. Llevaba unos zapatones blancos, pantalones cortos de color caqui y una sonrisa amplia. No tenía ningún papel en la obra pero, como no había mucho que hacer en la ciudad, esa semana lo vi varias veces cuando fue a charlar con sus amigos. Una noche vagaba sola entre bastidores y, al doblar una esquina, me lo encontré sentado sobre un cajón de madera que era mi lugar favorito. El cajón estaba en una zona solitaria..., por eso me gustaba.

Se desplazó hacia la derecha para dejarme sitio. Me senté despacio, tensa, como si el asiento fuera de agujas.

—Me llamo Charles. —Hubo una pausa mientras esperaba a que dijera mi nombre, pero no despegué los labios—. Te vi en la última obra —añadió—. Quería decirte algo. —Me preparé, no sabía bien para qué—. Quería decirte que nunca he oído a nadie cantar mejor que tú.

Una tarde acabé de envasar nueces de macadamia y al regresar a casa encontré a papá y a Richard mirando una caja metálica grande que habían puesto sobre la mesa de la cocina. Montaron las piezas que contenía mientras mi madre y yo preparábamos un pastel de carne. Tardaron más de una hora, y al terminar se apartaron para mostrar lo que parecía un telescopio enorme de color verde militar, con el largo tubo asentado con firmeza en lo alto de un trípode ancho y bajo. Richard estaba tan entusiasmado que saltaba de un pie a otro al tiempo que enumeraba las características del aparato.

—¡Tiene un alcance de casi dos kilómetros! ¡Es capaz de derribar un helicóptero!

Papá permaneció callado, con los ojos brillantes.

—¿Qué es? —pregunté.

—Es un fusil de calibre cincuenta —respondió—. ¿Quieres probarlo?

Atisé por la mira telescópica, escudriñé la ladera de la montaña y situé en la retícula unos tallos de trigo que se divisaban a lo lejos.

Nos olvidamos del pastel de carne. Salimos en tromba. Ya se había puesto el sol; el horizonte estaba oscuro. Papá se agachó en el suelo helado, acercó el ojo a la mira y, después de lo que pareció una hora, apretó el gatillo. El estruendo fue ensordecedor. Yo me tapaba los oídos con las manos, pero las bajé tras el primer estampido y oí el eco del tiro en los barrancos. Papá disparó una y otra vez, por lo que los oídos me zumbaban cuando entramos en casa. Apenas si capté lo que respondió a mi pregunta de para qué era el arma.

—Seguridad.

La noche siguiente me tocaba ensayo en el Worm Creek. Encaramada en

mi cajón, escuchaba el monólogo que se recitaba en el escenario cuando Charles apareció y se sentó a mi lado.

—Tú no vas a la escuela. —No era una pregunta—. Tendrías que venir a cantar en el coro. Te gustaría.

—A lo mejor —dije, y él sonrió.

Unos amigos suyos aparecieron entre bastidores y lo llamaron. Se levantó y se despidió de mí, y observé cómo se acercaba a ellos. Me fijé en el desenfado con que bromeaban e imaginé una realidad alternativa en la que yo formaba parte del grupo. Imaginé que Charles me invitaba a su casa, a jugar o a ver una película, y me inundó una sensación de alegría. En cambio, cuando imaginé a Charles visitando Buck's Peak experimenté algo parecido al pánico. ¿Y si encontraba la despensa subterránea? ¿Y si descubría el depósito de gasolina? De pronto entendí, por fin, para qué era el fusil. Esa arma tan potente, con su alcance especial, que llegaba de la montaña al valle, permitiría establecer un perímetro de seguridad en torno a la casa, a nuestras provisiones, pues papá decía que nosotros iríamos en coche cuando los demás fueran corriendo. Que dispondríamos de comida cuando los demás estuvieran famélicos y se dedicaran al pillaje. Volví a imaginar a Charles subiendo por la colina en dirección a nuestra casa, y en mi imaginación yo me encontraba en la cima, observando su avance en la retícula de la mira telescópica.

La Navidad fue parca aquel año. No éramos pobres —a mi madre le iba bien el negocio y papá seguía con el desguace—, pero lo habíamos destinado todo a las provisiones.

Antes de la Navidad continuamos con los preparativos como si cada uno de nuestros actos, cada minúscula adición a nuestros almacenes, fuera a ser determinante para que sobreviviéramos o no; después de la Navidad

esperamos. «Cuando llegan los momentos de necesidad —dijo papá—, la hora de prepararse ya ha pasado.»

Los días transcurrieron despacio, y llegó el 31 de diciembre. Aunque papá se mostró sereno en el desayuno, bajo su tranquilidad percibí agitación y algo parecido al anhelo. Llevaba muchos años esperando, enterrando armas, almacenando comida y advirtiendo a los demás de que lo imitaran. Cuantos acudían a la iglesia habían leído las profecías; sabían que se avecinaban los Días de Abominación. Aun así, se habían burlado y reído de él. Esa noche se desquitaría.

Tras la cena estudió a Isaías durante unas horas. Alrededor de las diez cerró la Biblia y encendió el televisor. Era nuevo. El marido de la tía Angie trabajaba para una empresa de televisión por satélite y había ofrecido a papá una suscripción a buen precio. Nos costó creer que mi padre aceptara pero, visto en perspectiva, era propio de él pasar, en cuestión de días, de no querer televisión ni radio a comprar una por cable. Alguna vez me pregunté si había cedido aquel año en concreto porque sabía que todo se volatilizaría el 1 de enero. Quizá quiso ofrecernos una pequeña muestra del mundo antes de que desapareciera.

Su programa favorito era la serie *Los recién casados*, y aquella noche se emitió un especial en el que pasaron un episodio tras otro. Los vimos esperando El Final. Miré el reloj cada pocos minutos desde las diez hasta las once, y cada pocos segundos hasta la medianoche. Incluso papá, al que no perturbaba nada fuera de sí mismo, lo consultó a menudo.

Las 23.59.

Contuve la respiración. Dentro de un minuto todo se habrá esfumado, pensé.

Las 00.00. La televisión siguió sonando. Sus luces bailaban sobre la moqueta. Me pregunté si el reloj adelantaba. Fui a la cocina y abrí el grifo.

Teníamos agua. Papá estaba inmóvil, sin despegar los ojos de la pantalla. Volví al sofá.

Las 00.05.

¿Cuánto tardaría en cortarse la luz? ¿Había una reserva de electricidad que permitía que continuara funcionando esos minutos adicionales?

Los espectros en blanco y negro de Ralph y Alice Kramden discutían por un pastel de carne.

Las 00.10.

Aguardé a que la pantalla parpadeara y se apagara. Intentaba absorber ese último momento suntuoso, la luz de color amarillo intenso, el aire cálido que salía del calefactor. Añoraba la vida que había tenido y que perdería en cualquier momento, cuando el mundo cambiara y empezara a devorarse a sí mismo.

Cuanto más tiempo permanecía inmóvil, respirando hondo, tratando de aspirar el último aroma del mundo pecaminoso, más me contrariaba su persistente solidez. La fatiga sustituyó a la añoranza.

Pasada la una y media me fui a la cama. Al salir miré un momento a papá, su rostro petrificado, la luz del televisor que brincaba en sus gafas cuadradas. Era como si posara, sin agitación, sin incomodidad, como si hubiera una razón de lo más prosaica para explicar que estuviera solo, cerca de las dos de la madrugada, viendo cómo Ralph y Alice Kramden se preparaban para una fiesta de Navidad.

Me pareció más pequeño de lo que lo había visto aquella mañana. La decepción que reflejaban sus rasgos era tan infantil que por un momento me pregunté por qué Dios le había negado eso. A él, un siervo fiel, que sufría de buen grado, del mismo modo que Noé había sufrido de buen grado para construir el arca.

Pero Dios retuvo la lluvia.

Escudo de plumas

Que el 1 de enero amaneciera como cualquier otro día desmoralizó a papá. No volvió a mencionar el Y2K y se sumió en el desaliento. Por las noches se arrastraba del desguace a casa silencioso y decaído. Pasaba horas sentado ante el televisor, ensombrecido por un negro nubarrón.

Mi madre anunció que había llegado la hora de realizar otro viaje a Arizona. Como Luke se había ido de misionero de la iglesia, esta vez solo Richard, Audrey y yo nos apretujamos en la vieja furgoneta Chevy Astro que papá había reparado. Mi padre retiró los asientos, salvo los dos delanteros, para colocar un colchón de matrimonio; luego se subió a él y no se movió en todo el trayecto.

Como había ocurrido años antes, el sol de Arizona lo reanimó. Se empapaba de él tumbado en el duro cemento del porche mientras los demás leíamos o veíamos la televisión. A los pocos días empezó a mejorar y nos preparamos para las discusiones en que se enzarzaría con la abuela por las noches. En aquel entonces ella acudía a muchos médicos porque tenía cáncer de médula ósea.

—Esos médicos solo conseguirán que te mueras más deprisa —le dijo papá una tarde cuando la abuela regresó del consultorio.

Ella se negó a dejar la quimioterapia, pero preguntó a mi madre por los remedios de hierbas. Mi madre había llevado algunos consigo, con la

esperanza de que la abuela se interesara por ellos, y esta los probó: baños de pies con arcilla roja, tazas de infusión de perejil, que es amarga, tinturas de cola de caballo y de hortensia.

—Esas hierbas no te harán nada de nada —aseguró papá—. Las tisanas actúan por la fe. No puedes confiar en un médico y luego pedir al Señor que te cure.

La abuela no pronunció ni media palabra y se bebió la infusión de perejil.

Recuerdo que yo la observaba buscando señales de deterioro en su cuerpo. No aprecié ninguna. Seguía siendo una mujer de carnes prietas, invicta.

El resto de la estancia en Arizona se desdibuja en mi memoria, que me deja tan solo algunas instantáneas: mi madre aplicando remedios de la prueba muscular a la abuela; la abuela escuchando en silencio a papá; papá despatarrado fuera, con aquel calor seco.

Luego estoy en el porche de atrás, meciéndome con indolencia en la hamaca bajo la luz anaranjada del ocaso en el desierto, y Audrey aparece para anunciarme que nos vamos, que papá quiere que recojamos los bártulos. La abuela no da crédito.

—¿Después de lo que pasó la última vez? —exclama—. ¿Vais a volver a conducir toda la noche? ¿Y la tormenta?

Papá dice que nos adelantaremos a la tormenta. Mientras cargamos la furgoneta, la abuela camina de arriba abajo profiriendo palabrotas. Dice que mi padre no ha aprendido nada de nada.

Richard conduce las seis primeras horas. Yo voy tumbada en el colchón de atrás con mi padre y Audrey.

Son las tres de la madrugada y, a medida que recorremos Utah de sur a norte, el tiempo pasa del frío moderado y seco del desierto a los vendavales gélidos del invierno alpino. El hielo se apodera de la carretera. Copos de nieve se estrellan contra el parabrisas como insectos minúsculos, al principio

solo unos pocos, después tantos que la carretera desaparece. Seguimos adelante hacia el corazón de la tormenta. La furgoneta patina y da bandazos. Sopla un viento tan feroz que la vista al otro lado de la ventanilla es toda blanca. Richard estaciona en el arcén. Dice que no puede continuar.

Mi padre se pone al volante, Richard se desplaza al asiento de al lado y mi madre se tiende en el colchón con Audrey y conmigo. Papá se incorpora a la carretera y acelera enseguida, como para recalcar algo, hasta que dobla la velocidad de Richard.

—¿No tendríamos que ir un poco más despacio? —pregunta mi madre.

Papá sonríe.

—No conduzco más rápido de lo que vuelan nuestros ángeles.

La furgoneta sigue acelerando. Ochenta kilómetros por hora. Cien.

Richard, tenso, se agarra al apoyabrazos y los nudillos se le ponen blancos cada vez que los neumáticos patinan. Mi madre, tumbada de lado, con la cara junto a la mía, toma sorbitos de aire cada vez que la furgoneta derrapa, y contiene el aliento cuando papá rectifica y el vehículo vuelve a duras penas al carril. Está tan rígida que pienso que podría hacerse añicos. Mi cuerpo se tensa con el suyo; nos preparamos cien veces para el impacto.

Es un alivio que al final la furgoneta se salga de la carretera.

Me desperté en la oscuridad. Por la espalda me bajaba algo frío como el hielo. «¡Estamos en un lago!», pensé. Tenía encima algo que pesaba. El colchón. Intenté apartarlo de una patada y, al no conseguirlo, gateé por debajo de él y noté que mis manos y rodillas tocaban el techo de la furgoneta, que había volcado. Llegué a una ventanilla rota. Estaba cubierta de nieve. Entonces deduje que nos encontrábamos en un campo, no en un lago. Me deslicé entre los cristales destrozados y me puse en pie, vacilante. Me costaba

mantener el equilibrio. Miré alrededor y no vi a nadie. La furgoneta estaba vacía. Mi familia había desaparecido.

Rodeé dos veces el vehículo siniestrado antes de vislumbrar la silueta encorvada de papá a lo lejos, en una loma. Lo llamé y él llamó a los demás, que se habían desperdigado por el campo. Caminó hacia mí entre los ventisqueros y, cuando entró en el haz de luz de los faros hechos añicos, vi el tajo de quince centímetros que tenía en el antebrazo y la sangre que agujereaba la nieve.

Más tarde me contaron que había permanecido varios minutos inconsciente, oculta bajo el colchón. Me habían llamado a gritos. Al ver que no respondía creyeron que había salido despedida por la ventanilla rota, de modo que fueron en mi busca.

Todos volvieron a la furgoneta accidentada y la rodearon sin saber qué hacer, temblando de frío o del susto. No miramos a papá; no queríamos acusarlo.

Llegó la policía, y más tarde una ambulancia. Ignoro quién los avisó. No les conté que había perdido el conocimiento, pues temí que me llevaran al hospital. Me quedé sentada en el coche de la policía al lado de Richard, envuelta en una manta isotérmica como la que guardaba en la mochila «de huida a las montañas». Escuchamos la radio mientras los agentes preguntaban a papá por qué la furgoneta no estaba matriculada ni asegurada, y por qué había retirado los asientos y los cinturones de seguridad.

Como nos hallábamos lejos de Buck's Peak, los policías nos llevaron a la comisaría más cercana. Papá telefoneó a Tony, pero Tony trabajaba de camionero de larga distancia. A continuación probó con Shawn. No obtuvo respuesta. Más tarde nos enteraríamos de que Shawn se encontraba en la cárcel aquella noche por haber participado en una pelea.

Incapaz de localizar a sus hijos, papá llamó a Rob y Diane Hardy, pues mi

madre la había atendido en cinco de sus ocho partos. Rob llegó al cabo de unas horas, riéndose a carcajadas.

—Eh, amigos, ¿no estuvisteis en un tris de mataros la última vez?

Unos días después del accidente se me agarrotó el cuello.

Me desperté por la mañana sin poder moverlo. No me dolía, al menos al principio, pero, por mucho que me concentrara en volver la cabeza, solo la movía poco más de dos centímetros. La parálisis fue extendiéndose hacia abajo, hasta que tuve la sensación de que una barra me recorría toda la espalda y se me clavaba en el cráneo. Cuando me resultó imposible inclinarme hacia delante y volver la cabeza, empezó el dolor, una jaqueca atroz e incesante. No me aguantaba de pie a menos que me sujetara a algo.

Mi madre llamó a Rosie, especialista en trabajo energético. Yo estaba tumbada en la cama, donde llevaba dos semanas, cuando apareció en el umbral, ondulada y distorsionada, como si la viera a través del agua de un estanque. Tenía la voz aguda y alegre. Me indicó que me imaginara sana e indemne, protegida por una burbuja blanca, dentro de la cual debía colocar todos los objetos que apreciaba y los colores que me infundían tranquilidad. Visualicé la burbuja; me imaginé en su centro, sin problemas para estar de pie, para correr. A mi espalda se alzaba un templo mormón y estaba Kamikaze, la cabra de Luke, muerta hacía tiempo. Un resplandor verde lo iluminaba todo.

—Imagina la burbuja durante unas horas cada día —me aconsejó— y te curarás.

Me dio unas palmaditas en el brazo y oí que la puerta se cerraba tras ella.

Imaginé la burbuja todas las mañanas, tardes y noches, pese a lo cual el cuello continuó agarrotado. Durante el mes siguiente me acostumbé poco a

poco a las jaquecas. Aprendí cómo debía ponerme en pie y qué debía hacer para caminar. Los ojos me ayudaban a mantenerme derecha; si los cerraba siquiera un instante, el mundo se movía y yo me desplomaba. Volví a trabajar: en casa de Randy y alguna que otra vez en el desguace. Y por las noches me dormía imaginando la burbuja verde.

Durante el mes que guardé cama oí otra voz. La recordaba aunque ya no me resultaba familiar. Hacía seis años que aquella risa pícaro no resonaba en el pasillo.

Era la de mi hermano Shawn, que a los diecisiete años se había peleado con mi padre y se había ido de casa para vivir de trabajos ocasionales, en su mayoría de camionero y soldador. Había regresado porque mi padre le había pedido ayuda. Desde la cama oí a Shawn decir que solo se quedaría hasta que papá consiguiera reunir una cuadrilla. Era un favor, afirmó, hasta que papá levantara cabeza.

Me resultaba extraño tener en casa a ese hermano que era casi un desconocido. En la ciudad parecían conocerlo mejor que yo. En el Worm Creek había oído rumores sobre él. Decían que era problemático, un matón, un mal bicho; que siempre andaba a la caza de gamberros de Utah y de lugares aún más lejanos y que estos lo buscaban a él. Decían que llevaba un arma, o bien escondida en el cuerpo, o bien sujeta a su enorme motocicleta negra. En una ocasión alguien afirmó que en realidad no era malo, que acababa metido en trifulcas porque tenía fama de invencible —de saber cuanto había que saber de artes marciales; de pelear como un hombre que no conoce el dolor— y por eso todos los aspirantes del valle que iban colocados creían que podían hacerse un nombre derrotándolo. Él no tenía la culpa.

Mientras oía esos rumores, Shawn cobraba vida en mi mente como una leyenda más que como un ser de carne y hueso.

Mis recuerdos de él empiezan en la cocina unos dos meses después del segundo accidente.

Estoy preparando sopa de maíz. La puerta chirría, giro el torso para ver quién ha entrado y me vuelvo de nuevo para picar una cebolla.

—¿Es que piensas ser un polo andante para siempre? —dice Shawn.

—No.

—Necesitas un quiropráctico.

—Mamá lo arreglará.

—Necesitas un quiropráctico —repite.

La familia se dispersa al acabar de comer. Empiezo a fregar los platos. Tengo las manos hundidas en el agua jabonosa y caliente cuando oigo un paso a mi espalda y noto que unas manos gruesas y encallecidas me rodean el cráneo. Sin darme tiempo a reaccionar, el hombre me tira de la cabeza con un movimiento rápido y salvaje. ¡CRAC! El ruido es tan fuerte que estoy segura de que se me ha desprendido la cabeza y de que el hombre me la sujeta. El cuerpo se me dobla; me desplomo. Todo es negro y aun así gira. Cuando abro los ojos al cabo de unos minutos, el hombre me agarra por las axilas para ponerme derecha.

—A lo mejor tardas un rato en poder tenerte en pie —dice—. Entonces tendré que hacerte el otro lado.

Estaba tan mareada y tenía tantas náuseas que el efecto no fue inmediato. Sin embargo, durante la tarde advertí pequeños cambios. Podía mirar al techo. Podía ladear la cabeza para burlarme de Richard. En el sofá podía volverme para sonreír a la persona sentada a mi lado.

Esa persona era Shawn, y yo lo miraba pero no lo veía. Ignoro qué veía — qué ser creé a partir de aquel acto violento y compasivo—, aunque me parece

que veía a mi padre, o quizá a mi padre como habría deseado que fuera: el defensor que yo anhelaba, un paladín ideal que no me metería de lleno en una tormenta y que me curaría si resultaba herida.

Instinto

Cuando el abuelo de colina abajo era joven, a lo largo de la montaña se diseminaban rebaños de ganado, de los que cuidaban a caballo. Los caballos del abuelo eran legendarios. Curtidos cual cuero viejo, movían con delicadeza su cuerpo fornido, como guiados por el pensamiento del jinete.

Al menos eso fue lo que me contaron. Yo no llegué a verlos. A medida que se hacía mayor, el abuelo se dedicaba menos a la ganadería y más a la agricultura, hasta que un día dejó también las tareas agrícolas. Como ya no necesitaba los caballos, vendió los más valiosos y soltó al resto. Estos se multiplicaron y, cuando yo nací, había toda una manada de caballos salvajes en la montaña.

Richard los llamaba «caballos de comida para perros». Una vez al año él, Luke y yo ayudábamos al abuelo a reunir una docena para llevarlos a la subasta de la ciudad, donde se vendían al matadero. Algunos años el abuelo, al mirar la pequeña manada aterrada que iría a parar a la picadora de carne, se fijaba en los sementales que avanzaban al paso asimilando su primer cautiverio, y entonces aparecía un anhelo en sus ojos. Señalaba a uno y decía: «No subáis a ese. A ese lo domaremos».

Sin embargo, los caballos cimarrones no se sometían con facilidad, ni siquiera ante un hombre como el abuelo. Mis hermanos y yo dedicábamos días enteros, incluso semanas, a ganarnos la confianza del animal para poder

tocarlo. Una vez conseguido, le acariciábamos la larga cara, y durante las semanas siguientes le pasábamos las manos por el ancho cuello y el cuerpo musculoso para que se acostumbrara. Al cabo de un mes sacábamos la silla de montar, y el caballo movía la cabeza con tal brusquedad y violencia que el cabestro o el ronzal se partían al instante. Una vez un semental cobrizo destrozó la valla del corral, la atravesó como si no existiera y salió, magullado y ensangrentado, por el otro lado.

Procurábamos no poner nombre a esas bestias a las que esperábamos domar, pero teníamos que llamarlas de algún modo. Elegíamos nombres descriptivos, y no sentimentales: Rojo Grande, Yegua Negra, Gigante Blanco. Docenas de esos caballos me derribaron al corcovear, ponerse de manos, revolcarse o saltar. Caí al suelo en un centenar de posturas desgarradas, y en cada ocasión me levantaba al instante y me apresuraba a buscar refugio en un árbol, un tractor o una valla, por si el animal quería vengarse.

Nunca salíamos victoriosos; nuestra fuerza de voluntad flaqueaba antes que la suya. Logramos que algunos no corcovearan al ver la silla, y que unos pocos toleraran dar paseos por el corral con un ser humano encima, pero ni siquiera el abuelo se atrevía a cabalgar en ellos por la montaña. La naturaleza de los animales no había cambiado. Eran vigorosos avatares despiadados de otro mundo. Montarlos equivalía a sacrificar el uso de los pies, a internarse en sus dominios. A arriesgarse a que te arrastraran.

El primer caballo domesticado que vi fue un zaino castrado. Mordisqueaba los terrones de azúcar que le daba Shawn junto al corral. Era primavera y yo tenía catorce años. Hacía mucho tiempo que no tocaba un caballo.

El animal era mío, regalo de un tío abuelo al que apenas conocía. Me acerqué con cautela, convencida de que corcovearía, se pondría de manos o embestiría al ver que me aproximaba. En cambio, me olisqueó la camisa,

donde dejó una mancha de humedad alargada. Shawn me tendió un terrón. El caballo lo olisqueó y me hizo cosquillas en los dedos con las cerdas de la barbilla hasta que abrí la mano.

—¿Quieres domarlo? —me preguntó Shawn.

No, no quería. Me aterraban los caballos, o lo que creía que eran los caballos, es decir, demonios de casi quinientos kilos de peso que aspiraban a reventar sesos contra las piedras. Le dije a Shawn que lo domara él, que yo miraría desde la valla.

Me negué a ponerle nombre, de modo que lo llamamos Potranco. Como estaba acostumbrado al cabestro y el ronزال, Shawn sacó la silla de montar ya el primer día. Potranco piafó nada más verla; mi hermano se acercó despacio y dejó que olisqueara los estribos y mordisqueara con curiosidad el pomo. A continuación restregó el cuero suave sobre el ancho pecho del animal, sin pausa y sin prisa.

—A los caballos no les gusta tener cosas donde no puedan verlas —dijo—. Es mejor que se acostumbre a la silla poniéndosela delante. Cuando ya se sienta a gusto con ella, con su olor y su contacto, la pasaremos atrás.

Al cabo de una hora lo había ensillado. Shawn dijo que había llegado el momento de montar, y me encaramé al tejado del establo convencida de la violencia que se desataría en el corral. Sin embargo, cuando mi hermano se subió a la silla, Potranco se limitó a echar a correr. Levantó los cascos delanteros unos centímetros del suelo, como si se hubiera planteado la posibilidad de ponerse de manos y la descartara; a continuación bajó la cabeza y dejó quietas las patas. En cuestión de unos minutos había aceptado nuestra pretensión de montarlo, de que se dejara montar. Había aceptado el mundo tal como era: un mundo donde él era un objeto poseído. Nunca había sido salvaje, por lo que no podía oír la llamada exasperante de aquel otro

mundo, el de la montaña, en el que no era propiedad de nadie y donde nadie lo montaba.

Le puse el nombre de Bud. Durante una semana observé a diario cómo Shawn y Bud galopaban por el corral envueltos en la neblina grisácea del anochecer. Y una tarde de verano tomé las riendas mientras Shawn sujetaba el cabestro y me subí a la silla.

Shawn dijo que quería abandonar su antigua vida y que el primer paso consistía en alejarse de sus amigos. De pronto pasaba en casa todas las tardes y buscaba algo que hacer. Empezó a llevarme a los ensayos del Worm Creek. Mientras íbamos los dos solos por la carretera se mostraba tranquilo y alegre. Hacía bromas y chistes y a veces me daba consejos, sobre todo: «No hagas lo que hice yo». Sin embargo, en cuanto llegábamos al teatro se transformaba.

Al principio observó a los chicos con cautela y concentración; luego empezó a acosarlos. No eran agresiones claras, sino pequeñas provocaciones. De un capirotazo quitaba la gorra a un chaval o le tiraba la lata de refresco que tenía en la mano y se reía al ver la mancha que se extendía por los vaqueros del muchacho. Si le plantaban cara, lo que rara vez ocurría, interpretaba el papel de gamberro y una expresión dura de «¿Y qué piensas hacer?» le desfiguraba el rostro. Después, cuando estábamos a solas, la máscara caía, la bravuconería se desprendía como una coraza y volvía a ser mi hermano.

Lo que más me gustaba era su sonrisa. No le habían salido los colmillos de arriba, y la sucesión de dentistas holísticos a los que mis padres lo llevaron de niño no se percataron hasta que fue demasiado tarde. A los veintitrés años, cuando acudió a un cirujano maxilofacial, se le habían girado de lado dentro de la encía y perforaban el tejido de debajo de la nariz. El cirujano que los

extrajo le aconsejó que conservara los de leche durante todo el tiempo que pudiera, y que cuando se le cayeran le implantarían pernos. Sin embargo no se le cayeron. Siguieron en su sitio, vestigios pertinaces de una infancia extraviada, para recordar a los testigos de su agresividad irresponsable, sin sentido y sin fin, que ese hombre había sido niño.

Era una tarde neblinosa de verano, un mes antes de que cumpliera los quince. Aunque el sol ya había descendido por detrás de Buck's Peak, el cielo aún retendría la luz durante unas horas. Shawn y yo estábamos en el corral. Tras domar a Bud aquella primavera mi hermano se había interesado en serio por los caballos. Durante el verano se había dedicado a comprar purasangres y de la raza paso fino, la mayoría sin domar porque salían más baratos. Seguíamos trabajando con Bud. Lo habíamos llevado una docena de veces a cabalgar por el prado, pero era inexperto, asustadizo e impredecible.

Aquella tarde Shawn ensilló por primera vez una montura nueva, una yegua de capa cobriza. Estaba preparada para un paseo breve, aseguró mi hermano, y montamos, él en la yegua y yo en Bud. Subimos medio kilómetro por la montaña, despacio para no asustar a los animales, bordeando los trigales. De pronto cometí una estupidez. Me acerqué demasiado a la yegua. No le gustó tener al potranco detrás. Sin previo aviso saltó hacia delante apoyando todo su peso en las patas delanteras y con las traseras golpeó a Bud en pleno pecho.

Bud enloqueció.

Yo acababa de anudar las riendas para agarrarlas con mayor firmeza y no las tenía bien sujetas. Bud dio un respingo brutal antes de empezar a corcovear describiendo círculos pequeños. Las riendas salieron despedidas por encima de su cabeza. Me aferré al pomo de la silla, apreté los muslos y

curvé las piernas sobre el vientre redondeado. No había tenido tiempo de orientarme cuando Bud ya corría con todas sus fuerzas hacia un barranco, corcoveando alguna que otra vez aunque sin detenerse. El pie se me coló en el estribo hasta el tobillo.

Tantos veranos en los que habíamos domado caballos con el abuelo y solo recordaba un consejo suyo: «Hagas lo que hagas, procura que el pie no se te enganche en el estribo». No hizo falta que me lo explicara. Yo sabía que si caía limpiamente era probable que no me ocurriera nada. Al menos acabaría en el suelo. En cambio, si me enganchaba un pie, la montura me arrastraría hasta que me rompiera la cabeza con una piedra.

Shawn no podía ayudarme estando a lomos de la yegua indómita. La histeria de un caballo se contagia a los otros, sobre todo a los jóvenes fogosos. De los que tenía Shawn, solo uno —un bayo de siete años llamado Apollo— habría sido lo bastante maduro y tranquilo para conseguirlo: arrancar al galope a una velocidad endemoniada, con los ollares vibrantes, y luego avanzar con sangre fría mientras el jinete despega el cuerpo, saca un pie del estribo y alarga la mano hacia el suelo para asir las riendas de un caballo que ha enloquecido de miedo. Pero Apollo estaba en el corral, a medio kilómetro montaña abajo.

El instinto me dijo que soltara el pomo de la silla, lo único que me mantenía sobre el potranco. Si lo soltaba me caería, pero dispondría de un minuto precioso para alcanzar las riendas ondeantes o para tratar de sacar el tobillo del estribo. «Inténtalo», me gritaba mi instinto.

Ese instinto era mi guardián. Me había salvado en otras ocasiones guiando mis movimientos sobre una docena de caballos corcoveantes, indicándome cuándo debía aferrarme a la silla y cuándo tenía que apartarme de unos cascos en movimiento. Hacía años me había incitado a descolgarme del contenedor de chatarra que vaciaba mi padre, porque ese instinto había

adivinado, a diferencia de mí, que era mejor caer desde una gran altura que esperar la intervención de mi padre. Durante toda mi vida ese instinto me había enseñado su única doctrina: que las posibilidades son mejores si confías solo en ti misma.

Bud se empinó y alzó tanto la cabeza que pensé que se caería hacia atrás. Bajó las patas con fuerza y corcoveó. Me agarré mejor al pomo tras tomar una decisión basada en otro tipo de instinto: la de no soltarme.

Shawn me alcanzaría, incluso a lomos de la yegua indómita. Lograría el milagro. Cuando gritara «¡Arre!», ella ni siquiera entendería la orden, y al sentir por primera vez en la panza el golpe de unas botas se pondría de manos y se retorcería frenética. Él le bajaría la cabeza de un tirón y, en cuanto los cascos tocaran el suelo, la picaría una segunda vez, con mayor fuerza, consciente de que volvería a empinarse. Repetiría la operación hasta que la yegua saltara y arrancara a correr; entonces la conduciría hacia delante, agradecido de su violenta aceleración, y conseguiría guiarla aunque ella no hubiera aprendido aún la extraña danza que con el tiempo se convierte en una especie de lenguaje entre montura y jinete. Todo esto ocurriría en unos segundos: un año de adiestramiento condensado en un minuto de desesperación.

Sabía que era imposible. Lo sabía incluso mientras lo imaginaba. Aun así, seguí aferrada al pomo de la silla.

Bud se había puesto frenético y saltaba enfurecido. Arqueaba el lomo al elevarse y agitaba la cabeza cuando los cascos golpeaban el suelo. A mis ojos les costaba descifrar lo que veían. En todas las direcciones ondeaba trigo dorado, mientras el cielo azul y la montaña daban bandazos sin sentido.

Estaba tan desorientada que, más que ver, percibí que la vigorosa yegua del color de los centavos se acercaba a mí. Shawn levantó el cuerpo de la silla, se inclinó hacia el suelo y, asiendo firmemente sus riendas con una

mano, con la otra levantó de la maleza las de Bud. Las tiras de cuero se tensaron; el freno obligó a Bud a alzar la cabeza y a adelantarla. De ese modo le resultaba imposible corcovear y adoptó un galope plácido y rítmico. Shawn tiró con fuerza de las riendas de la yegua para que acercara la cabeza a su rodilla y así obligarla a avanzar en círculo. En cada vuelta le forzaba más el cuello enrollándose la correa en el antebrazo para reducir el círculo, hasta que este fue minúsculo y los retumbantes cascos se detuvieron. Me deslicé de la silla, me tumbé sobre el trigo y los tallos me picaron al atravesarme la camisa. Por encima de mi cabeza los caballos resollaban y sus vientres se hinchaban y se hundían mientras los cascos golpeaban el suelo.

Ojos de Pez

Mi hermano Tony había conseguido un préstamo para comprarse un camión —cabeza tractora y semirremolque—, y a fin de pagar los plazos debía tenerlo siempre en la carretera, de modo que ahí vivía, en la carretera. Hasta que su esposa enfermó y el médico (ella sí acudió al médico) le aconsejó que guardara reposo en cama. Entonces Tony llamó a Shawn para preguntarle si podía conducir el camión durante un par de semanas.

Aunque a Shawn no le gustaba el transporte de larga distancia, respondió que aceptaría si yo lo acompañaba. Como papá no me necesitaba en el desguace y Randy podía prescindir de mí unos días, partimos en dirección a Las Vegas. Luego fuimos hacia el este, hasta Albuquerque, seguimos hacia el oeste camino de Los Ángeles y a continuación nos dirigimos al norte, al estado de Washington. Había creído que vería las grandes ciudades, pero sobre todo vi áreas de servicio y carreteras interestatales. El parabrisas era enorme y estaba tan alto como el de la cabina de un avión, por lo que los coches parecían de juguete. La parte donde se encontraban las literas olía a cerrado, era oscura como una cueva y estaba sembrada de bolsas de Doritos y de cóctel de frutos secos.

Shawn condujo varios días sin apenas descansar y manejó el tráiler de quince metros de longitud como si fuera su propio brazo. Siempre que teníamos que cruzar un control, falsificaba los documentos para que pareciera

que estaba durmiendo más horas de las que en realidad dormía. Cada dos días parábamos para ducharnos y comer algo que no fueran frutos secos y barras de cereales.

El almacén de Walmart cercano a Albuquerque estaba colapsado y durante dos días no pudimos descargar. Nos encontrábamos en las afueras de la ciudad —no había más que un área de servicio y arena roja que se extendía en todas las direcciones—, de modo que comimos Cheetos y jugamos a Mario Kart en la zona de las literas. Antes de que el sol se pusiera el segundo día nos dolía todo el cuerpo de estar tanto tiempo sentados y Shawn dijo que me enseñaría artes marciales. Dimos la primera clase en el aparcamiento al anochecer.

—Si sabes lo que haces —me dijo—, con un esfuerzo mínimo puedes incapacitar a un hombre. Puedes controlar el cuerpo entero de una persona con solo dos dedos. Se trata de saber dónde están los puntos débiles y cómo aprovecharlos.

Me agarró la muñeca y me la dobló de modo que los dedos se flexionaron de forma molesta hasta tocar la cara interna del antebrazo. Añadió más presión hasta que me retorció y coloqué el brazo a mi espalda para mitigar el dolor.

—¿Lo ves? Este es un punto débil. Si te la doblo más, quedarás inmovilizada. —Me dedicó su sonrisa de ángel—. No lo haré porque te dolería un montón.

Me soltó.

—Ahora prueba tú.

Le doblé la muñeca y la apreté con fuerza para conseguir que su cuerpo se derrumbara como el mío. No se movió.

—A lo mejor tú necesitas otra estrategia —comentó.

Me agarró la muñeca como lo haría un agresor, dijo. Me enseñó a soltarme

y me indicó el punto donde los dedos eran más débiles y mis huesos más fuertes, por lo que al cabo de unos minutos logré desprender sus gruesos dedos. Me enseñó a arrojar todo mi peso en un puñetazo y adónde dirigirlo para aplastar la tráquea.

La mañana del día siguiente descargaron el remolque. Subimos al camión, recogimos otra carga y pasamos dos días en la carretera observando cómo las líneas blancas desaparecían hipnóticamente bajo el capó color hueso. Como teníamos pocos entretenimientos, convertimos la conversación en un juego. Solo había dos reglas. Según la primera, todos los enunciados debían tener por lo menos dos palabras con la primera letra intercambiada.

—No eres mi hermana pequeña —dijo Shawn—. Eres mi permana hequeña. —Pronunció las palabras con indolencia, atenuando la pe hasta convertirla en una be, con lo que sonó como «bermana hequeña».

La segunda regla era que todas las palabras cuyo sonido recordara al de un número o contuvieran el nombre de uno debían cambiar de modo que el número fuera el inmediatamente superior. Por ejemplo, «uno» se convertía en «dos». «Bermana Hequeña —decía Shawn—, debemos poner los seis sentires. Hay un control más adelante y no quiero es-cuatro-arme. Abróchate el cinturón de seguridad, ¡re-once!»

Cuando nos cansábamos del juego, poníamos la radio de banda ciudadana y oíamos las bromas de los camioneros solitarios que circulaban por la interestatal.

—Ojo con un móvil verde —dijo una voz bronca cuando nos encontrábamos entre Sacramento y Portland—. Hace media hora que lo llevo apalancado en el ángulo ciego.

«Un móvil», según me contó Shawn, es como los camioneros llaman a los coches.

De la radio salió una voz grave para quejarse de un Ferrari rojo que

zigzagueaba entre el tráfico a casi doscientos kilómetros por hora.

—El hijo de puta por poco le da a un Chevy azul —bramó entre interferencias—. Había críos en el Chevy, joder. ¿Alguien de ahí delante quiere calmar un poco a ese chiflado? —La voz informó de su posición.

Shawn miró una señal que indicaba en qué kilómetro nos encontrábamos. Íbamos por delante del otro camión.

—Soy un Pete blanco con una nevera —dijo.

Siguió un silencio mientras todos miraban los retrovisores en busca de un camión Peterbilt con un contenedor refrigerado. Intervino una tercera voz, más áspera que la primera.

—Soy el KW azul con una carga seca.

—Te veo —dijo Shawn, y me señaló un Kenworth azul marino que circulaba unos coches por delante.

Cuando apareció el Ferrari, multiplicado en nuestros numerosos retrovisores, Shawn puso una marcha larga, las revoluciones del motor aumentaron y avanzamos hasta el Kenworth, de modo que los dos tráileres de quince metros circularon en paralelo y bloquearon los dos carriles. El Ferrari tocó el claxon, zigzagueó, frenó, volvió a tocar la bocina.

—¿Cuánto rato vamos a tenerlo ahí detrás? —preguntó la voz ronca con una carcajada.

—Hasta que se calme —contestó Shawn.

Ocho kilómetros más adelante le dejaron pasar.

Tras una semana de viaje más o menos, pedimos a Tony que nos buscara una carga con destino a Idaho.

—Bien, Bermana Hequeña —dijo Shawn cuando entramos con el camión en el desguace—, de vuelta al trabajo, qué dian-cuatro.

El Worm Creek Opera House anunció otra obra: *Carousel*. Shawn me llevó a la audición y luego me sorprendió presentándose él mismo a la prueba. Charles había acudido también y hablaba con una tal Sadie, de diecisiete años. La chica asentía a cuanto él decía, aunque con los ojos clavados en mi hermano.

Asistió al primer ensayo y se sentó al lado de Shawn. Le ponía la mano en el brazo, se reía, se echaba el pelo hacia atrás. Pese a que era muy guapa, con suaves labios carnosos y unos ojazos oscuros, Shawn respondió que no cuando le pregunté si le gustaba.

—Tiene ojos de pez —afirmó.

—¿Ojos de pez?

—Sí señor, ojos de pez. Los peces son de lo más tontos. Son bonitos, pero tienen la cabeza vacía como un neumático.

Sadie empezó a pasar por el desguace al acabar la jornada de trabajo, por lo general con un batido para Shawn, o con galletas o con un pastel. Él apenas le hablaba. Cogía lo que le hubiera llevado y seguía caminando hacia el corral. Ella iba detrás e intentaba conversar mientras él se ocupaba con suma atención de los caballos, hasta que una tarde le pidió que le enseñara a montar. Pese a que traté de explicarle que no estaban domados del todo, se mostró tan decidida que Shawn la subió a Apollo y nos dirigimos los tres hacia la montaña. Shawn no les hizo el menor caso ni a ella ni a Apollo. No le ofreció la ayuda que me había brindado a mí cuando me enseñó a ponerme de pie sobre los estribos al bajar por barrancos abruptos y a apretar la montura con los muslos si había que saltar por encima de una rama. Aunque Sadie tembló durante todo el paseo, fingió pasárselo en grande y recompuso su sonrisa de labios pintados cada vez que mi hermano miró en su dirección.

En el siguiente ensayo Charles preguntó a Sadie algo sobre una escena y Shawn los vio conversar. Cuando Sadie se acercó a nosotros al cabo de unos

minutos, mi hermano no le dirigió la palabra. Le dio la espalda y ella se fue llorando.

—¿Qué pasa? —le pregunté a Shawn.

—Nada —respondió.

Unos días más tarde, en el siguiente ensayo, mi hermano parecía haber olvidado lo ocurrido. Sadie se le acercó con cautela, él le sonrió y unos minutos después charlaban y reían. Shawn le pidió que fuera al otro lado de la calle a comprarle un Snickers en la tienda de todo a diez centavos. Ella corrió hacia la puerta, contenta de que se lo pidiera, regresó a los pocos minutos y le entregó la barrita de chocolate.

—¿Qué es esta mierda? —le espetó él—. Te he pedido un Milky Way.

—No —replicó ella—. Has dicho un Snickers.

—Pues quiero un Milky Way.

Sadie salió a comprar el Milky Way y se lo tendió con una sonrisa nerviosa.

—¿Dónde está mi Snickers? ¿Cómo? No lo habrás olvidado otra vez...

—¡No lo has querido! —le dijo Sadie, cuyos ojos brillaban como el cristal—. ¡Se lo he dado a Charles!

—Ve a buscarlo.

—Te compraré otro.

—No —dijo Shawn con una mirada fría. Esta vez los dientes de leche, que solían darle un aire pícaro y juguetón, lograron que pareciera imprevisible, voluble—. Quiero ese. Tráemelo o no vuelvas.

Por la mejilla de Sadie se deslizó una lágrima que le corrió el rímel. Aguardó un momento para enjugársela y enderezar la sonrisa antes de acercarse a Charles, y riéndose como si nada le pidió que le devolviera el Snickers. Él se lo sacó del bolsillo y la observó mientras ella volvía con Shawn. Sadie depositó la chocolatina en la palma de mi hermano como una

ofrenda de paz y esperó sin levantar la vista de la moqueta. Él la sentó en su regazo y se comió la barrita en tres bocados.

—Tienes unos ojos preciosos —dijo—. Como los de un pez.

Los padres de Sadie se encontraban en proceso de divorcio y la ciudad bullía de rumores sobre su padre. Cuando mi madre los oyó, dijo que por fin entendía por qué Shawn se había interesado por ella. «Siempre protege a los ángeles con las alas rotas», afirmó.

Shawn se enteró del horario de clases de Sadie y se lo aprendió de memoria. Se empeñó en ir al instituto varias veces al día, sobre todo a las horas en que sabía que ella se desplazaba de un edificio a otro. Estacionaba en el arcén de la carretera y la observaba desde lejos, a demasiada distancia para que ella decidiera acercarse pero no tanta como para que no lo viera. Lo hacía casi siempre que íbamos juntos a la ciudad, y en ocasiones cuando no teníamos por qué ir a la ciudad. Hasta que un día Sadie apareció en los escalones del instituto con Charles. Se reían; ella no había visto la camioneta de Shawn.

Observé que la cara de mi hermano se tensaba y después se relajaba. Me sonrió.

—Conozco el castigo perfecto —dijo—. No verla. Solo tengo que dejar de verla, y así sufrirá.

Tenía razón. Sadie se desesperó cuando mi hermano dejó de devolverle las llamadas. Pidió a los chicos del instituto que no caminaran a su lado, por miedo a que Shawn los viera, y dejó de relacionarse con los amigos que él decía que no le gustaban.

Sadie venía a casa todos los días al salir de clase, y vi que el incidente del Snickers se repetía una y otra vez de diferentes formas, con objetos distintos.

Shawn le pedía un vaso de agua. Cuando Sadie se lo llevaba, lo quería con hielo. Ella iba a buscarlo y entonces él pedía leche, luego agua otra vez, con hielo, sin hielo, después zumo. Esto duraba unos treinta minutos, hasta que, en una prueba definitiva, pedía algo que no teníamos. Sadie iba a comprarlo a la ciudad —un helado de vainilla, patatas fritas, un burrito—, para encontrarse a la vuelta con que él le exigía otra cosa. Yo agradecía las noches que salían.

Una noche Shawn regresó a casa tarde y muy raro. Todos dormían menos yo, que leía en el sofá un capítulo de las escrituras antes de acostarme. Se dejó caer a mi lado con un plaf.

—Tráeme un vaso de agua.

—¿Es que tienes una pierna rota? —le dije.

—Tráelo, o no te llevo mañana a la ciudad.

Fui a buscarlo. Al entregárselo le vi la sonrisa y sin pensarlo le tiré toda el agua por la cabeza. Avancé por el pasillo y cuando estaba a punto de llegar a mi dormitorio me atrapó.

—Discúlpate. —El agua le goteaba de la nariz y le caía en la camiseta.

—No.

Me agarró un puñado de pelo, un manojo grande, con la mano cerca de las raíces para tener mayor control, y me arrastró al cuarto de baño. Tanteé la puerta y me sujeté al marco, pero me levantó del suelo, me estiró los brazos a lo largo del cuerpo y me metió la cabeza en el váter.

—Discúlpate —repitió.

No dije nada. Me bajó más la cabeza, hasta que con la nariz rocé la porcelana manchada. Cerré los ojos, aunque el olor me habría impedido olvidar dónde estaba.

Intenté imaginar algo para pensar en otra cosa, pero la imagen que me vino a la mente fue la de Sadie sometida, sumisa. Me llenó de bilis. Shawn me

mantuvo con la nariz junto a la taza del váter durante quizá un minuto antes de permitir que me levantara. Tenía húmedas las puntas del pelo y dolorido el cuero cabelludo.

Creí que había terminado. Empezaba a alejarme cuando me agarró la muñeca, me la dobló y me retorció los dedos y la palma en espiral. Continuó doblándola hasta que mi cuerpo empezó a ovillarse; entonces apretó aún más, y sin pensarlo, sin darme cuenta, me retorcí hasta formar un arco brutal, con la espalda curvada, la cabeza casi tocando el suelo, el brazo en la espalda.

En el aparcamiento, cuando me había enseñado esa llave, yo me había movido un poco en respuesta a su descripción más que a una necesidad física. Si bien en aquel momento no me había parecido demasiado eficaz, de pronto comprendí el objeto de la maniobra: el control. Apenas podía moverme, apenas podía respirar, sin romperme la muñeca. Shawn me sujetaba con una sola mano; tenía la otra en un costado para demostrarme lo fácil que le resultaba.

«Aún más duro que si yo fuera Sadie», pensé.

Como si me hubiera leído el pensamiento, me retorció más la muñeca. Mi cuerpo formó un ovillo apretado; rocé el suelo con la cara. Había hecho cuanto podía para aliviar la presión de la muñeca. Si seguía retorciéndomela, me la rompería.

—Discúlpate.

Durante unos largos instantes me ardieron el brazo y el cerebro.

—Perdón —dije.

Me soltó la muñeca y caí al suelo. Oí sus pasos a lo largo del pasillo. Me puse en pie, eché el cerrojo del cuarto de baño sin hacer ruido y observé en el espejo a la chica que se agarraba la muñeca. Tenía los ojos vidriosos y le caían gotas por las mejillas. La odié por su debilidad, por tener un corazón

que destrozar. Que él pudiera hacerle daño, que alguien pudiera hacerle daño de esa manera, era imperdonable.

«Lloro de dolor —me dije—. Por el dolor de la muñeca. No lloro por ningún otro motivo.»

Ese momento determinaría mi recuerdo de aquella noche, y de otras muchas como esa, durante una década. En él me veía inquebrantable e insensible como una piedra. Al principio me limité a creerlo, hasta que un día llegó a ser cierto. Entonces fui capaz de decirme a mí misma sin mentir que aquello no me afectaba, que él no me afectaba, porque nada podía afectarme. No me daba cuenta de la razón que tenía y de lo enfermizo que eso era. De que me había vaciado por dentro. Con toda mi obsesión por las consecuencias de aquella noche, no supe entender una verdad esencial: que el efecto era que no me afectara.

Callen en las congregaciones

En septiembre cayeron las Torres Gemelas. No había oído hablar de ellas hasta que desaparecieron. Vi que los aviones se hundían en los edificios y, estupefacta, no aparté la mirada del televisor mientras esas estructuras inconcebiblemente altas oscilaban y se desmoronaban. Papá estaba a mi lado. Había venido del desguace para verlo. No dijo nada. Por la noche leyó la Biblia en voz alta, fragmentos conocidos de Isaías, Lucas y el Apocalipsis sobre guerras y rumores de guerras.

Tres días después, a los diecinueve años, Audrey se casó con Benjamin, un granjero rubio al que había conocido trabajando de camarera en la ciudad. Fue una boda solemne. Papá había rezado y había recibido una revelación. «Habrá un conflicto, una última batalla por la Tierra Santa —anunció—. Mis hijos serán enviados a la guerra. Algunos no volverán.»

Yo evitaba a Shawn desde el incidente del cuarto de baño. Se había disculpado. Había entrado en mi habitación una hora después, con los ojos vidriosos y la voz ronca, para pedirme que le perdonara. Le dije que sí, que ya le había perdonado, pero no era cierto.

En la boda de Audrey, viendo a mis hermanos con traje, con aquellos uniformes negros, mi rabia se transformó en miedo, miedo a una pérdida predeterminada, y perdoné a Shawn. Resultaba fácil perdonar: después de todo, era el Fin del Mundo.

Durante un mes viví como si contuviera la respiración. Al final no hubo reclutamiento forzoso ni más ataques. Los cielos no se pusieron negros ni la luna se tiñó de sangre. A lo lejos se oían fragores de guerra pero la vida en la montaña seguía igual. Mi padre dijo que debíamos mantenernos alertas, pero antes del invierno yo volvía a centrar la atención en los dramas insignificantes de mi propia vida.

Tenía quince años y lo notaba, notaba la carrera que progresaba con el tiempo. El cuerpo empezaba a cambiarme: se ensanchaba, se abultaba, se estiraba, crecía. Yo deseaba que parara de una vez, pero por lo visto mi cuerpo ya no era mío. Él era su propio dueño, y no le importaba lo más mínimo cómo me sentía yo con esos cambios extraños ni si quería dejar de ser una niña y convertirme en otra cosa.

Esa otra cosa me hacía ilusión y me asustaba. Siempre había sabido que crecería de forma diferente que mis hermanos varones, si bien nunca había pensado en lo que eso significaba. De pronto no pensaba en nada más. Busqué pistas para entender esa diferencia y, en cuanto empecé a observar, las encontré por todas partes.

Un domingo por la tarde ayudaba a mi madre a preparar el asado de la cena. Papá se quitó los zapatos de sendos puntapiés al tiempo que se aflojaba la corbata. Desde que habíamos salido de la iglesia no paraba de hablar.

—A Lori el bajo le quedaba ocho centímetros por encima de la rodilla —dijo—. ¿En qué piensa una mujer cuando se pone un vestido como ese?

Mi madre asintió distraída mientras picaba una zanahoria. Estaba acostumbrada a ese sermón.

—Y Jeanette Barney... —continuó papá—. Si una mujer se pone una blusa tan escotada no debería inclinarse.

Mi madre estuvo de acuerdo. Recordé la blusa turquesa que Jeanette había llevado ese día. El escote quedaba casi tres centímetros por debajo de la

clavícula pero era suelto, y supuse que si se inclinaba se le vería todo. Este pensamiento me inquietó, pues, si bien con una blusa más ceñida la inclinación de Jeanette habría resultado más decorosa, una prenda más ceñida habría sido menos recatada. Las mujeres buenas no visten ropa ajustada. Las otras sí.

Traté de deducir hasta qué punto podía ser ceñida un prenda sin ser indecorosa.

—Jeanette esperó a que yo mirara para inclinarse a coger el himnario —añadió mi padre—. Quería que la viera.

Mi madre chasqueó la lengua en señal de desaprobación y cortó una patata en cuatro trozos.

Este discurso me quedó grabado como ninguno del centenar que lo había precedido. En los años siguientes recordaría muchas veces esas palabras y, cuanto más reflexionara sobre ellas, más me preocuparía convertirme en una mujer de las malas. En ocasiones me costaba avanzar por una sala, tan pendiente como estaba de no caminar, inclinarme ni agacharme como ellas. Sin embargo nadie me había enseñado la manera decorosa de inclinarse, por lo que suponía que probablemente lo hacía como no debía.

Shawn y yo nos presentamos a una prueba para un melodrama que se representaría en el Worm Creek. En el primer ensayo vi a Charles y pasé la mitad del rato armándome de valor para hablar con él. Cuando por fin me atreví, me confesó que estaba enamorado de Sadie. No me pareció estupendo pero nos dio un tema de conversación.

Volví a casa con Shawn. Él iba al volante y miraba la carretera como si le hubiera hecho algo malo.

—Te he visto hablar con Charles. No querrás que la gente piense que eres

de esas.

—¿De esas que hablan?

—Tú ya me entiendes —dijo.

La noche siguiente entró de improviso en mi habitación y me sorprendió embadurnándome las pestañas con el rímel de Audrey.

—¿Ahora te maquillas?

—Supongo.

Se volvió para salir y se detuvo en la puerta.

—Creía que eras mejor, pero eres como las demás.

Dejó de llamarme Bermana Hequeña. «¡Vamos, Ojos de Pez!», me gritó una noche desde el otro extremo del teatro. Intrigado, Charles se volvió a mirar. Shawn empezó a explicar el apodo y yo me eché a reír, lo bastante fuerte —esperaba— para que no se le oyera. Me reí como si me encantara el mote.

La primera vez que me puse brillo de labios, Shawn me llamó ramera. Yo estaba en mi habitación, delante del espejo, viendo cómo me quedaba, cuando apareció en la puerta. Aunque lo dijo como si fuera una broma, me limpié los labios. Esa misma noche, en el teatro, al ver que Charles miraba a Sadie volví a pintármelos y observé que Shawn torcía el gesto. El viaje de regreso a casa fue tenso. La temperatura había descendido bajo cero. Dije que tenía frío y Shawn hizo ademán de encender la calefacción. Se detuvo, se echó a reír y bajó todas las ventanillas. Sentí el viento de enero como si me arrojaran encima el contenido de una cubitera. Quise subir mi ventanilla pero Shawn había puesto el seguro. Le pedí que la cerrara. «Tengo frío —le decía—. Tengo mucho mucho frío.» Él se reía. Así siguió los treinta kilómetros, carcajeándose como si se tratara de un juego, como si los dos participáramos en él, como si no me castañetearan los dientes.

Cuando dejó a Sadie creí que por fina la situación mejoraría... Supongo

que estaba convencida de que ella tenía la culpa de lo que hacía Shawn y de que sin ella cambiaría. Retomó la relación con una exnovia, Erin. Era mayor que Sadie, estaba menos dispuesta a participar en los jueguecitos de mi hermano y al principio pareció que yo tenía razón, que Shawn se portaba mejor.

Más tarde Charles invitó a Sadie a cenar, ella aceptó y Shawn se enteró. Aquella noche yo me había quedado a trabajar en casa de Randy y mi hermano se presentó echando espumarajos por la boca. Me fui con él creyendo que conseguiría calmarlo pero no lo logré. Durante dos horas recorrió la ciudad en busca del todoterreno de Charles, sin dejar de maldecir y jurar que en cuanto encontrara al hijo de puta iba «a hacerle una cara nueva». Sentada a su lado en la camioneta, oía aumentar las revoluciones del motor a medida que tragaba diésel, y veía las líneas amarillas desaparecer debajo del capó. Pensaba en mi hermano como era antes, como lo recordaba, como quería recordarlo. Pensaba en Albuquerque y Los Ángeles y en los kilómetros de interestatales perdidos entre ambas ciudades.

Una pistola descansaba en el asiento entre los dos. Cuando no cambiaba de marcha, Shawn la cogía para acariciarla y a veces la hacía girar con el índice como un pistolero antes de dejarla en su sitio, donde la luz de los coches que pasaban arrancaba destellos al acero del cañón.

Me desperté con agujas en el cerebro. Millares de agujas que me pinchaban y lo borraban todo. De pronto desaparecieron durante unos instantes vertiginosos y me situé.

Era de mañana. La luz ambarina del sol entraba a raudales por la ventana de mi habitación. Estaba de pie, aunque no por mis propias fuerzas. Dos manos me atenazaban el cuello; habían estado zarandeándome. Las agujas: el

cerebro al estrellarse contra el cráneo. Solo dispuse de unos segundos para preguntarme el porqué antes de que las agujas volvieran e hicieran trizas mis pensamientos. Tenía los ojos abiertos pero solo veía fogonazos blancos. Me llegaron unos pocos sonidos.

—¡GOLFA! ¡RAMERA!

Otro sonido. Mi madre. Lloraba.

—¡Basta! ¡Vas a matarla! ¡Basta!

Debió de agarrarme porque noté que el cuerpo del hombre se retorció. Caí al suelo. Cuando abrí los ojos, mi madre y Shawn estaban frente a frente, ella con solo un albornoz raído.

Shawn me levantó de un tirón. Me cogió un puñado de pelo —con el mismo método que la otra vez: asió un manojito cerca del cuero cabelludo para controlar mejor mis movimientos— y me sacó al pasillo. Me apretaba la cabeza contra su pecho. Yo solo veía pedazos de moqueta que pasaban veloces bajo mis pies. Pese a que me latía la cabeza y me costaba respirar, empecé a entender lo que ocurría. Noté que se me saltaban las lágrimas.

«De dolor», pensé.

—Ahora la zorra llora —dijo Shawn—. ¿Por qué? ¿Porque alguien se da cuenta de que eres una golfa?

Intenté mirarlo, buscar a mi hermano en su cara, pero me empujó la cabeza hacia el suelo y me caí. Me alejé a gatas y me levanté. La cocina daba vueltas; delante de mis ojos flotaban extrañas motas rosas y amarillas.

Mi madre sollozaba y se mesaba el cabello.

—Veo lo que eres —continuó Shawn. Tenía ojos de loco—. Finges ser pía y beata, pero yo te he calado. Te veo contonearte con Charles por ahí como una prostituta.

Se volvió hacia mi madre para observar qué efecto tenían sus palabras en ella. Mi madre se había derrumbado en la mesa de la cocina.

—No es cierto —murmuró.

Shawn siguió vuelto hacia ella. Le dijo que no tenía ni idea de mis embustes, que la engañaba, que en casa me las daba de niña buena y en la ciudad era una ramera mentirosa. Avancé poco a poco hacia la puerta de atrás.

Mi madre me dijo que subiera a su coche y me fuera. Shawn se volvió hacia mí.

—Las necesitarás —dijo alzando las llaves de mi madre—. No irá a ninguna parte hasta que reconozca que es una ramera.

Me agarró la muñeca y mi cuerpo adoptó en el acto la postura ya conocida: la cabeza adelantada, el brazo retorcido en la parte inferior de la espalda, la muñeca doblada de una forma ilógica. Como en un paso de baile, mis músculos recordaron y se apresuraron a anticiparse a la música. Me salió todo el aire de los pulmones cuando intenté encorvarme más para dar a los huesos de la muñeca todos los centímetros posibles de alivio.

—Dilo —me ordenó.

Pero yo estaba en otra parte. Estaba en el futuro. Al cabo de unas horas Shawn se arrodillaría junto a mi cama y se mostraría muy arrepentido. Yo lo sabía mientras seguía encorvada.

—¿Qué pasa? —De la escalera del vestíbulo llegó una voz masculina.

Volví la cabeza y vi una cara suspendida entre las dos barandillas de madera. Era Tyler.

Se trataba de una alucinación. Tyler no venía nunca a casa. Al pensarlo me eché a reír: una carcajada chillona. ¿Qué clase de demente regresaría tras haber escapado? Las manchas rosas y amarillas que veía se habían multiplicado de tal modo que me parecía estar dentro de una bola de cristal con copos de nieve. Era positivo. Significaba que estaba a punto de perder el conocimiento. Deseaba que ocurriera.

Shawn me soltó la muñeca y caí al suelo. Alcé la vista y observé que mi hermano tenía los ojos fijos en la escalera. Solo entonces se me ocurrió pensar que Tyler era real.

Shawn retrocedió un paso. Había esperado a que papá y Luke salieran a hacer un trabajo, pues así su fuerza física quedaría sin respuesta. No contaba con enfrentarse a su hermano menor, menos cruel pero vigoroso a su manera.

—¿Qué pasa? —repitió Tyler. Miraba a Shawn mientras avanzaba muy despacio, como si se acercara a una serpiente de cascabel.

Mi madre dejó de llorar. Estaba avergonzada. Tyler se había convertido en un extraño. Llevaba tanto tiempo fuera de casa que había pasado a la categoría de personas a las que ocultábamos cosas. A las que ocultábamos eso en particular.

Tyler subió los escalones y caminó hacia su hermano. Tenía el rostro tenso y su respiración era superficial, pero no mostraba el menor atisbo de sorpresa. Me pareció que sabía perfectamente lo que hacía, que lo había hecho otras veces, cuando los dos eran más jóvenes y de fuerzas desiguales. Tyler se detuvo y no pestañeó. Fulminó a Shawn con la mirada, como si dijera: «Se acabó lo que quiera que esté pasando».

Shawn empezó a murmurar algo sobre mi ropa y lo que hacía en la ciudad. Tyler lo atajó con un gesto de la mano.

—No quiero saberlo —dijo. Se volvió hacia mí—. Vamos, vete.

—Ella no va a ninguna parte —replicó Shawn enseñando el llavero.

Tyler me lanzó sus llaves.

—Vete —repitió.

Corrí a su coche, que estaba encajonado entre la camioneta de Shawn y el gallinero. Quise sacarlo marcha atrás, pero pisé demasiado fuerte el acelerador y las ruedas patinaron e hicieron saltar la gravilla. En el segundo intento lo conseguí. El vehículo salió disparado hacia atrás y giró. Avancé

hacia el camino, y me disponía a descender a toda velocidad cuando Tyler apareció en el porche. Bajé la ventanilla.

—No vayas al trabajo —me dijo—, porque iré allí.

Cuando regresé por la noche Shawn no estaba. Mi madre mezclaba aceites en la cocina. No comentó nada de lo ocurrido por la mañana y comprendí que era preferible que no lo mencionase. Me acosté. Unas horas después seguía despierta y oí el rugido de una camioneta que subía por la colina. Al cabo de unos minutos la puerta de mi habitación se abrió con un chirrido. Oí el chasquido de la lámpara, vi cómo la luz bailaba en las paredes y sentí caer en la cama el peso de Shawn. Me di la vuelta para mirarlo. Había dejado a mi lado una caja de terciopelo negro. Al ver que yo no la tocaba, la abrió y sacó un collar de perlas lechosas.

Dijo que veía el camino que yo llevaba y que no era bueno. Que iba a perderme, a volverme como las otras chicas, frívola y manipuladora, a usar mi aspecto para conseguir lo que me propusiera.

Pensé en mi cuerpo, en los cambios que había experimentado. Apenas si sabía lo que sentía: en ocasiones deseaba que se fijaran en él, que lo admiraran, pero después me acordaba de Jeanette Barney y me sentía asqueada.

—Eres especial, Tara.

¿Lo era? Quería creerlo. Hacía unos años Tyler me había dicho que era especial. Me había leído un fragmento del Libro de Mormón sobre «un niño sensato, y presto para observar». «Me recuerda a ti», había dicho Tyler.

El fragmento describía al gran profeta Mormón, lo que me desconcertó. Una mujer no podía ser profeta, pese a lo cual Tyler afirmaba que yo le recordaba a uno de los más importantes. Sigo sin saber qué quiso decir, pero

en aquel momento entendí que podía confiar en mí misma: que tenía algo, algo como lo que poseían los profetas, y que no era una característica masculina ni femenina, ni de mayores ni de jóvenes; una especie de valía inherente e inmutable.

Sin embargo, mientras contemplaba la sombra que Shawn arrojaba en la pared, consciente de mi cuerpo en desarrollo, de sus vilezas y de mi deseo de hacer el mal con él, el sentido de aquel recuerdo cambió. De pronto esa valía me pareció condicional, algo que podía aceptarse o desaprovecharse. No era inherente, sino otorgada. Lo que tenía valor no era yo, sino el barniz de coerciones y observancia que me oscurecía.

Miré a mi hermano. En aquel momento me pareció mayor, sabio. Él conocía el mundo. Conocía a las mujeres mundanas, y por eso le pedí que impidiera que llegara a serlo.

—De acuerdo, Ojos de Pez —dijo—. Lo haré.

Al día siguiente me desperté con el cuello amoratado y la muñeca hinchada. Me dolía la cabeza; no era que notara un dolor en el cerebro, sino que me dolía todo él, como si el órgano en sí fuera hipersensible. Fui a trabajar y regresé a casa temprano, me tumbé en un rincón oscuro del sótano y esperé a que se me pasara. Estaba tendida en la moqueta, sintiendo cómo me latía el cerebro, cuando Tyler me encontró y se ovilló en el sofá junto a mi cabeza. No me alegró verlo. Que hubiera presenciado cómo Shawn me arrastraba por la casa tirándome del pelo era peor que la agresión. Si me hubieran dado a elegir entre dejar que el ataque terminara por sí solo o que Tyler lo interrumpiera, habría escogido lo primero. Sin duda lo habría escogido. A fin de cuentas, había estado a punto de desmayarme y luego habría olvidado el incidente. Al cabo de un par de días ni siquiera habría sido real; se habría

convertido en una pesadilla, y al cabo de un mes, en el eco de una pesadilla. En cambio, Tyler lo había vuelto real al presenciarlo.

—¿No has pensado en marcharte? —me preguntó.

—¿Para ir adónde?

—A la escuela.

Me animé.

—En septiembre iré al instituto. A papá no le gustará, pero pienso ir.

Creí que Tyler se alegraría; en cambio, hizo una mueca de desagrado.

—Ya lo has dicho otras veces.

—Voy a ir.

—Quizá. Mientras vivas en casa de papá es difícil que vayas al instituto si él te lo prohíbe. Lo más seguro es que lo aplaces un año, y otro, hasta que ya no queden años. Si empiezas como alumna de segundo, ¿podrás graduarte?

Los dos sabíamos que no podría.

—Ha llegado la hora de irse, Tara. Cuanto más tiempo te quedes, menos probabilidades tendrás de marcharte.

—¿Crees que tengo que irme?

Tyler no pestañeó, no dudó.

—Creo que este es el peor lugar posible para ti. —Lo dijo en voz baja, pero me pareció que pronunciaba a voces las palabras.

—¿Adónde puedo ir?

—A donde fui yo. A la universidad.

Solté un resoplido.

—La Universidad Brigham Young acepta a jóvenes que han estudiado en casa —dijo.

—¿Nosotros hemos estudiado en casa? —Traté de recordar la última vez que había leído un libro de texto.

—El comité de admisiones solo sabrá lo que nosotros le digamos. Si

decimos que has estudiado en casa, lo creerán.

—No entraré.

—Claro que sí. Solo tienes que aprobar el examen de acceso.

Tyler se levantó para irse.

—Hay un mundo ahí fuera, Tara. Y lo verás de un modo muy diferente en cuanto papá deje de susurrarte al oído su punto de vista sobre él.

Al día siguiente fui a la ferretería de la ciudad a comprar un pestillo para la puerta de mi dormitorio. Lo dejé en la cama, cogí un taladro del taller y empecé a colocar los tornillos. Creía que Shawn no estaba en casa —no había visto su camioneta en la entrada—, pero al darme la vuelta con el taladro en la mano me lo encontré plantado en el umbral.

—¿Qué haces? —me preguntó.

—El pomo se ha roto —mentí—. La puerta se abre sola. Este pestillo es barato, pero servirá.

Shawn toqueteó el grueso pasador de acero. Estaba segura de que él sabía que no era ni mucho menos barato. Aguardé en silencio, paralizada no solo por el pánico sino también por la compasión. En ese momento le odié y quise decírselo a gritos en la cara. Imaginé cómo se vendría abajo, aplastado por el peso de mis palabras y del desprecio que sentía por sí mismo. Incluso entonces era consciente de la verdad: que Shawn se odiaba a sí mismo más de lo que yo podría odiarlo jamás.

—Tienes que usar otros tornillos —dijo—. Necesitas unos más largos para la pared y unos de sujeción en la puerta. Si no, saltará enseguida.

Nos encaminamos al taller. Shawn trasteó unos minutos y salió con un puñado de tornillos de acero. Regresamos a casa e instaló el pestillo sin dejar de tararear y sonreír enseñando sus destellantes dientes de leche.

Ya no toco la tierra con los pies

En octubre papá consiguió un contrato para construir silos industriales en Malad City, la polvorienta población agrícola situada al otro lado de Buck's Peak. Representaba mucho trabajo para una cuadrilla pequeña —tan solo papá, Shawn, Luke y Benjamin, el marido de Audrey—, pero Shawn era un buen capataz, y con él al mando mi padre se había ganado la fama de realizar deprisa y bien los encargos.

Shawn no le permitía acortar el proceso para acabar antes. La mitad del tiempo que pasaba en el taller les oía gritarse el uno al otro. Papá acusaba a Shawn de perder el tiempo y mi hermano decía a voces que papá había estado a punto de rebanarle la cabeza a alguien.

Shawn dedicaba largas jornadas a limpiar, cortar y soldar los materiales para los silos y, una vez que empezaba la construcción, solía estar en Malad, en la obra. Regresaba a casa con papá horas después de que se pusiera el sol, y casi siempre llegaban profiriendo palabrotas. Mi hermano quería profesionalizar el negocio, invertir en maquinaria los beneficios del trabajo de Malad; mi padre quería que todo siguiera como siempre. Shawn afirmaba que papá no entendía que la construcción era más competitiva que la chatarra y que, si querían contratos buenos, tenían que gastar una buena suma de dinero en maquinaria buena; en concreto, un soldador nuevo y una elevadora con cesta.

«No podemos seguir usando una carretilla elevadora y un palé viejo para queso —decía—. Es cutre, además de peligroso.» Papá se reía a carcajadas al oír la propuesta de la elevadora con cesta. Llevaba veinte años usando la carretilla elevadora y el palé.

Yo trabajaba hasta tarde la mayor parte de las noches. Randy proyectaba emprender un largo viaje por carretera en busca de nuevos clientes y me pidió que me ocupara del negocio durante su ausencia. Me enseñó a usar el ordenador para llevar las cuentas, tramitar pedidos y mantener al día el inventario. Fue la primera persona a la que oí hablar de internet. Me enseñó a conectarme, a entrar en las páginas web y a escribir correos electrónicos. El día que se marchó, me entregó un teléfono móvil para poder contactar conmigo a cualquier hora.

Una noche acababa de regresar del trabajo cuando Tyler me llamó a casa. Me preguntó si estudiaba para el examen de ingreso en la universidad.

—No puedo presentarme —le dije—. No sé nada de mates.

—Tienes dinero. Cómprate los libros y aprende.

No dije nada. La universidad me era indiferente. Sabía cómo se desarrollaría mi vida: a los dieciocho o diecinueve años me casaría. Papá me regalaría una parcela de la granja para que mi marido construyera una casa. Mi madre me enseñaría a usar las hierbas medicinales y el oficio de partera, que había retomado cuando empezó a tener menos migrañas. Me atendería en los partos y un día —suponía— yo sería la Comadrona. No veía dónde encajaba la universidad.

Tyler pareció leerme el pensamiento.

—Mira la hermana Sears —me dijo. La hermana Sears dirigía el coro de la iglesia—. ¿Cómo crees que aprendió a dirigir un coro?

Siempre había admirado a la hermana Sears y envidiaba sus conocimientos musicales. Nunca me había preguntado cómo los había adquirido.

—Estudió —continuó Tyler—. ¿Sabes que puedes licenciarte en música? Ese título te permitiría dar clases y dirigir el coro de una iglesia. Papá ni siquiera se metería contigo, o al menos no mucho.

Mi madre acababa de comprar una versión de prueba de un servidor de internet. Solo me había conectado a la red en casa de Randy, para trabajar, pero encendí el ordenador en cuanto Tyler colgó y esperé a que el módem marcara. Mi hermano había mencionado la página web de la BYU, la Universidad Brigham Young. La localicé en unos minutos. La pantalla se llenó de imágenes: impecables edificios de ladrillo rojizo rodeados de árboles verde esmeralda, personas atractivas que caminaban y reían con libros bajo el brazo y mochilas colgadas de los hombros. Parecían sacadas de una película. Una película alegre.

Al día siguiente recorrí sesenta y cinco kilómetros hasta la librería más cercana, donde me compré una reluciente guía de estudio para el examen de acceso a la universidad. Sentada en la cama, busqué el examen de matemáticas. Eché un vistazo a la primera página. No era que no supiera resolver las ecuaciones: ni siquiera conocía los símbolos. Lo mismo me ocurrió en la segunda página y en la tercera.

Le llevé el examen a mi madre.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—Matemáticas.

—¿Y dónde están los números?

—Es álgebra. Las letras representan números.

—¿Cómo tengo que hacerlo?

Mi madre se entretuvo varios minutos con un lápiz y un papel sin conseguir resolver ni una sola de las cinco primeras ecuaciones.

Al día siguiente recorrí otra vez los sesenta y cinco kilómetros, ciento treinta con el viaje de vuelta, y regresé a casa con un grueso libro de álgebra.

Todos los días al atardecer, momento en que la cuadrilla partía de Malad, papá telefoneaba a casa para que mi madre tuviera la cena preparada cuando el camión subiera dando botes por la colina. Yo esperaba la llamada, y en cuanto se producía, subía al coche de mi madre y me iba. No sabía por qué. Iba al Worm Creek, me sentaba en el palco y miraba los ensayos con los pies en el antepecho y un libro de matemáticas abierto delante. Me había quedado en las divisiones con números de varias cifras y no conocía los conceptos. Pese a que entendía la teoría de las fracciones, me costaba operar con ellas, y al ver un decimal en una página se me aceleraba el corazón. Durante un mes me senté todas las noches en una silla de terciopelo rojo del teatro y practiqué las operaciones básicas —multiplicación de fracciones, uso de los recíprocos, suma, multiplicación y división con decimales— mientras los personajes recitaban sus frases en el escenario.

Empecé a estudiar trigonometría. Me tranquilizaron sus fórmulas y ecuaciones, que hasta entonces desconocía. Me fascinó el teorema de Pitágoras con su promesa de una regla universal: la capacidad de predecir las propiedades de tres puntos cualesquiera que formaran un ángulo recto en cualquier lugar, en cualquier momento. Mis conocimientos de física los había adquirido en el desguace, donde a menudo el mundo físico parecía inestable, caprichoso. Y de pronto descubría un principio que permitía definir y captar las dimensiones de la vida. Quizá la realidad no fuera del todo impredecible. Quizá pudiera explicarse, preverse. Quizá fuera posible conseguir que tuviera sentido.

El suplicio comenzó cuando pasé del teorema de Pitágoras al seno, el

coseno y la tangente. No entendía esas abstracciones. Intuía su lógica, su capacidad para ofrecer orden y simetría, pero no lograba penetrar en ellas. Me ocultaban sus secretos y se convirtieron en una especie de portalón tras el cual yo creía que había todo un mundo de ley y razón. Un portalón que no conseguía traspasar.

Mi madre me dijo que si quería aprender trigonometría era responsabilidad suya enseñarme. Reservó una tarde, y sentadas a la mesa de la cocina, garabateamos en hojas de papel y nos tiramos del pelo. Dedicamos tres horas a un único problema y todos los resultados que encontramos eran incorrectos.

—La trigonometría no se me daba nada bien en el instituto —se quejó mi madre tras cerrar de golpe el libro—. Y he olvidado lo poco que sabía.

Mi padre se encontraba en la sala de estar, liado con los planos de los silos y mascullando por lo bajini. Le había visto dibujarlos, realizar los cálculos, modificar este ángulo, alargar aquella viga. Si bien había recibido muy poca educación formal en matemáticas, era imposible dudar de sus aptitudes: yo presentía que resolvería cualquier ecuación que le pusiera delante.

Ya le había anunciado mi intención de ir a la universidad y me había dicho que el lugar de la mujer era su casa y que debía aprender sobre hierbas medicinales —«la farmacia de Dios», había apostillado con una sonrisa— para sustituir a mi madre. Dijo mucho más, desde luego, como que me prostituía en pos de los conocimientos del hombre en lugar de buscar los divinos, pero aun así decidí plantearle un problema de trigonometría. Se trataba de un pedacito de los conocimientos del hombre que a buen seguro él poseía.

Anoté el problema en una hoja limpia. Papá no levantó la cabeza cuando me acerqué y con delicadeza, despacio, deslicé el papel sobre los planos.

—Papá, ¿sabes resolver esto?

Me miró con severidad. Después sus ojos se dulcificaron. Giró la hoja, la

observó con atención unos instantes y empezó a trazar números, círculos y grandes líneas curvas que volvían sobre sí mismas. Su solución no se parecía a nada de lo que mostraba mi libro de texto. No se parecía a nada que yo hubiera visto. Le temblaba el bigote; murmuraba. Al fin dejó de escribir, levantó la vista y dio el resultado correcto.

Le pregunté cómo lo había resuelto.

—No sé resolverlo —me dijo entregándome la hoja—. Solo sé que es el resultado.

Volví a la cocina y comparé la ecuación pulcra y equilibrada con el desbarajuste de cálculos inacabados y trazos vertiginosos. Me impresionó lo extrañas que eran las anotaciones de aquella hoja: papá dominaba esa ciencia, sabía descifrar su lenguaje, decodificar su lógica, doblarla, retorcerla y exprimirla para extraerle la verdad, pero al pasar por sus manos se convertía en caos.

Estudié trigonometría durante un mes. A veces soñaba con el seno, el coseno y la tangente, con ángulos misteriosos y cálculos confusos, pero no avanzaba. No podía aprender trigonometría yo sola. Sin embargo conocía a alguien que lo había conseguido.

Tyler me dijo que fuera a verlo a casa de la tía Debbie, que vivía cerca de la BYU. Eran tres horas de viaje. Me sentí cohibida al llamar a la puerta de mi tía. Era la hermana de mi madre, y Tyler había vivido en su casa durante el primer año de universidad; yo no sabía nada más de ella.

Mi hermano abrió la puerta. Nos sentamos en la sala de estar mientras Debbie preparaba un estofado. Tyler resolvió las ecuaciones sin ninguna dificultad y anotó explicaciones metódicas de cada uno de los pasos. Estudiaba ingeniería mecánica, iba a licenciarse entre los mejores de su clase

y poco después iniciaría un doctorado en la Universidad Purdue. Mis ecuaciones trigonométricas estaban muy por debajo de sus conocimientos, pero si se aburría, no lo demostró; me explicó los principios con suma paciencia, una y otra vez. El portalón se entreabrió y atisé por la rendija.

Tyler ya se había ido y Debbie me ponía en las manos una fuente de estofado cuando sonó el teléfono. Era mi madre.

—Ha habido un accidente en Malad —dijo.

Mi madre disponía de poca información. Shawn se había caído. Había aterrizado de cabeza. Habían llamado a urgencias y lo habían trasladado en helicóptero al hospital de Idaho Falls. Los médicos no estaban seguros de que fuera a sobrevivir. Era lo único que sabía mi madre.

Yo quería más, algún dato sobre las probabilidades, aunque solo fuera para discutirlos. Deseaba que dijera: «Creo que se pondrá bien», o incluso: «Suponen que lo perderemos». Cualquier cosa menos lo que decía: «No lo saben».

Me aconsejó que fuera al hospital. Imaginé a Shawn en una camilla blanca, donde la vida se le escapaba poco a poco. Me invadió tal sentimiento de pérdida que casi se me doblaron las rodillas, y acto seguido sentí otra cosa: alivio.

Se aproximaba una tormenta, que según las previsiones dejaría una capa de nieve de casi un metro de espesor en Sardine Canyon, la garganta que protegía la entrada de nuestro valle. Había ido a casa de Debbie en el coche de mi madre, que tenía los neumáticos gastados. Le dije que iba a resultarme imposible atravesar el cañón.

La historia de la caída de Shawn me llegaría en retazos, en narraciones endebles de Luke y Benjamin, que estuvieron presentes. Era una tarde gélida, con un viento feroz que levantaba el polvo fino para formar nubes sutiles. Shawn se encontraba sobre un palé de madera, a seis metros del suelo. Tres metros y medio por debajo de él se alzaba un muro de hormigón armado a medio terminar, con barras de acero que asomaban como pinchos despuntados. No sé a ciencia cierta qué hacía en el palé; es probable que estuviera instalando pilares o soldando, pues solía realizar esos trabajos. Papá operaba la carretilla elevadora.

He oído relatos contradictorios de por qué se cayó Shawn.^[4] Alguien contó que papá había movido de improviso el brazo de la carretilla y que mi hermano había resbalado del palé. Sin embargo, la versión mayoritaria es que Shawn se hallaba cerca del borde cuando retrocedió sin ningún motivo y perdió el equilibrio. Se precipitó al vacío tres metros y medio. Su cuerpo giró lentamente en el aire, de modo que se estampó de cabeza contra el muro de hormigón erizado de barras de acero antes de descender los últimos dos metros y medio hasta el suelo.

Aunque me describieron así la caída, mi mente la bosqueja de otra forma..., en una página blanca con renglones de espaciado regular. Shawn sube, cae en pendiente, se golpea con las barras de acero y vuelve al suelo. Percibo un triángulo. El incidente tiene sentido cuando lo pienso de ese modo. Luego la lógica de la página sucumbe ante mi padre.

Papá echó un vistazo a Shawn. Mi hermano estaba desorientado. Tenía una pupila dilatada y la otra no, pero ignoraban qué significaba eso. No sabían que significaba que sufría una hemorragia cerebral.

Mi padre le aconsejó que descansara. Luke y Benjamin ayudaron a Shawn a apoyarse contra la camioneta y volvieron al trabajo.

A partir de aquí los hechos resultan aún más confusos.

Según me contaron, quince minutos después Shawn deambuló hasta la obra. Papá creyó que estaba dispuesto a trabajar y le mandó que se subiera al palé, y mi hermano, que no soportaba que le dijeran lo que tenía que hacer, empezó a quejarse a voces de todo: de la maquinaria, del diseño de los silos, de su sueldo. Gritó hasta quedarse afónico; luego, cuando papá creía que ya se había calmado, lo agarró por la cintura y lo lanzó como si fuera un saco de grano. Antes de que mi padre lograra ponerse en pie, Shawn se alejó a toda velocidad, vociferando y riendo, y Luke y Benjamin, convencidos ya de que algo le pasaba, fueron tras él. Luke lo alcanzó primero y no pudo sujetarlo; Benjamin añadió su peso y Shawn aflojó un poco el paso. Sin embargo, no se quedó quieto hasta que los tres hombres se le echaron encima y lo arrojaron al suelo, contra el que, como se resistía, se golpeó con fuerza la cabeza.

Nadie me ha descrito qué ocurrió esa segunda vez que Shawn se golpeó la cabeza. No estoy segura de si sufrió una apoplejía, vomitó o perdió el conocimiento. En cualquier caso, fue tan estremecedor que alguien —papá tal vez, Benjamin probablemente— llamó a urgencias, lo que ningún miembro de mi familia había hecho jamás.

Les comunicaron que en cuestión de minutos llegaría un helicóptero. Más tarde los médicos conjeturarían que cuando papá, Luke y Benjamin forcejearon y derribaron a Shawn, que había sufrido una conmoción cerebral, mi hermano ya se hallaba en estado crítico. Afirmaron que era un milagro que no hubiera muerto al golpearse con la cabeza en el suelo.

Me esfuerzo por imaginar la escena de la espera del helicóptero. Papá dijo que al llegar los sanitarios de urgencias Shawn sollozaba y llamaba a mi madre. Cuando entró en el hospital su estado de ánimo había cambiado. Se incorporó desnudo en la camilla, con los ojos desorbitados, inyectados en sangre, gritando que arrancaría los ojos al siguiente hijo de puta que se le acercara. Luego se desplomó sollozando y perdió el conocimiento.

Shawn superó la noche.

Por la mañana me dirigí a Buck's Peak. No sabía explicar por qué no corría a la cabecera de mi hermano. Le dije a mi madre que tenía que trabajar.

—Pregunta por ti —señaló.

—Has dicho que no reconoce a nadie.

—Y así es, pero la enfermera me ha preguntado si Shawn conocía a una tal Tara. Te ha llamado una y otra vez esta mañana, tanto en sueños como despierto. Les he dicho que Tara es su hermana, y dicen que sería bueno que fueras. Es posible que te reconozca, y eso ya sería algo. Tu nombre es el único que ha pronunciado desde que ingresó en el hospital.

Guardé silencio.

—Te pagaré la gasolina —añadió mi madre. Suponía que no iba a verlo por los treinta dólares que me costaría el combustible.

Me dio vergüenza que pensara eso. Por otra parte, si la causa no era el dinero, no tenía motivos para no ir.

—Voy ahora mismo —dije.

Es curioso lo poco que recuerdo del hospital y del aspecto de mi hermano. Recuerdo vagamente que tenía la cabeza vendada y que le pregunté a mi madre el motivo. Me contó que le habían operado, que le habían practicado una incisión en el cráneo para aliviar la presión, detener la hemorragia o reparar algo..., no me acuerdo de lo que dijo. Shawn se agitaba y se revolvía como un niño febril. Me quedé una hora a su lado. Abrió los ojos unas cuantas veces y, si estaba consciente, no me reconoció.

Volví al día siguiente y lo encontré despierto. Cuando entré en la habitación parpadeó y miró a mi madre como si quisiera confirmar que ella también me veía.

—Has venido —dijo—. Creía que no vendrías. —Me cogió la mano y se durmió.

Observé su rostro, las vendas que le cubrían la frente y las orejas, y me desprendí de mi amargura. Entonces comprendí por qué no había acudido antes. Había temido lo que sentiría; había temido llegar a alegrarme si se moría.

Estoy convencida de que los médicos querían que continuara en el hospital, pero no teníamos seguro y la factura ya era tan alta que diez años después Shawn aún no habría terminado de pagarla. En cuanto estuvo lo bastante estable para viajar nos lo llevamos a casa.

Los dos meses siguientes hizo vida en el sofá de la sala de estar. Se encontraba físicamente débil: tenía que hacer acopio de todas sus fuerzas para ir al cuarto de baño y volver. Se había quedado sordo de un oído y le costaba oír por el otro; por eso cuando le hablaban solía volver la cabeza para dirigir la oreja buena, en lugar de los ojos, hacia su interlocutor. Con excepción de ese movimiento extraño y de las vendas, se le veía del todo normal, sin inflamación ni hematomas. Según los médicos, eso se debía a que la lesión era muy grave: la falta de afectación externa indicaba que todo el daño era interno.

Tardé un poco en advertir que Shawn no era el mismo aunque tuviera el aspecto de siempre. Si bien parecía lúcido, al escuchar con atención las historias que contaba me daba cuenta de que no tenían ni pies ni cabeza. En realidad, más que historias, eran una tangente tras otra.

Sentí remordimientos por no haber ido a verlo al hospital de inmediato, de modo que para resarcirle dejé el trabajo con la intención de atenderlo día y noche. Le llevaba agua cuando la pedía; le preparaba algo de comer cuando tenía hambre.

Sadie empezó a pasar por casa y Shawn la recibió con los brazos abiertos.

Yo esperaba con impaciencia sus visitas porque me proporcionaban tiempo para estudiar. Como mi madre consideraba importante que me quedara con Shawn, nadie me interrumpía. Por primera vez en mi vida dispuse de ratos largos para estudiar..., sin tener que desguazar, filtrar tinturas o poner al día el inventario de Randy. Escruté las notas de Tyler, leí y releí sus minuciosas explicaciones. Al cabo de unas semanas, ya fuera por arte de magia o por un milagro, los conceptos arraigaron. Retomé el libro de exámenes. El álgebra avanzada seguía siendo indescifrable —pertenecía a un mundo que escapaba a mi capacidad de percepción—, pero la trigonometría se había vuelto inteligible: mensajes escritos en una lengua que yo entendía, procedentes de un mundo de lógica y orden que solo existía sobre el papel blanco y en tinta negra.

Entretanto el mundo real se sumió en el caos. Los médicos comunicaron a mi madre que a Shawn debía de habersele alterado el carácter a consecuencia de la lesión, que en el hospital había mostrado propensión a la inestabilidad, incluso a la violencia, y que el cambio quizá fuera permanente.

En efecto, mi hermano sucumbía a la ira, tenía momentos de furia ciega en los que solo deseaba hacer daño a alguien. Poseía intuición para la maldad, para espetar la palabra más demoledora, de modo que mi madre acababa llorando la mayor parte de las noches. Los ataques empeoraban a medida que su fuerza física mejoraba, por lo que yo limpiaba el inodoro todas las mañanas, consciente de que antes del almuerzo terminaría con la cabeza dentro de él. Mi madre decía que yo era la única capaz de calmarlo, y me convencí de que estaba en lo cierto. «¿Quién mejor que yo? —pensaba—. No me afecta lo que me haga.»

Al reflexionar sobre lo ocurrido no estoy segura de que la lesión lo cambiara tanto, pero me convencí de que así era y de que todos sus actos de crueldad eran nuevos. Leyendo mis diarios de aquella época sigo la evolución

de una adolescente que reescribe su historia. En la realidad que construyó para sí misma no había habido nada malo hasta que su hermano se cayó del palé. «Ojalá volviera mi mejor amigo —escribió—. Antes de la lesión yo nunca había sufrido.»

Ya no soy una niña

Hubo un momento aquel invierno. Arrodillada en la moqueta, oía a papá dar testimonio de la vocación de mi madre como curandera, cuando se me quedó el aire retenido en los pulmones y tuve la sensación de que salía de mí misma. Dejé de ver a mis padres y la sala de estar. Vi una mujer adulta, con su propio pensamiento, sus propias oraciones, que ya no se sentaba como una niña a los pies del padre.

Vi el vientre abultado de la mujer y era mi vientre. A su lado estaba la madre, la comadrona. La mujer le tomó la mano y le dijo que deseaba dar a luz en un hospital, con un médico. Te llevaré en el coche, le dijo la madre. La mujer se encaminó hacia la puerta, pero la puerta estaba bloqueada..., por lealtad, por obediencia. Por el padre. El hombre se alzaba inamovible. No obstante, la mujer era su hija y había absorbido toda la convicción del hombre, toda su solemnidad. Lo apartó a un lado y cruzó la puerta.

Intenté imaginar qué futuro podría reclamar para sí la mujer. Traté de recrear otras escenas en las que discrepara de su padre; en las que desoyera sus consejos y se reservara la opinión. Sin embargo, mi padre me había enseñado que es imposible que existan dos opiniones razonables sobre un mismo asunto: está la Verdad y están las Mentiras. Mientras, arrodillada en la moqueta, escuchaba a mi padre y observaba a esa desconocida, me sentí suspendida entre ellos, atraída por ambos, repelida por los dos. Comprendí

que ningún futuro podía albergarlos; que no habría destino que los tolerara a él y a ella juntos. Seguiría siendo una niña para siempre, a perpetuidad, o bien me alejaría de mi padre.

Estaba tumbada en la cama, observando las sombras que la luz tenue de la lámpara proyectaba en el techo, cuando oí la voz de mi padre en la puerta. De manera instintiva me incorporé en una especie de gesto de saludo, y una vez levantada, no supe qué hacer. Aquello no tenía precedentes: era la primera vez que mi padre entraba en mi dormitorio.

Pasó a zancadas por delante de mí, se sentó en la cama y dio unas palmaditas en el colchón a su lado. Tomé asiento, nerviosa. Apenas rozaba el suelo con la punta de los pies. Esperé a que hablara, pero los minutos transcurrieron en silencio. Papá tenía los ojos cerrados y las mandíbulas relajadas, como si escuchara voces seráficas.

—He estado rezando —dijo con tono suave, tierno—. He rezado sobre tu decisión de ir a la universidad.

Abrió los párpados. A la luz de la lámpara vi que tenía las pupilas dilatadas. Habían invadido el color castaño del iris. Jamás había visto unos ojos en los que el negro abarcara tanto; parecían de otro mundo, signos de un poder espiritual.

—El Señor me ha llamado para que dé testimonio. Está disgustado. Has dejado a un lado sus bendiciones para prostituirte en pos de los conocimientos del hombre. Has desatado Su ira, que no tardará en llegar.

No recuerdo que mi padre se levantara para irse, aunque debió de hacerlo. En cualquier caso yo seguí sentada, presa del pánico. La ira de Dios había devastado ciudades, había anegado la tierra entera. Me sentí débil, totalmente indefensa. Recordé que mi vida no era mía. En cualquier momento podían

arrancármela del cuerpo y arrastrarla hasta el cielo para que se las viera con un Padre furioso.

A la mañana siguiente encontré a mi madre mezclando aceites en la cocina.
—He decidido no ir a la universidad.

Levantó la vista y la clavó en la pared que se alzaba detrás de mí.

—No digas eso —susurró—. No quiero oírtelo decir.

No lo entendí. Había supuesto que se alegraría de que me sometiera a Dios.

Me miró. Hacía años que no sentía la fuerza de su mirada y me dejó atónita.

—Creía que de todos mis hijos tú serías la única que se iría de casa en un arrebato. Lo de Tyler fue una sorpresa; no me lo esperaba de él, sino de ti. No te quedés. Vete. No permitas que nada te detenga.

Oí los pasos de papá en la escalera. Mi madre suspiró y parpadeó, como si saliera de un trance.

Papá ocupó su silla a la mesa y mi madre empezó a prepararle el desayuno. Él inició un sermón sobre los profesores universitarios de izquierdas y ella fue susurrando palabras de asentimiento mientras removía la masa de las tortitas.

Sin Shawn como capataz, el negocio de albañilería de papá decayó. Yo había dejado de trabajar para Randy a fin de cuidar de mi hermano. Como necesitaba dinero, cuando papá volvió a la chatarra aquel invierno, yo también volví.

La mañana que regresé al desguace era gélida, muy parecida a la primera en que trabajé en él. Había cambiado. Seguía habiendo columnas de coches destrozados, pero ya no dominaban el paisaje. Hacía unos años la compañía eléctrica de Utah había contratado a mi padre para que desmontara centenares

de torres de la luz. Le habían dado permiso para quedarse los angulares de hierro —ciento ochenta toneladas—, que se acumulaban por el terreno en forma de montañas enmarañadas.

Todos los días me levantaba a las seis para estudiar, pues me resultaba más fácil concentrarme por las mañanas, antes de que el trabajo en el desguace me dejara agotada. Pese a que aún temía la ira de Dios, me convencí de que era improbable que aprobara el examen de ingreso en la universidad, a menos que mediara la intervención de Dios. Y si Dios intervenía quería decir que había dispuesto que fuera a la universidad.

El examen constaba de cuatro secciones: matemáticas, lengua, ciencias y comprensión lectora. Empezaba a mejorar en matemáticas pero no eran mi fuerte. Si bien sabía responder a la mayor parte de las preguntas del examen del libro, era lenta, tardaba el doble o el triple del tiempo asignado. Por otro lado, carecía incluso de conocimientos básicos de gramática, aunque iba aprendiendo; había empezado por el sustantivo, para luego pasar a las preposiciones y los verbos. Las ciencias eran un misterio, tal vez porque el único manual que había leído tenía hojas separables para colorear. De las cuatro secciones, solo me sentía segura en comprensión lectora.

La BYU era competitiva. Necesitaba una nota alta, al menos un veintisiete, lo que significaba situarse entre el quince por ciento mejor de los aspirantes. Tenía dieciséis años, jamás me había presentado a un examen y hasta hacía poco no había tenido nada parecido a una educación sistemática; aun así me inscribí para realizar la prueba. Era como tirar los dados, como si el lanzamiento no dependiera de mí. Dios se anotaría el resultado.

La noche anterior no pegué ojo. Mi cerebro recreó tantas escenas calamitosas que me ardía como si tuviera fiebre. Me levanté a las cinco, desayuné y recorrí los sesenta y cinco kilómetros que me separaban de la Universidad Estatal de Utah. Me condujeron a un aula blanca junto con otros

treinta estudiantes, que tomaron asiento y dejaron los lápices en el pupitre. Una mujer de mediana edad nos entregó los exámenes y unas curiosas hojas rosas que nunca había visto.

—Disculpe —le dije cuando me dio la mía—. ¿Para qué es?

—Es la hoja de respuestas. Tienes que marcarlas en ella.

—¿Cómo funciona?

—Como cualquier hoja de respuestas. —Se alejó visiblemente enfadada, creyendo que pretendía gastarle una broma.

—Nunca he utilizado ninguna.

Me observó con atención un momento.

—Marca el círculo de la respuesta correcta. Rellena toda la hoja. ¿Entendido?

La prueba empezó. Por primera vez pasé cuatro horas sentada a un pupitre en una sala llena de gente. El ruido era increíble, aunque por lo visto solo lo oía yo; solo yo no conseguía evadirme del rumor de las hojas al volverlas y del rasgueo de los lapiceros sobre el papel.

Al terminar sospeché que no había aprobado las matemáticas y tuve la certeza de que había suspendido las ciencias, donde mis respuestas no podían considerarse ni meras suposiciones. Eran aleatorias, simples dibujos formados por puntos en esa curiosa hoja rosa.

Volví a casa. Me sentía idiota; más que idiota, ridícula. Tras haber visto a los otros estudiantes —tras verlos desfilar hacia el aula en hileras ordenadas, sentarse donde les correspondía y anotar con calma sus respuestas, como si ejecutaran un ejercicio bien practicado—, me parecía absurdo que me hubiera planteado siquiera acabar entre el quince por ciento mejor.

Aquel mundo era suyo. Me puse el mono de trabajo y regresé al mío.

Aquella primavera hubo un día más caluroso de lo normal y Luke y yo lo pasamos acarreado correas metálicas, las vigas que se colocan en horizontal a lo largo de todo el tejado. Pesaban y el sol no daba tregua. En el hierro pintado caían las gotas de sudor que se nos escurrían por la nariz. Luke se quitó la camisa, agarró las mangas y las arrancó para crear unos agujeros grandes por los que se colara el aire. A mí no se me habría ocurrido una medida tan radical. Después de la vigésima correa metálica tenía la espalda pegajosa de sudor, así que agité la camiseta para abanicarme y me la remangué hasta dejar a la vista menos de tres centímetros de los hombros. Al cabo de unos minutos me vio mi padre, que se acercó y me bajó las mangas de un tirón. «Esto no es un burdel», me espetó.

Lo observé mientras se alejaba y mecánicamente, como si no se tratara de una decisión, volví a enrollármelas. Regresó una hora después y al verme se detuvo a medio paso, estupefacto. Me había ordenado algo y no le había obedecido. Dudó un momento antes de acercarse a mí, agarró las mangas y me las bajó de un tirón. No había dado ni diez pasos cuando me las recogí otra vez.

Quería obedecerle, pero hacía demasiado calor y agradecía sentir el aire en los brazos. No eran ni tres centímetros. Estaba cubierta de mugre desde las sienes hasta la punta de los pies. Por la noche tardaría media hora en arrancarme la suciedad de las fosas nasales y de los oídos. No me sentía un objeto de deseo ni de tentación. Me sentía como una carretilla humana. ¿Qué más daba que se vieran unos centímetros de piel?

Guardaba el sueldo por si necesitaba el dinero para matricularme en la universidad. Papá se enteró y empezó a cobrarme por cosas pequeñas. Tras el segundo accidente de coche mi madre había contratado un seguro, y papá

afirmó que yo debía pagar una parte. Así lo hice. Después quiso más dinero para la matriculación del vehículo.

—Los impuestos del Gobierno te dejarán en la ruina —dijo cuando se lo entregué.

Se dio por satisfecho hasta que llegaron los resultados del examen. Un día encontré un sobre blanco al volver del desguace. Manché de grasa la hoja al abrirlo y pasé por alto las notas de cada sección para ver la puntuación media. Veintidós. El corazón me palpitó con sonoros latidos alegres. No era un veintisiete, pero me abría puertas. Quizá la Universidad Estatal de Idaho.

Enseñé la nota a mi madre y ella se lo contó a papá, que se agitó y dijo a gritos que ya era hora de que me fuera de casa.

—Si es lo bastante mayor para cobrar un sueldo, es lo bastante mayor para pagar un alquiler —vociferó—. Que se vaya a pagarlo a otra parte.

Al principio mi madre discutió con él, pero al cabo de unos minutos papá ya la había convencido.

Sopesaba mis opciones en la cocina y pensaba en los cuatrocientos dólares que había entregado a papá hacía poco —un tercio de mis ahorros—, cuando mi madre se volvió hacia mí.

—¿Crees que podrías mudarte antes del viernes? —me preguntó.

Algo se rompió en mí, un dique o una presa. Me sentí arrastrada de un lado a otro, incapaz de sujetarme en ningún sitio. Chillé pero los gritos quedaron sofocados; me ahogaba. No tenía adónde ir. No podía pagar el alquiler de un apartamento, y aunque hubiera podido, los apartamentos de alquiler estaban en la ciudad. Necesitaría un coche. Solo tenía ochocientos dólares. Solté todo esto a borbotones antes de correr a encerrarme en mi habitación y dar un portazo.

Al cabo de unos minutos mi madre llamó con los nudillos.

—Ya sé que piensas que somos injustos, pero a tu edad yo ya vivía sola y

me preparaba para casarme con tu padre.

—¿Te casaste a los dieciséis?

—No digas tonterías. Tú no tienes dieciséis años.

Me la quedé mirando. Se me quedó mirando.

—Sí los tengo. Tengo dieciséis.

Me miró de arriba abajo.

—Tienes veinte por lo menos. —Ladeó la cabeza—. ¿No?

Guardamos silencio. El corazón me latía muy deprisa.

—Cumplí los dieciséis en septiembre.

—Ah. —Se mordió el labio, se levantó y sonrió—. Bien, entonces no te preocupes. Puedes quedarte. No sé en qué pensaba tu padre, la verdad. Supongo que se nos había olvidado. Cuesta llevar la cuenta de la edad de los hijos.

Shawn volvió a trabajar pese a que cojeaba. Usaba un sombrero australiano marrón chocolate de cuero engrasado y ala ancha. Antes del accidente solo se lo ponía para montar a caballo; ahora no se lo quitaba jamás, ni siquiera en casa, lo que papá consideraba una falta de respeto. Quizá quisiera faltar a papá, pero yo sospechaba que también lo llevaba porque era grande y cómodo y le tapaba las cicatrices de la intervención quirúrgica.

Al principio trabajó jornadas breves. Papá había conseguido un contrato para construir una granja lechera en el condado de Oneida, a unos treinta kilómetros de Buck's Peak, por lo que Shawn se ocupaba de tareas menudas en el desguace, corregía esquemas y medía vigas de doble T.

Luke, Benjamin y yo desguazábamos. Papá decidió que había llegado la hora de aprovechar los angulares de hierro amontonados por todas partes. Había que venderlos en piezas de menos de un metro veinte. Shawn propuso

que los cortáramos con sopletes, pero papá opinó que eso sería muy lento y que supondría un coste excesivo en combustible.

Unos días después se presentó con la máquina más aterradora que yo había visto. La llamó la Cizalla. A primera vista parecía unas tijeras de tres toneladas, y resultó ser exactamente eso. Las hojas, de hierro macizo, tenían treinta centímetros de grosor y un metro y medio de ancho. No cortaban porque estuvieran afiladas, sino por obra de la fuerza y la masa. Sus mandíbulas se movían impulsadas por un pistón voluminoso sujeto a una gran rueda de hierro, que giraba gracias a una correa y un motor. Por lo tanto, si algo quedaba atrapado en la máquina, se tardaría entre treinta segundos y un minuto en detener la rueda y parar las hojas. Estas se abrían y se cerraban con un gran estruendo, más atronadoras que un tren, para morder piezas de hierro gruesas como el brazo de un hombre. Más que cortarlas, las partían. En ocasiones el metal se sacudía y lanzaba a quien lo sujetaba hacia las cuchillas romas en movimiento.

A lo largo de los años papá había ideado planes muy peligrosos, pero ese fue el primero que de verdad me asustó. Quizá se debiera a la evidente capacidad mortífera de la Cizalla, a la certeza de que un mal movimiento nos costaría una extremidad, o quizá a que era del todo innecesaria. Era un capricho. Como un juguete, si un juguete pudiera cortarte la cabeza.

Shawn calificó la máquina de letal y afirmó que papá había perdido el poco juicio que tenía.

—¿Es que pretendes cargarte a alguien? Porque en la camioneta tengo una pistola que causará mucho menos destrozo.

Papá no pudo reprimir la sonrisa. Nunca lo había visto tan entusiasmado.

Shawn volvió al taller tambaleándose y meneando la cabeza.

Mi padre empezó a poner piezas de hierro en la Cizalla. Cada pedazo lo impelía hacia delante, y en dos ocasiones estuvo a punto de precipitarse de

cabeza contra las cuchillas. Cerré los ojos con fuerza, consciente de que si la máquina lo pillaba, las hojas no irían más despacio, sino que le rebanarían el cuello de un tajo y seguirían mordiendo.

Convencido ya de que la Cizalla funcionaba, indicó con una seña a Luke que lo reemplazara, y mi hermano, siempre dispuesto a complacer, se adelantó. A los cinco minutos corría a casa sangrando a chorros por un corte hasta el hueso que se había hecho en el brazo.

Papá observó a su cuadrilla. Hizo una seña a Benjamin, que negó con la cabeza y dijo que quería mantener los dedos en su sitio, gracias. Mi padre miró con impaciencia hacia la casa, y supuse que se preguntaba cuánto tiempo tardaría mi madre en detener la hemorragia. Luego me miró a mí.

—Tara, ven.

No me moví.

—Acércate.

Avancé despacio, sin pestañear, mirando la Cizalla como si fuera a atacarme. La sangre de Luke seguía en la hoja. Papá cogió un pedazo de angular de hierro y me tendió el extremo.

—Agárralo bien —me dijo—. Si ves que se sacude, lo sueltas.

Las hojas rugían al abrirse y cerrarse: una advertencia —pensé—, como el gruñido de un perro, para que me largara sin más. Sin embargo, el entusiasmo de papá por la máquina lo había colocado fuera del alcance de la razón.

—Es fácil —añadió.

Al poner la primera pieza entre las hojas recé, no para evitar la herida —eso era imposible—, sino para que la herida fuera como la de Luke, una porción de carne, porque así podría ir a casa yo también. Elegí las piezas de menor tamaño con la esperanza de controlar con mi peso las sacudidas. Al rato se acabaron. Seleccioné la más pequeña de las que quedaban. De todas formas, el metal era grueso. La empujé hacia las mandíbulas y esperé a que se

cerraran con estrépito. El ruido del hierro compacto al romperse era atronador. La pieza se agitó y me lanzó hacia delante, de modo que mis pies se elevaron del suelo. La solté y caí en la tierra, y el angular que las hojas mordían con violencia, una vez libre, salió despedido por el aire y aterrizó con estruendo a mi lado.

—¿QUÉ DIABLOS PASA?

Shawn apareció en un extremo de mi campo visual. Se acercó a zancadas, me levantó de un tirón y se volvió de inmediato hacia papá.

—¡Hace cinco minutos ese monstruo por poco arranca un brazo a Luke! ¿Y pones a Tara a manejarlo?

—Es una chica fuerte —repuso papá con un guiño dirigido a mí.

Shawn tenía los ojos desorbitados. Estaba fuera de sí, pese a que le habían aconsejado que no se alterara.

—¡Va a cortarle la cabeza! —dijo a gritos. Se volvió hacia mí y señaló al herrero que estaba en el taller—. Ve a hacer abrazaderas para las correas metálicas. No quiero que te acerques a ese trasto nunca más.

Papá avanzó.

—Esta es mi cuadrilla. Tú trabajas para mí, igual que Tara. Le he mandado manejar la Cizalla y la manejará.

Se gritaron el uno al otro durante quince minutos. Aquella pelea fue distinta de las que habían tenido otras veces..., fue un enfrentamiento incontrolado, cargado de odio. Jamás había visto a nadie chillar a mi padre de esa manera, y el cambio que experimentaron sus rasgos me dejó pasmada y luego me dio miedo. Se le transformó la cara, que se volvió rígida, desesperada. Shawn había despertado algo en el interior de papá, un deseo primario. Mi padre no podía perder esa discusión y conservar la dignidad. Si yo no manejaba la Cizalla, papá dejaría de ser papá.

Shawn avanzó y le dio un fuerte empujón en el pecho. Mi padre se

tambaleó, tropezó y cayó. Se quedó unos instantes en el barro, estupefacto, y luego se levantó y embistió a su hijo. Shawn alzó los brazos para protegerse del puñetazo, y papá bajó las manos al verlo, quizá porque recordó que su hijo había recuperado hacía poco la facultad de andar.

—Le he mandado hacerlo y lo hará —dijo furioso, en voz baja—. O no vivirá bajo mi techo.

Shawn me miró, y pareció que se planteaba ayudarme a liar los bártulos — a fin de cuentas, él había huido de papá a mi edad—, pero negué con la cabeza. No estaba dispuesta a irme de esa manera. Antes manejaría la Cizalla, y él lo sabía. Miró la máquina y, a continuación, el montón de hierro que había al lado, unas veintidós toneladas.

—Lo hará —dijo.

Dio la impresión de que papá crecía quince centímetros. Shawn se inclinó tambaleante, levantó una pieza de pesado hierro y la alzó hacia la Cizalla.

—No seas idiota —le dijo papá.

—Si ella lo hace, yo también.

El tono pendenciero había desaparecido de la voz de Shawn. Nunca lo había visto ceder ante papá, ni una sola vez, pero aquel día decidió perder la riña. Se daba cuenta de que sin duda yo me sometería aunque él no lo hiciera.

—¡Eres mi capataz! —gritó papá—. ¡Te necesito en Oneida, y no jugueteando con la chatarra!

—Pues no utilices la Cizalla.

Papá se alejó soltando palabrotas, exasperado, si bien es probable que pensara que Shawn se cansaría y volvería a ser su capataz antes de la cena. Mi hermano lo observó y se volvió hacia mí.

—Muy bien, Bermana Hequeña. Tú traes las piezas y yo las paso. Si el hierro es grueso, de dos centímetros, pongamos, tendrás que agarrarme por la espalda para que no acabe entre las cuchillas. ¿De acuerdo?

Manejamos la Cizalla durante un mes. Papá era demasiado testarudo para dejar de usarla, pese a que le costaba más tener a su capataz reciclando chatarra de lo que le habría costado cortar el hierro con sopletes. Acabé el trabajo con algunos moretones pero sin ninguna herida. Shawn parecía desprovisto de vitalidad. Solo habían pasado unos meses desde la caída del palé y su cuerpo no asumía el deterioro. En numerosas ocasiones se golpeó la cabeza porque el pedazo de hierro dio una sacudida en un ángulo inesperado. Cuando esto ocurría, se sentaba en la tierra, con las manos sobre los ojos, y al cabo de unos minutos se levantaba a coger la siguiente pieza. Por las noches se tumbaba en el suelo de la cocina con la camisa sucia y los vaqueros cubiertos de polvo, demasiado cansado para ducharse.

Le llevaba agua y comida siempre que las pedía. Sadie acudía casi todos los días a última hora de la tarde y las dos corríamos juntas cuando Shawn nos mandaba ir a por hielo, luego quitar los cubitos, luego echarlos de nuevo. Las dos éramos Ojos de Pez.

A la mañana siguiente volvíamos a la Cizalla y Shawn metía los angulares de hierro entre las mandíbulas, que los mordían con tal fuerza que lo alzaban del suelo sin dificultad, alegremente, como si fuera un juego y él, un niño.

Hombre desleal, cielo rebelde

En Oneida empezaron las obras de la granja lechera. Shawn diseñó y soldó las piezas del armazón, las enormes vigas que formaban el esqueleto del edificio. Pesaban demasiado para manejarlas con la carretilla elevadora; solo una grúa podía levantarlas. Era una operación delicada, en la que los soldadores debían mantener el equilibrio en cada extremo de la viga mientras esta descendía hasta apoyarse en los pilares, y a continuación asegurarla. Shawn sorprendió a todos al anunciar que quería que yo operara la grúa.

—Tara no sabe manejarla —replicó papá—. Tardaremos media mañana en enseñarle los mandos, y aun así no sabrá qué diablos hace.

—Pero tendrá cuidado —afirmó Shawn—, y yo no quiero caerme más.

Al cabo de una hora me encontraba en la cesta de la grúa, y Shawn y Luke estaban en una viga suspendida a doce metros del suelo, cada uno en una punta. Toqué con suavidad la palanca y oí el silbido apagado de los cilindros hidráulicos al extenderse.

—¡Para! —gritó Shawn cuando la viga quedó en su sitio, y se bajaron la careta para empezar a soldar.

La disputa sobre si yo debía manejar la grúa fue una del centenar de riñas entre papá y Shawn que mi hermano ganó aquel verano. La mayoría no se zanjó de forma tan pacífica. Discutían casi a diario: por un fallo en los

esquemas o por una herramienta que nos hubiéramos dejado en casa. Mi padre parecía tener ganas de pelea, de demostrar quién mandaba.

Una tarde se acercó a Shawn, se quedó a su lado mirando cómo soldaba y, sin ningún motivo, se puso a vocear: que si Shawn había alargado demasiado la pausa del almuerzo, que si organizaba a la cuadrilla demasiado tarde, que si no nos obligaba a dar el callo. Continuó chillando, y al cabo de varios minutos mi hermano se quitó la careta y lo miró con calma.

—¿No piensas cerrar el pico para dejarme trabajar?

Papá siguió gritando. Le llamó vago, le dijo que no tenía ni idea de dirigir una cuadrilla y que no entendía el valor del trabajo duro. Shawn paró de soldar y se encaminó hacia la caja de la camioneta. Papá fue tras él, vociferando aún. Mi hermano se quitó los guantes, despacio, con delicadeza, dedo por dedo, como si no tuviera a un hombre berreando a quince centímetros de la cara. Permaneció quieto varios minutos, sin hacer caso de los insultos, luego subió al vehículo, se marchó y dejó a papá chillándole al polvo.

Recuerdo el sentimiento de respeto que experimenté al ver cómo se alejaba la camioneta por la carretera de tierra. Shawn era la única persona a la que había visto plantar cara a papá, la única cuya fuerza mental, cuyo tonelaje de convicción, podía obligarlo a ceder. Había visto cómo mi padre perdía los estribos con cada uno de mis hermanos y les gritaba. Y Shawn fue el único al que vi dejarle con la palabra en la boca.

Era sábado por la noche. Estaba en casa de la abuela de la ciudad, con un libro de matemáticas abierto en la mesa de la cocina y un plato con galletas al lado. Me preparaba para repetir la prueba de acceso a la universidad. Solía estudiar en casa de la abuela para que papá no me sermoneara.

Sonó el teléfono. Era Shawn. Me preguntó si quería ver una película y dije que sí. Unos minutos después oí un ruido muy fuerte y miré por la ventana. Con su estruendosa moto negra y el sombrero australiano de ala ancha, mi hermano desentonaba por completo junto a la valla blanca de la casa. La abuela empezó a hacer pastelitos de chocolate con nueces y yo subí con Shawn a elegir la película.

Paramos la cinta cuando la abuela nos llevó los pastelitos. Nos los comimos en silencio, entre el sonoro tintineo de las cucharillas sobre los platos de porcelana.

—Sacarás el veintisiete —dijo de pronto mi hermano cuando nos los acabamos.

—Da igual. Me parece que de todas formas no iré. ¿Y si papá tiene razón? ¿Y si me lavan el cerebro?

Shawn se encogió de hombros.

—Eres tan lista como él. Si tiene razón, te darás cuenta nada más llegar.

La película terminó. Deseamos buenas noches a la abuela. Era una noche de verano templada, agradable, perfecta para la moto, y Shawn propuso que fuera con él a casa y que al día siguiente pasáramos a recoger el coche. Dio gas mientras esperaba a que yo subiera. Cuando avanzaba hacia él me acordé de que me había dejado el libro de matemáticas en la mesa de la cocina.

—Ve tú —le dije—. Enseguida te alcanzo.

Shawn se caló bien el sombrero, dio media vuelta en la moto y se alejó a toda velocidad por la calle desierta.

Conduje sumida en un letargo feliz. Era una noche negra, con esa oscuridad densa que caracteriza a las zonas rurales con pocas casas y aún menos farolas, sin nada que se oponga a la luz de las estrellas. Avancé por la carretera sinuosa como había hecho innumerables veces: bajaba a toda velocidad por la Bear River Hill y seguía por el tramo plano que discurre

paralelo a Fivemile Creek más adelante la carretera ascendía y yo doblaba a la derecha. Sabía dónde estaba la curva sin necesidad de buscarla, y me sorprendieron los faros inmóviles que vi brillar en la oscuridad.

Empecé a subir. Había un prado a mi izquierda y una zanja a la derecha. Cuando la pendiente comenzó a empinarse, vi tres coches estacionados cerca de la zanja. Tenían las portezuelas abiertas y la luz del interior encendida. Unas siete u ocho personas se apiñaban alrededor de algo que había sobre la grava. Cambié de carril para bordearlas pero me detuve al ver un objeto en medio de la calzada.

Era un sombrero australiano de ala ancha.

Aparqué en el arcén y corrí hacia el grupo de la cuneta.

—¡Shawn! —grité.

Se apartaron para dejarme paso. Mi hermano yacía de bruces sobre la grava, en medio de un charco de sangre que al resplandor de los faros parecía rosa. No se movía.

—Chocó contra una vaca al tomar la curva —contó un hombre—. Es una noche tan oscura que ni siquiera la vio. Hemos pedido una ambulancia. No nos atrevemos a moverlo.

Shawn tenía el cuerpo contorsionado, la espalda torcida. Yo no sabía cuánto tardaría en llegar la ambulancia y había mucha sangre. Decidí detener la hemorragia. Deslicé las manos bajo sus axilas e intenté levantarlo pero no pude. Miré a las personas apiñadas y reconocí una cara: Dwain.^[5] Era de los nuestros. Mi madre había asistido a su mujer en el nacimiento de cuatro de sus ocho hijos.

—¡Dwain! Ayúdeme a darle la vuelta.

Dwain alzó a Shawn y lo tumbó boca arriba. Durante un segundo que encerró dentro de sí toda una hora, miré a mi hermano y observé cómo la sangre que le salía de la sien le corría por la mejilla derecha y le cubría la

oreja antes de caer en la camiseta blanca. Tenía los ojos cerrados y la boca abierta. La sangre brotaba de un agujero del tamaño de una pelota de golf. Parecía que el asfalto le hubiera arrancado la piel de la sien y luego el hueso. Me incliné más para examinar el interior de la herida. Vi brillar algo blando y esponjoso. Me quité la chaqueta y se la apreté contra la cabeza.

Cuando le toqué la excoriación de la sien exhaló un largo suspiro y abrió los ojos.

—Berqueña —susurró. Acto seguido perdió el conocimiento.

Saqué el móvil del bolsillo. Marqué. Contestó papá.

Desesperada, debí de hablar a borbotones. Dije que Shawn había sufrido un accidente con la moto y que tenía un agujero en la cabeza.

—Habla más despacio. ¿Qué ha pasado?

Se lo repetí.

—¿Qué hago?

—Tráelo a casa. Vuestra madre lo atenderá.

Abrí la boca pero no salió ni una sola palabra.

—No es una broma —dije por fin—. ¡Le veo el cerebro!

—Tráelo a casa —ordenó papá—. Vuestra madre sabrá qué hacer.

A continuación, el zumbido monocorde del tono de marcar. Había colgado. Dwain había oído la conversación.

—Vivo aquí mismo, al otro lado de este campo. Tu madre puede curarle en mi casa.

—No. Mi padre quiere que lo lleve a la nuestra. Ayúdeme a subirlo al coche.

Shawn se quejó cuando lo levantamos y no volvió a hablar. Alguien nos aconsejó que esperásemos a la ambulancia. Otra persona, que lo trasladáramos nosotros mismos al hospital. Me parece que nadie creyó que fuésemos a llevarlo a casa con aquel orificio por el que se le salía el cerebro.

Lo acomodamos en el asiento de atrás. Me puse al volante y Dwain se sentó a mi lado. Comprobé que veía la carretera en el retrovisor y luego lo bajé para que reflejara el rostro de Shawn, inexpresivo y ensangrentado. Dejé el pie suspendido sobre el acelerador.

Transcurrieron tres segundos, cuatro quizá. Nada más.

Dwain gritaba: «¡Vamos!», pero yo apenas le oía. Me venció el pánico. Mis pensamientos vagaban desenfrenados, febriles, a través de una niebla de resentimiento. Era una especie de estado onírico, como si la histeria me hubiera liberado de una ficción en la que cinco minutos antes necesitaba creer.

Nunca había reflexionado sobre el día en que Shawn se había caído del palé. No había nada sobre lo que reflexionar. Se había caído porque Dios así lo había querido; el incidente no encerraba un sentido más profundo. Jamás había imaginado lo que habría sido presenciarlo. Ver que Shawn se precipitaba moviendo las manos como si quisiera aferrarse al aire. Verlo estrellarse contra el suelo, encogerse y quedarse inmóvil. No me había permitido imaginar qué ocurrió después: la decisión de papá de dejarlo junto a la camioneta y las miradas de inquietud que debieron de intercambiar Luke y Benjamin.

En el coche, viendo las arrugas del rostro de mi hermano convertidas en regueros de sangre, recordé. Recordé que Shawn había permanecido un cuarto de hora sentado junto a la camioneta, con una hemorragia cerebral. Después había tenido aquel arrebato y los chicos habían forcejeado con él hasta derribarlo, de modo que había caído al suelo y se había causado una segunda lesión, que según los médicos tendría que haberle provocado la muerte. Por eso Shawn no volvería a ser Shawn.

Si Dios dispuso la primera caída, ¿quién dispuso la segunda?

No había ido nunca al hospital de la ciudad pero no me costó encontrarlo.

Dwain me preguntó qué diablos hacía cuando de improviso di media vuelta y aceleré en la pendiente. Oía la respiración superficial de Shawn mientras cruzaba el valle a toda velocidad, por Fivemile Creek y la empinada Bear River Hill. Aparqué en la zona de urgencias del hospital y Dwain y yo cruzamos las puertas de cristal con Shawn a cuestas. Pedí ayuda a gritos. Una enfermera se acercó corriendo, y después otra. En esos momentos mi hermano estaba consciente. Se lo llevaron y alguien me acompañó a la sala de espera.

No era posible eludir lo que había que hacer. Llamé a mi padre.

—¿Ya estáis cerca? —me preguntó.

—Estoy en el hospital.

Silencio.

—Ahora vamos.

Llegaron quince minutos más tarde y esperamos los tres juntos, incómodos: yo mordiéndome las uñas en un sofá azul pastel, mi madre paseándose y chasqueando los dedos y papá sentado inmóvil bajo un ruidoso reloj de pared.

El médico hizo un TAC a Shawn y nos informó de que, aunque la herida era fea, el daño había sido mínimo. Me acordé de lo que me habían dicho los que lo habían atendido la última vez —que las lesiones en la cabeza con peor aspecto suelen ser las menos graves— y me sentí tonta por haberme dejado dominar por el pánico y por haberlo llevado al hospital. El orificio del hueso era pequeño, afirmó el médico. Se soldaría solo, o bien un cirujano podía colocar una placa metálica. Shawn dijo que deseaba notar cómo se cerraba, por lo que el médico cubrió el agujero con la piel y la cosió.

A las tres de la madrugada lo llevamos a casa. Papá se sentó al volante, mi

madre a su lado y yo me acomodé en el asiento de atrás con Shawn. Ninguno de los cuatro habló. Papá no gritó ni pronunció ningún sermón; de hecho, jamás mencionó aquella noche. No obstante, viendo cómo fijaba la vista, sin mirarme directamente en ningún momento, tuve la sensación de que la carretera se había bifurcado y él había tomado una dirección y yo, la otra. Después de aquel episodio no se planteó la cuestión de si me iría o me quedaría. Era como si viviéramos en el futuro y ya me hubiera marchado.

Cuando pienso en aquella noche, no evoco la carretera oscura ni a mi hermano tendido en un charco de sangre. Lo que recuerdo es la sala de espera, con el sofá azul claro y las paredes de tono pálido. Huelo su aire aséptico. Oigo el tictac del reloj de plástico.

Mi padre está sentado frente a mí y, observando su rostro fatigado, me doy cuenta de una verdad tan aplastante que no entiendo cómo se me ha escapado hasta ahora. La verdad es esta: no soy una buena hija. Soy una traidora, una loba entre ovejas; soy diferente y esa diferencia no es buena. Quiero gritar, quiero llorar en el regazo de mi padre y prometerle que no volveré a hacerlo. Sin embargo, aunque sea una loba, yo nunca miento, y en cualquier caso mi padre se olería la mentira. Ambos sabemos que si volviera a encontrarme a Shawn en la carretera, empapado en sangre, haría lo mismo que acabo de hacer.

No estoy arrepentida, sino avergonzada.

El sobre llegó tres semanas más tarde, cuando Shawn empezaba a recuperarse. Lo abrí con una sensación de indiferencia, como si fuera a leer mi condena después de que me hubieran comunicado el veredicto de culpabilidad. Busqué la puntuación media. Veintiocho. Volví a mirarla. Miré

mi nombre. No había ningún error. Sin saber cómo —solo un milagro podía explicarlo—, lo había conseguido.

Mi primer pensamiento fue una decisión: no volvería a trabajar para mi padre. Fui a Stokes, el único supermercado de la ciudad, y solicité un empleo de auxiliar, para meter en bolsas las compras de los clientes. No dije que tenía tan solo dieciséis años y el encargado me contrató para trabajar cuarenta horas semanales. Empezaría al día siguiente a las cuatro de la madrugada.

Al llegar a casa vi que mi padre atravesaba el desguace con la cargadora. Me encaramé a la escalerilla y me agarré a la barra. Entre el rugido del motor le informé de que había conseguido un empleo y de que seguiría manejando la grúa por las tardes hasta que contratara a un sustituto. Bajó el brazo telescópico y clavó la vista al frente.

—Ya has tomado una decisión —dijo sin mirarme—. No hay necesidad de alargar esto.

Al cabo de una semana solicité la admisión en la BYU. No sabía redactar la solicitud, por lo que la escribió Tyler. Dijo que mi formación había seguido un programa estricto concebido por mi madre, quien se había asegurado de que reuniera todos los requisitos para graduarme.

Mis sentimientos respecto al ingreso en la universidad cambiaban de un día para otro, casi de un minuto al siguiente. En ocasiones me convencía de que Dios deseaba que entrara, puesto que me había otorgado un veintiocho. Otras veces tenía la certeza de que me rechazarían y de que Dios me castigaría por pedir que me admitieran, por tratar de abandonar a mi familia. No obstante, sabía que, fuera cual fuese el resultado, me marcharía. Me iría a cualquier parte, aunque no fuera una universidad. Mi hogar había cambiado en el instante en que había llevado a Shawn al hospital y no a mi madre. Había rechazado un aspecto de mi hogar que de pronto me rechazaba a mí.

El comité de admisiones fue eficiente; no tuve que esperar mucho. La carta

llegó en un sobre normal. Al verlo se me cayó el alma a los pies. «Los sobres de las cartas de rechazo son pequeños», pensé. La abrí y leí: «Enhorabuena». Me aceptaban para el cuatrimestre que empezaba el 5 de enero.

Mi madre me abrazó. Papá trató de mostrarse alegre.

—Al menos demuestra una cosa —dijo—. Las clases que damos en casa son tan buenas como las de cualquier escuela pública.

Tres días antes de que cumpliera los diecisiete mi madre me llevó a Utah para buscar un apartamento. La búsqueda nos ocupó todo el día y regresamos tarde a casa, donde encontramos a papá cenando un plato que había sacado del congelador. No lo había cocinado bien, de modo que le había quedado una papilla. Lo envolvía un aire tenso, explosivo. Daba la impresión de que podía estallar en cualquier momento. Mi madre corrió a la cocina sin quitarse siquiera los zapatos y empezó a trastear con las cacerolas para preparar una cena como es debido. Papá fue a la sala de estar y se puso a maldecir al reproductor de vídeo. Desde el pasillo vi que los cables estaban desconectados. Se lo dije. Explotó. Despotricó y agitó los brazos, dijo a gritos que en la casa de un hombre los cables deben estar siempre enchufados, que un hombre no debería entrar en una sala y encontrar desconectados los cables del aparato de vídeo. Me preguntó por qué diablos los había desenchufado.

Mi madre llegó corriendo de la cocina.

—Los he desconectado yo —dijo.

Papá se volvió contra ella.

—¡Siempre te pones de su parte! —farfulló—. ¡Un hombre debería contar con el apoyo de su mujer!

Traté de enchufar los cables mientras papá me miraba sin dejar de chillar. Se me escurrían de las manos. El cerebro me latía desbocado por el pánico,

que sofocaba todos los pensamientos, por lo que no recordaba que debía conectar rojo con rojo y blanco con blanco.

De pronto se me pasó. Miré a mi padre, su cara morada, la vena que le palpitaba en el cuello. No había conseguido enchufar los cables. Me incorporé, sin importarme que siguieran desconectados. Salí de la sala. Papá continuaba vociferando cuando llegué a la cocina. Una vez en el pasillo me volví a mirar. Mi madre había ocupado mi puesto: agachada delante del reproductor de vídeo, buscaba los cables, con papá plantado al lado.

Aquel año, esperar la llegada de la Navidad fue como caminar hacia el borde de un precipicio. Desde el Y2K no me sentía tan segura de que se avecinaba algo terrible, algo que aniquilaría cuanto había conocido. ¿Y qué lo reemplazaría? Intentaba imaginar el futuro, poblarlo de profesores, tareas académicas, aulas, pero mi mente no lograba evocarlos. No había ningún futuro en mi imaginación. No había nada más allá de la Nochevieja.

Era consciente de que debía prepararme, tratar de adquirir los conocimientos de la enseñanza secundaria que Tyler había asegurado que poseía. Sin embargo, no sabía cómo hacerlo ni quería pedirle ayuda. Tyler había empezado una nueva vida en Purdue —incluso iba a casarse— y yo dudaba que quisiera alguna responsabilidad en la mía.

Cuando acudió por Navidad vi que leía un libro titulado *Los miserables* y concluí que debía de ser la clase de obra que leían los universitarios. Me compré un ejemplar con la esperanza de aprender algo de historia y de literatura, pero no fue así. Era imposible, porque no distinguía la ficción del telón de fondo verídico. Napoleón me pareció tan real como Jean Valjean. No había oído hablar de ninguno de los dos.

SEGUNDA PARTE

Para santificarlo

El día de Año Nuevo mi madre me condujo a mi nueva vida. No llevé mucho conmigo: una docena de tarros de melocotón envasado en casa, sábanas, mantas y una bolsa de la basura llena de ropa. Mientras avanzábamos por la interestatal contemplé cómo el paisaje se parcelaba y se llenaba de alambre de espino, y cómo las negras cumbres redondeadas de la sierra Bear River daban paso a las afiladas Rocosas. La universidad se hallaba en el centro de los montes Wasatch, cuyos macizos blancos surgían imponentes de la tierra. Eran hermosos, pero su belleza me resultó agresiva, amenazadora.

Mi apartamento se encontraba medio kilómetro al sur del campus. Tenía una cocina, una sala de estar y tres dormitorios pequeños. Sus otras ocupantes —sabía que eran mujeres porque en la BYU las viviendas se segregaban por género— no habían regresado de las vacaciones de Navidad. Tardé solo unos minutos en trasladar mis cosas del coche al apartamento. Mi madre y yo nos quedamos unos instantes en la cocina sin saber qué hacer, hasta que me abrazó y se marchó.

Durante tres días viví sola en el silencioso apartamento. Aunque no era silencioso. No había silencio en ninguna parte. Nunca había pasado más de unas horas en una ciudad grande y me resultó imposible defenderme de la invasión constante de ruidos extraños. El pitido de los semáforos, el chillido de las sirenas, el silbido de los frenos neumáticos, hasta el rumor de las

conversaciones de quienes pasaban por la acera... Oía cada uno de esos ruidos, que maltrataban mis oídos, acostumbrados al silencio de la montaña.

Andaba falta de sueño cuando llegó mi primera compañera de apartamento. Se llamaba Shannon y estudiaba en la escuela de cosmética, situada enfrente. Llevaba unos pantalones de pijama de felpa rosa y una camiseta blanca ceñida de tirantes finos. Me quedé mirándole los hombros. Había visto a algunas mujeres vestidas de esa manera —papá las llamaba infieles— y siempre había evitado acercarme a ellas, como si su inmoralidad fuera contagiosa. Y de pronto tenía una en casa.

Shannon me examinó con manifiesta contrariedad, fijándose en el holgado chaquetón de franela y en los vaqueros de hombre, que me venían grandes.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó.

—Estudio primero —respondí. No quería reconocer que solo tenía diecisiete años y que debería estar en el instituto, acabando tercero.

Se acercó al fregadero y vi que llevaba la palabra «Sexi» escrita en las posaderas. Era demasiado para mí. Retrocedí de espaldas hasta mi dormitorio murmurando que me iba a la cama.

—Buena idea —dijo—. Vamos temprano a la iglesia. Yo casi siempre llego tarde.

—¿Tú vas a la iglesia?

—Claro —contestó—. ¿Tú no?

—Claro que voy. Y tú... ¿de veras que vas?

Me miró de hito en hito mordiéndose el labio.

—Vamos a la iglesia a las ocho. ¡Buenas noches!

La mente me daba vueltas cuando cerré la puerta del dormitorio. ¿Cómo podía ser mormona esa?

Papá afirmaba que había infieles en todas partes, que la mayoría de los mormones lo eran sin saberlo. Pensé en la camiseta y en el pantalón de

pijama de Shannon y de pronto caí en la cuenta de que probablemente en la BYU eran todos infieles.

Mi otra compañera de apartamento llegó al día siguiente. Se llamaba Mary y cursaba tercero de educación infantil. Vestía como yo esperaba que vistiera una mormona en domingo, con una falda floreada que llegaba hasta el suelo. Su ropa fue una especie de distintivo para mí; me indicó que no era una infiel, y durante unas horas me sentí menos sola.

Hasta el atardecer. Mary se levantó del sofá de repente.

—Mañana empiezan las clases. Hay que aprovisionarse de comida.

Salió y una hora después regresó con dos bolsas de papel. Pese a que en el día de reposo estaba prohibido comprar —yo no compraba ni un chicle los domingos—, sacó tan campante los huevos, la leche y la pasta, como si no supiera que cada producto que depositaba en el frigorífico que compartíamos violaba los mandamientos de Dios. Cuando sacó una Coca-Cola Light, también prohibida por la Iglesia, huí de nuevo a mi habitación.

Al día siguiente me equivoqué de autobús. Cuando rectifiqué el error, la clase ya estaba a punto de terminar. Me quedé de pie al fondo del aula sin saber qué hacer, hasta que la profesora, una mujer delgada de facciones delicadas, me indicó con una seña el único asiento desocupado, que se encontraba cerca de la primera fila. Noté el peso de la mirada de todos cuando me senté. Era una asignatura sobre Shakespeare, y la había elegido porque me sonaba Shakespeare, lo que me había parecido una buena señal. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que no sabía nada de él. El nombre era tan solo una palabra que había oído.

Cuando sonó el timbre, la profesora se acercó a mi pupitre.

—No deberías estar aquí —me dijo.

Me la quedé mirando estupefacta. Por supuesto que no debería estar ahí, pero ¿cómo se había enterado ella? Me disponía a confesarlo todo —que no había ido al instituto, que no había reunido los requisitos para graduarme—, cuando añadió:

—Esta clase es para los mayores.

—¿Hay clases para los mayores?

Puso los ojos en blanco, como si creyera que pretendía hacerme la graciosa.

—Los alumnos de último curso. Esta es la trescientos ochenta y dos. Tú deberías ir a la ciento diez.

Recorrí medio campus antes de caer en la cuenta de lo que la profesora había querido decir. Miré mi horario de clases y por primera vez reparé en los números que figuraban junto a las asignaturas.

Fui a la secretaría, donde me informaron de que todas las clases de primero estaban completas. Me aconsejaron que me conectara cada pocas horas a la web para matricularme en alguna si se producía una baja. Al acabar la semana había conseguido entrar en cursos introductorios de lengua, historia de Estados Unidos, música y religión, pero seguía como alumna de una asignatura de tercero sobre historia del arte en la civilización occidental.

La profesora de lengua tenía cerca de treinta años y era jovial. No paró de hablar de algo denominado «estructura del texto», que según ella habíamos aprendido en la enseñanza secundaria.

Mi siguiente clase, historia de Estados Unidos, se impartía en un auditorio que llevaba el nombre del profeta Joseph Smith. Había pensado que la asignatura me resultaría fácil porque papá nos había instruido sobre los padres fundadores, de modo que lo sabía todo acerca de Washington, Jefferson y Madison. Sin embargo, el profesor apenas los mencionó, y en

cambio habló de los «fundamentos filosóficos» y de los textos de Cicerón y Hume, nombres que yo jamás había oído.

En la primera clase anunció que la siguiente comenzaría con un test sobre las lecturas. Durante dos días me esforcé por desentrañar el sentido de los densos fragmentos del libro de texto, pero expresiones como «humanismo cívico» y «la Ilustración escocesa» salpicaban las páginas como agujeros negros que absorbían las demás palabras. Hice el test y no acerté ni una sola pregunta.

El suspenso me reconcomió por dentro. El examen había de ser el primer indicio de si saldría airoso, de si la «cultura» que tenía en la cabeza era suficiente. Una vez realizado, la respuesta parecía clara: no lo era. Al darme cuenta podría haberme indignado con la educación recibida, pero no lo hice. La lealtad hacia mi padre había aumentado de manera proporcional a los kilómetros que nos separaban. En la montaña podía rebelarme. En cambio, en aquel lugar ruidoso y radiante, rodeada de infieles disfrazados de santos, me aferraba a cada verdad y a cada doctrina que me había enseñado. Los médicos eran Hijos de la Perdición, y la enseñanza en casa, un mandamiento de Dios.

Suspender un examen no logró socavar mi renovada devoción a un credo antiguo, pero una clase de arte occidental sí lo consiguió.

Cuando llegué al aula, el cálido sol de la mañana entraba a raudales por las ventanas que ocupaban toda una pared alta. Decidí sentarme al lado de una chica que llevaba una blusa de cuello cerrado. Se llamaba Vanessa.

—Debemos cerrar filas —me dijo—. Creo que somos las únicas alumnas de primero en toda la clase.

La lección empezó cuando un anciano de ojos pequeños y nariz afilada bajó las persianas de las ventanas. Le dio a un interruptor, y un proyector de diapositivas arrojó una luz blanca en el aula. La imagen reproducía un

cuadro. El profesor comentó la composición, las pinceladas y la historia. Pasó a otra pintura, luego a la siguiente y a la siguiente.

El proyector mostró entonces una imagen extraña: un hombre con un sombrero y un abrigo descoloridos. Detrás de él se alzaba un muro de hormigón. El hombre sostenía un papelito cerca de la cara pero no lo miraba. Nos miraba a nosotros.

Quise observarla con mayor detenimiento y abrí el libro ilustrado que había comprado para la asignatura. Vi que debajo de la imagen había algo escrito en cursiva. No entendí la frase, pues justo en el centro tenía una de esas palabras como agujeros negros que devoraban a las demás. Como había visto que otros alumnos planteaban preguntas, levanté la mano.

El profesor me señaló y leí la frase en voz alta. Me detuve en el vocablo.

—No conozco este término —dije—. ¿Qué significa?

Se hizo el silencio. No se oía ni un suspiro, ni un solo ruido apagado, tan solo un silencio absoluto, casi violento. Ni rumor de papeles ni el rasgueo de lapiceros.

El profesor apretó los labios.

—Gracias por la aportación —dijo, y volvió a sus notas.

Durante el resto de la clase apenas me moví. Permanecí con los ojos clavados en mis zapatos, preguntándome qué había ocurrido y por qué cuando levantaba la vista encontraba a alguien mirándome como si yo fuera un bicho raro. Era un bicho raro, por supuesto, y lo sabía, pero no entendía cómo se habían dado cuenta.

Cuando sonó el timbre, Vanessa metió el cuaderno en la mochila y se detuvo un instante.

—No deberías reírte de eso —me dijo—. No es un chiste. —Se marchó sin darme tiempo a responderle.

Me quedé en mi asiento hasta que salieron todos. Fingí que se me había

atascado la cremallera del chaquetón para no tener que mirarlos a la cara. Después fui derecha a la sala de ordenadores a consultar el significado de la palabra «Holocausto».

No sé cuánto tiempo pasé leyendo sobre el tema, pero llegó un momento en que me pareció suficiente. Me recliné en la silla y fijé la vista en el techo. Supongo que quedé conmocionada, aunque no estoy segura de si por haberme enterado de algo horrible o por haber descubierto mi ignorancia. Sí recuerdo que durante unos instantes visualicé no los campos de concentración, ni las fosas, ni las cámaras de gas, sino la cara de mi madre. Me invadió una emoción, un sentimiento intenso y tan novedoso que no sabía bien qué era. Me incitaba a gritar a mi propia madre, y eso me asustó.

Hurgué en mis recuerdos. La palabra «Holocausto» no era del todo desconocida. Quizá mi madre me lo hubiera explicado mientras recogíamos escaramujo o preparábamos tintura de espino blanco. Tenía cierta noción de que habían matado a judíos en algún lugar hacía mucho tiempo, pero creía que se trataba de un incidente pequeño, como la masacre de Boston —de la que papá hablaba mucho—, en la que un Gobierno tiránico había martirizado a media docena de personas. Parecía imposible haber calibrado tan mal la magnitud: seis personas frente a seis millones.

Busqué a Vanessa antes de que empezara la clase siguiente y me disculpé por el chiste. No me justificué, pues no cabía justificarse. Me limité a decirle que lo lamentaba y que no se repetiría. Para cumplir la promesa, durante el resto del cuatrimestre no levanté la mano en clase.

El sábado me senté al escritorio con una pila de tareas académicas. Tenía que acabarlas antes de la medianoche para no quebrantar el día de reposo.

Dediqué la mañana y la tarde a descifrar el libro de historia, sin excesivo

éxito. Al atardecer intenté escribir una redacción sobre mí para la clase de lengua, pero no sabía hacerlo porque nunca había escrito ninguna, salvo las que versaban sobre el pecado y el arrepentimiento, que nadie leía. Ignoraba qué quería decir la profesora con «estructura del texto». Escribí unas frases, las taché y volví a empezar. Repetí esta secuencia hasta pasada la medianoche.

Sabía que debía parar —era el día del Señor—, pero no había empezado siquiera el ejercicio de teoría musical, que tenía que entregar el lunes a las siete de la mañana. «El día de reposo empieza cuando me despierto», razoné, y seguí trabajando.

Me desperté con la cara sobre el escritorio. Entraba luz en la habitación. Oí a Shannon y a Mary en la cocina. Me puse mi vestido de domingo y nos encaminamos las tres a la iglesia. Como los feligreses eran estudiantes, todos se sentaban con sus compañeros de apartamento, de modo que me acomodé en un banco con las mías. Shannon enseguida empezó a hablar con la chica de detrás. Miré el templo y me sorprendió que hubiera tantas mujeres con faldas por encima de la rodilla.

La chica con la que charlaba Shannon nos invitó a ir a su casa por la tarde a ver una película. Mary y Shannon aceptaron, y yo negué con la cabeza. Los domingos no veía películas.

Shannon puso los ojos en blanco.

—Es muy muy pía —susurró.

Siempre había sabido que mi padre creía en un Dios distinto. De niña ya era consciente de que, aunque mi familia iba a la misma iglesia que todos los residentes de nuestra ciudad, no profesábamos la misma religión. Ellos creían en el decoro; nosotros lo practicábamos. Ellos creían en el poder sanador de Dios; nosotros dejábamos nuestras heridas en Sus manos. Ellos creían en la preparación para el Segundo Advenimiento; nosotros nos preparábamos.

Desde que tenía uso de razón sabía que los miembros de mi familia eran los únicos mormones de verdad que había conocido, y sin embargo, hasta que fui a esa universidad, a esa capilla, no me percaté de la inmensidad del abismo. Me di cuenta entonces: o estaba con mi familia o estaba con los infieles, en un bando o en el otro, pues entre ambos no había ningún asidero.

Finalizado el oficio religioso, nos dirigimos en fila a la escuela dominical. Shannon y Mary se sentaron en la parte delantera. Me guardaron un asiento y vacilé al recordar que había quebrantado el día de reposo. Llevaba menos de una semana en la universidad y ya le había robado una hora al Señor. Quizá por ese motivo papá no había querido que fuera: porque sabía que viviendo entre personas con menos fe corría el riesgo de volverme igual que ellas.

Shannon me hizo señas con las manos y se le movió el escote de pico. Pasé por delante de ella y me senté en un rincón, lo más lejos posible de mis compañeras de apartamento. Me alegró encontrarme en una situación a la que estaba acostumbrada: arrinconada, alejada de los demás, una reproducción fiel de las clases de la escuela dominical de mi infancia. Era la única sensación de cotidianidad que experimentaba desde mi llegada y la saboreé.

Sangre y plumas

En lo sucesivo apenas dirigí la palabra a Shannon y a Mary y ellas apenas me la dirigieron a mí, excepto para recordarme que realizara las tareas domésticas que me correspondían. No las hacía. A mí me parecía que el apartamento estaba bien. ¿Qué más daba que hubiera melocotones podridos en el frigorífico y platos sucios en el fregadero? ¿Qué más daba que el olor nos llegara como un bofetón en cuanto abríamos la puerta? En mi opinión, el hedor era soportable y la casa estaba limpia, filosofía que extendí a mi persona. No usaba jabón salvo cuando me duchaba, por lo general una o dos veces por semana, y en ocasiones ni siquiera entonces. Cuando salía del cuarto de baño por las mañanas y pasaba por delante del lavabo del pasillo, donde Shannon y Mary se lavaban las manos siempre —¡siempre!—, las veía arquear las cejas y pensaba en la abuela de la ciudad. «Frívolas —me decía—. Yo no me meo en las manos.»

El ambiente en el apartamento era tenso. Shannon me miraba como si me considerara un perro rabioso y yo no hacía nada para tranquilizarla.

El saldo de mi cuenta bancaria descendía sin cesar. Me había preocupado no aprobar las asignaturas pero, transcurrido el primer mes del cuatrimestre, después de pagar la matrícula y el alquiler y de comprar comida y libros,

empecé a pensar que, aunque las aprobara, no volvería a la universidad por una razón evidente: no podía permitírmelo. Consulté en la web los requisitos para solicitar una beca. Se precisaba casi un excelente de nota media para conseguir la exención de matrícula.

Pese a que solo había pasado un mes del cuatrimestre, me dio risa pensar en la posibilidad de que me concedieran una beca. Historia de Estados Unidos empezaba a irme mejor, aunque solo en el sentido de que ya no sacaba un cero en los exámenes. Me iba bien en teoría musical, pero la lengua me costaba. La profesora decía que sabía escribir, si bien le extrañaba que tuviera un estilo tan formal y rebuscado. No le conté que había aprendido a leer con la Biblia, el Libro de Mormón y los discursos de Joseph Smith y Brigham Young.

El verdadero problema era civilización occidental. Las clases me resultaban incomprensibles, probablemente porque durante la mayor parte de enero creí que Europa era un país, y no un continente, por lo que entendía muy poco de las explicaciones del profesor. Y tras el incidente del Holocausto no estaba dispuesta a pedir aclaraciones.

Aun así, era mi asignatura favorita por Vanessa. Nos sentábamos juntas en todas las clases. Me caía bien porque me parecía que éramos mormonas del mismo tipo: llevaba cuellos cerrados y prendas anchas y me había contado que nunca bebía Coca-Cola ni hacía las tareas académicas los domingos. Era la única persona de la universidad que no tenía aspecto de infiel.

En febrero el profesor anunció que haríamos un examen parcial cada mes, en lugar de solo uno a mitad del cuatrimestre, y que el primero sería la semana siguiente. Yo no sabía cómo prepararlo. No había manual de la asignatura, solo el libro con ilustraciones de cuadros y unos CD de música clásica. Escuché las composiciones mientras echaba un vistazo a las pinturas. Me esforcé un poco en aprenderme quién había pintado o compuesto qué,

aunque sin memorizar la grafía de los nombres. No me había presentado a más exámenes que a la prueba de acceso a la universidad, que era de tipo test, por lo que suponía que todos serían iguales.

El día del examen el profesor nos indicó que sacáramos el cuaderno azul. Apenas tuve tiempo de preguntarme qué era, cuando vi que todos mis compañeros sacaban uno de la mochila. Fue un movimiento fluido, sincronizado, como si lo hubieran practicado. Yo era la única bailarina del escenario que al parecer había faltado a los ensayos. Le pregunté a Vanessa si tenía uno de más, y lo tenía. Lo abrí convencida de que encontraría un examen de tipo test, pero las hojas estaban en blanco.

Se bajaron las persianas. El proyector arrojó una luz parpadeante y mostró un cuadro. Disponíamos de sesenta segundos para escribir el título de la obra y el nombre completo del artista. En mi mente solo se produjo una agitación sorda. Así continuó en las preguntas siguientes; permanecí inmóvil, sin responder a ninguna.

En la pantalla tituló un Caravaggio: *Judith y Holofernes*. Contemplé la imagen de una joven que tiraba de una espada cuya hoja atravesaba el cuello de un hombre, y lo hacía con serenidad, como quien corta un queso con un hilo. Yo había degollado pollos con papá: agarraba un ejemplar por las roñosas patas, mi padre levantaba el hacha y la dejaba caer con un sonoro pum; entonces yo apretaba los puños para sujetar al animal con todas mis fuerzas cuando sufría las convulsiones de la muerte entre plumas esparcidas y chorros de sangre que me salpicaban los vaqueros. Al acordarme de los pollos dudé que la escena de Caravaggio fuera posible: nadie mostraría esa expresión plácida e indiferente al decapitar a un ser vivo.

Sabía que el cuadro era de Caravaggio. Sin embargo, solo recordaba el apellido, y ni siquiera sabía escribirlo. Estaba segura de que se titulaba *Judith*

y *Nosequién*, pero no me habría salido el nombre de Holofernes ni aunque hubiera tenido esa espada en el cuello.

Quedaban treinta segundos. Quizá arañara algún punto si ponía algo en el papel —lo que fuera—, así que escribí el nombre tal como sonaba: «Caravayio». No me pareció que estuviera bien. Recordé que había una letra doble, por lo que lo taché y escribí «Carravagio». Incorrecto. Probé diferentes grafías, cada una peor que la anterior. Veinte segundos.

A mi lado, Vanessa no paraba de escribir. Claro. Estaba en su ambiente. Tenía buena letra y logré leer lo que había escrito: Michelangelo Merisi da Caravaggio. Y a continuación, en una caligrafía igual de perfecta, *Judith y Holofernes*. Diez segundos. Lo copié sin incluir el nombre completo de Caravaggio porque, en una demostración de integridad selectiva, concluí que sería hacer trampas. El proyector destelló al mostrar la siguiente diapositiva.

Durante el examen miré la hoja de Vanessa varias veces más, aunque no sirvió de nada. No podía copiar sus textos y me faltaban los datos y el dominio estilístico necesarios para redactar los míos. Ante la ausencia de conocimientos y de habilidad, tuve que garabatear lo primero que se me ocurrió. No recuerdo si se nos pedía que analizáramos *Judith y Holofernes*; si así fue, estoy segura de que debí de manifestar mi opinión: que la serenidad del rostro de la joven no concordaba con mi experiencia en el sacrificio de pollos. Adornada con el lenguaje adecuado, habría sido una respuesta fantástica: el poderoso contrapunto entre la calma de la mujer y el realismo general de la obra. No obstante, dudo que al profesor le impresionara mucho mi observación de que «cuando le cortas la cabeza a un pollo no debes sonreír porque es posible que la sangre y las plumas te entren en la boca».

El examen acabó. Subieron las persianas. Salí a la calle y me quedé inmóvil con el frío invernal mirando las cumbres de los montes Wasatch.

Quería quedarme. Pese a que las montañas seguían siendo tan ajenas y amenazadoras como siempre, quería quedarme.

Esperé los resultados del examen durante una semana, en la que soñé dos veces con Shawn: me lo encontraba tendido sin vida en el asfalto, le daba la vuelta y le veía la cara iluminada de rojo. Suspendida entre el miedo del pasado y el miedo al futuro, anoté el sueño en mi diario. Acto seguido, sin ninguna explicación, como si fuera evidente que ambos hechos estaban relacionados, escribí: «No entiendo por qué de niña no me permitieron recibir una buena educación».

Unos días después me entregaron los resultados. Había suspendido.

Un invierno, cuando era pequeña, Luke encontró en el prado un búho virginiano inconsciente y medio helado. Era del color del hollín y, a mis ojos infantiles, casi tan grande como yo. Luke lo llevó a casa, donde admiramos la suavidad del plumaje y las despiadadas garras. Recuerdo que acaricié las plumas rayadas, tersas como el agua, mientras mi padre sostenía el cuerpo desmadejado. Sabía que el búho no me habría dejado acercarme si hubiera estado consciente. Lo tocaba en contra de la naturaleza.

Tenía las plumas empapadas de sangre. Se le había clavado una espina en el ala. «No soy veterinaria —dijo mi madre—. Yo atiendo a personas.» Aun así, extrajo la espina y limpió la herida. Papá afirmó que el ala tardaría unas semanas en curarse y que el búho recuperaría la consciencia mucho antes. Y que al verse atrapado, rodeado de depredadores, se golpearía hasta morir intentando recuperar la libertad. Era silvestre, añadió, y en el bosque esa herida era mortal.

Lo dejamos cerca de la puerta de atrás, sobre el linóleo, y cuando volvió en sí ordenamos a mi madre que no pusiera los pies en la cocina. Mi madre dijo

que cedería la cocina a un búho cuando las ranas criaran pelo, tras lo cual entró con paso decidido y preparó el desayuno armando ruido con los cacharros. Daba pena ver al búho, que iba de un lado a otro, arañaba la puerta con las garras y, presa del pánico, se golpeaba la cabeza. Gritamos y mi madre salió. Al cabo de dos horas papá cerró la mitad de la cocina con tablas de contrachapado. El ave pasó varias semanas en ese espacio, recuperándose. Cazábamos ratones para alimentarlo, y a veces no se los comía y no podíamos retirar los cadáveres. El olor a muerte era intenso y fétido, un puñetazo en las tripas.

El búho se mostró cada día más inquieto. Cuando empezó a rechazar la comida, abrimos la puerta para que saliera. No estaba curado del todo, pero papá afirmó que tenía más posibilidades de sobrevivir en la montaña que con nosotros. No era su sitio. No podíamos enseñarle a que se adaptara.

Quise contarle a alguien que había suspendido el examen, pero algo me impedía llamar a Tyler. Quizá fuera la vergüenza. O quizá fuera que Tyler iba a ser padre. Había conocido a Stefanie en Purdue y poco después se habían casado. Ella no sabía nada de nuestra familia. Yo tenía la sensación de que mi hermano prefería su nueva vida —su nueva familia— a la que había llevado antes.

Llamé a casa. Contestó papá. Mi madre había ido a atender un parto, como hacía cada vez más a menudo desde que no tenía migrañas.

—¿Cuándo volverá? —le pregunté a papá.

—No lo sé. Más valdría que le preguntaras al Señor, puesto que es Él quien decide. —Rio por lo bajini—. ¿Qué tal la universidad?

Era la primera vez que hablábamos desde que me había gritado por culpa de los cables del reproductor de vídeo. Aunque advertí que intentaba

mostrarse comprensivo, no me pareció que pudiera reconocer el suspenso ante él. Quería contarle que me iba bien. «Pan comido», imaginé que le decía.

—No muy bien —respondí—. No tenía ni idea de que sería tan difícil.

Siguió un silencio e imaginé que el severo rostro de papá se endurecía. Esperé la pulla que supuse que estaba preparando; en cambio oí una voz que susurraba:

—Todo irá bien, cariño.

—No. No me darán la beca. No voy a aprobar. —Me temblaba la voz.

—Si no te dan la beca, no te la dan —dijo papá—. A lo mejor puedo ayudarte con el dinero. Ya se nos ocurrirá algo. Tú sé feliz, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Ven a casa si quieres.

Colgué, dudando de lo que acababa de oír. Sabía que eso no duraría, que la siguiente vez que habláramos todo sería distinto: la ternura de ese momento se habría olvidado y la lucha incesante entre los dos volvería al primer plano. En cualquier caso, aquella noche quiso ayudarme. Y eso ya era algo.

En marzo hubo otro examen de civilización occidental. Esa vez preparé fichas. Pasé horas aprendiéndome de memoria la grafía de nombres raros, la mayoría franceses (entonces ya sabía que Francia era una parte de Europa). Jacques-Louis David y François Boucher: no sabía pronunciarlos pero sí escribirlos.

Como mis apuntes de clase no tenían ni pies ni cabeza, pedí a Vanessa que me dejara ver los suyos. Me miró con expresión escéptica y me pregunté si se habría dado cuenta de que me había copiado de ella en el examen. Se negó a pasármelos, pero propuso que estudiáramos juntas, de modo que al acabar las

clases fuimos a su habitación, en la residencia de estudiantes. Nos sentamos en el suelo con las piernas cruzadas y los cuadernos delante.

Intenté leer mis apuntes, pero las frases estaban incompletas y eran caóticas.

—No te preocupes por los apuntes —me dijo Vanessa—. Es más importante el libro de texto.

—¿Qué libro de texto?

—Pues el libro de texto —respondió ella.

Se echó a reír creyendo que quería hacerme la graciosa. Me puse tensa porque hablaba en serio.

—No tengo libro de texto —dije.

—¡Claro que sí! —Alzó el grueso libro ilustrado que me había servido para memorizar títulos y artistas.

—Ah, ese. Ya le he echado un vistazo.

—¿Un vistazo? ¿Y no lo has leído?

Me la quedé mirando. No la entendía. La asignatura era de música y arte. Nos habían dado varios CD con música para que los escucháramos y un libro con ilustraciones de obras de arte para que las mirásemos. No se me había ocurrido leer el libro de arte, como tampoco se me habría ocurrido leer los CD.

—Creía que solo teníamos que mirar las ilustraciones. —Me pareció una necedad en cuanto lo dije en voz alta.

—Entonces, cuando el programa de la asignatura indicaba de la página cincuenta a la ochenta y cinco, ¿no te pasó por la cabeza que tenías que leerlas?

—Miré las ilustraciones —repetí. Sonó peor la segunda vez.

Vanessa empezó a hojear el libro, que de pronto había adquirido todo el aspecto de un libro de texto.

—Entonces ese era el problema. Tienes que leer el libro de texto.

Lo dijo con un retintín sarcástico, como si ese error garrafal, después de todo lo demás —después del chiste sobre el Holocausto y de copiarme de ella en el examen—, pasara de castaño oscuro y no quisiera saber nada más de mí. Me dijo que debía irme porque ella tenía que estudiar para otra asignatura. Recogí mi cuaderno y salí.

«Leer el libro de texto» demostró ser un consejo magnífico. En el siguiente examen obtuve un notable y hacia el final del cuatrimestre ya sacaba excelentes. Era un milagro y así lo interpreté. Seguí estudiando a diario hasta las dos o las tres de la madrugada, convencida de que debía pagar ese precio para conseguir el apoyo de Dios. Me iba bien en historia, mejor aún en lengua y de fábula en teoría musical. Era improbable que me concedieran una beca de matrícula completa, pero quizá consiguiera una de media matrícula.

En la última clase de civilización occidental el profesor anunció que el primer examen lo habían suspendido tantos alumnos que había decidido no tenerlo en cuenta. Y ¡chas! Mi suspenso desapareció. Quise alzar el puño al aire, chocar los cinco con Vanessa. Y de pronto recordé que ya no se sentaba conmigo.

En el principio

Al terminar el cuatrimestre regresé a Buck's Peak. La BYU colgaría las calificaciones al cabo de unas semanas. Entonces sabría si podría volver en otoño.

Había llenado mis diarios de promesas de no volver a pisar nunca más el desguace. Como necesitaba dinero —papá habría dicho que estaba más pelada que la Eva bíblica—, quise recuperar mi empleo en Stokes. Me presenté por la tarde, en la hora de más trabajo, cuando sabía que andarían faltos de personal, y, en efecto, encontré al encargado metiendo en bolsas las compras de los clientes. Le pregunté si quería que lo hiciera yo y me miró unos tres segundos, se quitó el delantal y me lo entregó. La segunda encargada me guiñó un ojo: era quien me había aconsejado que acudiera en el momento de mayor trajín. No sé qué tenía Stokes —con sus pasillos rectos y limpios y la calidez de sus empleados— que lograba que me sintiera tranquila y contenta. Aunque resulte extraño decir algo así de un supermercado, me sentía a gusto.

Papá me esperaba cuando crucé la puerta de atrás. Vio el delantal.

—Este verano trabajarás para mí —me dijo.

—Trabajo en Stokes.

—¿Te crees demasiado buena para el desguace? —Alzó la voz—. Esta es tu familia. Este es tu sitio.

Tenía el rostro demacrado y los ojos inyectados en sangre. El invierno había sido nefasto para él. En otoño había invertido casi todos los ahorros en maquinaria de construcción: una excavadora, una elevadora con cesta y un soldador con remolque. En primavera ya lo había perdido todo. Luke había quemado sin querer el soldador con remolque, que había ardiendo hasta las ruedas; la elevadora con cesta se había desprendido de la plataforma del camión porque alguien —nunca pregunté quién— no la había asegurado debidamente, y la excavadora se había incorporado a la chatarra del desguace porque Shawn, que la había subido a un remolque enorme, había doblado una esquina a tal velocidad que volcaron tanto el camión como el remolque. Con la suerte de los condenados, mi hermano logró salir a gatas del vehículo siniestrado, aunque se golpeó la cabeza y no recordaba los días anteriores al accidente. El camión, el remolque y la excavadora quedaron para el arrastre.

Papá llevaba la determinación grabada en el rostro. Se le traslucía en la voz, en su tono agudo. Tenía que ganar ese pulso. Se había convencido de que si yo formaba parte de la cuadrilla habría menos accidentes, menos percances. «Eres más lenta que un caracol —me había dicho docenas de veces—, pero acabas el trabajo sin cargarte nada.»

Sin embargo, yo no podía hacer el trabajo porque eso habría significado retroceder. Me había trasladado a casa, a mi habitación de siempre, a mi vida de siempre. Si volvía a trabajar para mi padre, a despertarme todas las mañanas para calzarme las botas de seguridad y encaminarme al desguace, sería como si los últimos cuatro meses no hubieran existido, como si nunca me hubiera marchado.

Pasé por delante de mi padre y me encerré en mi dormitorio. Al cabo de unos instantes mi madre llamó a la puerta. Entró sin hacer ruido y se sentó en la cama con tanta delicadeza que apenas noté su peso a mi lado. Pensé que

me diría lo que había dicho la última vez. Yo le recordaría que tenía solo diecisiete años y ella me diría que podía quedarme.

—Tienes la oportunidad de ayudar a tu padre. Te necesita. Aunque jamás lo reconocerá. La decisión está en tus manos. —Tras una pausa, añadió—: De todos modos, si no le ayudas no podrás quedarte aquí. Tendrás que irte a vivir a otra parte.

Al día siguiente, a las cuatro de la madrugada, fui a Stokes y trabajé diez horas. Por la tarde llovía a cántaros cuando regresé y encontré mi ropa sobre el césped de la entrada. La metí en casa. Mi madre, que mezclaba aceites en la cocina, no pronunció ni media palabra cuando pasé con mis camisetas y vaqueros chorreando.

Me quedé sentada en la cama mientras el agua de las prendas empapaba la moqueta. Había cogido un teléfono y me lo quedé mirando sin saber qué hacer. No tenía a quién llamar. No tenía adónde ir ni a quién llamar.

Marqué el número de Tyler, que seguía en Indiana.

—No quiero trabajar en el desguace —le dije con voz ronca en cuanto respondió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con tono de preocupación. Creía que había habido otro accidente—. ¿Estáis todos bien?

—Sí, todos estamos bien. Lo que pasa es que papá dice que no puedo quedarme si no trabajo en el desguace, y yo ya no puedo hacerlo. —Me temblaba la voz, que había adquirido un tono agudo poco natural.

—¿Qué quieres que haga? —dijo Tyler.

Al recordarlo ahora tengo la certeza de que no quiso decir más que eso, de que solo me preguntaba cómo podía ayudarme, pero mis oídos, los de una adolescente aislada y recelosa, oyeron otra cosa: «¿Y qué esperas que haga yo?». Temblaba, la cabeza me daba vueltas. Tyler había sido mi salvavidas. Durante años había habitado mi mente como el último recurso, la palanca que

podía accionar cuando me viera contra la pared. Y ahora que acababa de accionarla me daba cuenta de su inutilidad. A fin y al cabo, no hacía nada.

—¿Qué ha pasado? —repitió Tyler.

—Nada. Todo va bien.

Colgué y llamé a Stokes. Contestó la segunda encargada.

—¿Ya has terminado el turno de hoy? —me preguntó con tono alegre.

Le dije que me despedía, que lo lamentaba, y colgué el teléfono. Abrí el armario y ahí seguían, en el mismo sitio donde las había dejado cuatro meses antes: mis botas del desguace. Me las calcé. Era como si nunca me las hubiera quitado.

Papá estaba en la carretilla elevadora, recogiendo un montón de planchas de zinc onduladas. Necesitaría a alguien que colocara pedazos de madera en el remolque para que pudiera descargarlas. Al verme bajó la pila de zinc para que me subiera a ella, y ascendí con la carga y luego bajé con ella al remolque.

Los recuerdos de la universidad se difuminaron rápidamente. El rasgueo de los lapiceros sobre el papel, el chasquido del proyector cuando pasaba una diapositiva, el repique del timbre que indicaba el fin de las clases..., todo quedó sofocado por el estruendo del metal y el rugido de los motores diésel. Tras un mes en el desguace, la BYU parecía un sueño, algo imaginado. Ahora estaba despierta.

Mis actividades cotidianas eran las mismas que antes: después de desayunar clasificaba la chatarra o arrancaba el cobre de los radiadores. Si los chicos trabajaban en una obra, en ocasiones iba con ellos para manipular la pala cargadora, la carretilla elevadora o la grúa. A la hora de comer ayudaba a

mi madre a cocinar y a fregar los platos, para luego volver al desguace o a la carretilla elevadora.

Lo único distinto era Shawn. No era como lo recordaba. Jamás decía una palabra hiriente y parecía sentirse en paz consigo mismo. Estudiaba para obtener un diploma equivalente al título de educación secundaria y, según me contó una noche cuando volvíamos en la camioneta tras realizar un trabajo, pensaba cursar un cuatrimestre de prueba en un colegio universitario. Quería estudiar derecho.

Aquel verano se representaba una obra en el Worm Creek Opera House y Shawn y yo compramos entradas. Unas filas por delante de nosotros se encontraba Charles, que se acercó a mí en el intermedio, cuando mi hermano se alejó para tratar de ligar con una chica. Por primera vez no me sentí cohibida. Me acordé de Shannon, de cómo hablaba con la gente en la iglesia, de su alegre simpatía, de cómo reía y sonreía. «Sé Shannon», me dije. Y durante cinco minutos lo fui.

Charles me miraba de un modo raro, como yo había advertido que los hombres miraban a Shannon. Me preguntó si me gustaría ver una película el sábado. Propuso una profana, vulgar, que yo nunca habría visto, pero, puesto que era Shannon, respondí que me encantaría.

Intenté ser Shannon el sábado por la noche. La película era horrorosa, peor de lo que esperaba, de esas que solo ven los infieles. Aun así, me costaba ver a Charles como un infiel. Era tan solo Charles. Me planteé decirle que la película era inmoral, que no debía ver cosas como esa, pero, puesto que era Shannon, no dije nada y me limité a sonreír cuando me preguntó si me apetecía un helado.

Shawn era el único que estaba levantado cuando llegué a casa. Sonrió al verme entrar. Dijo en broma que me había echado novio, y su intención era

festiva de verdad: quería hacerme reír. Antes de irse a la cama afirmó que Charles tenía buen gusto y que no conocía a ninguna persona mejor que yo.

Una vez en mi dormitorio, me miré en el espejo durante un buen rato. Primero me fijé en mis vaqueros de hombre, que no se parecían en nada a los que llevaban las otras chicas. En segundo lugar me fijé en la camisa, demasiado larga, que me hacía parecer más robusta de lo que era.

Charles me llamó unos días después. Estaba en mi habitación tras una jornada dedicada a colocar un tejado. Olía a disolvente y estaba cubierta de polvo ceniciento, aunque él no lo sabía. Pasamos dos horas hablando. Me telefoneó la noche siguiente, y la otra. Propuso que el viernes fuéramos a comer una hamburguesa.

El jueves, tras terminar mis tareas en el desguace, conduje sesenta y cinco kilómetros, hasta el Walmart más cercano, para comprarme unos vaqueros de mujer y dos camisetas, ambas azules. Cuando me los puse apenas si reconocí mi cuerpo, la forma en que se estilizaba y se curvaba. Me los quité de inmediato con la sensación de que eran indecorosos. En sentido estricto no lo eran, pero yo sabía por qué los quería —para que Charles se fijara en mi cuerpo—, y eso sí me pareció indecoroso pese a que las prendas no lo fueran.

Al día siguiente, cuando terminamos la jornada por la tarde, corrí a casa. Me duché hasta eliminar por completo la mugre, extendí la ropa nueva sobre la cama y la observé. Al cabo de unos minutos me vestí y de nuevo me escandalizó mi imagen. Como no tenía tiempo de cambiarme, me puse una chaqueta pese a que hacía calor, y en algún momento —no sabría decir cuándo ni por qué— concluí que no la necesitaba. Durante el resto de la noche no tuve que recordarme que debía ser Shannon; conversé y reí sin necesidad de fingir.

Charles y yo salimos todas las noches de la semana siguiente. Frecuentamos parques y heladerías, hamburgueserías y gasolineras. Lo llevé a Stokes porque me encantaba el supermercado y porque la segunda encargada siempre me daba los donuts que quedaban sin vender en la panadería. Charlamos de música, de grupos que yo no conocía y de su deseo de ser músico y viajar por todo el mundo. No hablamos de nosotros, de si éramos amigos o algo más. Quería que él sacara el tema, pero no lo hizo. Quería que me lo indicara de otra manera —tomándome la mano con delicadeza o rodeándome con un brazo—, pero tampoco lo hizo.

El viernes estuvimos juntos hasta muy tarde y cuando volví a casa la encontré a oscuras. El ordenador de mi madre estaba encendido y el salvapantallas arrojaba una luz verde en la sala de estar. Me senté y maquinalmente entré en la web de la BYU. Ya habían colgado las notas. Había aprobado. Con creces. Había sacado excelentes en todas las asignaturas menos en civilización occidental. Conseguiría una beca de media matrícula. Podría volver.

Charles y yo pasamos la tarde siguiente en el parque, balanceándonos con indolencia en los columpios de neumáticos. Le hablé de la beca. Quería presumir de mi éxito, pero no sé por qué acabaron aflorando mis temores. Dije que ni siquiera debería estar en la universidad, que primero tendría que haberme graduado en el instituto. O al menos haber empezado la secundaria.

Charles me escuchó sin despegar los labios y siguió en silencio un buen rato cuando dejé de hablar.

—¿Estás enfadada porque tus padres no te llevaron a la escuela? —dijo por fin.

—¡Ha sido una ventaja! —respondí casi a gritos.

Fue una reacción instintiva, como oír una frase de una canción pegadiza: no pude por menos que recitar la frase siguiente. Charles me miró con

incredulidad, como si me pidiera que conciliara eso con lo que le había contado hacía unos minutos.

—Pues yo sí estoy enfadado. Aunque tú no lo estés.

No dije nada. Nunca había oído a nadie, aparte de Shawn, criticar a mi padre y no supe cómo reaccionar. Habría querido hablar a Charles de los Illuminati, pero las palabras eran de mi padre y sonaron torpes y ensayadas incluso en mi mente. Me avergonzó mi incapacidad para apropiarme de ellas. En ese momento creí —y una parte de mí siempre lo creerá— que las palabras de mi padre debían ser mías.

Durante un mes, todos los días, en cuanto salía del desguace al atardecer, pasaba una hora restregándome para quitarme la mugre de las uñas y la suciedad de las orejas. Me cepillaba el pelo hasta deshacer los nudos y me maquillaba con desmaña. Me frotaba una gran cantidad de loción en los pulpejos de los dedos para ablandar los callos, por si acaso Charles me tocaba la mano esa noche.

Por fin lo hizo un atardecer, cuando nos dirigíamos a su casa en el todoterreno para ver una película. Mientras avanzábamos en paralelo a Fivemile Creek, estiró el brazo por encima de la palanca de cambios y posó la mano sobre la mía. Era cálida y quise apretarla; en cambio, me aparté en el acto como si me hubiera quemado. Fue una reacción involuntaria y de inmediato deseé volver a sentir su mano. Ocurrió lo mismo la segunda vez que lo intentó. Mi cuerpo se convulsionó, sometido a un potente instinto desconocido.

El instinto me recorrió en forma de palabra, la letra de una canción descarada, fuerte, explícita. No era una palabra nueva. Llevaba cierto tiempo

conmigo, silenciada, inerte, como dormida, en un lugar remoto de la memoria. Charles la había despertado al tocarme, y ahora palpitaba.

Deslicé las manos bajo las rodillas y me incliné hacia la ventanilla. No podría dejar que Charles se acercara —ni aquella noche ni ninguna otra durante varios meses— sin estremecerme mientras esa palabra, mi palabra, se abriera paso en mi memoria. Ramera.

Llegamos a su casa. Charles encendió el televisor y se acomodó en el sofá; yo me senté en un extremo, en el borde del asiento. Charles se acercó a mí, despacio al principio y luego con mayor confianza, hasta que me rozó la pierna con la suya. Mentalmente salí disparada, corrí mil kilómetros en un único latido del corazón. En la realidad tan solo di un respingo; Charles también dio un respingo, pues lo había sobresaltado. Cambié de posición: me arrimé al brazo del sofá y replegué las piernas y los brazos para mantener la distancia. Permanecí en esa postura tan poco natural unos veinte segundos, hasta que Charles, oyendo las palabras que yo no podía pronunciar, comprendió lo que pasaba y se sentó en el suelo.

Relatos de los padres

Charles fue mi primer amigo de aquel otro mundo, el mundo del que mi padre había querido protegerme. Era convencional en todos los sentidos y por todos los motivos por los que mi padre despreciaba lo convencional: hablaba de fútbol y de grupos de música populares más que del Fin de los Tiempos; le encantaba todo lo relacionado con el instituto; iba a la iglesia y, como la mayoría de los mormones, cuando estaba enfermo llamaba tanto a un médico como a un sacerdote mormón.

Como me resultaba imposible conciliar su mundo y el mío, los mantuve separados. Todas las tardes miraba por la ventana de mi habitación, y en cuanto el todoterreno rojo de Charles aparecía en la carretera, corría a la puerta y lo esperaba en el césped mientras él subía dando botes por la colina. Entraba en el vehículo sin darle tiempo a salir y discutía con él a cuento del cinturón de seguridad (si no me lo abrochaba se negaba a conducir).

Una vez llegó temprano y se encaminó hacia la puerta principal. Tartamudeé nerviosa cuando se lo presenté a mi madre, que mezclaba bergamota y flor de cananga al tiempo que chasqueaba los dedos para asegurarse de que las proporciones fueran correctas. Lo saludó sin dejar de mover los dedos. Charles me miró como si quisiera preguntarme por qué lo hacía y mi madre le contó que a través de sus dedos hablaba Dios.

—Ayer la prueba muscular me advirtió de que hoy tendría migraña si no

me daba un baño de lavanda —añadió—. Me bañé y..., ¿sabes qué?, ¡no me duele la cabeza!

—Los médicos no curan la migraña antes de que aparezca —terció papá—. Dios sí.

Charles y yo nos dirigimos hacia el todoterreno.

—¿Tu casa huele siempre así? —me preguntó

—¿Cómo?

—Como a plantas podridas.

Me encogí de hombros.

—Tienes que haberlo notado —agregó—. Era un olor fuerte. Lo he percibido otras veces. En ti. Tú siempre hueles así. ¡Mierda! Seguro que yo también huelo así ahora.

Se olisqueó la camisa. Permanecí en silencio. Yo no había olido nada.

Papá dijo que estaba volviéndome «estirada». No le gustaba que corriera a casa nada más acabar de trabajar en el desguace, ni que eliminara hasta el último rastro de grasa antes de salir con Charles. Era consciente de que yo habría preferido estar metiendo productos en bolsas en Stokes a manejando la carretilla elevadora en Blackfoot, una población polvorienta que quedaba una hora al norte de casa y donde papá construía una granja lechera. Le molestaba saber que yo quería estar en otro lugar, vestida como si fuera otra persona.

En la obra de Blackfoot inventaba tareas insólitas para mí, como si considerara que llevándolas a cabo recordaría quién era. Un día estábamos encaramados a las correas metálicas de un tejado inacabado, a nueve metros de altura, sin arneses de seguridad porque nunca los utilizábamos, cuando mi padre se dio cuenta de que se había dejado la plomada trazadora en el otro extremo del edificio.

—Tráeme la plomada, Tara —me ordenó.

Tracé un mapa mental del recorrido. Tendría que saltar de una correa metálica a otra hasta la plomada, y había quince, a intervalos de un metro, y después hacer otro tanto para volver. Era de esas órdenes de papá a las que Shawn replicaba con un «No lo haré».

—Shawn, ¿me llevas al otro lado con la carretilla elevadora?

—Puedes ir a recogerla tú sola —respondió—, a menos que con tu universidad de categoría y tu novio refinado te hayas vuelto demasiado delicada. —Las facciones se le endurecieron de una manera que era al mismo tiempo nueva y conocida.

Recorrí temblando toda una correa metálica, que me llevó hasta la viga de un costado de la granja. Por una parte, caminar por la viga resultaba más peligroso —si caía hacia la derecha no encontraría ninguna correa a la que sujetarme—, pero por otro lado era más ancha, por lo que podría andar por ella como por una cuerda floja.

Así fue como papá y Shawn se convirtieron en compinches, si bien coincidían en una sola cosa: en que mi escarceo con la educación me había vuelto estirada y había que obligarme a retroceder en el tiempo. Fijarme, anclarme en una versión anterior de mi persona.

Shawn tenía un don para la palabra, para definir a los demás. Empezó a buscar en su repertorio de apodos. Durante unas semanas, Mozuela fue su favorito. «Mozuela, tráeme una amoladora», gritaba, o «¡Sube el brazo telescópico, Mozuela!»». Y me escudriñaba la cara para ver mi reacción. Nunca encontró ninguna. Más tarde probó con Wilbur, por el cerdito del libro *La telaraña de Carlota*. Porque comía mucho, decía él. «Vaya cerda», exclamaba con un silbido cuando me agachaba a colocar un tornillo o a comprobar una medida.

A Shawn le dio por quedarse en el exterior una vez que la cuadrilla

terminaba la jornada. Yo sospechaba que quería estar cerca del camino de entrada cuando llegara Charles. Por lo visto no paraba de cambiar el aceite de la camioneta. La primera noche que lo hizo, salí corriendo y subí de un salto al todoterreno sin darle tiempo a pronunciar ni media palabra. La noche siguiente fue más rápido de reflejos.

—¿A que es guapa Tara? —le gritó a Charles—. Tiene los ojos como los peces y es casi igual de lista que ellos.

Era una pulla antigua, que con el uso excesivo había perdido su punta hiriente. Debía de saber que yo no reaccionaría en la obra y se la había reservado con la esperanza de que delante de Charles todavía conservara su efecto punzante.

La noche siguiente:

—¿Vais a cenar? No te interpongas entre Wilbur y la comida. Acabarías despachurrado en la calzada.

Charles jamás respondía. Llegamos al acuerdo tácito de que nuestras veladas no empezaban hasta que la montaña desaparecía del espejo retrovisor. En el universo que explorábamos juntos había gasolineras y cines; coches que salpicaban la carretera como adornos de bisutería y cuyos ocupantes reían o tocaban el claxon y siempre saludaban con la mano porque la ciudad era pequeña y todo el mundo conocía a Charles; carreteras de tierra blanqueadas por la caliza, canales de color rojizo y una infinidad de trigales que resplandecían como el bronce. Pero no existía Buck's Peak.

En cambio, durante el día no había nada más que Buck's Peak y la obra de Blackfoot. Shawn y yo pasamos toda una semana fabricando correas metálicas para terminar el tejado de la granja. Usamos una máquina del tamaño de una caravana para prensarlas y darles forma de zeta, acoplamos cepillos de alambre a las amoladoras y eliminamos la herrumbre antes de pintarlas. Una vez seca la pintura, las apilamos al lado del taller, y al cabo de

un par de días el viento que llegaba del pico las había cubierto de polvo negro, que se transformó en mugre al mezclarse con los aceites del hierro. Shawn dijo que tendríamos que lavarlas antes de cargarlas, de modo que fui a buscar un trapo y un cubo de agua.

Hacía calor y me sequé las gotas de sudor de la frente. Se me rompió la diadema. No tenía otra. El pelo se me metía en los ojos con el viento que bajaba de la montaña, y yo me lo apartaba de la cara a manotazos. Cada vez que lo hacía me dejaba una mancha oscura, pues tenía las manos negras de grasa.

Cuando acabé de limpiar las correas metálicas llamé a gritos a Shawn. Salió de detrás de una viga de doble T y se levantó la careta de soldar.

—¡Nuestra Negrata ha vuelto! —exclamó.

Una tarde del verano en que Shawn y yo trabajamos con la Cizalla, me sequé el sudor de la cara tantas veces que, cuando fuimos a cenar, tenía la nariz y las mejillas negras. Fue la primera vez que Shawn me llamó Negrata. Me sorprendió la palabra, si bien no me era desconocida. Se la había oído pronunciar a mi padre, por lo que hasta cierto punto sabía lo que significaba, aunque por otra parte no entendía que tuviera ningún sentido especial. Había visto tan solo a una persona negra, una niña, hija adoptiva de una pareja de la iglesia. Era evidente que papá no se refería a ella.

Shawn me llamó Negrata durante todo aquel verano. «¡Negrata, corre a por esas abrazaderas en forma de C!» «¡Hora de comer, Negrata!» No me daba respiro.

Más tarde el mundo dio un vuelco: entré en la universidad, donde me dirigí a un auditorio y escuché las clases de historia de Estados Unidos con los ojos muy abiertos y la mente en ebullición. El profesor era el doctor Richard

Kimball, de voz sonora y reflexiva. Yo sabía algo acerca de la esclavitud, de la que había oído hablar a mi padre y sobre la que había leído en su libro favorito sobre la fundación de nuestro país. Había leído que en la época colonial los esclavos eran más felices y más libres que sus amos porque estos cargaban con la preocupación de cuidarlos. Me había parecido lógico.

El día en que el doctor Kimball impartió una clase sobre la esclavitud, mostró un dibujo al carboncillo de un mercado de esclavos. La imagen ocupaba toda la pantalla, que era grande; presidía la sala como la de un cine. El dibujo era caótico: mujeres inmóviles y encadenadas, desnudas o medio desnudas, rodeadas de hombres. El proyector emitió un chasquido. La siguiente diapositiva era un retrato en blanco y negro, difuminado por el tiempo. La fotografía, desvaída y sobreexpuesta, es icónica. Un hombre sentado, desnudo de cintura para arriba, enseña a la cámara un mapa de verdugones entrecruzados. La carne apenas parece carne por el daño infligido.

En las semanas siguientes vi muchas más imágenes. Había oído hablar de la Gran Depresión hacía unos años, cuando interpretaba a Annie, pero las diapositivas me mostraron por primera vez a los hombres con sombrero y abrigo largo que guardaban cola a la entrada de los comedores de beneficencia. Cuando el doctor Kimball nos explicó la Segunda Guerra Mundial, la pantalla ofreció hileras de aviones de combate y esqueletos de ciudades bombardeadas. Se intercalaron algunos rostros: Roosevelt, Hitler, Stalin. La Segunda Guerra Mundial se apagó con las luces del proyector.

La siguiente vez que entré en el auditorio, en la pantalla aparecieron otras caras, y eran negras. No veíamos ningún rostro negro —que yo recordara al menos— desde las clases sobre la esclavitud. Me había olvidado de ellos, de esos otros estadounidenses desconocidos para mí. No había pensado en el fin

de la esclavitud: sin duda todos habían oído la llamada de la justicia y el asunto se había resuelto.

Esa era mi disposición mental cuando el doctor Kimball habló de algo denominado «movimiento por los derechos civiles». En la pantalla apareció una fecha: 1963. Supuse que era un error. Recordaba que la Proclamación de Emancipación de los esclavos databa de 1863. No me explicaba esos cien años, por lo que imaginé que se trataba de una errata y copié la fecha entre signos de interrogación en mis apuntes. Sin embargo, al proyectarse más diapositivas, quedó claro a qué siglo se refería el profesor. Las fotos eran en blanco y negro, pero los retratados eran modernos, personas llenas de vida, bien definidas. No eran fotogramas insulsos de otra época; captaban movimiento. Manifestaciones. Policías. Bomberos que apuntaban la manguera hacia hombres jóvenes.

El doctor Kimball citó nombres que yo nunca había oído. En primer lugar, Rosa Parks. Apareció una imagen de un policía que apoyaba el dedo de una mujer en un tampón de tinta. El doctor Kimball contó que Rosa Parks había tomado asiento en un autobús. Tal como lo dijo, parecía que hubiera cometido un delito, que hubiera robado el asiento.

Al retrato de Rosa Parks le siguió el de un niño negro con camisa blanca, corbata y sombrero de ala redonda. No oí su historia porque seguía pensando en Rosa Parks, en cómo era posible que fuera delito tomar asiento en un autobús. A continuación se proyectó la imagen de un cadáver y oí decir al doctor Kimball: «Sacaron su cuerpo del río».

Debajo de la imagen figuraba una fecha: 1955. Pensé que en 1955 mi madre tenía cuatro años, y ese pensamiento pulverizó la distancia entre ese niño, Emmett Till, y yo. Mi proximidad con el chiquillo asesinado se medía en vidas de personas allegadas. El cálculo no tomaba como referencia cambios históricos o geológicos radicales: la desaparición de civilizaciones,

la erosión de montañas. La distancia se medía en arrugas de la piel humana. En las que surcaban el rostro de mi madre.

El siguiente nombre fue Martin Luther King Jr. Nunca había visto su rostro ni sabía nada de él, y tardé varios minutos en comprender que el doctor Kimball no se refería a Martín Lutero, del que sí había oído hablar. Me costó unos minutos más relacionar el nombre con la imagen de la pantalla: un hombre de piel oscura delante de un templo de mármol blanco y rodeado de una inmensa multitud. Acababa de entender quién era y por qué hablaba cuando me dijeron que lo habían asesinado. Era tan ignorante que me llevé una sorpresa.

—¡Nuestra Negrata ha vuelto!

Ignoro qué percibió Shawn en mi rostro, si pasmo, enfado o una expresión ausente. Fuera lo que fuese, le encantó. Había detectado un punto vulnerable, una zona sensible. Era demasiado tarde para fingir indiferencia.

—¡No me llames eso! No sabes lo que significa.

—Claro que lo sé —replicó—. Tienes toda la cara negra, como una negrata.

Durante el resto de la tarde —durante el resto del verano— fui Negrata. Había respondido a ese nombre un millar de veces con indiferencia. Como mucho, lo había encontrado gracioso y había considerado ocurrente a Shawn. Ahora me entraban ganas de amordazar a mi hermano. O de sentarlo con un libro de historia que no fuese el que mi padre tenía en la sala de estar bajo una copia enmarcada de la Constitución.

Me resultaba imposible expresar cómo me sentía al oír ese nombre. La intención de Shawn era humillarme, inmovilizarme en el tiempo, en una idea antigua de mi persona. Sin embargo esa palabra, lejos de anclarme, me

transportaba. Cada vez que mi hermano la pronunciaba —«Eh, Negrata, sube el brazo telescópico» o «Tráeme un nivel de albañil, Negrata»—, yo regresaba a la universidad, al auditorio donde había visto desarrollarse la historia de la humanidad y donde me había sorprendido el lugar que yo ocupaba en ella. Cada vez que Shawn gritaba: «Negrata, ve a la siguiente hilera», me acordaba de las historias de Emmett Till, Rosa Parks y Martin Luther King. Veía sus rostros superpuestos en cada correa metálica que Shawn soldaba, y al concluir el verano por fin había empezado a entender algo que tendría que haber visto claro de inmediato: que alguien se había opuesto a la gran marcha hacia la igualdad; que para conseguir la libertad había habido que luchar contra alguien.

No creía que mi hermano fuera una de esas personas; dudo que alguna vez llegue a pensar en él de esa manera. Aun así, algo había cambiado. Había enfilado el camino de la concienciación, había percibido algo elemental en mi hermano, en mi padre y en mí misma. Me había percatado de cómo nos había esculpido una tradición que nos venía dada, una tradición que ignorábamos a propósito o sin querer. Empezaba a comprender que habíamos prestado nuestra voz a un discurso cuyo único objetivo era deshumanizar y dar un trato brutal a otras personas, porque alimentar ese discurso era más fácil, porque retener el poder siempre parece la opción ganadora.

Me era imposible expresar todo esto mientras sudaba en la carretilla elevadora durante aquellas tardes abrasadoras. No tenía el vocabulario que tengo ahora. Sin embargo, me di cuenta de esto: de que me habían llamado Negrata un millar de veces y yo me había reído, y de que ya no me reía. La palabra y el modo en que la pronunciaba Shawn no habían cambiado; mis oídos, sí. Ya no captaban el tonillo de una broma, sino que oían una señal, una llamada que atravesaba el tiempo y a la cual respondía, con creciente

convicción, que nunca más sería un soldado de a pie en un conflicto que no entendía.

Escutelaria

La víspera de mi regreso a la BYU, papá me pagó. Aunque no tenía dinero para darme la cantidad prometida, la suma bastaba para abonar la media matrícula que debía. Pasé con Charles mi último día en Idaho. Era domingo pero no fui a la iglesia. Llevaba dos días con dolor de oídos, y por la noche los pinchazos sordos habían dado paso a un dolor agudo y constante. Veía los objetos distorsionados y me molestaba la luz. Así estaba cuando llamó Charles. Me preguntó si quería ir a su casa. Le dije que no me atrevía a conducir porque no veía bien. Pasó a recogerme quince minutos después.

Me tapé la oreja con la mano y me encogí en el asiento del coche, me quité la chaqueta y me la eché sobre la cabeza para que no me diera la luz. Charles me preguntó qué había tomado contra el dolor.

—Lobelia y escutelaria.

—Por lo visto no dan resultado.

—Tardan unos días en surtir efecto.

Arqueó las cejas y no dijo nada.

La casa de Charles estaba bien arreglada y era espaciosa, con grandes ventanales relucientes y suelos brillantes. Me recordaba a la de la abuela de la ciudad. Me senté en un taburete y apoyé la cabeza sobre el frío mostrador. Oí el chirrido de la puerta de un armario y el chasquido de una tapa de plástico. Cuando abrí los ojos tenía delante dos pastillas rojas.

—Es lo que toma la gente contra el dolor —dijo Charles.

—Nosotros no.

—¿Quiénes son ese «nosotros»? Te vas mañana. Ya no eres una de ellos.

Cerré los ojos con la esperanza de que dejara el tema.

—¿Qué crees que pasará si te tomas las pastillas?

No respondí. Ignoraba qué pasaría. Mi madre decía siempre que los medicamentos son una clase especial de veneno que se queda en el cuerpo y lo corrompe por dentro durante toda la vida. Me advertía de que si un día tomaba un fármaco mis hijos nacerían deformes, aunque los tuviera diez años después.

—La gente toma medicamentos para aliviar el dolor —afirmó Charles—. Es de lo más normal.

Debí de hacer una mueca al oír la palabra «normal», porque se calló. Llenó un vaso de agua, lo dejó delante de mí y empujó con delicadeza las pastillas hasta que me rozaron el brazo. Cogí una. Nunca había visto ninguna tan de cerca. Era más pequeña de lo que esperaba.

Me la tragué y a continuación me tomé la otra.

Desde que tenía uso de razón, siempre que me dolía algo, ya fuera una herida o una muela, mi madre me preparaba una tintura de lobelia y escutelaria, que jamás atenuaba el dolor, ni una pizca. Por eso había llegado a respetar el dolor, a reverenciarlo incluso, como algo necesario e inatacable.

Veinte minutos después de que me tomara las pastillas rojas, el dolor de oídos desapareció. No entendía que hubiera remitido. Pasé la tarde balanceando la cabeza de izquierda a derecha a ver si de esa manera volvía a desatarse. Creía que si gritaba muy fuerte o me movía muy rápido quizá regresara y entonces sabría que el medicamento era un fraude.

Charles me observó en silencio. Sin duda mi comportamiento le pareció

ridículo, sobre todo cuando empecé a tirarme de la oreja —todavía notaba una leve molestia en el oído— para probar los límites de esa extraña brujería.

Mi madre tenía que llevarme a la BYU la mañana del día siguiente, pero por la noche la llamaron para que fuera a atender un parto. En el camino de entrada había un coche, un Kia Sephia, que papá le había comprado a Tony hacía unas semanas. Tenía las llaves en el contacto. Metí las bolsas en el vehículo y partí hacia Utah con la idea de que me lo quedaba en pago por lo que mi padre me debía. Supongo que él pensó lo mismo, ya que no volvió a mencionarlo.

Me instalé en un apartamento situado a medio kilómetro de la universidad, con otras compañeras. Robin, que era alta y atlética, llevaba pantalones cortos de deporte demasiado cortos el primer día que la vi, pero no me la quedé mirando boquiabierta. Jenni bebía una Coca-Cola Light cuando la conocí. Tampoco la fulminé con la mirada, porque había visto a Charles tomar ese refresco decenas de veces.

Robin era la mayor y, no sé por qué motivo, se mostró comprensiva conmigo. Se dio cuenta de que mis traspies no eran intencionados, sino que se debían a la ignorancia, y me corregía con amabilidad y franqueza. Me indicó con todo detalle lo que tenía que hacer —y lo que no debía hacer— para llevarme bien con las otras chicas del apartamento. Por ejemplo, no dejar que la comida se pudriera en los armarios ni que los platos apestaran en el fregadero.

Robin nos informó de todo eso en una reunión de compañeras de apartamento. Cuando acabó, Megan, que vivía con nosotras, se aclaró la garganta.

—Me gustaría recordar a todas que hay que lavarse las manos después de

ir al baño. Y no solo con agua; también con jabón.

Robin puso los ojos en blanco.

—Vamos, seguro que todas nos lavamos las manos.

Aquella noche, al salir del cuarto de baño me detuve en el lavabo del pasillo y me lavé las manos. Con jabón.

Al día siguiente comenzaron las clases. Charles me había elegido las asignaturas. Me había apuntado a dos de música y a una de religión, que según él me resultarían fáciles. Las otras en que me había matriculado eran más difíciles: álgebra superior, que me aterrorizaba, y biología, que no me daba miedo porque no sabía lo que era.

El álgebra amenazó con poner fin a mi beca. En todas las clases el profesor murmuraba con voz inaudible mientras se paseaba por delante de la pizarra. Aunque yo no era la única que se sentía perdida, sí lo estaba más que los demás. Charles intentaba echarme una mano, pero había empezado cuarto en el instituto y tenía sus tareas escolares. En octubre hice el examen parcial de mitad de cuatrimestre y lo suspendí.

Dejé de dormir. Me quedaba levantada hasta tarde y me retorció el pelo hasta hacerme nudos esforzándome por entender el libro de texto, para luego tumbarme en la cama y cavilar sobre mis apuntes. Me salieron úlceras de estómago. Un día Jenni me encontró ovillada en el césped de unos desconocidos, a medio camino entre el campus y nuestro apartamento. Me ardía el estómago; pese a que me retorció de dolor, me negué a que me llevara al hospital. Se sentó a mi lado y al cabo de media hora me acompañó a casa.

El dolor de estómago se acentuó. Por las noches el ardor me impedía conciliar el sueño. Como necesitaba dinero para el alquiler, conseguí un empleo como conserje en el edificio de ingeniería. Mi turno empezaba a las cuatro de la madrugada. Entre las úlceras y el trabajo, apenas dormía. Jenni y

Robin insistieron en que fuera al médico, pero no les hice caso. Les dije que cuando volviera a casa para la fiesta de Acción de Gracias mi madre me curaría. Intercambiaron miradas inquietas y no dijeron nada.

Charles afirmó que mi comportamiento era autodestructivo y que tenía una incapacidad casi patológica para pedir ayuda. Me lo dijo por teléfono, en voz baja, casi en un susurro.

Le respondí que estaba chiflado.

—Pues entonces ve a hablar con el profesor de álgebra. Has suspendido. Ve a pedirle ayuda.

No se me había pasado por la cabeza ir a hablar con ningún profesor —no sabía que estuviera permitido—, y decidí probar, aunque solo fuera para demostrarle a Charles que sí podía.

Llamé a la puerta del despacho días antes de Acción de Gracias. El profesor me pareció más menudo que en el aula, y más brillante: la luz de la lámpara que colgaba sobre el escritorio se reflejaba en su cabeza y sus gafas. Hojeaba unos papeles y no alzó la vista cuando me senté.

—He suspendido la asignatura. Perderé la beca. —No añadí que sin ella no podría seguir estudiando.

—Lo siento —repuso sin apenas mirarme—. Esta universidad es dura. Quizá sería mejor que volvieras cuando seas mayor. O que optes por un traslado.

No sabía qué significaba «traslado», por lo que no dije nada. Me levanté para irme, lo que por algún motivo lo ablandó.

—Francamente, han suspendido muchos alumnos. —Se reclinó en la silla—. A ver qué te parece: el examen final abarca la materia de todo el cuatrimestre; anunciaré en clase que quien consiga la nota máxima en el examen final, no un noventa y ocho, sino un cien, obtendrá un excelente, sea cual sea la calificación del parcial. ¿Te parece bien?

Respondí que sí. Era una posibilidad remota, pero yo era la reina de lo improbable. Llamé a Charles. Le anuncié que iría a Idaho para la fiesta de Acción de Gracias y que necesitaba un profesor particular de álgebra. Quedó en ir a verme a Buck's Peak.

Lo que susurramos y lo que dijimos a gritos

Cuando llegué a Buck's Peak, mi madre preparaba la cena de Acción de Gracias. Retiré los tarros de tintura y los frasquitos de aceite esencial que cubrían la gran mesa de roble. Charles vendría a cenar.

Shawn estaba de mal humor. Sentado en un banco junto a la mesa, me observaba mientras yo recogía los recipientes y los escondía. Lavé la vajilla de porcelana de mi madre, que nunca se había usado, y empecé a poner los platos fijándome bien en la distancia entre cada uno y su cuchillo.

A Shawn le molestó que me esmerara tanto.

—Es Charles —dijo—. Tampoco es tan exigente. Al fin y al cabo, está contigo.

Fui a por los vasos. Cuando le puse uno delante, me clavó un dedo en las costillas, con fuerza.

—¡No me toques! —chillé.

Acto seguido la cocina dio un vuelco. Los pies se me separaron del suelo, caí de bruces y Shawn me arrastró a la sala de estar, para que mi madre no nos viera.

Me dio la vuelta, se sentó sobre mi estómago y con las rodillas me inmovilizó los brazos en los costados. Con la impresión de sentir su peso me salió todo el aire de los pulmones. Me apretó la tráquea con el antebrazo.

Barboteé e intenté tragar aire para gritar, pero tenía bloqueada la vía respiratoria.

—Cuando te portas como una niña, me obligas a tratarte como si lo fueras.

Pronunció las palabras en voz muy alta, casi a gritos. Aunque me las decía a mí, no iban dirigidas a mis oídos. Iban dirigidas a mi madre y describían la situación: yo era una niña díscola; él corregía a la niña. Aflojó la presión sobre la tráquea y sentí una plenitud deliciosa en los pulmones. Shawn estaba seguro de que yo no gritaría.

—¡Basta! —ordenó a voces mi madre desde la cocina, y no supe si se lo decía a mi hermano o me lo decía a mí.

—Chillar está muy feo —me dijo Shawn, que de nuevo hablaba hacia la cocina—. No te levantarás hasta que te disculpes.

Le dije que lamentaba haberle chillado. Al cabo de un minuto me puse en pie.

Doblé hojas de papel de cocina para utilizarlas como servilletas y coloqué una en cada servicio. Cuando dejé una sobre el plato de Shawn, volvió a clavarme el dedo en las costillas. No dije nada.

Charles se presentó temprano —papá ni siquiera había llegado del desguace— y se sentó enfrente de Shawn, que se lo quedó mirando con expresión airada, sin siquiera parpadear. Yo no quería dejarlos solos, pero mi madre necesitaba que le echara una mano con los guisos, de modo que volví a los fogones, si bien inventé pequeñas tareas para regresar a la mesa. En uno de esos viajes oí que Shawn le hablaba a Charles de las armas que tenía, y en otro, de cómo se podía matar a un hombre. Me reí a carcajadas en ambas ocasiones, con la esperanza de que Charles creyera que mi hermano bromeaba. La tercera vez que me acerqué a la mesa, Shawn me sentó en su regazo. Me eché a reír.

La farsa no podía durar, ni siquiera hasta la cena. Pasé junto a Shawn con

una fuente grande de panecillos y me pinchó en la tripa con tanta fuerza que me cortó la respiración. La fuente se me cayó de las manos. Se rompió en mil pedazos.

—¿Por qué lo has hecho? —grité.

Ocurrió tan deprisa que ni siquiera sé cómo me derribó. El caso es que volvía a estar tumbada de espaldas, con mi hermano encima. Me ordenó que pidiera perdón por haber roto la fuente. Susurré una disculpa, muy bajito, para que Charles no me oyera, lo cual enfureció a Shawn. Me agarró un puñado de pelo, cerca del cuero cabelludo para tener mayor dominio, me levantó de un tirón y me llevó a rastras al cuarto de baño. Fue un movimiento tan brusco que Charles no tuvo tiempo de reaccionar. Lo último que vi antes de enfilarse de cabeza el pasillo fue que Charles se levantaba de un salto, con los ojos como platos y el rostro blanco.

Shawn me dobló la muñeca y me retorció el brazo a la espalda. Me metió la cabeza en el váter hasta que la nariz me quedó cerca del agua. Gritaba algo, pero yo no oía lo que decía. Estaba atenta al ruido de pasos en el pasillo, y cuando los oí me descompuse. Charles no debía verme de esa manera. No debía saber que, con todos mis fingimientos —el maquillaje, la ropa nueva, la vajilla de porcelana—, yo era eso.

Me retorcí, arqueé el cuerpo y arranqué la muñeca de la mano de Shawn. Lo pillé desprevenido; era más fuerte de lo que él creía, o tal vez más insensata, y me soltó. Corrí a la puerta. Había cruzado el umbral y ya pisaba el pasillo cuando mi cabeza salió disparada hacia atrás. Shawn me había agarrado del pelo y tiró de mí con tal fuerza que los dos caímos hacia atrás y acabamos en la bañera.

Lo siguiente que recuerdo es que Charles me levantó y yo me reí; una risotada estridente, de loca. Pensé que si conseguía reírme muy fuerte todavía sería posible salvar la situación, convencer a Charles de que todo era una

broma. Las lágrimas me corrían por las mejillas —me había roto el dedo gordo del pie—, pero seguí riéndome. Junto a la puerta, Shawn me miraba sin saber qué hacer.

—¿Estás bien? —decía Charles.

—¡Claro que sí! Shawn es muy muy muy... gracioso.

Con la última palabra se me quebró la voz porque me apoyé en el pie y el dolor me recorrió todo el cuerpo. Charles intentó llevarme, pero lo aparté. Caminé pese a la fractura, apretando los dientes para reprimir el llanto, y di en broma una bofetada a mi hermano.

Charles no se quedó a cenar. Huyó en el todoterreno y no supe nada de él durante varias horas, hasta que me llamó para pedirme que nos viéramos a la entrada de la iglesia. No quiso ir a Buck's Peak. Nos quedamos en su coche, en el aparcamiento desierto y oscuro. Charles lloró.

—Lo que viste no es lo que crees —le dije.

Si me hubieran preguntado, habría dicho que para mí Charles era lo más importante del mundo. Pero no lo era. E iba a demostrárselo. Lo verdaderamente importante para mí no eran el amor ni la amistad, sino mi capacidad de mentirme de manera convincente a mí misma: de creerme fuerte. Jamás podría perdonar a Charles que supiera que no lo era.

Me volví caprichosa, exigente, resentida. Inventé un baremo estrambótico y cambiante para medir su amor por mí, y cuando veía que no lo superaba, me ponía paranoica. Me abandonaba a la ira y descargaba en él, en ese espectador estupefacto que nunca había dejado de ayudarme, toda mi furia salvaje, el rencor y el miedo que siempre me habían inspirado papá y Shawn. Cada vez que discutíamos le decía a gritos que no quería verlo nunca más, y lo dije tantas veces que una noche, cuando le llamé para comunicarle que había cambiado de opinión, como siempre hacía, no quiso oírlo.

Nos vimos una última vez, en un campo al lado de la carretera. Buck's

Peak se elevaba imponente sobre nosotros. Charles dijo que me quería pero que la situación lo desbordaba. No podía salvarme. Solo yo podía salvarme a mí misma.

No entendí lo que me decía.

El invierno cubrió el campus con una gruesa capa de nieve. Yo no salía. Memorizaba ecuaciones algebraicas e intentaba vivir como antes, imaginar que mi vida en la universidad no tenía ninguna conexión con mi vida en Buck's Peak. El muro que las separaba había sido inexpugnable. Charles fue una brecha en él.

Volví a tener úlceras de estómago, que me ardía por las noches. Una vez Robin me zarandeó para despertarme. Me dijo que había gritado en sueños. Me toqué la cara y la tenía húmeda. Me estrechó entre sus brazos y me sentí protegida.

Al día siguiente me pidió que fuera con ella al médico, por las úlceras y para que me hicieran una radiografía del pie, ya que el dedo gordo se me había puesto negro. Le dije que no necesitaba ningún médico, que las úlceras cicatrizarían y que ya me habían curado el dedo.

Robin arqueó las cejas.

—¿Quién? ¿Quién te lo ha curado?

Me encogí de hombros. Supuso que había sido mi madre y dejé que lo creyera. La verdad era que, al día siguiente de Acción de Gracias, había pedido a Shawn que mirara si lo tenía roto. Se había arrodillado en la cocina y se había colocado el pie en el regazo. En esa postura dio la impresión de haber encogido. Examinó el dedo unos instantes, me miró a la cara y advertí algo en sus ojos azules. Pensé que iba a pedirme perdón, pero en el momento en que esperaba que abriera los labios, me agarró la punta del dedo y tiró de

él. Pareció que el pie me explotaba, tan intenso fue el latigazo que me recorrió la pierna. Todavía intentaba contener los espasmos de dolor cuando Shawn se levantó y me puso una mano en el hombro. «Lo siento, Bermana Hequeña —me dijo—, pero duele menos si no lo ves venir.»

Una semana después de ofrecerse a llevarme al médico, Robin me zarandó una vez más para que me despertara. Me incorporó y me apretó contra sí, como si su cuerpo pudiera mantenerme indemne, impedir que me rompiera en pedazos.

—Creo que tendrías que hablar con el obispo —me dijo a la mañana del día siguiente.

—Estoy bien —afirmé mostrándole un estereotipo de mí misma, como hacen quienes no están bien—. Solo necesito dormir.

Poco después encontré en mi escritorio un folleto del servicio de orientación universitaria. Lo tiré a la basura sin apenas mirarlo. No podía hablar con un orientador porque eso significaría pedir ayuda y yo me creía invencible. Era un engaño refinado, una pirueta mental. No tenía roto el dedo del pie porque el dedo era irrompible. Una radiografía demostraría lo contrario. Por lo tanto, la radiografía me rompería el dedo.

El examen final de álgebra quedó envuelto en esa superchería. En mi mente adquirió una especie de poder místico. Estudié con la intensidad de los dementes, convencida de que si triunfaba, si superaba ese examen, si conseguía esa improbable nota máxima, incluso con el dedo roto y sin la ayuda de Charles, se demostraría que estaba por encima de todo. Que era inatacable.

La mañana en que debía hacerlo me dirigí cojeando al centro de exámenes y me senté en la sala, donde había corrientes de aire. Tenía el examen delante. Los problemas eran dóciles, maleables; se sometieron a mis manipulaciones hasta convertirse en soluciones, uno tras otro. Entregué la

hoja de respuestas y aguardé en el pasillo gélido sin apartar la vista de la pantalla que mostraría mi puntuación. Cuando apareció, parpadeé y volví a parpadear. Cien. La nota máxima.

Me invadió una indiferencia exquisita. Me embriagué de ella y quise gritar al mundo: «Esta es la prueba: nada me afecta».

Buck's Peak tenía en Navidad el mismo aspecto de siempre —un chapitel nevado, adornado con árboles de hoja perenne— y mis ojos, cada vez más acostumbrados al ladrillo y el cemento, quedaron casi cegados por su magnitud y su claridad.

Cuando subí la colina, Richard transportaba en la carretilla elevadora un montón de correas metálicas para el taller que papá construía en Franklin, cerca de la ciudad. Richard tenía veintidós años y era una de las personas más listas que yo conocía, pero carecía del título de enseñanza secundaria. Al cruzarme con él en el camino de entrada pensé que seguramente manejaría la carretilla elevadora el resto de su vida.

Llevaba unos minutos en casa cuando llamó Tyler.

—Es solo por informarme —dijo—. Para saber si Richard está estudiando para el examen de ingreso en la universidad.

—¿Piensa presentarse?

—No lo sé —respondió Tyler—. A lo mejor. Papá y yo hemos intentado convencerlo.

—¿Papá?

Tyler se echó a reír.

—Sí, papá. Quiere que Richard vaya a la universidad.

Pensé que no era más que una broma, hasta que una hora después nos

sentamos a cenar. Acabábamos de empezar a comer cuando papá dijo, con la boca llena de patatas:

—Richard, te doy toda la semana que viene de vacaciones, pagadas, si la aprovechas para estudiar esos libros.

Esperé una explicación. No tardó en llegar.

—Richard es un genio —me dijo mi padre enseguida, con un guiño—. Es cinco veces más listo que Einstein. Puede desmentir todas las teorías socialistas y las hipótesis impías. Irá y hará volar por los aires todo el maldito sistema.

Papá siguió con su exaltación, ajeno al efecto que tenía en sus oyentes. Shawn estaba encorvado en el banco, con la espalda apoyada contra la pared y el rostro inclinado hacia el suelo. Mirarlo era imaginar a un hombre esculpido en piedra, por lo fuerte que se le veía y lo inmóvil que permanecía. Richard era el hijo del milagro, el regalo de Dios, el Einstein que desmentiría a Einstein. Richard cambiaría el mundo. Shawn, no. Había perdido gran parte del juicio al caerse del palé. Uno de los hijos varones de mi padre manejaría la carretilla elevadora el resto de su vida, pero no sería Richard.

Richard parecía aún más abatido que Shawn. Tenía los hombros caídos y el cuello hundido entre ellos, como si lo aplastara el peso de los elogios de papá. Cuando mi padre se fue a la cama, Richard me contó que había hecho una prueba del examen de acceso a la universidad. Había sacado una nota tan baja que no quiso decírmela.

—Al parecer soy Einstein —añadió, con la cabeza entre las manos—. ¿Qué hago? Papá dice que daré la campanada, y ni siquiera estoy seguro de que vaya a aprobar.

Todas las noches se repetía la misma escena. Mientras cenábamos papá enumeraba las teorías científicas falsas que el genio de su hijo iba a refutar, y tras la cena yo hablaba a Richard de la universidad, de las clases, los libros,

los profesores; de lo que sabía que le atraería por su necesidad innata de aprender. Estaba preocupada: las expectativas de mi padre eran tan altas, y el miedo de Richard a defraudarlo tan intenso, que cabía la posibilidad de que mi hermano ni siquiera se presentara al examen.

El taller de Franklin ya estaba listo para que instaláramos la cubierta, de modo que dos días después de Navidad metí el pie, con el dedo gordo aún torcido y negro, en la bota de seguridad y pasé la mañana en el tejado colocando tirafondos en el zinc galvanizado. A primera hora de la tarde Shawn soltó el destornillador y descendió por el brazo extendido de la carretilla elevadora.

—¡Es hora de hacer una pausa, Bermana Hequeña! —me gritó desde abajo—. Vamos a la ciudad.

Salté al palé y Shawn bajó el brazo telescópico hasta el suelo.

—Conduces tú —me dijo. Reclinó el asiento y cerró los ojos.

Me dirigí a Stokes.

Recuerdo detalles extraños del momento en que entramos en el aparcamiento: el olor a aceite que desprenden nuestros guantes de cuero, la sensación áspera, como de papel de lija, del polvo en la punta de los dedos. Y Shawn a mi lado, sonriéndome. En toda aquella ciudad de vehículos atisbo uno, un todoterreno rojo. Charles. Atravieso el aparcamiento principal y giro hacia la explanada de asfalto de la parte norte del supermercado, donde dejan el coche los empleados. Bajo la visera para mirarme en el espejo y observo la maraña en que el viento del tejado ha convertido mi pelo, y la grasa del zinc que se me ha metido en los poros y los ha vuelto gruesos y marrones. Llevo la ropa muy sucia.

Shawn ve el todoterreno rojo. Observa que me chupo el pulgar e intento

quitarme la mugre de la cara. Se altera.

—Vamos —dice.

—Te espero en el coche.

—Tú entras conmigo.

Shawn huele la vergüenza. Sabe que Charles nunca me ha visto de ese modo; que todos los días del último verano corrí a casa a quitarme las manchas, los churretes, y a ocultar los cortes y los callos con ropa nueva y maquillaje. Me ha visto un centenar de veces salir irreconocible del cuarto de baño tras lavarme y tirar los restos del desguace al desagüe de la ducha.

—Tú entras conmigo —repite. Rodea la camioneta y me abre la portezuela. Un gesto anticuado, caballeroso en cierto modo.

—No quiero.

—¿No quieres que tu novio te vea con un aspecto tan glamuroso?

Sonríe y me clava el dedo. Me mira de una manera extraña, como si dijera: «Esta eres tú. Has estado fingiendo que eras otra. Una chica mejor. Pero eres esta».

Se echa a reír, muy fuerte, desenfrenado, como si hubiera ocurrido algo gracioso. Riendo todavía, me agarra del brazo y tira de él hacia arriba, como si fuera a lanzarme sobre su espalda para llevarme al estilo de los bomberos. No quiero que Charles vea eso, de modo que pongo fin al juego.

—No me toques —digo con tono terminante.

Lo que sucede a continuación se desdibuja en el recuerdo. Solo veo instantáneas: bandazos absurdos del cielo, puños que vienen hacia mí, la extraña mirada salvaje en los ojos de un hombre al que no reconozco. Veo que mis manos se aferran a una rueda y siento que unos brazos fuertes me retuercen las piernas. Algo se me mueve en el tobillo, se oye un chasquido o un crujido. Me suelto. El hombre me aparta a rastras del vehículo.

Noto el pavimento helado en la espalda; los guijarros se me clavan en la

piel. Los vaqueros se me han deslizado y la cinturilla me queda por debajo de la cadera. Mientras Shawn me tiraba de las piernas he sentido cómo se me bajaban, centímetro a centímetro. La camiseta se me ha subido y me miro, veo mi cuerpo tendido en el asfalto, el sujetador y las braguitas descoloridas. Quiero taparme pero Shawn me ha inmovilizado las manos por encima de la cabeza. Paralizada, siento que el frío se me mete en el cuerpo. Oigo que mi voz le suplica que me deje, aunque no parece que sea yo quien habla. Oigo los sollozos de otra chica.

Me alza de un tirón y me pone en pie. Me sujeto la ropa. Luego me doblo en dos y me retuerce la muñeca en la espalda, me la flexiona, sigue flexionándola tanto como es posible, y la flexiona aún más. Tengo la nariz cerca del pavimento cuando el hueso empieza a ceder. Intento recuperar el equilibrio, usar la fuerza de las piernas para impulsarme hacia atrás, pero el tobillo se me tuerce en cuanto descargo el peso en él. Grito. La gente vuelve la cabeza hacia nosotros. Estiran el cuello para ver a qué se debe el alboroto. Me echó a reír de inmediato: una risotada desenfrenada, histérica, que pese a mis esfuerzos suena como un alarido.

—Vas a entrar —dice Shawn, y siento que el hueso de la muñeca cruje.

Me interno con mi hermano en las luces brillantes. Me río mientras recorremos un pasillo tras otro cogiendo los productos que quiere comprar. Me río con cada palabra que pronuncia, para que quienes estuvieran en el aparcamiento se convenzan de que se trataba de una broma. Camino con un esguince en el tobillo, aunque apenas siento el dolor.

No vemos a Charles.

El trayecto de regreso a la obra transcurre en silencio. Solo son ocho kilómetros pero parecen ochenta. Llegamos y me dirijo renqueando al taller. Mi padre y Richard están dentro. Como ya andaba mal antes a causa del dedo gordo, no reparan en la cojera. No obstante, Richard me mira a la cara, con

churretes de grasa y lágrimas, y adivina que algo ha pasado; papá en cambio, no se percata de nada.

Cojo el destornillador y coloco los tornillos con la mano izquierda. Sin embargo mi fuerza es irregular, y con el peso del cuerpo sobre un solo pie mi equilibrio es malo, de modo que los tornillos rebotan en el zinc pintado y dejan espirales alargadas, como cintas rizadas. Papá me envía a casa al ver que he estropeado dos planchas metálicas.

Esa noche, con un grueso vendaje en la muñeca, incluyo una anotación en mi diario. Me planteo preguntas. ¿Por qué no paró cuando se lo pedí? «Era como si me pegara un zombi —escribí—. Como si no me oyera.»

Shawn llama a la puerta. Escondo el diario bajo la almohada. Tiene los hombros caídos cuando entra. Habla en voz baja. Era un juego, dice. No tenía ni idea de que me había hecho daño hasta que me vio sujetarme el brazo en la obra. Me examina los huesos de la muñeca y el tobillo. Me trae hielo envuelto en un trapo de cocina y dice que la próxima vez que nos divirtamos y pase algo debería advertírselo. Sale. Retomo el diario. «¿De verdad era diversión y juego? —escribo—. ¿No se daba cuenta de que me hacía daño? No lo sé. De veras que no lo sé.»

Empiezo a razonar conmigo misma, a dudar de que me expresara con claridad: ¿qué susurré y qué dije a gritos? Concluyo que si le hubiera suplicado de otra manera, que si hubiera mantenido la calma, él habría parado. Lo escribo hasta que me convengo de que así es, lo que no me cuesta mucho porque deseo creerlo. Me conforta pensar que el defecto es mío, porque significa que depende de mí.

Aparto el diario y, tumbada en la cama, recito ese relato como si fuera un poema que he decidido aprenderme de memoria. Casi lo he memorizado cuando el recitado se interrumpe. Invaden mi mente unas imágenes de mí misma tendida de espaldas, con los brazos aplastados por encima de la

cabeza. Entonces vuelvo al aparcamiento. Me miro el estómago, muy blanco, y miro a mi hermano. Su expresión es difícil de olvidar: no es de ira ni de rabia. No trasluce furia. Solo refleja placer sereno. De pronto una parte de mí comprende, incluso mientras empiezo a rebatirlo, que mi humillación fue la causa de ese placer. No fue una casualidad ni una consecuencia indirecta. Era el objetivo.

Esta certeza a medias actúa en mí como una especie de posesión, y durante unos minutos me domina. Me levanto de la cama, tomo otra vez el diario y hago algo que nunca he hecho: escribo lo que ocurrió. No utilizo el lenguaje impreciso, vago, de las otras anotaciones; no me escondo detrás de insinuaciones y sugerencias. Escribo lo que recuerdo: «Hubo un momento, cuando me obligó a salir de la camioneta, en que Shawn tenía las manos por encima de mi cabeza y se me subió la camiseta. Le pedí que me dejara bajármela pero fue como si no me oyera. Me miraba como un verdadero imbécil. Menos mal que soy menuda. Si llego a ser más corpulenta, en ese momento le habría despedazado».

—No sé qué te has hecho en la muñeca —me dijo papá a la mañana siguiente—. En cualquier caso, así no sirves de nada en la cuadrilla. Más valdría que volvieras a Utah.

El trayecto en coche hasta la BYU fue hipnótico. Cuando llegué, el recuerdo del día anterior se había desdibujado y desvaído.

Volvió al primer plano cuando miré el correo electrónico. Tenía un mensaje de Shawn. Era una disculpa. Sin embargo, ya me había pedido perdón en mi dormitorio. Nunca había visto a Shawn disculparse dos veces.

Tomé de nuevo mi diario e introduje otra anotación, opuesta a la primera,

en la que modificaba el recuerdo. Había sido un malentendido, escribí. Si le hubiera pedido que se detuviera, lo habría hecho.

Sin embargo, lo ocurrido lo cambiaría todo, con independencia de cómo lo recordara. Al reflexionar ahora sobre ello no me sorprende lo que sucedió, sino que anotara lo sucedido. Que dentro del caparazón quebradizo —de esa muchacha que se había vaciado con la ficción de la invencibilidad— quedara una chispa.

Las palabras de la segunda anotación no borraron las de la primera. Dejaría tanto las unas como las otras, mis recuerdos escritos al lado de los de Shawn. Fue audaz no corregirlas en busca de coherencia, no arrancar ni una página ni la otra. Reconocer la incertidumbre es reconocer la debilidad, la impotencia, y creer en una misma a pesar de ambas. Es una flaqueza, pero esa flaqueza encierra un punto fuerte: la convicción para vivir en nuestra propia mente y no en la de otra persona. Me he preguntado muchas veces si las palabras más convincentes que escribí aquella noche no nacieron de la ira ni de la rabia, sino de la duda: «No lo sé. De veras que no lo sé».

No saber a ciencia cierta y la negativa a ceder ante quienes afirman la certidumbre era un privilegio que jamás me había permitido. Mi vida la narraban otras personas. Sus voces eran persuasivas, enfáticas, categóricas. No se me había ocurrido pensar que la mía podía ser igual de fuerte que las suyas.

Soy de Idaho

Una semana después, el domingo, en la iglesia, un hombre me invitó a cenar. Le dije que no. Al cabo de unos días me sucedió lo mismo con otro hombre. Volví a decir que no. No podía aceptar. No quería que se me acercara ninguno de los dos.

Llegó a oídos del obispo que en su rebaño había una mujer contraria al matrimonio. Su ayudante me abordó después del oficio religioso del domingo para comunicarme que el obispo quería verme en su despacho.

Aún tenía dolorida la muñeca cuando estreché la mano del obispo. Era un hombre de mediana edad, cara redonda, pelo moreno con una raya perfecta y voz suave como el satén. Por lo visto me conocía bien antes incluso de que yo abriera la boca (en cierto modo así era; Robin le había contado muchas cosas de mí). Me aconsejó que me apuntara al servicio de orientación universitaria para que algún día pudiera disfrutar de un matrimonio eterno con un hombre recto.

Él habló y yo permanecí muda como un ladrillo.

Me preguntó por mi familia. No respondí. Ya los había traicionado al no quererlos como debía; lo menos que podía hacer era seguir callada.

—El matrimonio es un designio de Dios —afirmó el obispo, y se puso en pie.

La reunión había terminado. Me pidió que volviera el domingo siguiente.

Prometí hacerlo aunque sabía que no iría.

Me encaminé hacia el apartamento con la sensación de que el cuerpo me pesaba. Durante toda mi vida me habían enseñado que el matrimonio era voluntad de Dios y que rechazarlo era pecado. Estaba contrariando a Dios. Y sin embargo no deseaba desobedecerlo. Quería tener hijos, crear una familia, pero, por más que lo anhelara, sabía que nunca la tendría. No me veía capaz. No podía estar cerca de ningún hombre sin sentir desprecio por mí misma.

Siempre me había mofado de la palabra «ramera». Su sonido me resultaba desagradable e incluso a mí me parecía desfasada. Aun así, pese a que para mis adentros me burlaba de Shawn por emplearla, había llegado a identificarme con ella. Que estuviera anticuada contribuía a reforzar la asociación, puesto que solo la oía referida a mí.

Cuando tenía quince años y ya usaba rímel y brillo de labios, un día Shawn contó a papá que había oído rumores sobre mí en la ciudad, que yo tenía mala fama. Papá dedujo de inmediato que estaba embarazada. No debería haber permitido que participara en esas obras de teatro en la ciudad, se reprochó a gritos. Mi madre afirmó que podían confiar en mí, que era recatada. Shawn dijo que no había que fiarse de ninguna adolescente y que, según su experiencia, a veces las que parecían más devotas eran las peores.

Yo les oía chillar sentada en la cama, con las rodillas pegadas al pecho. ¿Estaba embarazada? No lo sabía a ciencia cierta. Reflexioné sobre cada interacción que había tenido con un chico, sobre cada mirada y cada contacto. Me acerqué al espejo, me subí la camiseta y me examiné el vientre recorriéndolo con los dedos centímetro a centímetro. «Tal vez», pensé.

Jamás había besado a un chico.

Había visto partos, pero nadie me había explicado cómo se producía la concepción. Mientras mi padre y mi hermano gritaban, la ignorancia me obligaba a callar: no podía defenderme porque no entendía la acusación.

Al cabo de unos días, tras confirmarse que no estaba embarazada, encontré otra interpretación de la palabra «ramera», una interpretación que tenía menos que ver con los actos y más con la esencia. No se trataba de que hubiera hecho algo malo, sino de que mi mero existir era malo. Había algo impuro en el hecho de que existiera.

«Es extraño que des a tus seres queridos tanto poder sobre ti», había escrito en mi diario. No obstante, Shawn tenía más poder sobre mí del que era capaz de imaginar. Me había proporcionado una definición de mí misma, y no existe un poder mayor que ese.

Una fría noche de febrero me planté ante la puerta del despacho del obispo. Ignoraba qué me había llevado allí.

Sentado tranquilamente a su escritorio, me preguntó en qué podía ayudarme y respondí que no lo sabía. Nadie podía darme lo que deseaba, puesto que deseaba que me rehicieran.

—Puedo ayudarte —dijo—, pero tienes que contarme lo que te preocupa.

Su voz era amable, y esa amabilidad me resultó cruel. Habría deseado que gritara. Si me hubiera gritado, me habría enfadado, y cuando estaba enfadada me sentía fuerte. No sabía si podría confiarme a él sin sentirme fuerte.

Carraspeé y a continuación hablé durante una hora.

El obispo y yo nos vimos cada domingo hasta la primavera. Lo consideraba un patriarca con autoridad sobre mí, si bien él parecía deponer su autoridad en cuanto me veía cruzar la puerta del despacho. Yo hablaba y él escuchaba y me extirpaba la vergüenza del mismo modo que un curandero extrae la infección de una herida.

Al terminar el cuatrimestre le informé de que pasaría el verano en casa. Estaba sin blanca; no podía pagar el alquiler. Se disgustó al enterarse.

—No vayas a casa, Tara. La Iglesia te pagará el alquiler.

Yo no quería el dinero de la Iglesia. La decisión estaba tomada. El obispo me pidió que le prometiera algo: que no trabajaría para mi padre.

El día que llegué a Idaho recuperé mi empleo en Stokes. Papá se burló, dijo que no ganaría lo suficiente para volver a la universidad. Tenía razón; de todos modos, el obispo había dicho que Dios proveería la manera de que regresara y le creí. Durante el verano repuse productos en los estantes y acompañé a las ancianas al coche.

Evité a Shawn. No me resultó difícil porque se había echado otra novia, Emily, y se hablaba de boda. Shawn tenía veintiocho años; Emily cursaba cuarto en el instituto y era de carácter dócil. Mi hermano jugaba con ella a los mismos juegos a los que había jugado con Sadie a fin de poner a prueba su dominio. Ella obedecía todas sus órdenes, temblaba cada vez que Shawn alzaba la voz y se disculpaba cuando él le gritaba. No me cabía la menor duda de que el suyo sería un matrimonio de manipulación y violencia, aunque las palabras no eran mías. Las había aprendido del obispo y aún me esforzaba por asimilar su significado.

Al acabar el verano volví a la BYU con solo dos mil dólares. La primera noche escribí en mi diario: «Tengo tantas facturas que no sé cómo voy a pagarlas. De todos modos, Dios proveerá tribulaciones para que crezca o bien los medios para que salga adelante». Aunque el tono de estas palabras me parece noble, idealista, detecto en ellas una pizca de fatalismo. Tal vez tuviera que dejar los estudios. No pasaba nada. En Utah había supermercados. Trabajaría metiendo en bolsas las compras de los clientes y algún día sería encargada.

A las dos semanas de iniciarse el cuatrimestre perdí la resignación de un sobresalto cuando un dolor atroz en la mandíbula me despertó en plena noche. Nunca había tenido un dolor tan agudo ni tan parecido a una descarga

eléctrica. Quise arrancarme la mandíbula para deshacerme de él. Me acerqué tambaleante a un espejo. La causa era una muela astillada hacía muchos años, que había vuelto a romperse, con una fractura honda. Acudí a un dentista y me informó de que la pieza llevaba años cariada. Repararla costaría mil cuatrocientos dólares. Me era imposible pagar ni siquiera la mitad de esa suma y continuar en la universidad.

Llamé a casa. Mi madre accedió a prestarme el dinero, y papá añadió las condiciones: el verano siguiente tendría que trabajar para él. Ni me lo pensé. Le dije que no volvería a pisar el desguace en toda mi vida y colgué.

Intenté olvidarme del dolor y centrarme en las asignaturas, pero era como si me pidieran que aguantara toda una clase mientras un lobo me roía la mandíbula.

No había tomado ningún ibuprofeno desde aquel día con Charles. Empecé a tomarlos como si fueran caramelos de menta. Ayudaban poco, pues el dolor estaba en el nervio y era muy intenso. Desde que me había atacado no dormía, y comencé a saltarme las comidas porque masticar era inconcebible. Robin se lo contó al obispo, que me citó en su despacho una tarde radiante. Me miró con calma sentado a su escritorio.

—¿Qué piensas hacer respecto a la muela?

Intenté relajar la cara.

—Así no podrás acabar el curso. Hay una solución sencilla. Muy sencilla, a decir verdad. ¿Cuánto gana tu padre?

—No mucho —respondí—. Está endeudado desde que los chicos se cargaron la maquinaria el año pasado.

—Excelente. Tengo aquí los impresos para solicitar una ayuda. Estoy seguro de que reúnes los requisitos, y lo mejor de todo es que no tendrás que devolver el dinero.

Había oído hablar de las ayudas del Gobierno. Papá afirmaba que aceptar

una significaba estar en deuda con los Illuminati. «Así te captan —había dicho—. Te entregan dinero a cambio de nada y, cuando quieres darte cuenta, son tus dueños y señores.»

Las palabras resonaron en mi mente. Rehuía a los alumnos a los que había oído hablar de las ayudas que recibían. Prefería dejar la universidad antes que permitir que los Illuminati me compraran.

—No soy partidaria de las ayudas del Gobierno.

—¿Por qué no?

Le conté lo que decía mi padre. Suspiró y miró al cielo.

—¿Cuánto te piden por arreglarte la muela?

—Mil cuatrocientos dólares. Encontraré el dinero.

—Lo pagará la Iglesia —susurró—. Cuento con una cantidad de libre disposición.

—Ese dinero es sagrado.

El obispo levantó las manos y nos quedamos en silencio. Abrió el cajón del escritorio y sacó un talonario. Lo miré. Era de su cuenta personal. Rellenó un cheque a mi nombre por mil quinientos dólares.

—No permitiré que dejes la universidad por esto —me dijo.

Me lo entregó. La tentación era tan grande y el dolor tan brutal que debí de tenerlo unos diez segundos en la mano antes de devolverlo.

Me puse a trabajar en la heladería del campus, donde cocinaba hamburguesas y servía cucuruchos. Entre los días de paga me las apañaba no abonando las facturas y pidiendo prestado a Robin, de modo que los centenares de dólares que me ingresaban en la cuenta dos veces al mes desaparecían en cuestión de horas. A finales de septiembre, cuando cumplí los diecinueve, estaba sin blanca. Me había resignado a no arreglarme la muela; sabía que nunca

reuniría los mil cuatrocientos dólares. Además, el dolor había menguado: o el nervio se había muerto, o mi cerebro se había adaptado a las descargas.

Aun así, debía pagar las facturas, por lo que decidí vender lo único de valor que tenía: a Bud, mi caballo. Llamé a Shawn para preguntarle cuánto podría sacar. Me respondió que un mestizo no valía mucho y que podía mandarlo a la subasta, como los caballos de comida para perros del abuelo. Imaginé a Bud en una picadora de carne.

—Primero intenta encontrar un comprador —le dije.

Al cabo de unas semanas me envió un cheque de unos cientos de dólares. Cuando le llamé para preguntarle a quién había vendido a Bud, murmuró unas palabras imprecisas sobre un tipo de Tooele que se encontraba de paso.

Aquel cuatrimestre fui una alumna apática. La curiosidad es un lujo reservado a los que gozan de seguridad económica: mi mente estaba absorta en asuntos más inmediatos, como el saldo exacto de mi cuenta bancaria, a quién debía cuánto y si en mi habitación había algo que pudiera vender por diez o veinte dólares. Entregaba los trabajos académicos y estudiaba para los exámenes por miedo —a perder la beca si mi nota media bajaba siquiera un decimal—, y no por verdadero interés por las asignaturas.

En diciembre, tras cobrar el último salario del mes, tenía solo sesenta dólares en la cuenta. Me cobraban ciento diez de alquiler, que debía entregar el 7 de enero. Necesitaba dinero con urgencia. Había oído que en una clínica cercana al centro comercial pagaban a cambio de plasma. Me parecía que una clínica formaba parte de la medicina oficial, pero razoné que mientras se tratara de extraer, y no de introducir, no pasaba nada. La enfermera me pinchó las venas durante veinte minutos y dijo que las tenía demasiado finas.

Compré una lata de gasolina con mis últimos treinta dólares y me dirigí a casa para pasar la Navidad. La mañana del día de Navidad papá me regaló un fusil; no lo saqué de la caja, por lo que ignoro de qué tipo era. Pregunté a

Shawn si quería comprármelo, pero papá se lo llevó diciendo que lo pondría a buen recaudo.

Se acabó. No me quedaba nada para vender, ni amigos de la infancia ni obsequios de Navidad. Acepté que había llegado la hora de dejar la universidad y buscar un empleo. Mi hermano Tony vivía en Las Vegas y trabajaba de camionero de larga distancia. El día de Navidad le llamé y me dijo que podía vivir con él unos meses y colocarme en el In-N-Out Burger que había enfrente de su casa.

Colgué y cuando iba por el pasillo, arrepentida de no haberle pedido que me prestara dinero para ir a Las Vegas, me llamó una voz bronca.

—Eh, Bermana Hequeña. Ven un momento.

El dormitorio de Shawn parecía una cuadra, con ropa sucia tirada en el suelo. Vi que debajo de un montón de camisetas manchadas asomaba la punta de la culata de una pistola. Los estantes se combaban por el peso de las cajas de munición y los rimeros de novelas del Oeste de Louis L'Amour. Shawn estaba sentado en la cama, con los hombros encorvados y las piernas arqueadas. Parecía que llevara un rato en esa postura, contemplando la inmundicia. Exhaló un suspiro, se levantó y se acercó a mí alzando el brazo derecho. Retrocedí un paso de manera maquinal, pero Shawn solo quería deslizar la mano en el bolsillo. Sacó la cartera, la abrió y extrajo un billete de cien dólares nuevecito.

—Feliz Navidad —dijo—. No te lo malgastes como haré yo.

Los cien dólares me parecieron una señal de Dios. Debía quedarme en la universidad. Volví al apartamento y aboné el alquiler. Como sabía que no podría pagarlo en febrero, busqué un segundo trabajo y encontré uno de

asistente doméstica, por lo que tres días a la semana conducía veinte minutos en dirección norte para limpiar casas caras en Draper.

Seguía viendo al obispo todos los domingos. Robin le informó de que no me había comprado los libros de texto del cuatrimestre.

—Es absurdo —me dijo el obispo—. ¡Solicita la ayuda! ¡Eres pobre! ¡Para eso están las ayudas!

Mi oposición iba más allá de lo racional; era visceral.

—Gano mucho dinero —prosiguió el obispo—. Pago muchos impuestos. Míralo como si fuera mi dinero. —Había impreso los formularios de solicitud y me los entregó—. Piénsatelo. Tienes que aprender a aceptar ayuda, aunque sea del Gobierno.

Cogí los formularios. Robin los rellenó. Me negué a enviarlos.

—Reúne los documentos —me dijo—. A ver qué tal.

Necesitaba las declaraciones de la renta de mis padres. Ni siquiera estaba segura de que las presentaran, y si lo hacían, sabía que papá no me las daría si se enteraba de para qué las quería. Inventé una docena de pretextos por los que podría necesitarlas, pero ninguno era creíble. Visualicé las declaraciones en el gran archivador gris de la cocina. Decidí robarlas.

Partí hacia Idaho poco antes de la medianoche con la esperanza de llegar en torno a las tres de la madrugada y encontrar la casa en calma. Una vez en la montaña, subí despacio por el camino de entrada, estremeciéndome cada vez que un guijarro se rompía con un chasquido bajo los neumáticos. Abrí la portezuela sin hacer ruido, caminé con paso suave por el césped y me deslicé por la puerta de atrás, crucé en silencio la casa y tendí la mano para guiarme hasta el archivador.

Me faltaban solo unos pasos para alcanzarlo cuando oí un clic conocido.

—¡No dispaes! —grité—. ¡Soy yo!

—¿Quién?

Di al interruptor de la luz y vi que Shawn, sentado en el otro extremo de la cocina, me apuntaba con una pistola. La bajó.

—Creía que eras... otra persona.

—Es evidente —dije.

Nos quedamos unos minutos sin saber qué hacer, hasta que me fui a la cama.

A la mañana siguiente, después de que papá se fuera al desguace, conté a mi madre un embuste sobre por qué la universidad necesitaba sus declaraciones de la renta. Adivinó que le mentía; lo deduje porque, cuando papá entró de improviso y le preguntó por qué hacía copias de las declaraciones, ella le respondió que las quería para sus archivos.

Cogí las copias y volví a la universidad. No intercambié palabra con Shawn. No me preguntó por qué había entrado a hurtadillas en mi propia casa a las tres de la madrugada, y yo no le pregunté a quién esperaba sentado en plena noche con una pistola cargada.

Los impresos permanecieron una semana sobre mi escritorio, hasta que Robin me acompañó a la oficina de correos y vio cómo se los entregaba al empleado. No tardé mucho en recibir la respuesta, una semana, dos quizá. Estaba limpiando casas en Draper cuando llegó el correo, de modo que Robin dejó la carta en mi cama con una nota que decía que ya me había vuelto comunista.

Cuando abrí el sobre, un cheque cayó al colchón. Cuatro mil dólares. Me sentí codiciosa y enseguida me asustó mi codicia. Había un número de contacto. Lo marqué.

—Hay un problema —le dije a la mujer que respondió—. El cheque es de cuatro mil dólares y yo solo necesito mil cuatrocientos.

Silencio en la línea.

—¿Oiga? ¿Oiga?

—A ver si lo entiendo —dijo la mujer—. ¿Me estás diciendo que el cheque es por demasiado dinero? ¿Qué quieres que haga yo?

—Si lo devuelvo, ¿me enviarían otro? Solo necesito mil cuatrocientos. Para una endodoncia.

—Mira, tesoro, tienes esa cantidad porque es la que te han dado. Si la cobras o no la cobras es cosa tuya.

Me hice la endodoncia. Compré los libros de texto, pagué el alquiler y me sobró dinero. El obispo me aconsejó que me diera algún capricho y le respondí que no podía, que debía ahorrar. Me dijo que podía permitirme el lujo de gastar un poco.

—Recuerda —añadió— que puedes solicitar la misma cantidad el año que viene.

Me compré un vestido de domingo.

Había pensado que usarían el dinero para controlarme, pero en realidad me sirvió para cumplir mi promesa: cuando afirmé que nunca más volvería a trabajar para mi padre, por primera vez lo dije convencida.

Ahora me pregunto si el día en que me puse en camino para robar las declaraciones de la renta no fue el primero en que dejé «mi hogar» para ir a Buck's Peak. Aquella noche entré en casa de mi padre como una intrusa. Representó un cambio de lenguaje mental, una renuncia del lugar de donde era.

Mis palabras lo confirmaban. Cuando otros estudiantes me preguntaban de dónde era, contestaba: «Soy de Idaho», una frase que, por más veces que haya tenido que repetirla en el transcurso de los años, nunca ha sonado natural en mis labios. Cuando una persona forma parte de un lugar y en ese

momento vive en su tierra, no tiene necesidad de decir que es de ahí. No pronuncié las palabras «Soy de Idaho» hasta que me marché.

Un caballero, errante

Tenía mil dólares en el banco. Me resultaba raro pensarlo, y mucho más decirlo. Mil dólares. De sobra. Que no necesitaba de inmediato. Tardé varias semanas en hacerme a la idea, y después empecé a experimentar la mayor ventaja del dinero: la posibilidad de no pensar en él, sino en otras cosas.

Mis profesores pasaron al primer plano, de repente y con nitidez; era como si antes de la ayuda de estudios los hubiera mirado a través de una lente empañada. Los libros de texto empezaron a tener sentido y me sorprendí leyendo más material del exigido.

En estas circunstancias oí por primera vez la expresión «trastorno bipolar». Estaba en la clase de psicología 101 cuando el profesor leyó en voz alta los síntomas que se enumeraban en la pantalla grande: depresión, manía, paranoia, euforia, delirios de grandeza y de persecución. Le escuché con muchísimo interés.

«Es mi padre —anoté en los apuntes—. Está describiendo a papá.»

Unos minutos antes de que sonara el timbre, un alumno preguntó qué papel podían haber desempeñado los trastornos mentales en los movimientos separatistas. «Pienso en conflictos famosos como el de Waco, en Texas, y el de Ruby Ridge, en Idaho», añadió.

Como Idaho no es conocida por muchas cosas, supuse que debía de haber oído hablar de Ruby Ridge, fuera lo que fuese. El alumno había dicho que

había sido un conflicto. Busqué en mi memoria intentando recordar si había oído esas palabras alguna vez. Me sonaban de algo. De pronto aparecieron unas imágenes en mi mente, tenues y distorsionadas, como si la transmisión fallara en su origen. Cerré los ojos y la escena se volvió clara. Me encontraba en nuestra casa, agachada detrás de las alacenas de contrachapado. Mi madre estaba arrodillada a mi lado y su respiración era lenta y fatigada. Se pasó la lengua por los labios, dijo que tenía sed y, sin que me diera a tiempo a detenerla, se levantó y alargó la mano hacia el grifo. Sentí el temblor de un disparo y me oí chillar. Hubo un estrépito al caer algo pesado al suelo. Le aparté el brazo y cogí al bebé.

Sonó el timbre. El auditorio se vació. Fui a la sala de ordenadores. Con los dedos sobre el teclado, dudé un momento —asaltada por el presentimiento de que tal vez lamentaría conocer esa información— antes de escribir «Ruby Ridge» en el navegador. Según la Wikipedia, en Ruby Ridge se había producido un enfrentamiento mortal entre Randy Weaver y diversas agencias federales, entre ellas el Servicio de Alguaciles de Estados Unidos y el FBI.

El nombre «Randy Weaver» me sonaba, y al leerlo me pareció incluso oírlo de labios de mi padre. De repente la historia que había vivido en mi imaginación durante trece años se repitió en mi mente: los disparos, primero contra el chico, luego contra el padre y después contra la madre. El Gobierno había asesinado a toda la familia, padres e hijos, para ocultar lo que habían hecho.

Pasé por alto el relato de los antecedentes para ir al primer tiroteo. Los agentes federales habían rodeado la cabaña de los Weaver. Se trataba de una misión de vigilancia y la familia no se enteró de su presencia hasta que un perro ladró. Creyendo que el animal había percibido a alguna bestia salvaje, Sammy, el hijo, que tenía catorce años, corrió hacia el bosque. Los federales mataron al perro, y el muchacho, que llevaba un arma, abrió fuego. El tiroteo

dejó dos muertos: un agente y Sammy, que corría por la montaña para regresar a su casa cuando le dispararon en la espalda.

Continué leyendo. Al día siguiente dispararon a Randy Weaver, asimismo en la espalda, cuando iba a ver el cadáver de su hijo, que se encontraba en el cobertizo. En el momento en que levantaba el pasador de la puerta, un francotirador le apuntó a la columna vertebral y falló. Vicki, la esposa de Randy, avanzó hacia la puerta para ayudarlo. El francotirador volvió a abrir fuego y acertó en la cabeza a la mujer, que murió al instante con su hija de diez meses en brazos. La familia permaneció nueve días agazapada en la cabaña con el cadáver de la madre, hasta que las negociaciones pusieron fin al enfrentamiento y Randy Weaver fue detenido.

Leí la última línea varias veces para assimilarla. ¿Randy Weaver estaba vivo? ¿Lo sabía papá?

Seguí leyendo. La nación se sintió indignada. Casi todos los periódicos importantes publicaron artículos que reprobaban el despiadado desprecio del Gobierno por la vida. El Departamento de Justicia abrió una investigación y el Senado celebró varias sesiones sobre el asunto. Ambos recomendaron que se reformaran las reglas de enfrentamiento, en concreto las relativas al uso letal de la fuerza.

Los Weaver presentaron una demanda de doscientos millones de dólares por homicidio culposo, pero llegaron a un acuerdo extrajudicial con el Gobierno, que ofreció un millón de dólares a cada una de las tres hijas de Vicki. Randy recibió cien mil dólares y se retiraron todos los cargos en su contra, excepto dos relacionados con comparecencias ante los tribunales. Lo habían entrevistado las principales agencias de noticias e incluso había escrito un libro con su hija. Se ganaba la vida hablando en ferias de armas.

Si se había tratado de una maniobra para ocultar algo, había sido muy

mala. Había habido cobertura mediática, investigaciones oficiales, supervisión. ¿No son los criterios de una democracia?

Había algo que no entendía: ¿por qué los agentes federales habían cercado la cabaña de Randy Weaver? ¿Por qué habían puesto a Randy en el punto de mira? Recordé que papá aseguraba que podría tocarnos a nosotros. Siempre decía que un día el Gobierno perseguiría a quienes se resistían a que les lavaran el cerebro, a quienes no llevaban a sus hijos a la escuela. Durante trece años yo había dado por sentado que el Gobierno había acorralado a Randy por ese motivo: para escolarizar por la fuerza a sus hijos.

Volví al principio de la página y leí el artículo entero, sin saltarme los antecedentes. Según todas las fuentes, incluido el propio Randy Weaver, el conflicto comenzó cuando este vendió dos escopetas recortadas a un agente secreto al que había conocido en una reunión de Nación Aria. Leí la frase muchas veces hasta que lo entendí: la clave de la historia no era la enseñanza en casa, sino el supremacismo blanco. Por lo visto, el Gobierno nunca había tenido por costumbre asesinar a los ciudadanos que se negaban a que sus hijos fueran a centros de educación pública. Me pareció tan evidente que me costó comprender que hubiera llegado a pensar lo contrario.

Durante un instante de amargura pensé que papá había mentado, hasta que recordé el miedo que traslucía su rostro, el sonido ronco de su respiración, y me convencí de que había creído de verdad que nos hallábamos en peligro. Busqué alguna explicación, y unas palabras inusitadas acudieron a mi mente, palabras que había aprendido hacía solo unos minutos: paranoia, manía, delirios de grandeza y de persecución. Y por fin el relato tuvo sentido, tanto el de la página como el que había vivido dentro de mí durante mi niñez. Papá debía de haber leído lo que ocurría en Ruby Ridge, o lo habría visto en las noticias, y al pasar por su cerebro la historia había dejado de ser la de otra persona para convertirse en la suya. Si el Gobierno perseguía a Randy

Weaver, seguramente también debía de perseguir a Gene Westover, que llevaba años resistiendo en el frente de la guerra contra los Illuminati. Como ya no se contentaba con leer las hazañas de los otros, se forjó un yelmo y se subió a un rocín.

El trastorno bipolar me obsesionó. En psicología debíamos escribir un trabajo de investigación y escogí esa enfermedad como tema, y aproveché el trabajo como excusa para entrevistar a todos los neurocientíficos y especialistas en terapia cognitiva de la universidad. Les describí los síntomas de papá atribuyéndoselos a un tío que me inventé. Algunos concordaban a la perfección; otros, no. Los profesores me advirtieron de que cada caso es distinto.

—La descripción recuerda más a la esquizofrenia —me dijo uno—. ¿Tu tío ha recibido tratamiento alguna vez?

—No. Opina que los médicos forman parte de una conspiración gubernamental.

—Eso complica las cosas —afirmó.

Con la sutileza de una apisonadora escribí mi trabajo sobre el efecto que las personas bipolares tienen en su descendencia. El tono era acusador, brutal. Afirmaba que los hijos se ven afectados por factores de doble riesgo: primero porque tienen una predisposición genética a presentar trastornos psicológicos, y en segundo lugar debido a «la tensión del entorno y a las deficiencias como padres de quienes sufren tales alteraciones».

Había estudiado en clase los neurotransmisores y su efecto en la química cerebral; me daba cuenta de que las enfermedades no se eligen. Esa certeza podría haberme llevado a ser comprensiva con mi padre, pero no fue así. Solo sentí rabia. Pensé que éramos nosotros quienes habíamos pagado las

consecuencias. Mi madre. Luke. Shawn. Habíamos sufrido contusiones, cortes y conmociones cerebrales, nos habíamos quemado las piernas y nos habíamos partido la cabeza. Habíamos vivido en un estado de alerta, en una especie de terror constante, con el cerebro saturado de cortisol, porque sabíamos que en cualquier momento podía ocurrirnos uno de esos accidentes. Porque papá siempre antepone la fe a la seguridad. Porque creía que tenía razón y seguía creyéndolo... después del primer accidente de coche, después del segundo, después de lo del cubo de la basura, del fuego, del palé. Y éramos nosotros quienes lo pagábamos.

Entregué el trabajo y ese fin de semana fui a Buck's Peak. Llevaba menos de una hora en casa cuando papá y yo empezamos a discutir. Dijo que le debía el coche. En realidad solo lo mencionó de pasada pero enloquecí, me puse histérica. Por primera vez en la vida grité a mi padre..., no por el coche, sino por los Weaver. La ira me impedía respirar, por lo que las palabras no salieron en forma de palabras sino de barboteo y sollozos entrecortados. ¿Por qué eres así? ¿Por qué nos aterrorizabas de esa manera? ¿Por qué luchabas con tanto denuedo contra monstruos inventados y no hacías nada respecto a los monstruos de tu propia casa?

Papá me miró estupefacto, atónito. Tenía la boca abierta, las manos caídas a los lados del cuerpo y crispadas, como si quisiera levantarlas, hacer algo. No le veía tan inerte desde el día en que, agachado junto a la ranchera accidentada, había observado cómo el rostro de mi madre se hinchaba y se inflamaba, sin atreverse a tocarla porque los cables de alta tensión enviaban una corriente mortífera a través del metal.

Huí, de vergüenza o de rabia. Conduje sin detenerme hasta la universidad. Mi padre me llamó al cabo de unas horas. No contesté. Gritarle no había servido de nada; quizá no hacerle caso sí funcionara.

Al terminar el cuatrimestre me quedé en Utah. Fue el primer verano que no

pasé en Buck's Peak. No hablé con mi padre, ni siquiera por teléfono. El distanciamiento no se formalizó: no me apetecía verlo ni oír su voz, de modo que no hice ni lo uno ni lo otro.

Decidí experimentar con la normalidad. Había vivido diecinueve años como mi padre quería. Probaría algo diferente.

Me mudé a un apartamento situado en el otro extremo de la ciudad, donde nadie me conocía. Deseaba empezar otra vez, partiendo de cero. La primera semana, mi nuevo obispo me saludó en la iglesia con un apretón de manos afectuoso y fue a saludar a otro recién llegado. Me alegró su falta de interés. Si conseguía fingir que era normal durante una breve temporada, tal vez parecería que lo era.

En la iglesia conocí a Nick. Llevaba gafas cuadradas, tenía el pelo oscuro y se lo engominaba y cardaba para que le quedara de punta. Papá habría despreciado a un hombre que usara fijador, y quizá precisamente por eso me atrajo a mí. También me gustaba que Nick no diferenciara un alternador de un cigüeñal. Él sabía de libros, de videojuegos y de marcas de ropa. Y palabras. Poseía un vocabulario asombroso.

Nick y yo fuimos pareja desde el principio. Me cogió la mano la segunda vez que nos vimos. Cuando su piel tocó la mía, me preparé para combatir el deseo primario de apartarlo, pero no llegué a sentirlo. Me resultó extraño y emocionante, y ninguna parte de mí quería que acabara. Habría deseado estar en mi iglesia anterior, para correr a contarle a mi obispo de antes que ya no era una persona fragmentada.

Sobrestimé mis progresos. Me centré tanto en lo que funcionaba que no reparé en lo que seguía fallando. No le hablé a Nick de mi familia hasta que llevábamos varios meses juntos y ya había pasado muchas tardes con la suya.

La mencioné sin pensar: nombré de pasada un aceite de mi madre porque Nick me comentó que le dolía el hombro. Se mostró interesado —había esperado a que sacara mi familia a colación—, pero yo me enfadé conmigo misma por el desliz y no permití que se repitiera.

Hacia finales de mayo empecé a encontrarme mal. Durante una semana me arrastré a duras penas al trabajo, un despacho de abogados donde hacía prácticas. Dormía desde el atardecer hasta última hora de la mañana y no paraba de bostezar en todo el día. Empezó a dolerme la garganta y me falló la voz, que se me enronqueció hasta sonar cascada, como si las cuerdas vocales se hubieran vuelto de papel de lija.

Al principio a Nick le pareció divertido que no quisiera ir al médico. Al avanzar la enfermedad, la diversión se transformó en inquietud y luego en desconcierto. No le hice caso. «No es tan grave —le decía—. Si fuera grave sí iría.»

Pasó otra semana. Dejé el trabajo de prácticas y empecé a dormir todo el día y toda la noche. Nick se presentó una mañana de improviso.

—Vamos al médico —dijo.

Empecé a decir que no quería y me interrumpí al verle la cara. Parecía que tuviera una pregunta y supiera que de nada serviría formularla. La línea tensa de la boca, los ojos entrecerrados. «La imagen de la desconfianza», pensé.

Puesta a elegir entre ir a un malvado médico socialista o reconocer ante mi novio que creía que los médicos eran malvados socialistas, escogí lo primero.

—Iré hoy —le aseguré—. Te lo prometo. Pero prefiero ir sola.

—Está bien.

Se marchó, y entonces se me planteó otro problema. No sabía cómo ir al médico. Llamé a una amiga de la universidad y le pedí que me acompañara

en su coche. Una hora después fue a recogerme y observé que pasaba de largo por el hospital que quedaba a unas manzanas de mi apartamento. Me llevó a la zona norte del campus, a un edificio pequeño al que denominó «clínica». Intenté fingir despreocupación, actuar como si no fuera la primera vez que iba al médico, pese a que al cruzar el aparcamiento me sentía como si mi madre me vigilara.

No supe qué decirle a la recepcionista. Mi amiga atribuyó mi silencio a la garganta y explicó los síntomas. Nos indicaron que esperásemos. Al rato una enfermera me condujo a una salita blanca, donde me pesó, me tomó la presión arterial y una muestra de la lengua. Me dijo que las faringitis tan graves como la mía solían deberse a una bacteria, el estreptococo, o a un virus, el de la mononucleosis. Al cabo de unos días sabrían la causa.

Cuando llegaron los resultados, fui sola a la clínica. Me los comunicó un médico de mediana edad con una obvia calvicie incipiente.

—Enhorabuena —me dijo—. Has dado positivo al estreptococo y a la mononucleosis. Eres la única persona con las dos infecciones que he visto en todo un mes.

—¿Las dos? —susurré—. ¿Cómo es posible?

—Has tenido muy muy mala suerte. Te daré penicilina para el estreptococo, pero poco puedo hacer contra la mononucleosis. Tendrás que esperar a que se pase sola. De todos modos, te encontrarás mejor en cuanto elimines al estreptococo.

Pidió penicilina a una enfermera.

—Empezarás ahora mismo con los antibióticos —dijo.

Con las pastillas en la palma de la mano, me acordé de la tarde en que Charles me había dado ibuprofeno. Pensé en mi madre y en las numerosas ocasiones en que me había advertido de que los antibióticos envenenan el cuerpo y provocan infertilidad y anomalías congénitas. Que el espíritu del

Señor no puede habitar en un vaso sucio y que ningún vaso está limpio cuando reniega de Dios y confía en el hombre. O quizá esta última parte la dijera papá.

Me tragué las pastillas. Quizá se debiera a la desesperación, a que me encontraba muy mal, aunque creo que la razón era mucho más prosaica: la curiosidad. Me hallaba en el seno de la medicina oficial y quería ver, por fin, qué era aquello que siempre había temido. ¿Me sangrarían los ojos? ¿Se me desprendería la lengua? Sin duda ocurriría algo atroz. Tenía que averiguar qué era.

Volví al apartamento y llamé a mi madre. Pensé que una confesión aplacaría el sentimiento de culpa. Le conté que había ido al médico y que tenía mononucleosis e infección por estreptococo.

—He empezado a tomar penicilina. Quería que lo supieras.

Se puso a hablar de manera atropellada, aunque apenas oí lo que decía porque estaba rendida. Cuando me pareció que ya había acabado le dije «Te quiero» y colgué.

Dos días después llegó un paquete urgente de Idaho. Contenía seis botellitas de tintura, dos frascos de aceite esencial y una bolsa de arcilla blanca. Reconocí las fórmulas: los aceites y las tinturas fortalecían el hígado y los riñones, y los baños de pies con arcilla eliminaban las toxinas. Había una nota de mi madre: «Estas hierbas expulsarán los antibióticos del organismo. Por favor, úsalas durante todo el tiempo en que te empeñes en tomar esos medicamentos. Te quiero».

Me recosté en la almohada y me dormí casi de inmediato, pero antes solté una carcajada. Mi madre no me había enviado ningún remedio contra la mononucleosis ni contra el estreptococo. Solo contra la penicilina.

Por la mañana me despertó el teléfono. Era Audrey.

—Ha habido un accidente —me dijo.

La frase me transportó a otro momento, a la última vez que había respondido a una llamada y había oído esas palabras en vez de un saludo. Me acordé de aquel día y de lo que mi madre había dicho a continuación. Deseé que Audrey siguiera otro guion.

—Es papá. Si te das prisa, si sales ahora mismo, podrás despedirte de él.

El producto del azufre

Cuando era pequeña me contaban una historia, y me la contaron tantas veces y desde tan tierna edad que no recuerdo a quién se la oí por primera vez. Era acerca del abuelo de colina abajo y de cómo se hizo la hendidura que tenía justo encima de la sien derecha.

Siendo joven pasó un verano muy caluroso en la montaña, por donde se desplazaba a lomos de la yegua blanca que utilizaba para las tareas de vaquero. Era una yegua alta, a la que los años habían apaciguado. Por lo que decía mi madre, era firme como una roca, y cuando iba sobre ella el abuelo se despreocupaba. Soltaba las riendas anudadas si le venía en gana, tal vez para arrancarse un abrojo de la bota o para quitarse la gorra roja y enjugarse la cara con la manga. La yegua se quedaba quieta. Sin embargo, aunque era muy tranquila, le aterrorizaban las serpientes.

«Debió de ver algo que se escurría en la hierba —decía mi madre cuando contaba la historia—, porque de sopetón tiró al abuelo.» Detrás de él había una rastra de discos. El abuelo salió disparado hacia ella y se le clavó un disco en la frente.

Lo que le rompió el cráneo cambiaba cada vez que oía el relato. Unas veces era una rastra y otras una piedra. Sospecho que nadie lo sabe con certeza. No hubo testigos. El golpe lo dejó inconsciente, y apenas recuerda

qué ocurrió hasta que la abuela lo encontró en el porche, empapado de sangre hasta las botas.

Nadie sabe cómo llegó hasta el porche.

Los pastos de arriba quedan a casi dos kilómetros de la casa. Es un terreno rocoso y abrupto, con colinas inclementes, que el abuelo no pudo atravesar en el estado en que se hallaba. No obstante, llegó al porche. La abuela oyó un chirrido tenue en la puerta y al abrirla se encontró con el abuelo hecho un guiñapo; los sesos se le salían del cráneo. Se apresuró a llevarlo a la ciudad y le insertaron una placa metálica.

Cuando el abuelo ya se recuperaba en casa, la abuela fue a buscar a la yegua blanca. Recorrió toda la montaña, pero al final la encontró detrás del corral, atada a la valla con un nudo muy complejo que solo usaba el padre de la abuela, llamado Lott.

Cuando iba a casa de la abuela a tomar los cereales y la leche prohibidos, a veces le pedía al abuelo que me contara cómo había bajado de la montaña. Siempre me contestaba que no lo sabía. Acto seguido respiraba hondo —una inspiración larga y lenta, como si se sumergiera en un estado de ánimo más que en un relato— y narraba toda la historia de principio a fin. Era un hombre callado. Podía pasarme toda una tarde desbrozando campos con él sin oírle más de diez palabras seguidas. Tan solo «Ajá», «Esa no» y «Supongo».

En cambio, si le preguntaba cómo había bajado de la montaña aquel día, hablaba durante diez minutos, pese a que solo recordaba que había estado tendido en un campo, sin poder abrir los ojos, mientras el sol ardiente le secaba la sangre de la cara.

«Pero te contaré una cosa —decía, y se quitaba el sombrero para deslizar los dedos por la hendidura del cráneo—. Estando tumbado en la hierba oí cosas. Voces que hablaban. Reconocí una: era la del abuelo Lott. Contaba a alguien que el hijo de Albert se encontraba en un aprieto. Era Lott quien lo

decía, tan seguro como que estoy aquí contigo.» Al abuelo le brillaban un poco los ojos. «Lo que pasa —añadía— es que Lott llevaba casi diez años muerto.»

Esta parte del relato exigía una actitud reverente. Tanto a mi madre como a mi abuela les encantaba contarla, pero a mí me gustaba más cómo la narraba mi madre. Bajaba la voz en los momentos adecuados. Fueron ángeles, decía mientras una lagrimita le caía hasta la comisura de la sonrisa. Los envió tu bisabuelo Lott y trajeron al abuelo de la montaña.

La hendidura era fea, un cráter de dos centímetros y medio sobre la sien. Cuando la miraba de niña, en ocasiones imaginaba que un médico alto con bata blanca golpeaba una chapa metálica con un martillo. En mi fantasía el médico usaba las mismas planchas de zinc onduladas que utilizaba papá para techar los heniles.

Pero eso me pasaba solo a veces. Por lo general veía otra cosa: la prueba de que mis antepasados caminaban por la montaña, atentos y expectantes, con ángeles a sus órdenes.

Ignoro por qué papá estaba solo en la montaña aquel día.

Esperaba la llegada de la trituradora de automóviles. Supongo que quiso retirar el último depósito de gasolina, aunque no acierto a imaginar por qué no se le ocurrió vaciarlo antes de encender el soplete. Desconozco cuántas tiras metálicas había conseguido cortar antes de que una chispa saltara al depósito. Solo sé que estaba boca arriba, encajonado bajo el chasis, cuando el coche estalló.

Llevaba una camisa de manga larga, guantes de cuero y una careta de soldar. El rostro y los dedos fueron los más afectados por la explosión. El calor derritió la careta como si fuera una cuchara de plástico. La mitad

inferior del rostro se fundió: las llamas devoraron primero el plástico, luego la piel y a continuación los músculos. Con los dedos se repitió el mismo proceso, pues los guantes de cuero no fueron rival para las fogaradas que los envolvieron y atravesaron; después las lenguas de fuego le lamieron el pecho y los hombros. Supongo que cuando salió reptando de debajo del vehículo incendiado parecía un cadáver más que un ser vivo.

No me explico que pudiera moverse, y mucho menos arrastrarse casi medio kilómetro por campos y zanjas. Si un hombre ha necesitado a los ángeles alguna vez, era ese hombre. Contra toda lógica, lo consiguió y, como su padre años antes, se acurrucó a la puerta de su esposa, incapaz de llamar.

Aquel día mi prima Kylie trabajaba para mi madre —embotellaba aceites esenciales—, al igual que otras cuantas mujeres que se dedicaban a pesar hojas secas y a filtrar tinturas. Kylie oyó un golpecito apagado en la puerta de atrás, como si alguien le diera con el codo. La abrió, pero no recuerda qué había al otro lado. «Lo he borrado de la mente —me contaría más tarde—. No me acuerdo de lo que vi. Solo recuerdo que pensé: “No tiene piel”.»

Trasladaron a mi padre al sofá. Le echaron el remedio de rescate —el medicamento homeopático contra las conmociones— en la cavidad sin labios que antes era la boca. Le dieron lobelia y escutelaria para aliviar el dolor, la misma mezcla que mi madre había administrado a Luke hacía años. Papá se atragantó con la pócima. No podía tragar. Había respirado el aire ardiente de la explosión y tenía abrasados los órganos internos.

Mi madre quiso llevarlo al hospital, y papá susurró entre respiraciones ásperas que prefería morir antes que permitir que lo viera un médico. Poseía tal autoridad que ella cedió.

Con delicadeza le retiraron la piel muerta, le embadurnaron de unguento desde la cintura hasta la coronilla y lo vendaron. Mi madre le dio cubitos de hielo para que los chupara y así se hidratara, pero el interior de la boca y la

garganta estaban tan quemados que no absorbían líquidos, y sin labios ni músculos papá no podía retenerlos en la boca. Le habrían resbalado a la faringe y se habría asfixiado.

Aquella noche estuvo a punto de írseles muchas veces. Su respiración se volvía más lenta y de pronto se interrumpía, y mi madre —junto con las huestes celestiales de mujeres que trabajaban para ella— revoloteaba a su alrededor para alinear los chakras y dar golpecitos en los puntos de presión, lo que fuera para conseguir que los frágiles pulmones reanudaran su sonido bronco.

Audrey me telefoneó por la mañana.^[6] Me informó de que el corazón de papá se había parado dos veces durante la noche. Probablemente acabaría causándole la muerte, si no le fallaban antes los pulmones. Mi hermana estaba segura de que, en cualquier caso, fallecería antes del mediodía.

Llamé a Nick. Le dije que debía pasar unos días en Idaho por un asunto familiar, que no era nada grave. Adivinó que le ocultaba algo —percibí en su voz que le dolía que no confiara en él—, pero me lo borré del pensamiento apenas colgué el teléfono.

Con las llaves en la mano y la mano en el pomo de la puerta, me detuve, indecisa. El estreptococo. ¿Y si se lo contagiaba a papá? Llevaba casi tres días tomando penicilina. El médico me había indicado que al cabo de veinticuatro horas ya no transmitiría la enfermedad; sin embargo, no me fiaba de él precisamente porque era médico.

Esperé un día. Me tomé la dosis prescrita de antibiótico. Llamé a mi madre para preguntarle qué debía hacer.

—Deberías venir —me respondió, y se le quebró la voz—. Creo que mañana lo del estreptococo dará igual.

No recuerdo el paisaje durante el trayecto. Mis ojos apenas repararon en la cuadrícula de maizales y campos sembrados de patatas, ni en las oscuras

colinas cubiertas de pinos. En cambio, vi a mi padre con el aspecto que tenía la última vez, con aquella expresión deformada. Evoqué el tono feroz de mi voz cuando le había gritado.

Al igual que Kylie, no me acuerdo de lo que vi la primera vez que miré a mi padre. Sé que aquella mañana, al retirar las gasas, mi madre se había encontrado con que las orejas estaban tan quemadas, y la piel se había vuelto tan glutinosa, que se habían fundido con el tejido de detrás, que tenía la consistencia del sirope. Cuando crucé la puerta trasera, lo primero que vi fue a mi madre con un cuchillo para la mantequilla en la mano; lo usaba para separarle las orejas del cráneo. Todavía me parece verla con el cuchillo, la mirada fija, concentrada; sin embargo, donde debería aparecer mi padre se abre un hueco en mi recuerdo.

El olor de la habitación era muy fuerte: a carne abrasada, a consuelda, gordolobo y llantén. Observé cómo mi madre y Audrey le cambiaban el resto de las vendas. Empezaron por las manos. Los dedos eran viscosos; estaban cubiertos de un exudado claro que no sé si era piel derretida o pus. No tenía quemados los brazos, los hombros ni la espalda. Cuando le quitaron la gruesa tira de gasa que le iba del estómago al pecho, me tranquilizó ver grandes pedazos de piel enrojecida e inflamada. Presentaba unos pocos cráteres allí donde las llamas debían de haberse concentrado. Desprendían un olor acre, como a carne podrida, y contenían un líquido blanco.

Sin embargo, fue el rostro lo que acudió a mis sueños aquella noche. Conservaba la frente y la nariz, y la piel de alrededor de los ojos y de la mitad de las mejillas era sonrosada y estaba sana. En cambio, debajo de la nariz no había nada de lo que debía haber. Enrojecida, desfigurada, flácida, la zona parecía una máscara teatral de plástico que se hubiera acercado demasiado a una vela.

Papá llevaba casi tres días sin ingerir nada, ni alimentos ni agua. Mi madre

llamó a un hospital de Utah para suplicar que le dieran una sonda intravenosa.

—Tengo que hidratarlo. Se morirá si no bebe agua.

El médico le anunció que enviarían de inmediato un helicóptero y mi madre se negó.

—Entonces no puedo ayudarla —le dijo él—. Lo matará, y yo no quiero participar.

Mi madre estaba fuera de sí. En un último acto de desesperación, aplicó un enema a papá: le introdujo el tubo hasta donde se atrevió e intentó infundirle líquido en el recto para mantenerlo con vida. Ignoraba si daría resultado —si en esa parte del cuerpo habría algún órgano que absorbiera el agua—, pero era el único orificio que no se había abrasado.

Aquella noche dormí en el suelo de la sala para estar presente cuando papá se nos fuera. En varias ocasiones me despertaron gritos ahogados, series de movimientos y voces que susurraban que había vuelto a suceder, que otra vez había dejado de respirar.

Una hora antes del amanecer la respiración cesó y tuve la certeza de que sería el final: estaba muerto y no resucitaría. Posé la mano sobre un retazo de vendas mientras Audrey y mi madre corrían alrededor salmodiando y dando golpecitos en los puntos de presión. La habitación no estaba en paz, o quizá fuera yo quien no lo estaba. Llevaba años viviendo en conflicto con mi padre, en una batalla de voluntades inacabable. Creía que lo había aceptado, que aceptaba nuestra relación tal como era. Sin embargo, en aquel momento me di cuenta de hasta qué punto había contado con que el conflicto terminaría, de lo convencida que estaba de que habría un futuro en el que seríamos un padre y una hija en paz.

Le miré el pecho y recé para que papá volviera a respirar. Al cabo de un buen rato, cuando me disponía a apartarme para que mi madre y mi hermana

se despidieran de él, tosió: un sonido áspero y chirriante, como el del papel crepé al arrugarlo. A continuación, igual que a Lázaro redivivo, empezó a subirle y bajarle el pecho.

Le dije a mi madre que me iba. Es posible que papá sobreviva, le dije. Y, si sobrevive, el estreptococo no debe acabar con él.

El negocio de mi madre cesó. Las mujeres que tenía empleadas dejaron de preparar tinturas y embotellar aceites para elaborar cubas de unguento, la receta con consuelda, lobelia y llantén que había creado para papá. Mi madre se lo aplicaba dos veces al día en el torso y la cara. No recuerdo qué otros tratamientos utilizaron y no sé lo suficiente acerca del trabajo energético para dar cuenta y razón. Me consta que gastaron sesenta y cinco litros de unguento las dos primeras semanas y que mi madre encargaba grandes cantidades de gasa.

Tyler llegó de Purdue para relevarla: cambiaba el vendaje de los dedos por las mañanas y raspaba las capas de piel y músculo que se habían necrosado por la noche. Esas curas no hacían daño a papá. Los nervios estaban muertos. «Le retiré tantas capas —me contó Tyler— que estaba seguro de que un día tocaría hueso.»

A papá se le arquearon los dedos, se le curvaron de manera anómala hacia atrás por las articulaciones debido a que los tendones empezaron a apergaminarse y a contraerse. Tyler trató de cerrarle los dedos para alargar los tendones e impedir que la deformidad fuera permanente, pero papá no soportaba el dolor.

Volví a Buck's Peak cuando tuve la certeza de que me había curado la infección. Permanecí a la cabecera de papá, le eché agua en la boca con un cuentagotas y le di de comer purés de verduras como a un niño pequeño.

Papá casi no hablaba. El sufrimiento le impedía concentrarse; a duras penas acababa una frase antes de que su mente sucumbiera al dolor. Mi madre propuso comprarle medicamentos, los analgésicos más fuertes que pudiera conseguir, pero él rechazó el ofrecimiento. Afirmó que era el dolor del Señor y que lo experimentaría en su totalidad.

Cuando me había ido de Buck's Peak, había recorrido todos los videoclubes de cien kilómetros a la redonda hasta encontrar una caja con la colección completa de *Los recién casados*. Se la enseñé a papá. Parpadeó para indicarme que la veía. Le pregunté si le apetecía ver un episodio. Volvió a parpadear. Introduje la primera cinta en el reproductor de vídeo y, sentada a su lado, escudriñé su rostro desfigurado y oí sus gemidos apagados mientras en la pantalla Alice Kramden demostraba una y otra vez ser más lista que su marido.

Que esperaban el movimiento del agua

Durante dos meses papá no se movió de la cama a menos que alguno de mis hermanos lo levantara. Orinaba en una botella y continuó con los enemas. Estaba claro que sobreviviría, pero no sabíamos qué clase de vida tendría. Solo nos cabía esperar, y pronto pareció que cuanto hacíamos era una forma de espera: esperar a darle de comer, esperar a cambiarle las vendas. Esperar a ver hasta qué punto se recuperaría, qué partes se regenerarían.

Costaba imaginar impedido de por vida a un hombre como papá, orgulloso, fuerte, acostumbrado a la actividad física. Yo me preguntaba si se adaptaría a que mi madre tuviera que cortarle siempre la comida; si llevaría una vida feliz viendo que no podía asir un martillo. Había perdido mucho.

Sin embargo, junto con la tristeza sentía esperanza. Siempre había sido un hombre severo, que en todos los temas sabía cuál era la verdad y al que no interesaban las opiniones ajenas. Nosotros lo escuchábamos a él; nunca sucedía al revés: cuando no hablaba, exigía silencio.

La explosión lo transformó de sermoneador en observador. Le costaba hablar, no solo por el dolor constante, sino también porque tenía abrasada la garganta. Por lo tanto, observaba y escuchaba. Permanecía tumbado hora tras hora, día tras día, con los ojos atentos y la boca cerrada.

Al cabo de unas semanas mi padre, que años antes no había sabido mi edad y me había echado cinco más, estaba al corriente de mis clases, de la

existencia de mi novio, de mi trabajo de verano. No porque yo se lo hubiera contado, sino porque había escuchado las conversaciones que manteníamos Audrey y yo mientras le cambiábamos las vendas y las recordaba.

—Me gustaría saber más de tus asignaturas —me dijo con voz áspera una mañana, hacia el final del verano—. Me da la impresión de que son muy interesantes.

Pareció un nuevo principio.

Papá seguía en cama cuando Shawn y Emily anunciaron su compromiso. Era la hora de la cena, por lo que la familia estaba reunida a la mesa de la cocina, y Shawn dijo que suponía que al fin y al cabo se casaría con Emily. Se hizo el silencio y se oyó el chirrido de los tenedores sobre los platos. Mi madre le preguntó si iba en serio y Shawn respondió que no, que imaginaba que encontraría a alguien mejor antes de tener que pasar el mal trago. Emily estaba sentada a su lado con una sonrisa torcida.

Aquella noche no dormí. Comprobé una y otra vez que el pestillo estaba echado. El presente parecía vulnerable al pasado, como si este pudiera imponérsele; como si en un abrir y cerrar de ojos fuera a encontrarme con que tenía quince años.

A la mañana siguiente Shawn anunció que Emily y él tenían pensado cabalgar ochenta kilómetros, hasta el lago Bloomington. Se quedaron sorprendidos cuando dije que quería acompañarlos. Me angustiaba imaginar todas esas horas en el bosque con Shawn, pero ahuyenté la inquietud. Quería hacer algo.

A caballo, ochenta kilómetros parecen ochocientos, sobre todo si el cuerpo está más acostumbrado a una butaca que a una silla de montar. Cuando llegamos al lago, Shawn y Emily bajaron ágilmente de los caballos y

empezaron a preparar el campamento; lo único que pude hacer yo fue desensillar a Apollo y sentarme con cuidado en un árbol caído. Mientras Emily montaba la tienda que íbamos a compartir, la observé. Era alta y delgadísima, y tenía el cabello largo, liso y tan rubio que parecía plateado.

Encendimos una hoguera y entonamos canciones de campamento. Jugamos a las cartas. Luego entramos en las tiendas. Tumbada a oscuras al lado de Emily, escuchaba el canto de los grillos y discurría cómo empezar la conversación —cómo aconsejarle que no se casara con mi hermano— cuando dijo:

—Me gustaría hablar de Shawn contigo. Sé que tiene problemas.

—Sí, los tiene.

—Es un hombre espiritual. Dios le ha concedido una vocación especial: la de ayudar a los demás. Me ha dicho que ayudó a Sadie. Y que te ha ayudado a ti.

—A mí no me ha ayudado. —Quise extenderme, contarle lo que el obispo me había dicho. Sin embargo, las palabras eran de él, no mías. Yo no tenía palabras. Había recorrido ochenta kilómetros para hablar y estaba muda.

—El demonio lo tienta más que a otros hombres —afirmó Emily—. Por sus dones, porque es una amenaza para Satanás. Por eso tiene problemas. Por su rectitud.

Se incorporó. En la oscuridad distinguí el contorno de su coleta.

—Ha dicho que me hará daño —prosiguió—. Sé que es por culpa de Satanás. De todos modos, a veces me da mucho miedo, me asusta lo que puede hacer.

Le aconsejé que no se casara con una persona que le daba miedo, que nadie debería hacerlo, pero las palabras salieron muertas de mis labios. Aunque me parecían ciertas, no las comprendía lo bastante bien para infundirles vida.

Escudriñé la oscuridad intentando ver el rostro de Emily y entender qué

poder tenía mi hermano sobre ella. Sabía que Shawn también lo había ejercido sobre mí; que en parte aún lo ejercía. No me encontraba bajo su influjo ni libre de él.

—Es un hombre espiritual —repitió. Se deslizó en el saco de dormir y deduje que la conversación había llegado a su fin.

Regresé a la BYU unos días antes del cuatrimestre de otoño. Fui directa al apartamento de Nick. Apenas habíamos hablado. Cada vez que me había llamado, al parecer yo había tenido que cambiar un vendaje o preparar unguento. Nick sabía que mi padre se había quemado, si bien ignoraba la gravedad de las lesiones. Le había ocultado más información de la que le había proporcionado: no había mencionado la explosión ni que no había «visitado» a mi padre en el hospital, sino en nuestra sala de estar. No le había hablado de los paros cardíacos, de las manos retorcidas, de los enemas ni de las cantidades de tejido fundido que le habíamos arrancado del cuerpo.

Nick abrió la puerta cuando llamé y se sorprendió al verme.

—¿Qué tal está tu padre? —me preguntó cuando me senté con él en el sofá.

Visto en perspectiva, probablemente fuera el momento más importante de nuestra relación, el momento en el que podría haber hecho una cosa, lo mejor, e hice otra. Era la primera vez que veía a Nick desde la explosión. Podría haberle contado todo: que mi familia no era partidaria de la medicina moderna; que tratábamos las quemaduras de papá en casa con ungüentos y homeopatía; que había sido terrorífico, peor que terrorífico; que en lo que me quedaba de vida jamás olvidaría el olor de la carne abrasada. Podría haberle confiado todo eso, haber cedido la carga y haber dejado que la relación la soportara y se fortaleciera así. En cambio, me quedé con ese peso, y la

amistad con Nick, ya anémica, desnutrida y desaprovechada, se redujo a la obsolescencia.

Creí que lograría reparar el daño; que, de vuelta en la universidad, esa sería mi vida, y que no importaría que Nick no supiera nada de Buck's Peak. Sin embargo, la montaña se negaba a soltarme. Se aferraba a mí. Los cráteres negros del pecho de mi padre se materializaban a menudo en las pizarras, y veía la cavidad flácida de su boca en las páginas de los libros de texto. En cierto modo ese mundo recordado era más nítido que el mundo físico que habitaba, y yo me movía entre los dos. Nick me cogía la mano y durante un instante me encontraba con él, con la sorpresa de sentir su piel sobre la mía, pero cuando miraba nuestros dedos unidos algo cambiaba y la mano ya no era la de Nick. Estaba ensangrentada y parecía una garra.

Dormida me entregaba por completo a la montaña. Soñaba con Luke, que tenía los ojos en blanco. Soñaba con papá, con la pausada crepitación de sus pulmones. Soñaba con Shawn, con el momento en que la muñeca me había crujido en el aparcamiento. Soñaba conmigo, con que cojeaba a su lado y soltaba aquella horrible risotada estridente. Sin embargo, en los sueños tenía el pelo largo y plateado.

La boda se celebró en septiembre.

Llegué a la iglesia cargada de energía nerviosa, como si me hubieran mandado a través del tiempo desde un futuro catastrófico a ese momento, en el que mis actos aún tenían importancia y mis pensamientos, consecuencias. Desconocía lo que me habían enviado a hacer, por lo que me retorcí las manos y me mordí los carrillos esperando el instante crucial. Cinco minutos antes de la ceremonia vomité en el cuarto de baño de mujeres.

Cuando Emily dijo «Sí, quiero», perdí el impulso vital. Volví a

convertirme en un espíritu y floté de regreso a la BYU. Desde la ventana de mi dormitorio contemplé las Rocosas, asombrada por lo increíbles que parecían. Eran como pinturas.

Una semana después de la boda rompí con Nick..., de manera cruel, reconozco avergonzada. No le hablé de mi vida anterior ni le bosquejé el mundo que había invadido y aniquilado el que ambos compartíamos. Podría habérselo contado. Podría haberle dicho: «Ese lugar me tiene bajo su férula, y es posible que jamás logre romperla». Eso habría significado llegar al meollo. En cambio, me abandoné al tiempo. Era demasiado tarde para confiarme a Nick, para llevarlo conmigo allá adonde fuera. Por lo tanto, le dije adiós.

Si yo fuera mujer

Había entrado en la BYU con la intención de estudiar música y así dirigir algún día el coro de una iglesia. Sin embargo, aquel cuatrimestre —el de otoño de tercero— no me matriculé en ninguna asignatura de música. No sabría explicar por qué no elegí el curso avanzado de teoría musical en vez de geografía, ni por qué preferí la historia de los judíos al canto a vista. El caso es que al encontrar esos títulos en la lista de materias y leerlos en voz alta tuve la sensación de algo infinito y quise probar esa infinitud.

Durante cuatro meses asistí a las clases de geografía, historia y política. Estudié a Margaret Thatcher, la división de Corea por el paralelo 38 y la Revolución Cultural; estudié política parlamentaria y sistemas electorales de todo el mundo. Estudié la diáspora judía y la curiosa historia de *Los protocolos de los sabios de Sión*. Al final del cuatrimestre el mundo me parecía grande y me costaba imaginarme de regreso en la montaña, en una cocina, o incluso sentada a un piano en la sala contigua a la cocina.

Esto me provocó una especie de crisis. La pasión por la música y el deseo de estudiarla habían sido compatibles con mi idea de lo que es una mujer. Mi pasión por la historia, la política y los asuntos internacionales no lo era. Y no obstante me atraían.

Unos días antes de los exámenes finales pasé una hora con mi amigo Josh

en un aula vacía. Él revisaba sus solicitudes de ingreso en la facultad de derecho y yo elegía las asignaturas del siguiente cuatrimestre.

—Si fueras mujer, ¿estudiarías derecho? —le pregunté.

Josh no levantó la cabeza.

—Si fuera mujer no querría estudiar derecho.

—Pues desde que te conozco no has hablado más que de esa facultad. Es tu sueño, ¿no?

—Sí —reconoció—, pero no lo sería si fuera mujer. Las mujeres son distintas. No tienen esa clase de ambición. La suya son los hijos.

Me miró como si yo le entendiera. Y así era. Sonreí y durante unos segundos estuvimos de acuerdo.

Luego:

—¿Y si fueras mujer y pensaras exactamente lo mismo que ahora?

Josh se quedó unos instantes con la vista fija en la pared, reflexionando sobre lo que le planteaba.

—Supondría que me pasa algo raro.

Yo me preguntaba si me pasaba algo raro desde la primera semana del cuatrimestre, cuando había asistido a la primera clase de asuntos internacionales. Me preguntaba cómo era posible que siendo una mujer me atrajera algo tan poco femenino.

Suponía que alguien debía de conocer la respuesta, de modo que decidí consultar a uno de mis profesores. Elegí al de historia judía porque era un hombre tranquilo y hablaba con voz queda. El doctor Kerry era un hombre de corta estatura, ojos oscuros y expresión seria. Daba clase abrigado con una chaqueta gruesa de lana incluso en los días de calor. Llamé flojito a la puerta de su despacho, como si deseara que no respondiera, y enseguida me encontré sentada frente a él. No sabía bien lo que quería plantearle, y el doctor Kerry no me lo preguntó, sino que se interesó por cuestiones

generales: lo que había estudiado y en qué asignaturas estaba matriculada. Me preguntó por qué había escogido historia judía, y sin pensarlo le contesté que me había enterado del Holocausto hacía un par de años y que quería conocer el resto de lo sucedido.

—¿Cuándo dices que supiste del Holocausto?

—En la BYU.

—¿No se estudiaba en tu instituto?

—Supongo que sí, pero yo no estaba presente.

—¿Y dónde estabas?

Le conté como mejor pude que mis padres no nos habían llevado a la escuela porque no eran partidarios de la enseñanza pública. Cuando terminé, entrelazó los dedos como si meditara sobre un problema complicado.

—Creo que deberías exigirte más. Ver qué pasa.

—¿Exigirme más? ¿Cómo?

De pronto se inclinó hacia delante, como si acabara de ocurrírsele una idea.

—¿Has oído hablar de Cambridge?

La respuesta era no.

—Es una universidad inglesa, una de las mejores del mundo. Pues bien, yo organizo un programa de movilidad internacional para alumnos en Cambridge. Es muy competitivo y sumamente difícil. Es posible que no te acepten, pero si te admiten podrás hacerte una idea de tus capacidades.

Mientras caminaba hacia el apartamento reflexioné sobre qué conclusión debía sacar de la charla con el profesor. Había buscado un consejo moral, a alguien que conciliara mi vocación como esposa y madre con la llamada que me llegaba de otro lugar. Y el profesor había dejado esa cuestión a un lado. Al parecer me había dicho: «Primero descubre de qué eres capaz y luego decide quién eres».

Presenté la solicitud para el programa.

Emily esperaba un hijo. El embarazo no iba bien. En el primer trimestre había estado a punto de sufrir un aborto, y al acercarse a las veinte semanas empezó a tener contracciones. Mi madre, que era la comadrona, le dio hierba de San Juan y otros remedios. Las contracciones menguaron pero continuaron.

Cuando llegué a Buck's Peak para pasar la Navidad contaba con encontrar a Emily en cama. Me equivoqué. Estaba plantada delante del mostrador filtrando plantas medicinales junto con otras seis mujeres. Sin apenas hablar y sonriendo aún menos, se movía por la casa cargada con cubas de sauquillo y de agripalma. Estaba tan callada que parecía invisible, y al cabo de unos minutos me olvidé de su presencia.

Habían transcurrido seis meses de la explosión y era evidente que papá, que ya podía ponerse en pie, no volvería a ser el de antes. Apenas lograba atravesar una habitación sin que le faltara el aliento, pues tenía los pulmones muy afectados. La piel de la parte inferior del rostro se había regenerado, pero era delgada y cerosa, como si la hubieran frotado con papel de lija hasta volverla transparente. Tenía las orejas llenas de cicatrices, los labios finos y caída la boca, que le daba un aspecto demacrado de hombre mucho mayor. Sin embargo, era la mano derecha, más que la cara, lo que atraía las miradas: cada dedo había quedado inmovilizado en una posición —uno doblado, otro arqueado—, y se retorcían juntos para formar una garra sarmentosa. Sujetaba la cuchara encajándola entre el índice, que se curvaba hacia arriba, y el anular, que se combaba hacia abajo, y aun así le costaba comer. No obstante, yo me preguntaba si los injertos de piel habrían conseguido lo que mi madre había logrado con el ungüento de consuelda y lobelia. Todos decían que era un milagro, y así llamó mi madre a su nueva receta: el Ungüento Milagroso.

Durante mi primera cena en la montaña papá describió la explosión como

una muestra de la misericordia del Señor.

—Fue una bendición. Un milagro. Dios me salvó la vida y me otorgó un oficio magnífico: el de dar testimonio de Su poder. El de mostrar que existe otro camino aparte de la medicina oficial.

Observé cómo intentaba en vano sujetar el cuchillo con la firmeza necesaria para cortar la carne asada.

—No corrí peligro en ningún momento —añadió—. Os lo demostraré. En cuanto pueda cruzar el desguace sin casi desmayarme, cogeré un soplete y arrancaré otro depósito de gasolina.

A la mañana siguiente, cuando fui a desayunar, encontré a mi padre rodeado de un grupo de mujeres. Con ojos brillantes y entre murmullos apagados le escuchaban hablar de las visitas celestiales que había recibido mientras oscilaba entre la vida y la muerte. Afirmaba que los ángeles habían cuidado de él, como de los profetas antiguos. Percibí algo en la forma en que las mujeres lo miraban. Algo parecido a la adoración.

Las observé durante toda la mañana y reparé en el cambio que el milagro de papá había obrado en ellas. Antes las mujeres que trabajaban para mi madre se dirigían a ella con naturalidad y le planteaban cuestiones prácticas acerca de su labor. Ahora hablaban en voz baja, con tono de admiración. Se desataban conflictos entre ellas porque competían por el aprecio de mis padres. El cambio podría resumirse del siguiente modo: antes habían sido empleadas; ahora eran prosélitas.

La historia del accidente de mi padre se había convertido en una especie de mito fundacional: se contaba una y otra vez, tanto a los nuevos como a los conocidos de toda la vida. De hecho, rara era la tarde en que no oía relatar el milagro en casa, y en ocasiones esas narraciones eran poco fieles. Por ejemplo, en una habitación llena de rostros devotos oí a mi madre asegurar que el sesenta y cinco por ciento de la parte superior del cuerpo de papá había

presentado quemaduras de tercer grado. Yo no lo recordaba así. En mi recuerdo, la mayor parte del daño se había limitado a la piel, y los brazos, la espalda y los hombros apenas se habían visto afectados. Solo las quemaduras de las manos y de la mitad inferior de la cara habían sido de tercer grado. Sin embargo, no dije nada.

Por primera vez mis padres parecían pensar igual. Mi madre ya no atenuaba las afirmaciones de papá cuando él salía de la habitación, ya no expresaba sus opiniones en voz baja. El milagro la había transformado..., y la había transformado en él. Yo la recordaba como una comadrona joven, prudente, humilde respecto a las vidas sobre las cuales tenía tanto poder. Ahora quedaba poca humildad en ella. Sus manos las guiaba el mismísimo Señor, y no ocurriría ninguna desgracia a menos que fuera la voluntad de Dios.

Unas semanas después de Navidad, la Universidad de Cambridge escribió al doctor Kerry para comunicarle que rechazaban mi solicitud.

—La competencia era muy dura —me dijo el doctor Kerry cuando acudí a su despacho.

Le di las gracias y me levanté para irme.

—Un momento —añadió—. Los de Cambridge me indicaron que les escribiera si consideraba que se había cometido alguna injusticia flagrante.

No le entendí, por lo que repitió sus palabras.

—Solo podía ayudar a un alumno. Te ofrecen una plaza, si la quieres.

Me pareció increíble que se me permitiera ir. Enseguida caí en la cuenta de que necesitaría un pasaporte y de que, sin una partida de nacimiento como es debido, difícilmente me lo darían. Una persona como yo no encajaba en

Cambridge. Era como si el universo entero lo supiera e intentara impedir la blasfemia de que estudiara en esa universidad.

Lo solicité en persona. La empleada se rio a carcajadas de mi partida de nacimiento fuera de plazo.

—¡Nueve años! —dijo—. Nueve años es mucho tiempo fuera de plazo. ¿No tiene ningún otro documento?

—Sí —respondí—, pero con fechas de nacimiento distintas. Además, en uno consta otro nombre.

La mujer sonreía.

—¿Fechas distintas y otro nombre? No, no servirá. No podrá obtener el pasaporte.

Vi a la empleada varias veces más, y mi desesperación fue en aumento, hasta que por fin se encontró una solución. Mi tía Debbie acudió al juzgado para firmar una declaración jurada de que yo era quien decía ser. Me entregaron un pasaporte.

Emily dio a luz en febrero. La criatura pesó quinientos setenta gramos.

Cuando Emily había empezado a tener contracciones en Navidad, mi madre había asegurado que el embarazo se desarrollaría según lo dispusiera Dios. Resultó que el Señor dispuso que Emily diera a luz en casa a las veintiséis semanas de gestación.

Aquella noche hubo una ventisca, una de esas fuertes tormentas de montaña que vacían las carreteras y cierran las ciudades. El parto estaba ya avanzado cuando mi madre comprendió que Emily necesitaba un hospital. El pequeño, al que llamaron Peter, salió unos minutos después con tal facilidad que mi madre dijo que lo había «agarrado» más que ayudarlo a nacer. El bebé no se movía y presentaba un color ceniciento. Shawn creyó que estaba

muerto. Entonces mi madre percibió unos latidos minúsculos; en realidad vio latir su corazón a través de la piel extremadamente fina. Mi padre corrió a la camioneta y empezó a quitar la nieve y rascar el hielo. Shawn cogió a Emily en brazos y la colocó tumbada en el asiento trasero; acto seguido mi madre puso al bebé contra el pecho de Emily y lo cubrió, creando así una incubadora improvisada. El método madre canguro, lo llamó después.

Mi padre se puso al volante; el temporal era feroz. Era una de esas nevascas en que el viento azota los copos con tal violencia que blanquea las carreteras, las cubre como con un velo, y no se ven ni el asfalto ni los campos ni los ríos; no se distingue nada salvo ondas blancas. El vehículo avanzaba patinando bajo la nieve y la llovizna, y de algún modo lograron llegar a la ciudad, pero el hospital era rural y carecía de equipamiento para atender ese tenue vagido de vida. Los médicos les informaron de que debían trasladarlo lo antes posible al McKay-Dee, en Ogden; no había tiempo que perder. No era posible llevarlo en helicóptero debido a la ventisca, por lo que lo enviaron en una ambulancia. De hecho mandaron dos ambulancias, por si acaso la primera sucumbía a la tormenta.

Tras muchos meses e innumerables intervenciones quirúrgicas del corazón y los pulmones, Shawn y Emily llevarían por fin a casa a ese diminuto brote de vida que decían que era mi sobrino. Para entonces ya estaba fuera de peligro, aunque los médicos aseguraban que nunca se le desarrollarían por completo los pulmones. Siempre sería una persona frágil.

Papá aseguró que Dios había planeado el nacimiento, igual que había planeado la explosión. Mi madre repitió sus palabras y añadió que Dios le había puesto un velo sobre los ojos para que no detuviera las contracciones.

—Peter debía venir al mundo de esta manera —afirmó—. Es un regalo de Dios, y Dios entrega Sus regalos como prefiere.

Pigmalión

Si la primera vez que vi el King's College de Cambridge no creí que estuviera soñando, fue tan solo porque mi imaginación jamás hubiera producido nada tan magnífico. Contemplé una torre de reloj con relieves en piedra. Me condujeron hacia ella y la atravesamos para entrar en la universidad. Al otro lado de una extensión de césped perfecto se alzaba un edificio de tono marfileño que me pareció más o menos grecorromano. En realidad era la capilla, de estilo gótico: una montaña de piedra de noventa metros de largo y treinta de alto que presidía el lugar.

La dejamos atrás para entrar en otro patio y subimos por una escalera de piedra. Un hombre muy amable me abrió una puerta y me indicó que esa era mi habitación. Me dejó sola para que me pusiera cómoda, según dijo, sin darse cuenta de hasta qué punto era imposible.

Al día siguiente el desayuno se sirvió en un salón muy grande de techo cavernoso. Era prácticamente igual que comer en una iglesia, y me sentí examinada, como si la estancia entera supiera que no me correspondía estar ahí. Elegí una mesa larga a la que se habían sentado otros alumnos de la BYU. Las mujeres hablaban de la ropa que habían incluido en el equipaje. Marianne había ido de compras expresamente al enterarse de que la habían aceptado en el programa.

—Para Europa se necesitan otras prendas —afirmó.

Heather estuvo de acuerdo. Su abuela le había pagado el billete de avión, y ella se había gastado el dinero en renovar su vestuario.

—Aquí visten con un estilo más refinado. No se puede ir por ahí con unos vaqueros.

Pensé en correr a mi habitación para cambiarme la sudadera y las playeras, pero no tenía nada más que ponerme. No tenía prendas como las que llevaban Marianne y Heather: rebecas de colores vivos combinadas con delicados fulares. No me había comprado nada para Cambridge porque había tenido que solicitar un préstamo de estudios para pagar la matrícula. Por otro lado, me daba cuenta de que, aunque hubiera tenido ropa como la de Marianne y Heather, no habría sabido llevarla.

El doctor Kerry llegó para anunciar que nos invitaban a visitar la capilla y que hasta nos permitirían subir al tejado. Nos precipitamos todos a devolver las bandejas y salimos del salón detrás él. Yo me quedé hacia el final del grupo. Atravesamos el patio.

Al entrar en la capilla se me cortó el aliento. La estancia —si un espacio semejante puede llamarse así— era enorme, como si pudiera contener todo un océano. Cruzamos una puertecita de madera y subimos por una estrecha escalera de caracol que parecía tener innumerables peldaños. La escalera llevaba al tejado, que presentaba una pronunciada inclinación; era una uve invertida entre parapetos de piedra. Las fuertes ráfagas de viento arrastraban las nubes por el cielo. La vista era espectacular, con la ciudad miniaturizada, empequeñecida por la capilla. Me olvidé de los demás y ascendí por la pendiente hasta el caballete, por donde caminé dejando que me diera el viento mientras contemplaba la extensión de calles sinuosas y patios empedrados.

—No te da miedo caerte —dijo una voz.

Me volví. Era el doctor Kerry, que me había seguido. Se tambaleaba, y con cada racha de viento parecía a punto de caer.

—Bajemos —dije.

Descendí corriendo hacia el pasillo plano que discurría junto a los contrafuertes. El doctor Kerry me siguió de nuevo, aunque andaba de una forma muy rara. En lugar de caminar de frente, giraba el cuerpo y avanzaba de lado, como un cangrejo. El ataque del viento no cesaba. Ofrecí un brazo al profesor en los últimos pasos, pues le vi muy inseguro, y lo aceptó.

—Era una simple observación —comentó cuando llegamos abajo—. Estás erguida, con las manos en los bolsillos. —Señaló a los otros alumnos—. ¿No ves cómo se encorvan? ¿Cómo se agarran al muro?

Tenía razón. Unos pocos se aventuraban a subir al caballete, pero con mucha cautela; daban pasos laterales con la misma desmaña que el doctor Kerry, mientras se inclinaban y se balanceaban con el viento. Los demás se aferraban con fuerza al parapeto de piedra, con las rodillas dobladas y la espalda arqueada, como si dudaran entre caminar o gatear.

Levanté la mano y me agarré al muro.

—No tienes por qué hacerlo —dijo el profesor—. No era una crítica. —Se interrumpió, como si no supiera si debía añadir algo más—. Todo el mundo ha experimentado un cambio —prosiguió—. Los demás alumnos estaban relajados hasta que subimos. Ahora se sienten incómodos, nerviosos. Tú, por lo visto, has hecho el trayecto inverso. Esta es la primera vez que te veo a gusto. Se nota en la manera en que te mueves: es como si hubieras pasado toda la vida en este tejado.

Una ráfaga recorrió el parapeto y el doctor Kerry se tambaleó y se agarró. Subí unos pasos hacia el caballete para que se arrimara todo lo posible al contrafuerte. Se me quedó mirando, a la espera de una explicación.

—He techado unos cuantos heniles —dije por fin.

—¿Y por eso tienes las piernas más fuertes? ¿Por eso aguantas este viento? Tuve que reflexionar antes de responder.

—Aguanto este viento porque no intento aguantarlo. El viento es solo viento. Soportamos estas ráfagas en el suelo, de modo que también podemos soportarlas estando en lo alto. No hay diferencia. Salvo la que establecemos en la mente.

Me miró de hito en hito. No lo había entendido.

—Yo me limito a estar de pie —añadí—. Usted y los demás tratan de mantener el equilibrio, de inclinar el cuerpo porque les asusta la altura. Pero agacharse y caminar de lado no es natural. De esa forma se vuelven vulnerables. Con solo controlar el pánico, se consigue que el viento no sea nada.

—Como no lo es para ti.

Yo quería la mente de una erudita, y al parecer el doctor Kerry vio en mí la mente de una techadora. El lugar de los otros alumnos era la biblioteca; el mío, la grúa.

La primera semana fue una sucesión confusa de clases. En la segunda, a cada alumno se le asignó un tutor que guiara su investigación. Me enteré de que el mío era el eminente profesor Jonathan Steinberg, exvicedecano de una facultad de Cambridge, muy elogiado por sus textos sobre el Holocausto.

Mi primera entrevista con el profesor Steinberg tuvo lugar unos días después. Esperé junto a la conserjería hasta que se presentó un hombre delgado, que sacó un manojito de llaves gruesas y abrió una puerta de madera empotrada en la piedra. Subí tras él por una escalera de caracol y entramos en la torre del reloj, donde había una sala bien iluminada y de mobiliario austero: dos sillas y una mesa de madera.

Al sentarme noté el pulso de la sangre detrás de las orejas. Aunque el profesor Steinberg tenía más de setenta años, yo no lo habría descrito como

un anciano. Era ágil, su mirada recorría la habitación con penetrante vigor y se expresaba con fluidez y tono reflexivo.

—Soy el profesor Steinberg. ¿Qué te gustaría leer?

Murmuré que me interesaba la historiografía. Había decidido estudiar, no historia, sino a los historiadores. Supongo que mi interés nació de la sensación de falta de base que experimentaba desde que había estudiado el Holocausto y el movimiento por los derechos civiles; desde que me había dado cuenta de que lo que una persona conoce sobre el pasado se limita, y siempre se limitará, a lo que otros le cuentan. Sabía lo que significaba ver rectificado un error, una idea falsa de tal magnitud que, al cambiar, cambiaba el mundo. Necesitaba comprender cómo los grandes guardianes de la historia habían asumido su ignorancia y parcialidad. Creía que si lograba aceptar que sus escritos no eran un absoluto, sino el resultado de un proceso tendencioso de diálogo y revisión, tal vez lograra asimilar que la historia que la mayoría da por válida no era la que me habían enseñado. Tal vez papá estuviera equivocado, y tal vez lo estuvieran los grandes historiadores Carlyle, Macaulay y Trevelyan, pero de las cenizas de su discusión podía construir un mundo en el que vivir. Confiaba en descansar sobre esa base sabiendo que no era una base.

Dudo que consiguiera transmitir nada de esto. Cuando acabé, el profesor Steinberg me observó un instante.

—Háblame de tu educación —dijo—. ¿Dónde estudiaste?

De repente la sala se quedó sin aire.

—Me crié en Idaho.

—¿Y estudiaste en una escuela de allí?

Al recordarlo ahora me doy cuenta de que es posible que alguien le hubiera hablado de mí, quizá el profesor Kerry. O a lo mejor advirtió que eludía la

pregunta y le picó la curiosidad. Fuera cual fuese la razón, no se dio por satisfecho hasta que reconoció que no había ido a la escuela.

—Qué increíble —exclamó sonriendo—. Es como si me hubiera metido en el *Pigmalión* de Bernard Shaw.

Durante dos meses tuve entrevistas semanales con el profesor Steinberg, que jamás me impuso ninguna lectura. Leíamos lo que yo pedía que leyéramos, ya fuera un libro o una página.

Ningún profesor de la BYU había examinado mis textos como lo hizo el profesor Steinberg. Ninguna coma, ningún punto, ningún adjetivo o adverbio escapaba a su interés. No distinguía entre gramática y contenido, entre forma y sustancia. Una oración mal escrita era una idea mal concebida y, a su parecer, la lógica gramatical debía corregirse. «Dime, ¿por qué has puesto esta coma? —me preguntaba—. ¿Qué relación deseas establecer entre estas dos frases?» Tras escuchar mi explicación, unas veces añadía: «Totalmente de acuerdo», y otras me corregía con un extenso razonamiento sintáctico.

Después de un mes de entrevistas con el profesor Steinberg escribí un trabajo en el que comparaba a Edmund Burke con Publius, el seudónimo bajo el que James Madison, Alexander Hamilton y John Jay escribieron *El Federalista*. Durante dos semanas apenas dormí, y cuando tenía los ojos abiertos leía esos textos o bien reflexionaba sobre ellos.

De mi padre había aprendido que los libros o se adoraban o se prohibían. Los libros de Dios —los escritos por los profetas mormones o por los padres fundadores de Estados Unidos— no debían estudiarse, sino valorarse, como algo perfecto en sí mismo. Me había enseñado a leer las palabras de Madison y hombres similares como un molde en el que debía verter la escayola de mi mente, para que se conformara según el contorno de aquel modelo impecable.

Los leía para aprender lo que debía pensar, no para pensar por mí misma. Los libros que no eran de Dios estaban prohibidos; impactantes e irresistibles por su ingenio, representaban un peligro.

Para escribir el trabajo tuve que leer de otra manera, sin entregarme al miedo ni a la adoración. Puesto que Burke había defendido la monarquía británica, mi padre lo habría considerado un agente de la tiranía. No habría querido ver el libro en casa. Me emocionó atreverme a leer las palabras de Burke. Experimenté una emoción similar leyendo a Madison, Hamilton y Jay, sobre todo en los momentos en que rechazaba sus conclusiones y prefería las de Burke, o cuando me parecía que las ideas de aquellos y de este no diferían en el fondo, sino solo en la forma. De este método de lectura extraje dos hipótesis espléndidas: que los libros no son trampas y que yo no era timorata.

Terminé el trabajo y se lo envié al profesor Steinberg. Dos días después, cuando acudí a nuestra siguiente entrevista, se mostró circunspecto. Me escudriñó sentado al otro lado de la mesa. Esperé a que me dijera que el trabajo era un desastre, el fruto de una mente ignorante; que era demasiado ambicioso y sacaba excesivas conclusiones de un material escaso.

—Llevo treinta años dando clases en Cambridge —me dijo—, y este es uno de los mejores trabajos que he leído.

Estaba preparada para los insultos, pero no para eso.

El profesor Steinberg debió de hablar más del trabajo, aunque no oí sus palabras. La necesidad desgarradora de salir de la sala me reconcomía la mente. En aquel momento no me encontraba en Cambridge, en la torre del reloj, sino que tenía diecisiete años, estaba en un todoterreno rojo y el chico al que quería acababa de acariciarme la mano. Huí corriendo.

Toleraba cualquier forma de crueldad mejor que la amabilidad. Los elogios eran un veneno para mí; se me atragantaban. Quería que el profesor me chillara, lo deseaba hasta tal punto que me sentí mareada por la falta de

gritos. Era preciso manifestar la fealdad que había en mí. Si no se expresaba en la voz del profesor, tendría que expresarla en la mía.

No recuerdo que saliera de la torre del reloj ni cómo pasé la tarde. Por la noche había una cena de etiqueta. El salón estaba alumbrado por velas, lo cual era bonito, si bien a mí me gustó por otra razón: no vestía ropa de gala, sino simplemente unos pantalones y una camisa negros, y pensé que con aquella iluminación tenue nadie se percataría. Mi amiga Laura llegó tarde. Contó que sus padres habían ido a visitarla y la habían llevado a Francia, de donde acababa de regresar. Llevaba puesto un traje morado oscuro de falda plisada, cuyo bajo se agitaba varios centímetros por encima de la rodilla, y durante unos instantes me pareció indecente, hasta que comentó que su padre se lo había comprado en París. Un obsequio de un padre no podía ser indecente. En mi opinión, un obsequio de un padre era la señal concluyente de que una mujer no era una ramera. Batallé con esa discordancia —un vestido indecente regalado a una hija querida— hasta que acabó la cena y retiraron los platos.

En la siguiente entrevista de supervisión, el profesor Steinberg afirmó que se aseguraría de que me aceptaran en la universidad que eligiera para cursar los estudios de posgrado.

—¿Has visitado Harvard? ¿O acaso prefieres Cambridge?

Me imaginé en Cambridge como una alumna de doctorado que recorría a zancadas los antiquísimos pasillos con una larga toga negra que hacía frufnú. A continuación me vi encorvada en un lavabo, con el brazo a la espalda y la cabeza en el váter. Traté de concentrarme en la estudiante, en vano. No lograba visualizar a la joven de la ondulante toga negra sin ver a la otra chica. Universitaria o ramera; las dos no podían ser. Una era un engaño.

—No puedo —dije—. No puedo pagar la matrícula.

—Ya me ocuparé yo de eso —afirmó el profesor Steinberg.

A finales de agosto, en nuestra última noche en Cambridge, se celebró una cena de despedida en el salón grande. En mi vida había visto tantos cuchillos, tenedores y copas como los que cubrían las mesas; las pinturas de las paredes parecían fantasmales a la luz de las velas. Me sentí desenmascarada por aquel refinamiento, que sin embargo, en cierto modo, me volvía invisible. Observé a las alumnas que pasaban por mi lado y me fijé en los vestidos de seda, en los ojos perfilados con líneas gruesas. Me obsesionó su belleza.

Durante la cena anhelé la soledad de mi dormitorio mientras escuchaba la animada conversación de mis amigos. El profesor Steinberg estaba sentado en la mesa de los miembros del claustro. Cada vez que lo miraba, sentía actuar en mí el instinto de siempre; se me tensaban los músculos y me preparaba para huir.

Salí del salón cuando sirvieron el postre. Fue un alivio escapar de aquella elegancia y aquella belleza, que se me permitiera ser fea en vez de un elemento de contraste. El doctor Kerry advirtió que me marchaba y me siguió.

Reinaba la oscuridad. El césped era negro, y el cielo más negro aún. Del suelo surgían columnas de luz pálida para alumbrar la capilla, que resplandecía como una luna en el firmamento nocturno.

—Has impresionado al profesor Steinberg —me dijo el doctor Kerry, que se acomodó a mi paso—. Espero que él también haya dejado huella en ti.

No le entendí.

—Por aquí —me indicó, y giró hacia la capilla—. Quiero decirte algo.

Caminé detrás de él, consciente de lo silencioso de mis pisadas, de que mis playeras no repicaban con elegancia sobre la piedra como los tacones de las otras chicas.

El doctor Kerry comentó que había estado observándome.

—Te comportas como una persona que se hace pasar por otra. Y es como si creyeras que te va la vida en ello.

Como no supe qué decir, no dije nada.

—No se te ha ocurrido pensar que seguramente tienes tanto derecho como los demás a estar aquí. —Esperó una explicación.

—Me habría gustado más servir la cena que tomarla —le dije.

El doctor Kerry sonrió.

—Debes fiarte del profesor Steinberg. Si dice que eres una estudiosa, «oro puro», le he oído decir, es que lo eres.

—Este lugar es mágico. Aquí todo brilla.

—No debes pensar así —replicó el doctor Kerry alzando la voz—. No eres oropel, que brilla con determinada luz. La persona en que te conviertas, la persona que llegues a ser, es quien siempre has sido. Ha estado en ti desde el principio. No en Cambridge, sino en ti. Eres oro. Y que regreses a la BYU, o incluso a la montaña donde naciste, no cambiará quien eres. Es posible que cambie la manera en que te ven los demás, y aun la manera en que te ves a ti misma, pues hasta el oro parece mate con cierta iluminación. Sin embargo, eso solo es la apariencia. Y siempre lo ha sido.

Quise creer en él, aceptar sus palabras y reconstruirme a mí misma, pero nunca había tenido esa clase de fe. Por muy hondo que enterrara los recuerdos, por muy fuerte que cerrara los ojos para ahuyentarlos, cuando pensaba en mí misma las imágenes que acudían a mi mente eran las de aquella chica, en el cuarto de baño, en el aparcamiento.

Al doctor Kerry no podía hablarle de ella. No podía revelarle la razón por la que me era imposible volver a Cambridge: porque estar en esa universidad ponía de relieve cada momento violento y degradante de mi vida. En la BYU casi podía olvidar, permitir que lo que había sido se fundiera con lo que era.

En cambio, en Cambridge el contraste era excesivo, y el mundo que se extendía ante mis ojos, demasiado fantástico. Los recuerdos resultaban más reales, más creíbles, que los chapiteles de piedra.

En mi fuero interno imaginaba otros motivos por los que no encajaba en Cambridge, motivos relacionados con la clase y la posición social: era pobre, había crecido en la pobreza; soportaba el viento sobre el tejado de la capilla sin inclinarme. Esa era la persona que no encajaba en Cambridge: la techadora, no la ramera. «Puedo ir a la universidad —había escrito en el diario esa misma tarde—. Y puedo comprarme ropa. Pero sigo siendo Tara Westover. He realizado trabajos que ningún alumno de Cambridge haría. No somos iguales, por mucho que nos vistan como quieran.» La ropa no conseguiría arreglar lo que fallaba en mí. Algo se había corrompido en el interior y el hedor era tan fuerte, el núcleo se había enranciado de tal modo, que unas simples vendas no lograrían tapanlo.

No estoy segura de si el doctor Kerry sospechaba algo de esto. En cualquier caso, se percató de que me había obsesionado con la ropa como un símbolo del motivo por el que no encajaba ni podía encajar. Fue lo último que me dijo antes de alejarse dejándome clavada, atónita, junto a la espléndida capilla.

—El mayor factor determinante de quien eres se encuentra dentro de ti —afirmó—. El profesor Steinberg dice que esto es *Pigmalión*. Piensa en la historia, Tara. —Se interrumpió. Sus ojos ardían y su voz era aguda—. No era más que una mujer de clase trabajadora con un vestido bonito. Hasta que creyó en sí misma. Entonces no importó el vestido que llevaba puesto.

Graduación

Al terminar el programa regresé a la BYU. El campus tenía el mismo aspecto de siempre, y habría sido fácil olvidarse de Cambridge y reanudar la vida que había llevado antes. Sin embargo, el profesor Steinberg estaba decidido a que no lo olvidara. Me envió una solicitud para una beca Gates Cambridge, que, según me explicó, era como las becas Rhodes de Oxford. Me proporcionaría el dinero necesario para estudiar en Cambridge, con matrícula, alojamiento y comida incluidos. A mí me daba risa pensar que se la concedieran a alguien como yo, pero el profesor Steinberg insistió en que no era tan improbable, por lo que presenté la solicitud.

Poco después advertí un pequeño cambio, una diferencia. Pasaba la tarde con mi amigo Mark, que estudiaba lenguas clásicas. Al igual que yo y que la mayoría de los alumnos de la BYU, Mark era mormón.

—¿Crees que la gente debería estudiar historia eclesiástica? —me preguntó.

—Sí —respondí.

—¿Y si se llevan un disgusto?

Creí adivinar por dónde iba, pero esperé a que me lo aclarara.

—Muchas mujeres tienen problemas de fe al enterarse de lo de la poligamia. A mi madre le pasó. Me parece que nunca lo ha entendido.

—Yo tampoco lo he entendido nunca —dije.

Siguió un silencio tenso. Mark aguardó a que dijera la frase que me tocaba: que rezaba para tener fe. Y en efecto había rezado para tenerla, muchas muchas veces.

Quizá los dos estuviéramos pensando en nuestra historia, o acaso solo lo hiciera yo. Me acordé de Joseph Smith, que había tenido nada menos que cuarenta esposas. Brigham Young había tenido cincuenta y cinco, y cincuenta y seis hijos. La Iglesia había puesto fin a la práctica «temporal» de la poligamia en 1890, si bien nunca había adjurado de la doctrina. De niña me habían enseñado —tanto mi padre como en la escuela dominical— que en la plenitud del tiempo Dios restauraría la poligamia y que en la otra vida yo sería una esposa plural. El número de hermanas esposas que tuviera dependería de la rectitud de mi marido: cuanto más noblemente viviera, más cónyuges se le otorgarían.

Nunca lo había aceptado. De niña solía imaginarme en el cielo vestida con una túnica blanca y envuelta en una neblina nacarada junto a mi marido. Sin embargo, cuando la cámara ofrecía un plano general, detrás de nosotros aparecían diez mujeres ataviadas con el mismo ropón blanco. En mi fantasía, yo era la esposa principal, aunque sabía que nada me lo garantizaba; bien podía quedar oculta en la larga cadena de esposas. Esta imagen residía en el núcleo de mi idea del paraíso desde que tenía uso de razón: mi marido y sus esposas. Me desazonaba esta aritmética, saber que en el cálculo divino del cielo un solo hombre equilibraba la ecuación de innumerables mujeres.

Me acordé de mi tatarabuela, a quien oí nombrar por primera vez cuando tenía doce años, edad en la que, según el mormonismo, dejamos de ser niñas para convertirnos en mujeres. A los doce empezábamos a escuchar palabras como «pureza» y «castidad» en las clases de la escuela dominical. Fue a esa edad cuando me pidieron, como parte de mis deberes de la iglesia, que investigara sobre un antepasado. Pregunté a mi madre qué antepasado debía

elegir, y sin pensarlo respondió: «Anna Mathea». Pronuncié el nombre en voz alta. Salió volando de mi lengua como el principio de un cuento de hadas. Mi madre añadió que debía honrar a Anna Mathea porque me había regalado algo: su voz.

—Gracias a su voz nuestra familia entró en la iglesia —prosiguió mi madre—. En las calles de Noruega oyó predicar a los misioneros mormones. Rezó y Dios le otorgó la fe y el conocimiento de que Joseph Smith era Su profeta. Ella se lo contó a su padre, que había oído rumores sobre los mormones y no le permitió bautizarse. Entonces Anna Mathea le cantó. Le cantó un himno mormón titulado «Oh, mi Padre». Cuando terminó, el hombre tenía lágrimas en los ojos y le dijo que cualquier religión que creara una música tan hermosa debía de ser obra de Dios. Se bautizaron juntos.

Después de que Anna Mathea convirtiera a sus padres, la familia sintió que Dios les exhortaba a ir a Estados Unidos a conocer al profeta Joseph. Ahorraron para la travesía, pero al cabo de dos años solo pudo realizarla la mitad de la familia. Anna Mathea se quedó en Noruega.

El viaje fue largo y penoso, y cuando lograron llegar a Idaho, a un asentamiento mormón llamado Worm Creek, la madre de Anna había enfermado y se moría. Su último deseo fue volver a ver a su hija, de modo que el padre escribió a Anna suplicándole que tomara el dinero que tuviera y partiera hacia Estados Unidos. Anna se había enamorado y, aunque tenía previsto casarse, dejó a su prometido en Noruega y cruzó el océano. Su madre falleció antes de que alcanzara la costa norteamericana.

La familia se hallaba en la indigencia; no tenían dinero para que Anna volviera con su novio y se casara con él. Como representaba una carga económica para su padre, un obispo la convenció de que se convirtiera en segunda esposa de un granjero rico. La primera era estéril y, celosa, montó en cólera cuando Anna quedó embarazada. Anna temió que hiciera daño a su

hijo, por lo que regresó a casa de su padre, donde tuvo mellizos, si bien solo una criatura sobrevivió al riguroso invierno del oeste.

Mark seguía aguardando. Al final desistió y susurró las palabras que debía haber pronunciado yo: que no lo entendía del todo aunque sabía que la poligamia era un principio que emanaba de Dios.

Estuve de acuerdo con él. Dije las palabras y me preparé para que me inundara un sentimiento de humillación —para que invadiera mis pensamientos esa imagen de mí, una de las numerosas mujeres plantadas detrás de un solo hombre sin rostro—, pero no la sentí. Examiné mi mente y descubrí en ella una convicción nueva: nunca sería una esposa plural. Una voz lo declaró con inflexible rotundidad; la afirmación me hizo temblar. ¿Y si Dios lo ordenara?, pregunté. «No obedecería», respondió la voz. Y yo sabía que tenía razón.

Volví a pensar en Anna Mathea y me pregunté qué mundo era aquel en el que abandonó a su amante en pos de un profeta, cruzó un océano, se casó sin amor para convertirse en segunda querida y más tarde enterró a su primer hijo, solo para que, dos generaciones después, su tataranieta cruzara el mismo océano y fuera una descreída. Era la heredera de Anna Mathea: me había regalado su voz. ¿No me había regalado también su fe?

Me incluyeron en una breve lista de candidatos a la beca Gates. En febrero habría una entrevista en Annapolis. No tenía ni idea de cómo prepararla. Robin me llevó en su coche a Park City, donde había un outlet de Ann Taylor, y me ayudó a elegir un traje pantalón azul marino y unos mocasines a juego. Me prestó un bolso porque yo no tenía ninguno.

Dos semanas antes de la entrevista mis padres fueron a la universidad. Era

su primera visita, y solo pararon a comer porque se dirigían a Arizona y les quedaba de paso. Los llevé al restaurante indio que había enfrente de mi casa.

La camarera miró demasiado rato la cara de mi padre y abrió los ojos de par en par al verle las manos. Papá pidió media carta. Cuando le señalé que con tres platos principales tendríamos suficiente, me guiñó un ojo y dijo que no había que preocuparse por el dinero. Por lo visto se había propagado la noticia de su recuperación milagrosa y tenían cada vez más clientes. Casi todas las comadronas y naturistas de los estados de las montañas compraban los productos de mi madre.

Mientras esperábamos la comida, papá se interesó por mis clases. Le conté que estudiaba francés. «Es un idioma socialista», me espetó, tras lo cual soltó un sermón de veinte minutos sobre la historia del siglo xx. Afirmó que los banqueros judíos de Europa habían firmado acuerdos secretos para iniciar la Segunda Guerra Mundial y que se habían confabulado con los judíos de Estados Unidos para que la financiaran. Habían maquinado el Holocausto porque, según él, obtendrían un beneficio económico de la agitación mundial. Por dinero habían enviado a su propio pueblo a las cámaras de gas.

Esas ideas me sonaron de algo, y tardé unos instantes en recordar dónde las había oído: en una clase sobre *Los protocolos de los sabios de Sión* impartida por el doctor Kerry. *Los protocolos*, publicados en 1903, se presentaron como las actas de una reunión secreta de judíos poderosos que planeaban controlar el mundo. Pese a que el documento se consideró una invención, se difundió y dio pábulo al antisemitismo en las décadas anteriores a la Segunda Guerra Mundial. Adolf Hitler escribió sobre *Los protocolos* en *Mein Kampf*, donde aseguraba que eran auténticos y que revelaban la verdadera naturaleza del pueblo judío.

Papá hablaba a voces, en un volumen que habría sido apropiado en la ladera de una montaña pero que resultaba atronador en un local pequeño. Los

comensales de las mesas cercanas habían interrumpido sus conversaciones y guardaban silencio para escuchar la nuestra. Me arrepentí de haber elegido un restaurante tan próximo a mi apartamento.

Mi padre pasó de la Segunda Guerra Mundial a las Naciones Unidas, la Unión Europea y la destrucción inminente del mundo. Habló como si las tres fueran sinónimas. Nos sirvieron el plato de curry y me concentré en la comida. Mi madre, cansada del sermón, pidió a papá que cambiara de tema.

—¡Es que se acerca el fin del mundo! —replicó él a gritos.

—Desde luego que sí —dijo ella—, pero no hablemos de eso mientras comemos.

Solté el tenedor y me los quedé mirando. De todas las frases estrambóticas que había oído en la última media hora, esa me llamó la atención, no sé por qué. Por primera vez me llamaron la atención mis padres. Su comportamiento me había parecido siempre normal, ceñido a una lógica que yo entendía. Quizá se debiera al telón de fondo: Buck's Peak era el suyo y los camuflaba, por lo que cuando los veía en casa, rodeados de vestigios agudos y estridentes de mi infancia, formaban parte del entorno. Al menos el ruido formaba parte de él. En cambio en el restaurante, tan cerca de la universidad, me parecieron irreales, casi figuras míticas.

Papá me miró a la espera de que expusiera mi opinión, pero me sentía ajena a mí misma. No sabía quién debía ser. En la montaña adoptaba sin pensar la voz de su hija y acólita. Sin embargo, en el restaurante me resultó imposible encontrar la voz que, a la sombra de Buck's Peak, me venía con facilidad.

Fuimos a mi apartamento y les enseñé mi habitación. Mi madre cerró la puerta y quedó a la vista el póster de Martin Luther King Jr. que había colgado cuatro años antes, al conocer el movimiento por los derechos civiles.

—¿Ese es Martin Luther King? —exclamó papá—. ¿No sabes que tenía

vínculos con el comunismo? —Se mordió el tejido ceroso que había sustituido a los labios.

Se marcharon poco después con la idea de viajar toda la noche. Cuando se fueron saqué mi diario. «Es increíble que antes creyera todo esto sin el menor recelo —escribí—. El mundo entero se equivocaba; solo papá tenía razón.»

Me acordé de algo que Stefanie, la esposa de Tyler, me había contado por teléfono unos días antes: que le había costado años convencer a mi hermano de que vacunaran a sus hijos, pues en parte él seguía creyendo que las vacunas constituían un elemento de una conspiración de la medicina oficial. Al recordarlo entonces, cuando la voz de mi padre aún resonaba en mis oídos, me burlé de Tyler. «¡Es un científico! —escribí—. ¿Cómo es posible que no vea más allá de la paranoia de nuestros padres?» Leí lo que había escrito y el desdén dio paso a la ironía. «Por otra parte —añadí—, quizá podría mofarme de Tyler con mayor credibilidad si no hubiera recordado, como acabo de hacer, que hasta el día de hoy no me he puesto ni una sola vacuna.»

La entrevista para la beca Gates tuvo lugar en el St. John's College de Annapolis. El campus intimidaba con su césped immaculado y la escueta arquitectura colonial. Me senté nerviosa en el pasillo y esperé a que me llamaran para la entrevista. Me sentía acartonada con el traje pantalón y aferraba con torpeza el bolso de Robin. De todas formas, el profesor Steinberg había escrito una carta de recomendación tan convincente que poco tuve que hacer yo.

Al día siguiente me llegó la confirmación: había obtenido la beca.

Empecé a recibir llamadas telefónicas del periódico estudiantil de la universidad y de los medios de comunicación locales. Concedí media docena de entrevistas. Salí en la televisión. Un día amanecí con mi retrato en la

portada de la web de la universidad. Era la tercera alumna de la BYU a quien le concedían una beca Gates, y el centro sacó provecho de la prensa. Me preguntaban por mi experiencia en el instituto y qué maestros de la escuela primaria me habían preparado para triunfar. Yo me escabullía, me mostraba evasiva y mentía cuando no me quedaba otro remedio. No revelé a ningún periodista que no había ido nunca a la escuela.

No entendía por qué no lo contaba. Sencillamente no soportaba pensar que me dieran palmaditas en la espalda y me dijeran que mi caso era impresionante. No quería formar parte de un homenaje lacrimoso al sueño americano convertida en la típica triunfadora de origen humilde. Deseaba que mi vida tuviera sentido y no le encontraba ninguno a ese relato.

Un mes antes de la graduación fui a Buck's Peak. Papá había leído los artículos acerca de mi beca y dijo: «No has comentado que te dimos clases en casa. Creía que, viendo el resultado, estarías más agradecida de que tu madre y yo no te lleváramos a sus escuelas. Deberías contar a todo el mundo que ha sido gracias a eso: a que te dimos clases en casa».

No despegué los labios. Papá lo consideró una disculpa.

No veía con buenos ojos que me fuera a Cambridge.

—Nuestros antepasados se jugaron la vida cruzando el océano para escapar de esos países socialistas. ¿Y qué haces tú? ¿Das media vuelta y regresas allá?

De nuevo callé.

—Tengo muchas ganas de que llegue el día de tu graduación. El Señor me ha trasladado unas cuantas recriminaciones muy oportunas para que se las suelte a los catedráticos.

—No lo harás —dije sin alzar la voz.

—Si el Señor me incita, me levantaré y hablaré.

—No lo harás —repetí.

—No iré a ninguna parte donde el espíritu del Señor no sea bien recibido.

Así terminó la conversación. Confié en que cayera en el olvido pero, como a papá le dolía tanto que en las entrevistas no hubiera mencionado que me habían dado clases en casa, esa nueva herida se encontró.

La víspera de mi graduación se celebró una cena en la que se me concedería el premio a la «alumna más destacada» del departamento de historia. Esperé en la entrada a mis padres, que no se presentaron. Llamé a mi madre creyendo que se retrasaban. Me dijo que no pensaban acudir. Fui a la cena y me entregaron una placa. Mi mesa era la única con asientos desocupados de todo el salón. Al día siguiente se ofreció un almuerzo a los licenciados *cum laude* y me sentaron con el decano de la facultad y con el director del programa de alumnos excelentes. De nuevo hubo dos asientos vacíos.

Telefoneé a mi madre después de la comida.

—Tu padre no irá a menos que te disculpes. Y yo tampoco.

Me disculpé.

—Que diga lo que le apetezca. Venid, por favor.

Se perdieron casi toda la ceremonia; no sé si vieron cómo me entregaban el título. Recuerdo que, antes de que empezara la música, mientras esperaba con mis amigas, observé cómo sus padres les hacían fotos y sus madres se arreglaban el pelo. Recuerdo que mis amigas llevaban guirnaldas de flores de colores y joyas que acababan de regalarles.

Tras la ceremonia me quedé sola en el césped y contemplé a los otros estudiantes y a sus familias. Al cabo de un rato vi a mis padres. Mi madre me abrazó. Mi amiga Laura nos sacó dos fotos. En una salimos mi madre y yo,

las dos con una sonrisa forzada; en la otra estoy entre mis padres y parezco comprimida, presionada.

Esa noche debía partir. Había preparado el equipaje antes de la graduación. El apartamento estaba vacío y mis maletas se encontraban junto a la puerta. Laura se había ofrecido a llevarme al aeropuerto, y mis padres preguntaron si me parecía bien que me llevaran ellos.

Supuse que me dejarían en la acera, pero papá afirmó que entrarían conmigo. Esperaron mientras facturaba el equipaje y me acompañaron al control de seguridad. Parecía que papá quisiera proporcionarme hasta el último segundo para que cambiara de opinión. Caminamos en silencio. Cuando llegamos al control, los abracé a los dos y me despedí. Dejé los zapatos, el ordenador portátil y la cámara, pasé por el detector de metales, recogí mis cosas y me dirigí a la terminal.

Solo entonces me volví a mirarlos. Vi que mi padre, todavía junto al control de seguridad, con las manos en los bolsillos, los hombros encorvados y la boca flácida, observaba cómo me alejaba. Les dije adiós con un gesto y se adelantó como si quisiera seguirme, y en ese momento me acordé de cuando, hacía ya varios años, los cables de alta tensión habían caído sobre la ranchera, donde estaba mi madre, y papá se había quedado a su lado, indefenso.

Continuaba en la misma postura cuando doblé la esquina. Jamás olvidaré esa imagen de mi padre: la expresión de su rostro, que reflejaba amor, miedo y sentimiento de pérdida. Yo sabía por qué tenía miedo. Se le había escapado la última noche que pasé en Buck's Peak, la misma noche en que anunció que no acudiría a mi graduación.

«Si estás en América —me había susurrado—, podemos ir a buscarte. Estés donde estés. Tengo cuatro mil litros de gasolina enterrados en el

campo. Puedo ir a recogerte cuando llegue El Final, traerte a casa, ponerte a salvo. Pero si cruzas el océano...»

TERCERA PARTE

La mano del Todopoderoso

Una puerta de piedra impedía la entrada en el Trinity College. En ella se abría una puertecita de madera. La traspuse y un portero con abrigo negro y bombín me guio por el recinto. Atravesamos el Gran Patio, el mayor de todos, y recorrimos un pasadizo de piedra hasta entrar en una galería cuyas piedras tenían el color del trigo maduro.

—Este es el claustro norte —dijo el portero—, donde Newton zapateó para cronometrar el eco y así calculó la velocidad del sonido por primera vez.

Volvimos hacia la Gran Puerta, enfrente de la cual se encontraba mi habitación, a la que se llegaba tras subir tres tramos de escalera. Cuando el portero se marchó, me quedé inmóvil, flanqueada por las maletas, y por la ventanita contemplé la mítica puerta de piedra y sus fabulosas almenas. Cambridge era tal como lo recordaba: antiguo y hermoso. Habían pintado mi nombre en la puerta. Según los documentos, ese era mi sitio.

Me vestí en tonos oscuros para la primera clase con la esperanza de no llamar la atención, aunque suponía que ni aun así tendría el mismo aspecto que los demás alumnos. Desde luego no hablaba como ellos, y no solo porque fueran británicos. Se expresaban con una cadencia musical, de modo que daba la impresión de que, más que hablar, cantaran. Me parecían refinados, cultos. Yo solía mascullar y tartamudeaba cuando me ponía nerviosa.

Tomé asiento en la gran mesa cuadrada y oí a los dos alumnos más

cercanos conversar sobre el tema de la clase: los dos conceptos de libertad de Isaiah Berlin. El que tenía al lado afirmó que había estudiado a ese autor en Oxford; el otro dijo que antes de graduarse en Cambridge ya había oído las opiniones de nuestro profesor sobre él. Yo no sabía nada de Isaiah Berlin.

El profesor inició la presentación. Hablaba de manera pausada pero avanzaba deprisa con la materia, como si diera por sentado que ya la conocíamos. La actitud de los demás alumnos confirmaba que así era, pues la mayoría no tomaba apuntes. Yo escribía hasta la última palabra.

—Entonces ¿cuáles son los dos conceptos de Isaiah Berlin? —preguntó el profesor.

Casi todos los alumnos levantaron la mano. Señaló al que había estudiado en Oxford.

—La libertad negativa es estar libre de trabas u obstáculos externos. Un ser es libre en este sentido si no existe ningún impedimento físico para que actúe.

Por un momento me recordó a Richard, que era capaz de repetir al pie de la letra cualquier texto que hubiera leído.

—Muy bien —dijo el profesor—. ¿Y el segundo?

—La libertad positiva —respondió otro alumno— es estar libre de trabas internas.

Anoté la definición en mis apuntes pese a no entenderla.

El profesor quiso aclarar el concepto. Dijo que la libertad positiva equivale al autodomínio, al gobierno de uno mismo por sí mismo. Que tener libertad positiva significa tomar el control de la mente; liberarse de los miedos y creencias irracionales, de las adicciones, las supersticiones y otras formas de autoacción.

Ignoraba qué quería decir «autoacción». Miré el aula. Nadie más parecía perdido. Era una de los pocos alumnos que tomaban apuntes. Habría querido pedir una explicación más detallada, pero algo me lo impidió: la certeza de

que hacerlo habría sido como anunciar a gritos que no debía estar en esa universidad.

Tras la clase volví a mi habitación y contemplé por la ventana la puerta de piedra con las almenas medievales. Reflexioné sobre la libertad positiva y sobre lo que debía de significar «autocoacción», hasta que la cabeza me retumbó con un dolor sordo.

Llamé a casa. Respondió mi madre. Se le elevó la voz de emoción al reconocer mi lloroso «Hola, mamá». Le dije que no debería haber ido a Cambridge, que no entendía nada. Me contó que haciendo la prueba muscular había descubierto que se me había desequilibrado un chakra. Añadió que podía arreglarlo. Le recordé que me encontraba a ocho mil kilómetros.

—Eso da igual. Alinearé el chakra sobre Audrey y te lo mandaré por el aire.

—¿Cómo me lo mandarás?

—Por el aire. La distancia no es nada para la energía viva. Desde aquí puedo enviarte la energía corregida.

—¿Y a qué velocidad viaja la energía? —le pregunté—. ¿A la de la luz? ¿O es más bien como un reactor? ¿Volará directamente aquí o tendrá que hacer escala en Minneapolis?

Mi madre se echó a reír y me colgó.

Estudiaba casi todas las mañanas en la biblioteca del Trinity College, junto a una ventanita, y allí estaba cuando Drew, un amigo de la BYU, me envió una canción en un correo electrónico. Afirmó que era un clásico, pero yo no la conocía, y tampoco al cantante. Me puse los auriculares para escucharla. Me atrajo de inmediato. La escuché una y otra vez mientras contemplaba el claustro norte.

Emancipaos de la esclavitud mental

Nadie salvo nosotros puede liberar nuestra mente

Anoté las frases en cuadernos y en los márgenes de los trabajos que escribía. Reflexioné sobre ellos cuando debía estar leyendo. Por internet me enteré de que a Bob Marley le habían diagnosticado un cáncer en un pie. También descubrí que Marley había sido rastafari y que los rastafaris creen en la integridad del cuerpo, razón por la cual rechazó que le amputaran el dedo del pie. Murió cuatro años después, con treinta y seis cumplidos.

«Emancipaos de la esclavitud mental.» Marley había escrito esa frase un año antes de fallecer, cuando un melanoma operable le producía metástasis en los pulmones, el hígado, el estómago y el cerebro. Imaginé que un cirujano codicioso, de dientes afilados y largos dedos huesudos, lo apremiaba a aceptar la amputación. Me amedrentó esa imagen terrorífica del médico y su medicina corrupta, y solo entonces comprendí, como no lo había comprendido antes, que, pese a haber renunciado al mundo de mi padre, me había faltado el valor para vivir en este.

Hojeé el cuaderno hasta encontrar la clase sobre la libertad positiva y la negativa. En un espacio en blanco escribí: «Nadie salvo nosotros puede liberar nuestra mente». A continuación cogí el teléfono y marqué un número.

—Quiero vacunarme —le dije a la enfermera.

Los miércoles por la tarde asistía a un seminario en el que observé que dos alumnas, Katrina y Sophie, se sentaban juntas casi siempre. No hablé con ellas hasta que un día, unas semanas antes de Navidad, me preguntaron si me apetecía ir a tomar un café. Aunque nunca había «tomado café» —ni siquiera

lo había probado, puesto que la iglesia lo prohíbe—, crucé la calle con ellas y entré en una cafetería. La cajera se impacientó, de modo que pedí al azar y me entregó una tacita, tan pequeña que parecía de juguete, con una cucharilla. Vi que contenía un líquido del color del barro y miré con anhelo las tazas altas con espuma que Katrina y Sophie llevaban a la mesa. Ellas debatieron conceptos de la clase; yo debatí si me bebía el café.

Usaban ciertas expresiones con toda naturalidad. Yo había oído algunas, como «segunda ola», si bien ignoraba qué significaban; otras, como «masculinidad hegemónica», me costaba pronunciarlas, y más aún entenderlas. Había tomado varios sorbitos del líquido granuloso y acre cuando me di cuenta de que hablaban de feminismo. Me las quedé mirando como si se encontraran detrás de un cristal. Solo había oído pronunciar la palabra «feminismo» con tono de reprimenda. En la BYU, «Hablas como una feminista» marcaba el final de la discusión. Además indicaba que yo había perdido.

Salí de la cafetería y me encaminé a la biblioteca. Tras cinco minutos en internet y unos cuantos viajes a las estanterías me senté en mi lugar de siempre con un rintero grande de libros escritos por autoras que, según acababa de descubrir, pertenecían a la segunda ola: Betty Friedan, Germaine Greer y Simone de Beauvoir. Leí solo unas cuantas páginas de cada libro antes de cerrarlo de golpe. Nunca había visto impresa la palabra «vagina» y jamás la había pronunciado en voz alta.

Volví a internet y a los estantes, donde dejé los libros de la segunda ola para coger los de los precursores de la primera: Mary Wollstonecraft y John Stuart Mill. Leí el resto de la tarde y hasta entrada la noche y así adquirí el vocabulario para describir el desasosiego que sentía desde la infancia.

Desde que había comprendido que mi hermano Richard era un niño y yo una niña, había querido cambiar mi futuro por el suyo. El mío era la

maternidad; el suyo la paternidad. Parecían similares pero no lo eran. Uno implicaba decidir. Presidir. Llamar a la familia al orden. El otro significaba contarse entre los llamados al orden.

Sabía que mi deseo no era normal. Esa certeza, al igual que gran parte del conocimiento de mí misma, me había llegado con la voz de personas a las que conocía, a las que quería. Esa voz me había acompañado a lo largo de los años, queda, sorprendida, inquietante. Me decía que yo no estaba bien. Que mis sueños eran perversiones. La voz poseía numerosos timbres e innumerables tonos. A veces era la de mi padre; con mayor frecuencia, la mía.

Me llevé los libros a la habitación y leí toda la noche. Me gustaron mucho las vehementes páginas de Mary Wollstonecraft, pero hubo una frase de John Stuart Mill que, cuando la leí, cambió el mundo: «Es punto este sobre el cual no se sabrá nada definitivo». El punto al que se refería Stuart Mill era la naturaleza de la mujer. Afirmaba que a base de persuasión, halagos, empujones y uso de la fuerza se había sometido a las mujeres a una serie de contorsiones femeninas durante tantos siglos que resultaba del todo imposible definir sus aspiraciones y capacidades naturales.

La sangre me fluyó veloz por el cerebro; sentí una descarga vivificante de adrenalina, posibilidades, límites que se ensanchaban. «Es punto este sobre el cual no se sabrá nada definitivo.» Jamás me había confortado tanto un vacío, la negra ausencia de conocimiento. Era como decir: seas lo que seas, eres mujer.

En diciembre, tras entregar el último trabajo, me dirigí en tren a Londres y embarqué en un avión. Mi madre, Audrey y Emily me recogieron en el aeropuerto de Salt Lake City y subí con ellas al vehículo, que avanzó

derrapando por la interestatal. Era casi medianoche cuando vislumbré la montaña. Solo se distinguía su espléndida forma recortada sobre un cielo negro como la tinta.

Al entrar en la cocina vi un enorme boquete en una pared, el cual conducía a un anexo que papá estaba construyendo. Mi madre lo atravesó conmigo y encendió la luz.

—Es increíble, ¿verdad?

«Increíble» era la palabra.

Era una sala enorme, del tamaño de la capilla de una iglesia, con un techo abovedado que se elevaba unos seis metros. Tenía unas dimensiones tan descomunales que tardé unos instantes en fijarme en la decoración. Las paredes eran de placas de yeso a la vista, que contrastaban de forma espectacular con los paneles de madera que revestían el techo. Unos sofás grandes de ante carmesí compartían cordialmente espacio con el de dos plazas, de tapicería manchada, que mi padre había sacado del vertedero hacía muchos años. La mitad del suelo estaba cubierta de alfombras caras con estampados recargados —importadas de Egipto, según me informó papá, que apareció para decírmelo—, y la otra mitad era de cemento. Había varios pianos, de los que solo uno parecía en buen estado para tocarlo, y un televisor grande como una mesa de comedor. La sala era perfecta para mi padre: colosal y de una incoherencia fabulosa.

Aunque siempre había dicho que quería construir una habitación del tamaño de un transatlántico, nunca pensé que llegara a reunir el dinero necesario. Miré a mi madre en busca de una explicación, pero fue él quien respondió. Me contó que el negocio iba viento en popa. Que los aceites esenciales tenían aceptación y que los de mi madre eran los mejores del mercado. «Los nuestros son tan buenos —afirmó— que empezamos a llevarnos una tajada de los beneficios de las grandes empresas productoras.

Saben quiénes son los Westover de Idaho.» Me contó que una empresa, preocupada por el éxito de los aceites de mi madre, había propuesto comprarle el negocio por la increíble cantidad de tres millones de dólares. Mis padres ni siquiera se lo habían planteado. La curación era su vocación. Ninguna suma de dinero los tentaría. Papá me contó que la mayor parte de las ganancias las reconsagraban a Dios en forma de provisiones: gasolina, armas y un refugio antibombas mejor. Reprimí una sonrisa. Por lo visto papá llevaba camino de convertirse en el chiflado más adinerado de los estados de las montañas.

Richard se asomó a la escalera. Estaba a punto de acabar la carrera de química en la Universidad Estatal de Idaho y había ido a casa con Kami, su esposa, y Donovan, su hijo, de un mes de edad, para pasar la Navidad. Yo había conocido a Kami hacía un año, antes de la boda, y me había sorprendido lo normal que era. Al igual que Stefanie, la mujer de Tyler, era una intrusa: aunque era mormona, papá la habría calificado de «convencional». Agradecía a mi madre los consejos sobre hierbas medicinales pero al parecer no tenía en cuenta que se esperaba que renunciara a los médicos. Donovan había nacido en un hospital.

Me pregunté cómo surcaría Richard las aguas turbulentas entre una esposa normal y unos padres excéntricos. Lo observé con detenimiento aquella noche y me dio la impresión de que intentaba vivir en ambos mundos, ser un partidario leal de todos los credos. Cuando mi padre vituperaba a los médicos llamándolos siervos de Satanás, mi hermano se volvía hacia Kami y soltaba una risita, como si papá hablara en broma. Cuando mi padre alzaba las cejas, Richard cambiaba de expresión y adoptaba un gesto serio de reflexión y conformidad. Parecía encontrarse en un estado de constante transición, ir desplazándose de una dimensión a otra, sin saber si debía ser el marido de su esposa o el hijo de mi padre.

Como mi madre no daba abasto con los encargos navideños, pasé los días en Buck's Peak como cuando era niña: en la cocina, preparando remedios homeopáticos. Vertía el agua destilada y añadía las gotas de tintura madre, introducía el frasquito por el círculo formado por el pulgar y el índice, contaba hasta cincuenta o cien y pasaba al siguiente. Papá entraba a beber agua y sonreía al verme.

«¿Quién iba a decir que tendríamos que enviarte a Cambridge para que acabaras en la cocina, que es donde debes estar?», exclamaba.

Por las tardes Shawn y yo ensillábamos los caballos y subíamos por la montaña con mucha dificultad, y las monturas casi tenían que saltar para superar los cúmulos de nieve que les llegaban hasta la panza. La montaña era hermosa y diáfana; el aire olía a cuero y pino. Shawn hablaba de los caballos, de su adiestramiento y de los potros que nacerían en la primavera, y yo recordaba que daba lo mejor de sí cuando estaba con ellos.

Llevaba una semana en casa cuando una ola de frío intenso invadió la montaña. La temperatura cayó en picado, bajó a cero y siguió descendiendo. Pusimos a cubierto los caballos, pues sabíamos que, si se esforzaban demasiado y llegaban a transpirar, el sudor se les helaría sobre el lomo. El abrevadero se congeló. Rompimos el hielo, pero volvió a formarse enseguida, de modo que llevamos un cubo de agua a cada animal.

Aquella noche nos quedamos todos en casa. Mi madre mezclaba aceites en la cocina. Papá se encontraba en el anexo, que yo había empezado a llamar en broma «la Capilla». Estaba tumbado en un sofá carmesí, con la Biblia sobre el estómago, mientras Kami y Richard tocaban himnos religiosos en el piano. Yo estaba sentada con el ordenador portátil en el sofá de dos plazas, cerca de papá, y escuchaba la música. Acababa de comenzar a escribir un mensaje

para Drew cuando se oyó un golpe en la puerta trasera, que se abrió de improviso, y Emily entró corriendo.

Se rodeó el cuerpo con sus bracitos delgados, sin parar de temblar y jadear. No llevaba abrigo, tan solo unos vaqueros viejos que yo había desechado y una camiseta mía ya raída. Mi madre la hizo sentarse en el sofá y la envolvió en una manta. Emily sollozaba y durante varios minutos ni siquiera mi madre logró que dijera lo que había ocurrido. ¿Le había pasado algo a alguien? ¿Dónde estaba Peter? Era un chiquillo frágil, con la mitad de la estatura de los niños de su edad, y llevaba tubos de oxígeno porque los pulmones no se le habían desarrollado del todo. ¿Habían fallado sus minúsculos pulmones?, ¿había dejado de respirar?

Emily contó lo sucedido entre titubeos, sollozos intermitentes y castañeteo de dientes. Según entendí, había ido a Stokes por la tarde a comprar comida y había vuelto a casa con unas galletas para Peter que no eran las de siempre. Shawn había montado en cólera. «¿Cómo va a crecer si no le compras la comida adecuada?», gritó, tras lo cual agarró a Emily y la lanzó por la puerta de la caravana hacia un cúmulo de nieve. Ella llamó con los puños, le suplicó que la dejara entrar y al final subió corriendo por la colina hacia nuestra casa. Cuando dijo eso me fijé en que iba descalza. Tenía los pies tan rojos que parecía que se los hubiese quemado.

Mis padres, sentados en el sofá con ella, cada uno a un lado, le daban palmaditas en la espalda y le apretaban las manos. Detrás de ellos, Richard se paseaba de un lado a otro. Se le veía irritado, nervioso, como si deseara actuar de inmediato y estuviera conteniéndose.

Kami seguía sentada al piano. Observaba con perplejidad al grupo del sofá. No había entendido a Emily. No entendía por qué se paseaba Richard ni por qué se detenía cada pocos segundos para mirar a papá, a la espera de una palabra o un gesto, cualquier señal que indicara qué había que hacer.

Miré a Kami y sentí una presión en el pecho. Me molestó que presenciara la escena. Me imaginé en el lugar de Emily, lo que me resultó fácil —lo hacía continuamente—, y al instante me encontré en un aparcamiento, donde soltaba mi risotada estridente con la intención de convencer al mundo entero de que no estaban rompiéndome la muñeca. Antes de darme cuenta de lo que hacía crucé la sala. Agarré a mi hermano del brazo y lo llevé al piano. Emily seguía llorando, y aproveché sus sollozos para cubrir mis susurros. Le dije a Kami que aquello era un asunto privado y que al día siguiente Emily se sentiría avergonzada. Que, por Emily, debíamos irnos a nuestras habitaciones y dejarlo en manos de papá.

Kami se levantó. Había decidido confiar en mí. Richard dudó y, tras mirar a papá unos instantes, salió de la sala tras ella.

Recorrí el pasillo con los dos y luego volví sobre mis pasos. Me senté en la cocina y clavé la vista en el reloj. Pasaron cinco minutos, diez. «Vamos, Shawn —salmodiaba con voz queda—. Ven ya.»

Me había convencido a mí misma de que si Shawn se presentaba en los cinco minutos siguientes sería para asegurarse de que Emily había llegado a casa; de que no se había roto una pierna al resbalar en el suelo, de que no moriría congelada en un campo. Pero no apareció.

Al cabo de veinte minutos, cuando por fin Emily dejó de tiritar, papá descolgó el teléfono.

—¡Ven a buscar a tu mujer! —gritó al auricular.

Emily tenía la cabeza apoyada sobre el hombro de mi madre, que se la acariciaba. Mi padre volvió con ellas y le dio unas palmaditas en el brazo. Mientras los observaba a los tres apiñados en el sofá, tuve la sensación de que eso había ocurrido otras veces y de que todos habían ensayado bien su papel. Incluso yo.

Tardaría muchos años en comprender lo que sucedió aquella noche y el

papel que desempeñé. Que abrí la boca cuando debería haber permanecido callada y que la mantuve cerrada cuando debería haber hablado a las claras. Que se necesitaba una revolución, un cambio radical de los papeles, vetustos y endeble, que representábamos desde mi infancia. Que se necesitaba —que Emily necesitaba— una mujer emancipada de todo fingimiento, una mujer que demostrara ser un hombre. Que expresara su opinión. Que actuara despreciando todo sometimiento. Un padre.

La cristalera que había instalado papá se abrió con un chirrido y Shawn entró arrastrando los pies. Llevaba unas botas grandes y un abrigo grueso de invierno. Peter apareció entre los pliegues de lana recia, donde Shawn lo había protegido del frío, y tendió los brazos hacia su madre. Ella lo aferró. Papá se levantó y con un gesto indicó a Shawn que se sentara al lado de Emily. Me puse en pie y, antes de ir a mi habitación, me detuve a mirar a mi padre, que respiró hondo preparándose para soltar un largo sermón.

—Ha sido un discurso muy severo —me aseguró mi madre cuando, veinte minutos después, acudió a mi puerta para pedirme que prestara a Emily unos zapatos y un abrigo. Se los llevé y desde la cocina vi que Emily salía envuelta por el brazo de mi hermano.

Primero tragedia, después farsa

Un día antes de regresar a Inglaterra recorrí once kilómetros de la cordillera, torcí hacia una estrecha carretera de tierra y me detuve delante de una casa azul pastel. Aparqué detrás de una autocaravana casi tan grande como la vivienda. Llamé a la puerta; respondió mi hermana.

Apareció en la entrada con un pijama de franela, una niña pequeña sobre la cadera y dos chiquillas agarradas a la pierna. Detrás estaba su hijo varón, de unos seis años. Audrey se apartó para dejarme pasar, pero se movió con rigidez y evitó mirarme a la cara. Desde que se había casado pasábamos poco tiempo juntas.

Entré en la casa y me detuve de golpe en el recibidor al ver en el suelo de linóleo un agujero de casi un metro que comunicaba con el sótano. Lo bordeé y me dirigí a la cocina, que olía a los aromas de los aceites de nuestra madre: abedul, eucalipto y ravensara.

La conversación fue lánguida y titubeante. Audrey no me preguntó nada acerca de Cambridge e Inglaterra. Carecía de un marco de referencia para mi vida, de modo que hablamos de la suya, de que daba clases a sus hijos en casa porque el sistema de escuelas públicas estaba muy corrompido. Al igual que yo, nunca había pisado una escuela pública. A los diecisiete años había intentado durante una breve temporada obtener el diploma equivalente al título de educación secundaria. Incluso había buscado la ayuda de nuestra

prima Missy, que había venido de Salt Lake City para darle clases. Missy trabajó con ella durante todo el verano y al final declaró que Audrey tenía un nivel entre cuarto y quinto de primaria y que no obtendría el diploma. Me mordí el labio y miré a su hija, que me había tendido un dibujo, preguntándome qué educación esperaba recibir de una madre que apenas tenía estudios.

Preparamos el desayuno para los niños y jugamos con ellos en la nieve. Horneamos pan, vimos una serie policíaca y confeccionamos pulseras de abalorios. Era como si hubiera atravesado un espejo y viviera un día de la vida que habría tenido si me hubiera quedado en la montaña. Pero no me había quedado y mi vida había tomado una dirección distinta que la de mi hermana, y parecía que no hubiera nada en común entre nosotras. Transcurrieron las horas; por la tarde Audrey seguía mostrándose distante y rehuyendo mi mirada.

Yo había llevado un juego pequeño de té de porcelana para los niños, y cuando empezaron a pelearse por la tetera, recogí las piezas. La mayor me recordó que tenía cinco años y que, por lo tanto, ya era demasiado grande para que le quitaran los juguetes.

—Si te portas como una niña, te trataré como si lo fueras.

No sé por qué lo dije; supongo que tenía a Shawn en la cabeza. Lamenté las palabras apenas salieron de mis labios, me odié por pronunciarlas. Me volví para entregar a mi hermana el juego de té a fin de que ella administrara justicia como considerara oportuno, y al verle la cara casi se me cayó de las manos. Tenía la boca abierta en un círculo perfecto.

—Shawn decía eso —afirmó clavando los ojos en los míos.

No olvidaría ese momento. Al día siguiente lo recordaría al subir al avión en Salt Lake City, y continuaría en mi mente cuando aterrizara en Londres.

No lograba quitarme de encima la conmoción. Nunca se me había ocurrido pensar que mi hermana podía haber vivido mi vida antes que yo.

Aquel trimestre me entregué a la universidad como la resina a un escultor. Creí que podían rehacerme, remodelar mi mente. Me obligué a entablar amistad con otros alumnos y me presenté con desmaña una y otra vez hasta que tuve un pequeño círculo de amigos. Luego me dispuse a derribar las barreras que me separaban de ellos. Probé el vino tinto y mis amigos se rieron al ver la mueca que hacía. Prescindí de las blusas de cuello cerrado y empecé a llevar prendas de corte más moderno, entalladas, muchas sin mangas, con escotes menos limitados. De las fotos de aquella época me impresiona la simetría: tengo el mismo aspecto que los demás.

En abril empezó a irme bien. Escribí un trabajo sobre el concepto de auto-soberanía en John Stuart Mill, y mi director, el doctor David Runciman, comentó que si mi tesina tenía la misma calidad me aceptarían en Cambridge como alumna de doctorado. Me quedé sin habla: yo, que me había colado como una impostora en ese sitio magnífico, quizá entrara por la puerta grande. Me puse a trabajar en la tesina, para la que de nuevo elegí a Stuart Mill como tema.

Una tarde de finales del trimestre fui a comer a la cafetería de la biblioteca y reconocí a un grupo de alumnos de mi programa. Estaban sentados a una mesita. Les pregunté si podía tomar asiento y un italiano alto llamado Nic asintió. De la conversación deduje que Nic había invitado a los otros a ir a visitarlo a Roma durante las vacaciones de primavera.

—Ven tú también si quieres —me dijo.

Entregamos los trabajos de final de trimestre y tomamos un avión. La primera tarde en Roma subimos a una de las siete colinas y contemplamos la

capital. Por todas partes flotaban cúpulas bizantinas como globos elevados. Casi había anochecido; las calles estaban bañadas de ámbar. No era el color de una urbe moderna, de acero, cristal y hormigón. Era el color del ocaso. No parecía real. Nic me preguntó qué opinaba de su ciudad natal y solo pude decir eso: que no parecía real.

Al día siguiente, durante el desayuno, los demás hablaron de sus familias. El padre de uno era diplomático; el de otro, catedrático de Oxford. Me preguntaron por mis padres y dije que el mío tenía un desguace.

Nic nos llevó al conservatorio donde había estudiado violín. Se encontraba en el centro mismo de Roma y tenía un mobiliario suntuoso, una escalinata magnífica y salones resonantes. Intenté imaginar lo que habría sido estudiar en ese edificio, caminar por suelos de mármol todas las mañanas y, un día tras otro, asociar el aprendizaje a la belleza. Sin embargo, la imaginación me falló. Solo alcancé a imaginar la escuela como la sentía en ese momento, como una especie de museo, un vestigio de la vida de otra persona.

Durante dos días exploramos Roma, una ciudad que es al mismo tiempo un fósil y un organismo vivo. Estructuras descoloridas de la antigüedad se extienden como huesos secos, incrustadas entre cables vibrantes y el tráfico rumoroso, las arterias de la vida moderna. Visitamos el Panteón, el Foro Romano y la capilla Sixtina. El instinto me impulsaba a la reverencia, a la veneración. Me parecía que la ciudad entera debería estar tras un cristal, para que se la adorara desde cierta distancia, sin tocarla, sin alterarla. Mis compañeros caminaban por ella de otra manera, conscientes de su importancia pero sin dejarse subyugar por ella. La Fontana de Trevi no los enmudecía; el Coliseo no los acallaba. Al contrario: mientras nos desplazábamos de un vestigio a otro, hablaban de filosofía, de Hobbes y Descartes, de Tomás de Aquino y Maquiavelo. Se producía una especie de simbiosis en su relación con esos lugares espléndidos: daban vida a la

arquitectura antigua al convertirla en el escenario de su discurso, al negarse a rezar ante su altar como si fuera algo muerto.

La tercera noche estalló una tormenta. Me quedé en el balcón de Nic contemplando el destello de los relámpagos que surcaban veloces el firmamento, seguidos de los truenos. Sentir esa fuerza en la tierra y el cielo era como estar en Buck's Peak.

El día siguiente amaneció sin una sola nube. En el parque de villa Borghese organizamos un picnic con vino y pastelitos. El sol calentaba y los dulces eran como ambrosía. No recordaba haberme sentido nunca más presente. Alguien comentó algo sobre Hobbes y sin pensarlo cité una frase de Stuart Mill. Me pareció natural trasladar esa voz de un tiempo pretérito a un momento tan impregnado del pasado, aunque la voz se fusionara con la mía. Se produjo un silencio mientras todos miraban a ver quién había hablado, hasta que alguien preguntó de qué texto era la cita y la conversación continuó.

Durante el resto de la semana sentí Roma igual que ellos: como un lugar lleno de historia, pero también de vida, comida, tráfico, conflictos y estruendo. La ciudad ya no era un museo; me parecía tan viva como Buck's Peak. La piazza del Popolo. Las termas de Caracalla. El Castel Sant'Angelo. En mi mente esos sitios se volvieron tan reales como la Princesa, el vagón rojo y la Cizalla. El mundo que representaban, un mundo de filosofía, de ciencia, de literatura —toda una civilización—, adquirió una vida que era distinta de la que yo había conocido. En la Galería Nacional de Arte Antiguo me detuve delante de *Judith y Holofernes*, de Caravaggio, sin pensar ni una sola vez en los pollos.

Ignoro a qué se debió la transformación, por qué de pronto podía contender con los grandes pensadores del pasado en lugar de venerarlos hasta el punto de enmudecer. En cualquier caso, la ciudad, con su mármol blanco y su negro

asfalto, embebida de historia, destellante con sus semáforos, tenía algo que me enseñó que podía admirar el pasado sin que me acallara.

Todavía respiraba la ranciedad de las piedras antiguas cuando llegué a Cambridge. Subí corriendo la escalera, con ganas de mirar el correo electrónico, pues sabía que tendría un mensaje de Drew. Encendí el portátil y vi que, aparte de Drew, me había escrito alguien más: mi hermana.

Abrí el mensaje de Audrey. Era un solo párrafo largo, con pocos signos de puntuación y muchas faltas de ortografía, y al principio me concentré en los errores gramaticales como una manera de poner sordina al texto. Sin embargo, no había forma de silenciar las palabras; me gritaban desde la pantalla.

Audrey decía que debería haberle parado los pies a Shawn hacía muchos años, para que no me hiciera a mí lo que le había hecho a ella. Que de niña había querido contárselo a nuestra madre y pedirle ayuda, pero que había dado por hecho que no la creería. Y había estado en lo cierto. Antes de su boda había tenido pesadillas y recuerdos recurrentes, y le había hablado de ellos a nuestra madre, que le había dicho que los recuerdos eran falsos, increíbles. «Tendría que haberte ayudado —escribía Audrey—, pero al ver que mi propia madre no me creía dejé de creerme a mí misma.»^[7]

Era un error que se proponía enmendar. «Me parece que Dios me pedirá cuentas si no paro los pies a Shawn antes de que haga daño a alguien más.» Pensaba hablar de lo ocurrido con él y con nuestros padres, y me pedía que la apoyara. «Lo haré contigo o sin ti. Pero sin ti es probable que pierda.»

Permanecí mucho rato sentada a oscuras. Me molestaba que me hubiera escrito. Tenía la sensación de que mi hermana me había arrancado de un mundo, de una vida, donde era feliz, para arrastrarme de vuelta a otro.

Le respondí. Le decía que tenía razón, que desde luego debíamos parar los pies a Shawn, y le pedía que no hiciera nada hasta que yo regresara a Idaho. No sé por qué la exhorté a esperar, en qué creí que nos beneficiaría dejar pasar el tiempo. Ignoro qué pensé que ocurriría cuando habláramos con nuestros padres, si bien intuía a qué peligro nos enfrentábamos. Puesto que nunca habíamos pedido ayuda, era posible creer que nos la prestarían. Contarles la verdad entrañaba un riesgo que resultaba inconcebible: el de descubrir que ya la conocían.

Audrey no esperó siquiera un día. A la mañana siguiente enseñó mi correo a nuestra madre. No alcanzo a imaginar los detalles de la conversación, aunque supongo que para ella debió de representar un tremendo alivio exponerle mis palabras, poder decirle por fin: No estoy loca. También le pasó a Tara.

Mi madre reflexionó todo aquel día y decidió que tenía que oír las palabras de mis labios. Era media tarde en Idaho, casi las doce de la noche en Inglaterra, cuando mi madre, que no sabía bien cómo realizar una llamada internacional, se puso en contacto conmigo por internet. Las palabras que aparecieron en la pantalla, encerradas en un minúsculo cuadro de texto en un ángulo del navegador, eran pequeñas, pero pareció que ocuparan toda la habitación. Me decía que había leído mi mensaje. Me preparé para su ira.

«Me resulta doloroso enfrentarme a la realidad —escribió—. Enterarme de que pasó algo feo y que me negué a verlo.»^[8]

Tuve que leer esas líneas varias veces para entenderlas. Para asimilar que no estaba enfadada, que no me culpaba ni intentaba convencerme de que eran imaginaciones mías. Me creía.

No te culpes, le dije. Tu cerebro no volvió a ser el mismo después del accidente.

«Tal vez —respondió—. De todos modos, a veces pienso que elegimos

nuestras enfermedades porque nos reportan algún beneficio.»

Le pregunté por qué nunca había impedido que Shawn me hiciera daño.

«Shawn decía siempre que tú provocabas las peleas, y supongo que quise creerlo porque era lo más fácil. Porque tú eras fuerte y razonable, y cualquiera se habría dado cuenta de que Shawn no lo era.»

La respuesta no tenía ni pies ni cabeza. Si yo era razonable, ¿por qué había creído a Shawn cuando le decía que yo buscaba pelea, que había que meterme en cintura, castigarme?

«Soy madre —añadió—. Las madres protegen. Y Shawn estaba muy mal.»

Habría querido recordarle que también era mi madre. Me parece que papá no creerá nada de esto, escribí.

«Sí lo creerá. De todos modos, es duro para él. Le recuerda el daño que su trastorno bipolar ha causado a nuestra familia.»

Jamás había oído a mi madre reconocer que papá padeciera una enfermedad mental. Hacía unos años le había contado lo que había aprendido acerca del trastorno bipolar y la esquizofrenia en la clase de psicología, y no me había hecho ningún caso. Que lo admitiera fue una liberación. La enfermedad me proporcionaba algo que atacar aparte de mi padre, de modo que cuando mi madre me preguntó por qué no había acudido antes a ella, por qué no le había pedido ayuda, respondí con franqueza.

Porque papá te acobardaba. No tenías ningún poder en casa. Papá era el que mandaba, y no iba a ayudarnos.

«Ahora soy más fuerte —aseguró—. Ya no huyo asustada.»

Al leerlo imaginé a mi madre como una joven brillante y llena de brío, pero también angustiada y sumisa. La imagen cambió enseguida, el cuerpo adelgazó y se alargó, y el cabello ondeó largo y plateado.

Emily está acobardada, escribí.

«Sí —convino mi madre—. Como lo estaba yo.»

Ella eres tú, le dije.

«Ella soy yo. De todos modos, ahora tenemos más conocimiento. Podemos reescribir la historia.»

Le pregunté por un recuerdo. Era de una noche especialmente mala de Shawn, unas semanas antes de que me marchara a la BYU. Mi hermano había hecho llorar a mi madre, se había tirado en el sofá y había encendido el televisor. Yo la había encontrado sollozando en la mesa de la cocina y ella me había pedido que no fuera a la universidad. Me había dicho que era la única lo bastante fuerte para lidiar con él; que ella no podía y mi padre tampoco. Que tenía que ser yo.

Tecleé despacio, de mala gana: ¿Te acuerdas de que me pediste que no fuera a la universidad porque era la única que sabía lidiar con Shawn?

«Sí, me acuerdo.»

Siguió una pausa, tras la cual aparecieron las palabras..., palabras que ignoraba que necesitara oír, aunque al verlas comprendí que las había buscado toda mi vida.

«Eras mi niña. Tendría que haberte protegido.»

Viví toda una vida en el momento en que leí esas dos frases, una vida que no era la que en realidad había vivido. Me convertí en otra persona, que recordaba otra infancia. No entendí la magia que obraron aquellas palabras, y sigo sin entenderla. Solo sé que, cuando confesó que no había sido para mí la madre que desearía haber sido, se convirtió en esa madre.

Te quiero, escribí, y cerré el portátil.

Mi madre y yo solo hablamos una vez de esa conversación. La mencionamos por teléfono una semana después.

—Estamos en ello. Le he contado a tu padre lo que tu hermana y tú me

habéis dicho. Shawn buscará ayuda.

No pensé más en el asunto. Mi madre había hecho suya la causa. Era fuerte. Había levantado un negocio en el que tenía varias trabajadoras a su cargo y que había eclipsado al de mi padre y a todos los otros de la ciudad. Esa mujer dócil poseía una fortaleza que los demás no podíamos ni prever. En cuanto a papá... Había cambiado. Se había vuelto más afable, más dado a la risa. El futuro podía ser diferente del pasado. Incluso el pasado podía ser distinto del pasado, puesto que mis recuerdos podían cambiar: ya no recordaba a mi madre en la cocina, escuchando, mientras Shawn me inmovilizaba en el suelo y me apretaba la tráquea. Ya no la recordaba mirando hacia otro lado.

Mi vida en Cambridge se transformó..., o, mejor dicho, yo me transformé en una persona que creía pertenecer a Cambridge. La vergüenza que me había inspirado mi familia me abandonó casi de la noche a la mañana. Por primera vez en la vida hablé sin rebozo de mi tierra natal. Reconocí ante mis amigos que no había ido a la escuela. Les describí Buck's Peak, con los diversos desguaces, establos y corrales. Hasta les mencioné la despensa excavada en el trigal y la gasolina enterrada cerca del establo viejo.

Les conté que había sido pobre y que había sido una ignorante, y al contarlo no experimenté ni el más leve aguijonazo de vergüenza. Solo entonces comprendí lo que había motivado esa vergüenza: no era por no haber estudiado en un conservatorio de mármol ni porque mi padre no fuera diplomático. No era porque papá estuviera medio loco y mi madre le hiciera caso. Me había abochornado tener un padre que me empujaba hacia las cuchillas en movimiento de la Cizalla en lugar de apartarme de ellas. Me habían abochornado aquellos momentos tirada en el suelo sabiendo que, en la habitación de al lado, mi madre prefería no verme ni oírme y en esos instantes optaba por no ser mi madre.

Me forjé una historia nueva. Me convertí en una invitada apreciada en cenas gracias a mis relatos de cacerías, caballos y tareas en el desguace, de incendios en la montaña y de cómo los apagábamos. De mi brillante madre, comadrona y emprendedora; de mi excéntrico padre, chatarrero y fanático. Creí que por fin me mostraba sincera respecto a mi vida anterior. No era la verdad exactamente, pero la historia era fiel en un sentido más amplio: fiel a lo que sería en el futuro, ahora que todo había empezado a cambiar para mejor; ahora que mi madre había encontrado su fortaleza.

El pasado era un fantasma, inconsistente, incapaz de despertar sentimientos. Solo el futuro tenía peso.

Mujer rencillosa en casa espaciosa

La siguiente vez que regresé a Buck's Peak era otoño y la abuela de colina abajo se moría. Había luchado nueve años contra el cáncer de médula ósea y el combate se acercaba a su fin. Mi madre me escribió poco después de que me enterara de que había conseguido una plaza en Cambridge para cursar estudios de doctorado. «La abuela vuelve a estar en el hospital —decía—. Ven rápido. Creo que será la última vez.»

Cuando aterricé en Salt Lake, la abuela perdía el conocimiento a ratos. Drew fue a recogerme al aeropuerto. A esas alturas éramos más que amigos y se ofreció a acompañarme a Idaho, al hospital de la ciudad.

Yo no lo pisaba desde que había llevado a Shawn hacía años, y mientras caminaba por el pasillo blanco y aséptico fue difícil no pensar en mi hermano. Encontramos la habitación de la abuela. El abuelo, sentado junto a la cama, le tenía cogida la mano, cubierta de manchitas. Ella abrió los párpados y me miró.

—Mi pequeña Tara, que ha venido nada menos que de Inglaterra —dijo, y cerró los ojos.

El abuelo le apretó la mano, pero la abuela se había dormido. Una enfermera nos advirtió de que probablemente dormiría varias horas.

Drew propuso llevarme a Buck's Peak. Acepté, y hasta que apareció la montaña no me pregunté si no habría cometido un error. A pesar de que Drew

conocía mis historias, su presencia en casa entrañaba un riesgo: aquello no era una historia, y dudaba que alguien representara el papel que le había escrito a cada uno de ellos.

En la casa reinaba el caos. Había mujeres por todas partes: unas atendían los encargos por teléfono, otras mezclaban aceites o filtraban tinturas. En el lado que daba al sur se había construido otro anexo, donde unas jóvenes llenaban frascos y empaquetaban productos para enviarlos. Dejé a Drew en la sala de estar y fui al cuarto de baño, la única pieza de la casa que seguía tal como la recordaba. Al salir me topé con una anciana flaca de cabello tieso que llevaba unas grandes gafas cuadradas.

—Este lavabo es para el equipo de dirección. Las llenadoras de frascos deben usar el del anexo.

—Yo no trabajo aquí.

Me fulminó con la mirada. Por supuesto que trabajaba allí, como todo el mundo.

—Este lavabo es para el equipo de dirección —repitió tras enderezarse en toda su estatura—. Tú no tienes permiso para salir del anexo.

Se marchó sin darme tiempo a replicar.

Aún no había visto a mis padres. Volví sobre mis pasos en zigzag para sortear a las empleadas y encontré a Drew sentado en el sofá, escuchando a una mujer que le informaba de que la aspirina puede causar infertilidad. Le cogí de la mano y tirando de él me abrí camino entre las desconocidas.

—¿Este sitio es de verdad? —me preguntó.

Encontré a mi madre en una habitación sin ventanas del sótano. Tuve la impresión de que se escondía. Le presenté a Drew y le dirigió una sonrisa afectuosa.

—¿Dónde está papá? —le pregunté. Suponía que estaría en cama, pues

desde que la explosión le había abrasado los pulmones era propenso a padecer enfermedades respiratorias.

—Seguro que está en la brega —respondió alzando los ojos al techo, que retumbaba con el ruido sordo de pisadas.

Mi madre subió con nosotros. En cuanto apareció en el descansillo, varias empleadas suyas la llamaron para trasladarle preguntas de los clientes. Por lo visto todo el mundo quería conocer su opinión: sobre quemaduras, sobre soplos cardíacos, sobre lactantes con peso bajo. Les dijo que no con la mano y siguió adelante con brío. Avanzaba por su propia casa como una celebridad que no quiere que la reconozcan en un restaurante muy concurrido.

El escritorio de mi padre era grande como un coche y estaba estacionado en el centro del caos. Papá hablaba por teléfono con el auricular encajado entre la mejilla y el hombro para que no le resbalara de las manos, que eran como de cera.

—Los médicos no pueden ayudarles contra la diabetes —aseguraba en voz demasiado alta—. ¡El Señor sí que puede!

Miré de reojo a Drew y vi que sonreía. Papá colgó, se volvió hacia nosotros y saludó a Drew con una sonrisa de oreja a oreja. Irradiaba energía, que extraía del desbarajuste general de la casa. Drew comentó que estaba impresionado por el negocio y papá pareció crecer quince centímetros.

—Se nos ha bendecido por realizar la labor del Señor —dijo.

El teléfono volvió a sonar. Aunque había al menos tres empleadas cuya tarea consistía en atender las llamadas, papá se abalanzó sobre el auricular como si esperara una importante. Jamás lo había visto tan rebosante de vida.

—El poder de Dios en la tierra —gritó al teléfono—. Estos aceites son la farmacia de Dios.

El ruido de la casa aturullaba de tal modo que llevé a Drew a la montaña. Paseamos por los campos de trigo almidonero y nos internamos en el anillo

de pinos que bordeaban la falda de la montaña. Las tonalidades del otoño resultaban relajantes y pasamos varias horas contemplando el plácido valle. A media tarde volvimos a casa y Drew partió hacia Salt Lake City.

Entré en la Capilla por la cristalera y me sorprendió el silencio. La casa estaba desierta, los teléfonos desconectados y las mesas de trabajo abandonadas. Mi madre se hallaba sola en el centro de la sala.

—Han llamado del hospital. La abuela ha muerto.

Mi padre perdió el gusto por el negocio. Se levantaba cada día más tarde, y cuando por fin salía de la cama, al parecer era para insultar y lanzar acusaciones. Gritaba a Shawn por asuntos del desguace y sermoneaba a mi madre acerca de la gestión de las empleadas. Hablaba mal a Audrey cuando mi hermana quería prepararle el almuerzo, y a mí me vociferaba por teclear demasiado fuerte. Era como si deseara pelear, castigarse por la muerte de la anciana. O tal vez castigarse por la vida que ella había llevado, por el conflicto que había existido entre ambos y al que solo el fallecimiento de la abuela había puesto fin.

La casa volvió a llenarse poco a poco. Se conectaron de nuevo los teléfonos y aparecieron mujeres para atender las llamadas. El escritorio de papá continuó desocupado. Se pasaba los días en la cama, contemplando el techo estucado. Cuando le llevaba la cena, como hacía de niña, dudaba, igual que entonces, de que se percatara de mi presencia.

Mi madre se movía por la casa con la vitalidad de diez personas: mezclaba tinturas y aceites esenciales, ordenaba a unas empleadas que se ocuparan de los preparativos del funeral y a otras que cocinaran para los primos y tías que acudían sin avisar para recordar a la abuela. La veía a menudo con el delantal puesto, vigilando un asado con un teléfono en cada mano, en uno un cliente y

en el otro un tío o un amigo que llamaba para dar el pésame. Entretanto mi padre seguía en la cama.

Papá habló en el funeral. Pronunció un sermón de veinte minutos sobre las promesas de Dios a Abraham. Nombró dos veces a la abuela. A los de fuera debió de parecerles que apenas le afectaba la pérdida de su madre, pero nosotros, que percibíamos la desolación, sabíamos la verdad.

Cuando regresamos a casa se encolerizó al ver que el almuerzo no estaba a punto. Mi madre corrió a servir el estofado que había dejado a fuego lento, y tras la comida papá se sulfuró por los platos, que ella se apresuró a fregar, y por sus nietos, que jugaban armando jaleo mientras mi madre iba como una flecha de un lado a otro intentando acallarlos.

Por la noche, con la casa ya vacía y tranquila, desde la sala de estar oí a mis padres discutir en la cocina.

—Lo menos que podrías hacer es rellenar esas tarjetas de agradecimiento —decía ella—. Al fin y al cabo, era tu madre.

—Eso es tarea de la esposa —replicó él—. Jamás he oído decir que un hombre escriba tarjetas.

Dijo justo lo que no debía. Durante diez años mi madre había sido la principal fuente de ingresos, sin dejar por ello de preparar las comidas, limpiar la casa y lavar la ropa, y yo no la había oído ni una sola vez expresar el menor resentimiento. Hasta ese día.

—Entonces tú tendrías que hacer las tareas del marido —le espetó alzando la voz.

Se pusieron a gritar los dos. Papá intentó acorralarla, someterla con una demostración de ira, como siempre había hecho, pero en esa ocasión solo consiguió que mi madre se mostrara más testaruda. Al final arrojó las tarjetas en la mesa.

—Puedes escribirlas o no —exclamó—. Pero si no lo haces tú, nadie lo

hará.

Y bajó por la escalera. Papá la siguió, y durante una hora los chillidos de ambos traspasaron el suelo. Nunca les había oído gritar de esa manera, al menos a mi madre. Nunca la había visto negarse a ceder.

A la mañana siguiente encontré a papá en la cocina. Echaba harina en una sustancia glutinosa que supuse que era masa de tortitas, y al verme la soltó y se sentó a la mesa.

—Eres una mujer, ¿no? Pues bien, esto es una cocina.

Nos miramos de hito en hito y reflexioné sobre la distancia que se había abierto entre nosotros; en lo naturales que esas palabras resultaban a sus oídos y en cómo chirriaban a los míos.

No era propio de mi madre dejar que papá se preparara el desayuno. Pensé que debía de encontrarse mal y bajé a ver qué le ocurría. Apenas llegué al descansillo oí unos sollozos sordos en el cuarto de baño, sofocados por el zumbido incesante de un secador de pelo. Me quedé escuchando junto a la puerta durante un minuto, paralizada. ¿Preferiría mi madre que me fuera, que fingiera no haberla oído? Esperé a que se calmara, pero los sollozos eran cada vez más desesperados.

Llamé con los nudillos.

—Soy yo.

La puerta se abrió, solo una rendija al principio, luego más, y apareció mi madre envuelta en una toalla demasiado pequeña para cubrirla, con la piel reluciente por el agua de la ducha. Nunca la había visto desnuda y de manera instintiva cerré los ojos. El mundo se volvió negro. Los abrí al oír un golpetazo y el crujido de plástico resquebrajado. Se le había caído al suelo el secador, cuyo rugido se redobló, como si rebotara en el hormigón. Miré a mi madre, que me atrajo hacia sí y me abrazó. La humedad de su cuerpo me caló la ropa y noté en el hombro las gotitas que le caían del pelo.

La magia de la física

No me quedé mucho tiempo en Buck's Peak, una semana quizá. El día que partí de la montaña, Audrey me pidió que no me marchara. No me acuerdo de la conversación, pero sí recuerdo que en mi diario introduje una anotación sobre ella. La escribí el mismo día que regresé a Cambridge, sentada por la noche en un puente de piedra de cara a la capilla del King's College. Recuerdo el río, que estaba calmo; recuerdo el movimiento pausado de las hojas otoñales sobre la superficie lisa como el cristal. Recuerdo el rasgueo de la pluma sobre el papel mientras consignaba con todo detalle, en ocho páginas enteras, lo que mi hermana me había dicho. Sin embargo, se ha borrado el recuerdo de mi hermana diciéndomelo; tengo la impresión de que lo escribí a fin de olvidarlo.

Audrey me suplicó que me quedara. Aseguró que Shawn era tan fuerte y tan persuasivo que no podía enfrentarse a él sola. Le dije que no estaba sola, que tenía a nuestra madre. Audrey dijo que yo no lo entendía. Que, a fin de cuentas, nadie nos había creído. Estaba segura de que papá nos llamaría mentirosas si le pedíamos ayuda. Le dije que nuestros padres habían cambiado y que debíamos confiar en ellos. Luego subí a un avión y puse ocho mil kilómetros de por medio.

Si me sentí culpable por anotar los temores de mi hermana desde una distancia protectora, rodeada de bibliotecas magníficas y capillas antiguas,

solo lo dejé entrever una vez, en la última frase que escribí: «Cambridge es menos hermosa esta noche».

Drew viajó conmigo a Cambridge, pues lo habían aceptado en un máster en estudios sobre Oriente Próximo. Le conté mi conversación con Audrey. Fue el primer novio al que hablé con franqueza de mi familia, al que confié la verdad y no solo anécdotas divertidas. Claro que todo esto es agua pasada, le decía. Ahora mi familia es diferente. De todos modos, debes saberlo. Para que me vigiles. Por si cometo alguna locura.

El primer trimestre transcurrió en un auténtico torbellino de cenas y farras nocturnas, salpicadas de visitas a la biblioteca a altas horas de la noche. Para que se me permitiera cursar el doctorado debía presentar un trabajo académico original. En otras palabras, tras pasar cinco años leyendo historia, se me pedía que la escribiera.

¿Escribir sobre qué? Mientras leía para la tesina me había sorprendido descubrir resonancias de la teología mormona en los grandes filósofos del siglo XIX. Se lo comenté a David Runciman, mi director. «Ahí tienes tu proyecto —afirmó—. Puedes hacer algo que nadie ha hecho: analizar el mormonismo no como un movimiento religioso, sino como una corriente intelectual.»

Releí las cartas de Joseph Smith y Brigham Young. De niña las había leído como un acto de veneración; en la universidad las leí con otros ojos, no con los de una crítica, pero tampoco con los de una discípula. Analicé la poligamia entendida como política social y no como doctrina. La contrapuse a sus propios objetivos y a otros movimientos y teorías de la misma época. Me pareció un acto radical.

Mis amigos de Cambridge se habían convertido en una especie de familia

para mí y tenía la impresión de encajar entre ellos, una impresión que durante muchos años no había experimentado con respecto a Buck's Peak. En ocasiones me sentía condenada por esos sentimientos. Las mujeres normales no quieren más a un desconocido que a un hermano, pensaba, ¿y qué clase de joven prefiere a un profesor antes que a su propio padre?

Sin embargo, aunque habría deseado que las cosas fueran distintas, no quería volver a casa. Prefería la familia que había elegido a la que me habían dado, de modo que cuanto más contenta me sentía en Cambridge, más pestilente me resultaba mi felicidad debido a la sensación de que había traicionado a Buck's Peak. Esa sensación llegó a transformarse en una parte física de mí, en un sabor que percibía en la lengua y en un olor de mi aliento.

Compré un billete hacia Idaho para la Navidad. La víspera del viaje se celebraba un banquete en mi facultad. Un amigo mío había creado un coro de cámara que interpretaría villancicos durante la cena y que llevaba meses ensayando, pero el día de la fiesta la soprano contrajo una bronquitis. Mi teléfono sonó por la tarde. Era mi amigo. «Por favor, dime que conoces a alguien que sepa cantar», dijo.

Aunque llevaba años sin practicar y nunca había cantado sin que mi padre estuviera presente para escucharme, al cabo de unas horas me subí con el coro de cámara a un estrado cercano a las vigas, por encima del enorme árbol de Navidad que presidía el salón. Valoré como un tesoro aquel momento y disfruté con la ligereza que experimenté al sentir que la música volvía a surgir de mi pecho. Me pregunté si papá, de haber estado en Inglaterra, habría tenido la valentía de hacer frente a la universidad y su socialismo para oírme cantar. Me pareció que sí.

Buck's Peak no había cambiado. La Princesa se hallaba sepultada por la

nieve, aunque se distinguía el marcado contorno de sus piernas. Cuando llegué, mi madre estaba en la cocina, removiendo el estofado con una mano mientras sostenía el auricular del teléfono con la otra y explicaba las propiedades de la agripalma. El escritorio de papá seguía vacío. Mi padre estaba en el sótano, en cama, según me contó mi madre. Tenía algo en los pulmones.

Un desconocido corpulento entró por la puerta trasera arrastrando los pies. Tardé varios segundos en reconocer a mi hermano Luke, que gastaba una barba tan poblada que parecía una de sus cabras. Tenía el ojo izquierdo blanco, ciego: hacía unos meses le habían disparado en la cara con una marcadora de *paintball*. Cruzó la habitación para darme una palmada en la espalda y le miré el ojo bueno en busca de algo familiar. Sin embargo, no estuve segura de que era mi hermano hasta que le vi la cicatriz prominente del antebrazo, una uve curva de cinco centímetros de ancho en el lugar donde la Cizalla le había mordido la carne.^[9] Me contó que vivía con su esposa y una patulea de críos en una caravana detrás del establo y que se ganaba la vida trabajando en pozos petrolíferos de Dakota del Norte.

Transcurrieron dos días. Papá subía todas las noches y se acomodaba en el sofá de la Capilla, donde tosía y veía la televisión o leía el Antiguo Testamento. Yo pasaba los días estudiando o ayudando a mi madre.

La tercera noche, estaba leyendo en la mesa de la cocina cuando Shawn y Benjamin entraron por la puerta de atrás. Benjamin hablaba del puñetazo que había asestado tras un choque sin importancia en la ciudad. Contó que antes de apearse del camión para enfrentarse al otro conductor se había deslizado la pistola en la cinturilla de los vaqueros.

—El tío no sabía dónde se metía —añadió con una sonrisa.

—Solo un idiota coge un arma antes de un follón como ese.

—No pensaba usarla —masculló Benjamin.

—Pues entonces no la cojas —replicó Shawn—. Seguro que así no la usas. Si la coges puede que la utilices. Es lo que pasa. Una pelea a puñetazos puede acabar en un tiroteo en un plis plas.

Shawn hablaba tranquilo, con tono reflexivo. Llevaba el pelo sucio y sin cortar, alborotado, y una barba incipiente del color del esquisto. Los ojos le brillaban bajo la grasa y la mugre, dos llamas azules entre nubes de cenizas. Al igual que sus palabras, su semblante parecía propio de un hombre mayor, un hombre cuya sangre se había enfriado, que había encontrado la paz.

Se volvió hacia mí. Había estado evitándole, lo que de repente me pareció injusto. Shawn había cambiado; era cruel actuar como si siguiera siendo el de antes. Me preguntó si me apetecía dar una vuelta en coche y acepté. Mi hermano quería un helado, de modo que tomamos unos batidos de helado. Mantuvimos una conversación sosegada, agradable, como las que hacía años habíamos tenido en el corral en atardeceres sombríos. Me habló de cómo dirigía la cuadrilla sin papá y de los frágiles pulmones de Peter, de las intervenciones quirúrgicas del pequeñín y de los tubos de oxígeno que todavía necesitaba por la noche.

Ya estábamos cerca de casa, a solo un kilómetro de Buck's Peak, cuando Shawn dio un volantazo y el coche patinó. Aceleró mientras girábamos, los neumáticos frenaron en seco y el vehículo viró con una sacudida hacia una carretera secundaria.

—¿Adónde vamos? —pregunté, aunque sabía que la carretera solo llevaba a un sitio.

La iglesia estaba a oscuras y el aparcamiento, desierto.

Shawn lo rodeó y aparcó cerca de la entrada principal. Desconectó el motor y se apagaron los faros. Apenas distinguí la curva de su rostro en la oscuridad.

—¿Hablas mucho con Audrey? —me preguntó.

—La verdad es que no.

Pareció relajarse.

—Audrey es una embustera de mierda —dijo.

Aparté la vista y la clavé en el chapitel de la iglesia, recortado sobre la luz de las estrellas.

—Le pegaría un tiro en la cabeza —prosiguió, y noté que volvía el cuerpo hacia mí—, si no fuera porque no quiero desperdiciar una bala en una puta inútil.

Era crucial no mirarlo. Estaba casi convencida de que, si mantenía los ojos fijos en el chapitel, no me tocaría. Casi. Porque mientras me aferraba a esa convicción esperaba sentir sus manos en el cuello. Sabía que las sentiría, y a no mucho tardar, pero no me atrevía a hacer nada que pudiera romper la magia de la espera. En aquel momento parte de mí creía —como siempre lo había creído— que sería yo quien quebraría la magia, quien provocaría que se quebrara. Cuando la quietud estallara en pedazos y la furia de Shawn se precipitara sobre mí, sabría que algún acto mío había sido el desencadenante, la causa. Esas supersticiones encierran esperanza; la ficción de que se tiene el control.

Permanecí quieta, sin moverme ni pensar.

Se oyó el clic del contacto y el motor se puso en marcha con un rugido. Salió aire caliente por los conductos de ventilación.

—¿Te apetece ver una película? —me preguntó Shawn. El tono era despreocupado.

Vi girar el mundo cuando el coche dio la vuelta y regresó dando bandazos a la carretera.

—Una película me parece muy buena idea —añadió.

No dije nada, pues no quería moverme ni hablar por si atentaba contra la magia de la física que creía que me había salvado. Shawn pareció no reparar

en mi silencio. Condujo el último kilómetro hasta Buck's Peak sin dejar de hablar muy animado, casi guasón, de si debíamos ver *El hombre que no sabía nada*.

La sustancia de las cosas

Cuando aquella noche abordé a mi padre en la Capilla, no me sentía especialmente valiente. Consideraba que mi labor era de reconocimiento: transmitir información, contarle que Shawn había amenazado a Audrey, porque papá sabría cómo actuar.

O quizá me sentía tranquila porque en realidad no estaba en casa. Tal vez estuviera al otro lado del océano, en otro continente, leyendo a Hume en un soportal de piedra. Tal vez estuviera cruzando presurosa el King's College con el *Discurso sobre la desigualdad* bajo el brazo.

—Papá, quiero contarte una cosa.

Le dije que Shawn había hablado en broma de disparar a Audrey y que me parecía que era porque ella le había reprochado su comportamiento. Papá me miró de hito en hito y se le tensó la piel de la zona donde antes tenía los labios. Llamó a mi madre a voces y ella acudió. La actitud de mi madre era lúgubre; yo no entendía por qué no me miraba a los ojos.

—¿Qué quieres decir con eso? —me preguntó papá.

En ese momento empezó un interrogatorio. Cada vez que yo insinuaba que Shawn era violento y manipulador, papá me gritaba: «¿Dónde está la prueba? ¿Tienes alguna prueba?».

—Tengo los diarios.

—Tráelos. Me los leeré.

—No los tengo aquí. —Era mentira; los guardaba debajo de la cama.

—¿Qué demonios quieres que piense si no tienes ninguna prueba? —exclamaba papá.

Mi madre estaba sentada en el borde del sofá, con la boca abierta y torcida. Se notaba que sufría.

—No necesitas ninguna prueba —dije sin alzar la voz—. Tú mismo lo has visto. Lo habéis visto los dos.

Papá me espetó que no estaría contenta hasta que Shawn se pudriera en la cárcel, que había regresado de Cambridge con el único propósito de liarla. Le dije que no quería ver a Shawn en prisión pero que era preciso hacer algo. Me volví hacia mi madre y esperé a que sumara su voz a la mía; sin embargo, continuó callada, con la vista clavada en el suelo, como si papá y yo no estuviéramos presentes.

En un momento determinado comprendí que no hablaría, que seguiría sin decir nada, que yo estaba sola. Intenté calmar a papá, con la voz trémula, quebrada, y de repente me eché a llorar. Los sollozos brotaron de no sé dónde, de una parte de mí que no sentía desde hacía años, que había olvidado que existía. Creí que iba a vomitar.

Corrí al cuarto de baño. Temblaba de arriba abajo.

Tenía que sofocar los sollozos de inmediato —de lo contrario papá no me tomaría en serio—, de modo que reprimí los berridos recurriendo al método del pasado: mirando desafiante mi cara en el espejo y regañándola por cada lágrima. Era un procedimiento tan conocido que al llevarlo a cabo rompí en mil pedazos la ficción que con tanto esmero había fabricado en el último año. El pasado y el futuro falsos se volatilizaron.

Miré con fijeza el reflejo. El espejo, con sus tres hojas bordeadas de roble de imitación, resultaba hipnótico. Era el mismo espejo que había mirado de pequeña, de adolescente, de joven, medio mujer, medio niña. Detrás tenía el

váter en el que Shawn me había metido la cabeza para obligarme a confesar que era una ramera.

Me había encerrado multitud de veces en ese cuarto de baño en cuanto Shawn me soltaba. Movía las hojas del espejo hasta que mostraban mi rostro triplicado y, mirando a cada uno de ellos, meditaba sobre lo que Shawn había dicho y lo que me había obligado a decir, hasta que mis palabras empezaban a parecer ciertas y no algo que había dicho para evitar el dolor. Y ahí seguía, y ahí estaba el espejo. El mismo rostro, repetido en las mismas tres hojas.

Sin embargo, no era el mismo. Ese rostro tenía más años y se alzaba sobre un jersey de cachemir. De todas formas, el doctor Kerry tenía razón: lo que volvía diferente ese rostro, a esa mujer, no era la ropa. Era algo que se percibía en el fondo de los ojos, en la firmeza de la mandíbula: la esperanza, la creencia o la convicción de que la vida no es algo inalterable. No encuentro la palabra para describir lo que vi, pero supongo que se parecía a la fe.

Tras recuperar una frágil sensación de serenidad salí del cuarto de baño llevando esa calma con mimo, como si se tratara de una bandeja de porcelana que portara sobre la cabeza. Caminé despacio por el pasillo, con pasos cortos y parejos.

—Voy a acostarme —dije al entrar en la Capilla—. Ya hablaremos mañana.

Papá estaba sentado al escritorio, con el teléfono en la mano izquierda.

—Hablaremos ahora —replicó—. Le he contado a Shawn lo que has dicho. Ya viene.

Me planteé la posibilidad de huir. ¿Lograría llegar a mi coche antes de que se presentara Shawn? ¿Dónde había puesto las llaves? Necesito el portátil, tengo el trabajo de investigación en él, pensé. «Déjalo», dijo la chica del espejo.

Papá me ordenó que me sentara y obedecí. No recuerdo cuánto rato esperé, paralizada por la indecisión; en cualquier caso, seguía preguntándome si tendría tiempo de escapar cuando se abrió la cristalera y entró Shawn. De repente la enorme sala se me antojó minúscula. Me miré las manos. No me atreví a levantar la vista.

Oí pasos. Shawn cruzó la estancia y se sentó a mi lado en el sofá. Esperó a que le mirara, y al ver que no lo hacía, estiró el brazo para cogerme la mano. Con delicadeza, como si separara los pétalos de una rosa, me abrió los dedos e introdujo algo entre ellos. Percibí el frío de la hoja metálica antes de verla e intuí la sangre antes incluso de atisbar la franja roja en la palma de la mano.

Era un cuchillo pequeño, de menos de quince centímetros de largo, y muy fino. La hoja tenía un brillo carmesí. Froté el pulgar y el índice, me los acerqué a la nariz y aspiré el olor. Metálico. No cabía duda de que era sangre. No era mía, pues Shawn tan solo me había puesto el cuchillo en la mano; entonces ¿de quién era?

—Si eres lista, Bermana Hequeña, te lo clavarás tú misma. Porque será mejor que lo que te haré si no lo usas.

—No digas disparates —intervino mi madre.

Miré boquiabierta a mi madre y luego a Shawn. Debí de parecerles una idiota, pero no acababa de entender lo que ocurría y no supe reaccionar. Casi me pregunté si debía volver al cuarto de baño, atravesar el espejo y enviar a la otra chica, la de dieciséis años. Ella sí sabría lidiar con la situación, pensé. A diferencia de mí, no tendría miedo. A diferencia de mí, nada le haría daño. Ella era un pedazo de piedra, sin sensibilidad carnal. Aún no me daba cuenta de que precisamente ser sensible —el haber llevado durante unos años una vida que permitía la sensibilidad— sería lo que, a la postre, me salvaría.

Me quedé mirando la hoja del cuchillo. Papá empezó un sermón que interrumpió varias veces para que mi madre ratificara sus palabras. Oí voces,

entre ellas la mía, que cantaban en coro en un salón antiguo. Oí risas, el sonido de vino escanciado, el tintineo de cuchillos de la mantequilla que golpeaban platos de porcelana. Apenas oí el discurso de mi padre, y recuerdo con claridad, como si ocurriera ahora mismo, que me trasladé por encima de un océano y retrocedí tres puestas de sol hasta la noche en que había cantado con mis amigos en el coro de cámara. «Debo de haberme dormido —pensé—. Demasiado vino. Demasiado pavo asado.»

Tras concluir que estaba soñando, hice lo que hacemos en los sueños: intenté entender las normas de esa realidad anómala y respetarlas. Razoné con las sombras extrañas que se hacían pasar por mis padres y mi hermano, y cuando los razonamientos no dieron resultado mentí. Los impostores habían torcido la realidad. Era mi oportunidad. Le dije a Shawn que no le había contado nada a nuestro padre. Pronuncié frases como «No sé de dónde ha sacado papá esa idea» y «Papá me habrá entendido mal», con la esperanza de que las sombras se disiparan si negaba su capacidad de discernimiento. Al cabo de una hora seguíamos sentados en el sofá y por fin acepté su persistencia física. Estaban en la sala igual que yo.

Se me había secado la sangre de la mano. El cuchillo estaba tirado en la moqueta, olvidado por todos menos por mí. Procuré no mirarlo. ¿De quién era la sangre? Observé a mi hermano. No tenía ningún corte.

Papá había comenzado otro sermón, y esa vez estuve lo bastante presente para oírlo. Afirmó que a las niñas hay que enseñarles a comportarse como es debido ante los hombres, para que no se muestren demasiado incitantes. Que había observado hábitos indecentes en las hijas de mi hermana, la mayor de las cuales tenía seis años. Shawn estaba tranquilo. Lo había agotado la mera duración de la salmodia de papá. Además, se sentía protegido, justificado, de modo que, cuando el sermón terminó por fin, me dijo: «No sé qué le has

contado a papá esta noche, pero viéndote me doy cuenta de que te he hecho daño. Y lo siento».

Nos abrazamos. Nos reímos como siempre hacíamos después de una pelea. Le sonreí como había hecho siempre, como habría hecho ella, la chica de dieciséis años. Sin embargo ella no estaba y la sonrisa era falsa.

Fui a mi dormitorio y cerré la puerta, eché el pestillo sin hacer ruido y llamé a Drew. Me expresé de manera incoherente debido al pánico pero al final me entendió. Me aconsejó que me marchara de inmediato y propuso quedar conmigo a medio camino. No puedo, le dije. La situación se ha calmado. Si intento huir en plena noche no sé qué pasará.

Me acosté, aunque no logré dormir. Esperé hasta las seis de la mañana para levantarme y encontré a mi madre en la cocina. El coche que conducía me lo había prestado Drew, de modo que le dije a mi madre que había surgido un imprevisto y que Drew lo necesitaba en Salt Lake. Le aseguré que regresaría al cabo de un par de días.

Unos minutos después bajaba por la colina. La carretera ya estaba a la vista cuando atisbé algo y me detuve. A unos pasos de la puerta de la caravana donde Shawn vivía con Emily y Peter, la nieve estaba manchada de sangre. Se había producido una muerte en ese lugar.

Más tarde me enteraría por mi madre de que había sido la de Diego, un pastor alemán que Shawn había comprado hacía unos años. Era un animal de compañía, muy querido por Peter. Tras recibir la llamada de papá, mi hermano había salido a acuchillarlo mientras su hijito, a poca distancia, oía los gañidos del perro. Mi madre aseguró que la ejecución nada tenía que ver conmigo; que no había habido más remedio que acabar con Diego porque mataba los pollos de Luke. Fue una mera coincidencia, según ella.

Quise creerla pero no pude. Hacía más de un año que Diego mataba los pollos de Luke. Además, era de pura raza. A Shawn le había costado quinientos dólares. Podría haberlo vendido.

Con todo, la verdadera razón por la que no la creí fue el cuchillo. En el transcurso de los años había visto a mi padre y mis hermanos sacrificar a docenas de perros —la mayoría extraviados— que merodeaban alrededor del gallinero. No los había visto matar ni a uno solo con un cuchillo. Les disparaban en la cabeza o en el corazón, por lo que la muerte era rápida. En cambio Shawn había elegido un cuchillo, y un cuchillo con una hoja poco mayor que su pulgar. Era el que escogería una persona que deseara sentir la matanza, notar cómo la sangre se le escurría por la mano cuando el corazón dejara de latir. No era el de un granjero ni siquiera el de un carnicero. Era el cuchillo de la ira.

Ignoro qué ocurrió en los días posteriores. Incluso ahora, al analizar los componentes del enfrentamiento —la amenaza, la negación, el sermón, la disculpa—, me cuesta describirlos. Al cabo de unas semanas, cuando medité sobre lo sucedido, me pareció que había cometido mil errores, que había clavado mil cuchillos en el corazón de mi familia. Más tarde me percaté de que no era la única causante del daño que se hubiera provocado aquella noche. Y más de un año después caí en la cuenta de lo que tendría que haberme resultado evidente de inmediato: que mi madre no había hablado con mi padre del comportamiento de Shawn y que mi padre no había hablado con Shawn. Papá no había prometido ayudarnos a Audrey y a mí. Mi madre había mentado.

Al reflexionar ahora sobre las palabras de mi madre y recordar el momento en que aparecieron como por arte de magia en la pantalla, un detalle se

destaca sobre los demás: que calificara a mi padre de bipolar. Era el trastorno que yo sospechaba. La palabra era mía, no de ella. Por lo tanto, me pregunto si acaso mi madre, que siempre había reproducido a la perfección la voluntad de papá, aquella noche no se limitaría a reproducir la mía.

No, me digo. Eran sus palabras. En cualquier caso, fueran tuyas o no, esas palabras, que me habían consolado y curado, eran huérfanas. No creía que fueran pérfidas, pero la sinceridad no les había dado sustancia y otras corrientes más poderosas se las llevaron.

Al oeste del sol

Huí de la montaña con el equipaje a medio hacer y no recuperé nada de lo que había dejado en casa. Me dirigí a Salt Lake y pasé el resto de las vacaciones con Drew.

Traté de olvidar aquella noche. Por primera vez en quince años cerré mi diario y lo guardé. Escribir un diario es una tarea meditativa, y no quería meditar sobre nada.

Después de Año Nuevo regresé a Cambridge, donde me alejé de mis amigos. Había visto temblar la tierra, había sentido la sacudida preliminar; esperaba el acontecimiento sísmico que transformaría el paisaje. Sospechaba cómo empezaría: Shawn reflexionaría sobre lo que papá le había contado por teléfono y, tarde o temprano, se daría cuenta de que mi negación —mi argumento de que papá me había entendido mal— era mentira; cuando descubriera la verdad, se despreciaría durante un rato, una hora quizá, y luego proyectaría en mí ese aborrecimiento.

Ocurrió a principios de marzo. Shawn me envió un correo electrónico, sin saludo ni ningún mensaje. Contenía tan solo un capítulo de la Biblia, de san Mateo, con un versículo destacado en negrita: «¡Generación de víboras! ¿Cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos?». Me heló la sangre.

Me llamó una hora después. Su tono era desenfadado y durante veinte

minutos hablamos de Peter, de cómo evolucionaban sus pulmones. Luego dijo:

—Tengo que tomar una decisión y quisiera que me aconsejaras.

—Claro.

—No sé qué decidir. —Hizo una pausa y pensé que tal vez fallaba la conexión—. Si matarte yo mismo o contratar a un asesino. —Siguió un silencio cargado de ruiditos de interferencias—. Es posible que salga más barato contratar a alguien teniendo en cuenta el precio del billete de avión.

Fingí no entenderle, con lo que solo conseguí que se mostrara más agresivo. Profirió insultos, despotricó. Intenté calmarlo pero no sirvió de nada. Al final acabaríamos viéndonos. Le colgué y volvió a llamar, una y otra vez, y en cada ocasión repitió las mismas frases: que me guardara las espaldas, que su sicario iría a por mí. Llamé a mis padres.

—No lo ha dicho en serio —aseguró mi madre—. Además, no tiene tanto dinero.

—Esa no es la cuestión —repliqué.

Mi padre quiso pruebas.

—¿No has grabado la llamada? ¿Cómo quieres que sepa si iba en serio?

—Hablabas igual que la vez que me amenazó con el cuchillo ensangrentado —respondí.

—Ah, aquello no iba en serio.

—Esa no es la cuestión —repetí.

Al final las llamadas telefónicas cesaron, aunque no se debió a la intervención de mis padres. Cesaron cuando Shawn me arrancó de su vida. Me escribió para ordenarme que no me acercara a su esposa y su hijo, que no me acercara a él ni por asomo. Era un correo electrónico largo, con un millar de palabras de recriminación y bilis, si bien terminaba con tono de tristeza. Afirmaba que quería a sus hermanos varones, que no conocía a hombres

mejores. A ti te quería más que a todos ellos —añadía—, pero me has dado puñaladas traperas desde el principio.

A pesar de que hacía años que no tenía mucho trato con mi hermano, perder la relación con él, aun sabiendo desde hacía meses que ocurriría, me dejó estupefacta.

Mis padres opinaron que tenía motivos para alejarse de mí. Papá afirmó que era una histérica, que había lanzado acusaciones sin la menor consideración, cuando era evidente que no había que fiarse de mi memoria. Mi madre aseguró que mi rabia era una verdadera amenaza y que Shawn tenía derecho a proteger a su familia. «Tu furia aquella noche —me dijo por teléfono, refiriéndose a la noche en que mi hermano mató a Diego— era el doble de peligrosa de lo que ha sido nunca la de Shawn.»

La realidad se volvió líquida. El suelo cedía bajo mis pies y tiraba de mí hacia abajo mientras giraba a toda velocidad, como arena que se precipitara por un agujero del fondo del universo. La siguiente vez que hablé con mi madre, me dijo que lo del cuchillo no había sido una amenaza. «Shawn intentaba que te sintieras más tranquila —aseguró—. Sabía que te asustarías si él tenía el cuchillo en la mano, y por eso te lo dio.» Una semana después negó que hubiera habido un cuchillo.

—Hablando contigo me doy cuenta de que has deformado la realidad —me dijo—. Es como hablar con alguien que ni siquiera estaba presente.

Le di la razón. Era exactamente así.

Conseguí una ayuda para estudiar en París aquel verano. Drew viajó conmigo. Nuestro piso se encontraba en el distrito VI, cerca de los jardines de Luxemburgo. Mi vida era del todo nueva y lo más parecida a un estereotipo. Me atraían las partes de la ciudad más atestadas de turistas y me zambullía en

ellas. Era una manera frenética de olvidar, y pasé el verano entregada a ese objetivo: el de perderme en los enjambres de viajeros a fin de desprenderme de mi personalidad y de mi carácter, de mi pasado. Cuanto más pedestre fuera la atracción, más me atraía.

Una tarde, cuando ya llevaba varias semanas en París, al salir de una clase de francés pasé por una cafetería para mirar el correo electrónico. Tenía un mensaje de mi hermana.

Entendí de inmediato que mi padre había ido a verla. En cambio, tuve que leer varias veces el texto para entender lo que había sucedido exactamente. Nuestro padre le había asegurado que Shawn estaba limpio gracias a la Expiación de Cristo, que era un hombre nuevo. Había advertido a Audrey de que si volvía a sacar a relucir el pasado destruiría a nuestra familia. Era la voluntad de Dios que Audrey y yo perdonásemos a Shawn, afirmó papá. Si nos negábamos a perdonarle, el nuestro sería el mayor de los pecados.

No me costó imaginar el encuentro, la solemnidad de mi padre sentado frente a mi hermana, la veneración y la fuerza contenidas en sus palabras.

Audrey le dijo que ella había aceptado el poder de la Expiación hacía mucho tiempo y que había perdonado a su hermano. Dijo que yo la había incitado y había despertado la ira en su interior. Que la había traicionado porque me había entregado al miedo, el reino de Satanás, en lugar de caminar en la fe en Dios. Que yo era peligrosa porque me dominaban el miedo y el Padre del Miedo: Lucifer.

Mi hermana terminaba el mensaje diciendo que no sería bien recibida en su casa y que no la llamara a menos que hubiera otra persona en la línea para supervisar la conversación e impedir que sucumbiera a mi influencia. Al leerlo reí a carcajadas. La situación era perversa, pero no dejaba de encerrar cierta ironía: unos meses antes Audrey había dicho que habría que supervisar

a Shawn cuando estuviera cerca de niños. Ahora, después de nuestros esfuerzos, era a mí a quien debían supervisar.

Al perder a mi hermana perdí a mi familia.

Estaba segura de que mi padre visitaría a mis hermanos como había visitado a Audrey. ¿Le creerían? Suponía que sí. A fin de cuentas, Audrey confirmaría las palabras de papá. De nada servirían mis negaciones, las filípicas de una desconocida. Me había alejado demasiado, había cambiado mucho, me parecía muy poco a la hermana que recordaban, aquella niña con costras en las rodillas.

Tenía pocas esperanzas de neutralizar la historia que mi padre y mi hermana me habían creado. Su versión se ganaría primero a mis hermanos y luego se propagaría entre mis tíos, mis primos y por el valle entero. Había perdido a toda mi familia, ¿y para qué?

Ese era mi estado de ánimo cuando me llegó otro mensaje: había conseguido un puesto de profesora investigadora invitada en Harvard. Creo que nunca he recibido una noticia con más indiferencia. Sabía que debía sentirme ebria de gratitud porque me permitieran estudiar en esa universidad, a mí, una joven ignorante salida de un montón de chatarra, pero no logré experimentar entusiasmo. Sospechaba lo que podía costarme mi educación, que empezaba a inspirarme rechazo.

Después de leer el mensaje de Audrey vi que el pasado se modificaba. El cambio se inició con los recuerdos que guardaba de mi hermana. Cuando evocaba alguna parte de nuestra infancia que habíamos vivido juntas, momentos de ternura y de comicidad, de la niña que yo había sido junto a la

niña que había sido ella, el recuerdo se alteraba de inmediato, se desfiguraba, empezaba a pudrirse. El pasado se volvió tan horrendo como el presente.

El cambio se repitió con cada miembro de mi familia. Mis recuerdos de ellos se volvieron siniestros, incriminatorios. La niña que aparecía en ellos, la niña que yo había sido, dejó de ser una chiquilla para convertirse en un ser amenazador y despiadado, un ser que los consumiría a todos.

Esa niña monstruosa me persiguió durante un mes, hasta que encontré un razonamiento para ahuyentarla: el de que seguramente había perdido el entendimiento. Si estaba loca, entonces todo tenía sentido. Si estaba cuerda, nada lo tenía. El razonamiento era irrefutable. Además, me tranquilizó. Yo no era mala, sino un caso clínico.

Empecé a plegarme siempre a la opinión de los demás. Si Drew recordaba algo de forma distinta que yo, le daba la razón de inmediato. Contaba con que él me relatará los hechos de nuestras vidas. Disfrutaba dudando de mí misma respecto a si habíamos visto a tal amigo la semana anterior o hacía dos semanas, si nuestra crepería favorita quedaba al lado de la biblioteca o del museo. Poner en tela de juicio esos hechos banales y mi capacidad de asimilarlos me permitía dudar de si lo que recordaba había ocurrido en realidad.

Mis diarios representaban un problema. Sabía que mis recuerdos no eran solo recuerdos, que los había anotado, que existían en negro sobre blanco. Por lo tanto, mi memoria no era lo único que erraba. El delirio era más profundo, se hallaba en el centro de mi mente, que inventaba en el mismo momento en que se producían los hechos y luego guardaba la ficción.

Durante el mes siguiente llevé la vida de una loca. Viendo brillar el sol barruntaba la lluvia. Sentía el deseo tenaz de interrogar a los demás para comprobar si veían lo mismo que yo. ¿Este libro es azul?, quería preguntarles. ¿Aquel hombre es alto?

En ocasiones este escepticismo adoptaba la forma de una certeza inamovible: algunos días, cuanto más dudaba de mi cordura, con mayor ímpetu defendía mis recuerdos, mi «verdad», como la única verdad posible. Shawn era violento y peligroso y mi padre lo protegía. No toleraba oír ninguna otra opinión sobre el asunto.

En esos momentos buscaba febrilmente una razón para considerarme cuerda. Pruebas. Las necesitaba como el aire. Escribí a Erin, que había sido novia de Shawn antes y después de Sadie, y a quien no veía desde que tenía dieciséis años. Le conté lo que recordaba y le pregunté a bocajarro si yo estaba trastornada. Enseguida contestó que no. Para ayudarme a confiar en mí misma compartió sus recuerdos..., recuerdos en los que Shawn la llamaba ramera a gritos. Mi mente se aferró a esa palabra. No le había dicho a Erin que esa era mi palabra.

Me contó otra anécdota. Un día que replicó a Shawn —solo un poco, añadió, como si creyera que se estaban juzgando sus modales—, él la sacó a rastras de su casa y le estampó la cabeza contra un muro de ladrillo con tanta fuerza que ella creyó que iba a matarla. Mi hermano le apretó la garganta con las manos. «Tuve suerte —me escribió—. Yo había gritado antes de que empezara a estrangularme, y mi abuelo me oyó y lo detuvo a tiempo. De todos modos, sé lo que vi en los ojos de Shawn.»

Su carta fue como una barandilla sujeta a la realidad, una barandilla a la que podía asirme cuando mi mente empezaba a dar vueltas. Hasta que se me ocurrió pensar que tal vez Erin estuviera tan loca como yo. No cabía duda de que la experiencia la había afectado, me dije. ¿Cómo podía creer su versión después de lo mal que lo había pasado? No podía dar crédito a esa mujer porque yo sabía mejor que nadie lo devastadoras que eran sus heridas psicológicas. Así pues, seguí buscando testimonios de otras fuentes.

Cuatro años después, por pura casualidad, encontraría uno.

Mientras viajaba por Utah por un trabajo de investigación, conocí a un hombre que se puso a la defensiva al oír mi apellido.

—Westover —repitió, y el rostro se le ensombreció—. ¿Algún parentesco con Shawn?

—Es mi hermano.

—Pues la última vez que vi a su hermano —replicó recalcando la última palabra como si escupiera sobre ella— tenía a mi prima agarrada por el cuello y le estampaba la cabeza contra un muro de ladrillo. Si no llega a ser por mi abuelo, la habría matado.

Ahí lo tenía: un testigo. Una versión imparcial. Sin embargo, cuando la oí ya no necesitaba oírla. La fiebre de la falta de seguridad en mí misma había desaparecido hacía tiempo. Eso no significaba que me fiara por completo de mis recuerdos, sino que me fiaba de ellos tanto como de los de otras personas, y más que de los de algunas.

Pero aún faltaban unos años para ese momento.

Cuatro brazos largos que giran

Una tarde soleada de septiembre recorrí Harvard Yard cargada con mi maleta. La arquitectura me resultó extraña, además de escueta y humilde comparada con los pináculos góticos de Cambridge. La biblioteca central, llamada Widener, era la más grande que había visto, y contemplando maravillada el edificio me olvidé del último año durante unos minutos.

Mi habitación se encontraba en la residencia de licenciados situada cerca la facultad de derecho. Era pequeña y oscura, húmeda y gélida como una cueva, con paredes cenicientas y frías baldosas de color plomo. Pasé en ella el menor tiempo posible. La universidad parecía brindarme un nuevo comienzo y me propuse aprovecharlo. Me matriculé en todas las asignaturas que logré encajar en mi horario, desde idealismo alemán a historia del laicismo, ética y derecho. Me apunté a un grupo de estudio que se reunía todas las semanas para practicar francés y a otro para aprender a hacer punto. La escuela de posgrado ofrecía un curso gratuito de dibujo al carboncillo. Me apunté aunque no había dibujado en toda mi vida.

Empecé a leer: Hume, Rousseau, Smith, Godwin, Wollstonecraft y Stuart Mill. Me sumergí en el mundo en el que habían vivido, en los problemas que habían intentado solucionar. Me obsesioné con sus ideas acerca de la familia, con la reflexión de que una persona debía contraponer sus obligaciones particulares con la familia a sus obligaciones con la sociedad en su conjunto.

Luego me puse a escribir entretejiendo los hilos que había encontrado en la *Investigación sobre los principios de la moral*, de Hume, con los filamentos de *La esclavitud femenina*, de Stuart Mill. Era un buen trabajo, lo supe incluso mientras lo escribía, y en cuanto lo acabé lo dejé a un lado. Era el primer capítulo de mi tesis doctoral.

Un sábado por la mañana, al volver de la clase de dibujo, vi que había recibido un correo electrónico de mi madre. Me anunciaba que irían a Harvard. Leí la frase al menos tres veces, convencida de que se trataba de una broma. Mi padre no viajaba —no sabía que hubiera ido más que a Arizona a visitar a su madre—, por lo que la idea de que atravesara el país en avión para ver a una hija poseída por el demonio me pareció absurda. Luego lo entendí: iba para salvarme. Mi madre me informaba de que ya había reservado los billetes y de que se alojarían en mi dormitorio de la residencia.

«¿No queréis un hotel?», le pregunté. No, no lo querían.

Al cabo de unos días entré en un programa de chat que no usaba desde hacía años. Sonó una melodía alegre y un nombre pasó del gris al verde. «Charles está conectado», leí en la pantalla. No estoy segura de quién empezó a chatear ni de quién propuso que siguiéramos la conversación por teléfono. Hablamos durante una hora y fue como si el tiempo no hubiera transcurrido.

Me preguntó dónde estudiaba.

—¡Harvard! —exclamó al oír la respuesta—. ¡Ostras!

—Sí. ¿Quién iba a decirlo?

—Yo —afirmó, y era cierto. Siempre había creído en mí, mucho antes de que hubiera motivos para hacerlo.

Le pregunté qué había hecho al terminar la universidad y se produjo un silencio tenso.

—Las cosas no han salido como planeaba —dijo.

No se había graduado. Había dejado los estudios en segundo, al nacer su hijo, porque su esposa estaba enferma y tenían un montón de facturas de tratamientos médicos. Se había puesto a trabajar en pozos petrolíferos de Wyoming.

—En principio iban a ser solo unos meses. Y ya ha pasado un año.

Le hablé de Shawn, de que lo había perdido, de que estaba perdiendo al resto de mi familia. Tras escucharme en silencio exhaló un largo suspiro.

—¿No has pensado nunca que quizá deberías olvidarte de ellos?

No, no lo había pensado ni una sola vez.

—No es para siempre —respondí—. Podré arreglarlo.

—Es curioso —dijo Charles— que hayas cambiado tanto y sigas hablando como cuando teníamos diecisiete años.

Mis padres llegaron cuando las hojas de los árboles empezaban a cambiar de color y más hermoso estaba el campus, donde los rojos y amarillos otoñales se combinaban con el tono burdeos de los edificios coloniales de ladrillo. Con su habla pueblerina, su camisa vaquera y su gorra de miembro vitalicio de la Asociación Nacional del Rifle, papá siempre habría desentonado en Harvard, pero sus cicatrices acentuaban la sensación. Pese a que lo había visto muchas veces desde la explosión, hasta que acudió a Harvard y lo vi contra el telón de fondo de mi vida universitaria no me di cuenta de lo desfigurado que estaba. Me percaté a través de los ojos de los demás, desconocidos que cambiaban de expresión al cruzarse con nosotros en las calles y que se volvían a mirarlo. Luego yo también lo observé y me fijé en que la piel de la barbilla era tirante y como de plástico; en que los labios habían perdido el volumen natural; en que las mejillas se le hundían de tal forma que casi

parecían las de un esqueleto. Tenía retorcida y sarmentosa la mano derecha, que levantaba a menudo para señalar lo que le llamaba la atención, y cuando se la miraba en aquel escenario de torres y columnas antediluvianas de Harvard me recordaba la garra de un animal mitológico.

Como a papá le interesaba poco la universidad, lo llevé a la ciudad. Le enseñé a viajar en metro, a introducir la tarjeta en la ranura y a pasar por el torniquete. Se rio a carcajadas, como si se tratara de una tecnología fabulosa. Un indigente recorrió nuestro vagón y nos pidió un dólar. Papá le entregó un billete de cincuenta nuevecito.

—Si sigues a este ritmo en Boston, te vas a quedar sin dinero —le advertí.

—Lo dudo —dijo guiñándome un ojo—. El negocio va sobre ruedas. ¡Tenemos más de lo que podemos gastar!

Dada su delicada salud, él se quedó con la cama. A mi madre le dejé un colchón inflable que había comprado y yo me acosté en el suelo de baldosas. Los dos roncaban muy fuerte y no dormí en toda la noche. Cuando por fin salió el sol seguí tumbada, con los ojos cerrados, respirando de manera profunda y pausada, mientras mis padres saqueaban la mininevera y hablaban de mí en voz baja.

—El Señor me ha ordenado dar testimonio —decía papá—. Todavía podemos conseguir que regrese al Señor.

Mientras maquinaban cómo volver a convertirme, yo maquinaba cómo permitírsele. Estaba dispuesta a ceder, aunque eso implicara un exorcismo. Me habría venido bien un milagro: si lograba representar un renacimiento convincente, podría desvincularme de cuanto había dicho y hecho en el último año. Podría retractarme de todo, culpar a Lucifer y hacer borrón y cuenta nueva. Imaginé cuánto me apreciarían, como a un vaso acabado de limpiar. Cuánto me querrían. Con solo sustituir mis recuerdos por los suyos, tendría a mi familia.

Mi padre quiso visitar la Arboleda Sagrada de Palmyra, en el estado de Nueva York, el bosque donde, según Joseph Smith, Dios se le apareció para ordenarle que fundara la iglesia verdadera. Alquilamos un coche y al cabo de seis horas entramos en Palmyra. Cerca de la floresta, a cierta distancia de la carretera, se alzaba un templo resplandeciente coronado por una estatua dorada del ángel Moroni. Papá detuvo el vehículo en el arcén y me pidió que cruzara los jardines para acercarme al templo.

—Tócalo —me dijo—. Su poder te purificará.

Le escudriñé la cara. Su expresión era tensa, seria, desesperada. Deseaba con todo su ser que tocara el templo y me salvara.

Los dos contemplamos el templo. Él vio a Dios; yo vi granito. Nos miramos. Él vio una mujer condenada; yo vi un hombre mayor trastornado, desfigurado literalmente por sus creencias. Y, aun así, triunfal. Me acordé de las palabras de Sancho Panza: «... caballero aventurero es una cosa que en dos palabras se ve apaleado y emperador».

Cuando reflexiono ahora sobre aquel momento, la imagen se difumina y se reestructura para convertirse en la de un caballero enfervorizado que, a lomos de un corcel, entra en una batalla imaginaria, golpea sombras y hiende el aire a tajos. Tiene la mandíbula firme y la espalda erguida. Sus ojos arden de convicción, arrojan chispas que queman el lugar donde caen. Mi madre me dirige una mirada pálida de incredulidad pero, en cuanto él la mira, van los dos a una en la lucha contra los molinos de viento.

Crucé los jardines y apoyé la mano en la piedra del templo. Cerré los ojos e intenté convencerme de que ese simple gesto propiciaría el milagro por el que mis padres rezaban. Que solo debía tocar el monumento y, gracias al poder del Altísimo, todo se resolvería. Sin embargo, no sentí nada. Solo la fría piedra.

Volví al coche.

—Vámonos —dije.

«Cuando la vida misma parece loca, ¿quién sabe dónde está la locura?»

Durante los días siguientes escribí esa cita en todas partes, de manera inconsciente, compulsiva. Ahora la encuentro en los libros que leía entonces, en los apuntes de clase, en los márgenes de mi diario. Era un mantra que recitaba. Me obligaba a creérmela..., a creer que no había ninguna diferencia entre lo que sabía que era cierto y lo que sabía que era falso; a convencerme de que había cierta dignidad en lo que me proponía hacer, en renunciar a mis percepciones del bien y el mal, de la realidad, de la cordura, para ganarme el cariño de mis padres. Por ellos creía que podía ponerme una armadura y atacar a gigantes, aunque supiera que solo veía molinos de viento.

Entramos en la Arboleda Sagrada. Me adelanté y encontré un banco bajo un dosel de árboles. Era un bosque precioso, cargado de historia. Por él mis antepasados habían viajado a Estados Unidos. Una ramita se partió con un chasquido y aparecieron mis padres. Se sentaron conmigo, uno a cada lado.

Mi padre habló durante dos horas. Aseguró que había visto ángeles y demonios. Que había visto una manifestación física del mismísimo diablo y que se le había aparecido Nuestro Señor Jesucristo, igual que a los profetas antiguos, igual que Joseph Smith había estado en esa arboleda. Su fe ya no era fe, sino una certeza absoluta, afirmó.

—Lucifer te ha poseído —susurró poniéndome la mano en el hombro—. Lo percibí nada más entrar en tu habitación.

Pensé en mi dormitorio de la residencia, en las paredes lóbregas y en las baldosas gélidas, pero también en los girasoles que Drew me había enviado y en el tapiz que un amigo de Zimbabue me había traído de su aldea.

Mi madre no despegó los labios. Permaneció con la vista clavada en la tierra, los ojos brillantes y los labios fruncidos. Papá me dio un codazo para

que respondiera. Hurgué en mi interior, en lo más hondo, buscando a tientas las palabras que mi padre deseaba oír. Pero aún no estaban dentro de mí.

Antes de que volviésemos a Harvard convencí a mis padres de que nos desviáramos para ver las cataratas del Niágara. El ambiente en el coche era tenso y me arrepentí de haber propuesto dar ese rodeo, hasta que mi padre vio las cascadas y se transformó, alborozado. Yo llevaba una cámara. Aunque nunca le habían gustado las cámaras, los ojos le brillaron de entusiasmo cuando vio la mía.

—¡Tara! ¡Tara! —gritó, y echó a correr por delante de mi madre y de mí—. Haz una foto de ese recodo. ¡Anda que no es bonito!

Era como si se diera cuenta de que estábamos construyendo un recuerdo, algo hermoso que tal vez necesitáramos más tarde. O quizá esté proyectando mis sentimientos, porque así es como lo viví yo. «A lo mejor algunas fotos de hoy me ayudan a olvidar la arboleda —escribí en el diario—. En una salimos papá y yo juntos, contentos. Una prueba de que es posible.»

Cuando volvimos a Harvard me ofrecí a pagarles un hotel. Se negaron. Durante una semana tropezamos los unos con los otros en mi habitación. Por las mañanas mi padre subía a duras penas un tramo de escalera para ir a las duchas cubierto con solo una toalla blanca pequeña. Eso me habría abochornado en la BYU, pero en Harvard me trajo sin cuidado. Había superado la vergüenza. ¿Qué más daba quiénes lo vieran, qué les dijera él o si se escandalizaban? Lo que me importaba era la opinión de papá; era a él a quien iba a perder.

Llegó la última noche de su estancia y yo aún no había renacido.

Mi madre y yo trajinamos en la cocina compartida para preparar un estofado de carne y patatas, que llevamos en bandejas a la habitación. Papá

examinó su plato en silencio, como si estuviera solo. Mi madre hizo un par de comentarios sobre la comida, se echó a reír nerviosa y no habló más.

Cuando terminamos, papá dijo que tenía un regalo para mí.

—Por eso he venido —añadió—. Para ofrecerte una bendición sacerdotal.

En el mormonismo, el sacerdocio significa tener el poder de Dios para actuar en la tierra, para aconsejar, orientar, curar a los enfermos y expulsar a los demonios. Lo ejercen los varones. Había llegado el momento: si aceptaba la bendición, papá me limpiaría. Posaría las manos en mi cabeza y expulsaría la cosa maligna que me había obligado a decir lo que había dicho y que había provocado que mi familia me rechazara. Yo solo tenía que ceder, y en cinco minutos todo habría acabado.

Me oí decir que no.

Papá me miró boquiabierto, incrédulo, y empezó a dar testimonio, no sobre Dios, sino sobre mi madre. Las hierbas medicinales eran, según dijo, una vocación divina, una llamada del Señor. Cuanto le había ocurrido a nuestra familia —las heridas, las veces en que habíamos estado al borde de la muerte— se debía a que habíamos sido escogidos, a que éramos especiales. Dios lo había organizado todo para que pudiéramos denunciar la medicina oficial y dar testimonio de Su poder.

—¿Te acuerdas de cuando Luke se quemó la pierna? —me preguntó papá, como si hubiera podido olvidarlo—. Pues fue un designio del Señor. Fue un programa de estudios para tu madre. Para que estuviera preparada cuando me pasara a mí.

La explosión, las quemaduras. Convertirse en un testimonio vivo del poder de Dios representaba el mayor de los honores espirituales, afirmó papá. Tomó mis manos entre sus dedos destrozados y me dijo que su desfiguración había estado predestinada. Que era una entrañable misericordia que había ganado almas para el Señor.

Mi madre añadió su testimonio en susurros reverentes. Aseguró que podía detener una apoplejía equilibrando un chakra; que podía impedir un infarto de miocardio solo con energía; que podía curar el cáncer si la persona tenía fe. Contó que ella misma había tenido un cáncer de mama y se lo había curado.

Levanté la cabeza al instante.

—¿Has tenido cáncer? —le pregunté—. ¿Estás segura? ¿Te hicieron algún análisis?

—No me hizo falta ningún análisis. Lo comprobé con la prueba muscular. Era cáncer. Me lo curé.

—Podríamos haber curado a la abuela —intervino papá—, pero se había apartado de Jesucristo. No tenía fe y por eso se murió. Dios no cura a los infieles.

Mi madre asintió sin alzar la vista.

—El pecado de la abuela era grave —prosiguió papá—, pero tus pecados son más graves aún, puesto que se te dio la verdad y la has rechazado.

En la habitación solo se oía el runrún sordo del tráfico de Oxford Street.

Papá tenía los ojos fijos en mí. Era la mirada de un vidente, de un oráculo sagrado cuyo poder y autoridad procedían del mismísimo universo. Quise sostenérsela para demostrar que era capaz de aguantar su intensidad, pero al cabo de unos segundos algo se derrumbó dentro de mí, una fuerza interior se desplomó, y bajé la vista al suelo.

—Dios me ha llamado para que te informe de la desventura que te aguarda —dijo papá—. Llegará pronto, muy pronto, y te destrozará, te destrozará por completo. Te hundirás en las profundidades de la humildad y, una vez ahí, cuando estés destrozada, suplicarás piedad al Padre Divino. —La voz de papá, que se había elevado en un tono febril, bajó hasta convertirse en un murmullo—. Y no te escuchará.

Le miré a los ojos. Papá ardía de convicción; casi me pareció sentir el calor

que desprendía. Se inclinó hasta casi tocar mi rostro con el suyo.

—Pero yo sí te escucharé —agregó.

Siguió un silencio opresivo, prolongado.

—Te ofrezco, por última vez, darte una bendición.

La bendición era un acto de misericordia. Papá me proponía las mismas condiciones de rendición que le había propuesto a mi hermana. Me imaginé qué alivio habría representado para ella saber que podía canjear su realidad —la que compartía conmigo— por la de nuestro padre. Cuánto habría agradecido pagar un precio tan módico. No la juzgaba por la decisión que había tomado, y sin embargo en ese momento me di cuenta de que no podía elegirla para mí. Todo aquello por lo que había trabajado y todos los años de estudio habían tenido el objetivo de permitirme adquirir un único privilegio: el de ver y experimentar más verdades que las que mi padre me brindaba, y aprovecharlas para construir mi propio pensamiento. Había llegado a convencerme de que la capacidad de evaluar muchas ideas, muchas crónicas, muchos puntos de vista era la base de lo que significa crearse a una misma. Si cedía, perdería algo más que una discusión. Perdería la custodia de mi pensamiento. Comprendí que ese era el precio que se me pedía que pagara. Lo que mi familia quería expulsar de mí no era un demonio; querían expulsarme a mí misma de mí.

Papá sacó del bolsillo un frasco de santos óleos y lo dejó en la palma de mi mano. Lo observé. Para llevar a cabo el rito solo se necesitaba ese aceite consagrado, junto con la sagrada autoridad depositada en las manos deformes de mi padre. Imaginé mi rendición, me imaginé cerrando los ojos y retractándome de mis blasfemias. Imaginé cómo describiría mi cambio, mi divina transformación, las palabras de gratitud que pronunciaría a voces. Las palabras estaban a punto, formadas ya por completo y a la espera de salir de mis labios.

No obstante, apenas abrí la boca se esfumaron.

—Te quiero —dije—, pero no puedo. Lo siento, papá.

De repente mi padre se puso en pie.

Repitió que había una presencia maligna en mi habitación y que él no podía quedarse otra noche. Su avión salía a la mañana del día siguiente, y papá afirmó que prefería dormir en un banco de la calle antes que con el demonio.

Mi madre trajinó por la habitación recogiendo camisas y calcetines para meterlos de cualquier modo en la maleta. Cinco minutos después ya se habían ido.

Arriesgar para salvarse

Alguien gritaba, profería un largo alarido ininterrumpido, y tan fuerte que me despertó. Era de noche. Había semáforos, una calzada, murmullo de coches a lo lejos. Me encontraba en medio de Oxford Street, a media manzana de mi residencia de licenciados, descalza y vestida con una camiseta de tirantes y unos pantalones de pijama de franela. Tenía la sensación de que la gente me miraba boquiabierta, pero eran las dos de la madrugada y no había un alma en la calle.

Regresé al edificio no sé cómo, me senté en el colchón e intenté reconstruir lo sucedido. Recordé que me había acostado. Recordé lo que había soñado. En cambio, no recordaba que me hubiera levantado a toda prisa de la cama y hubiera corrido por el pasillo para salir a la calle gritando, aunque eso era lo que había hecho.

Había soñado con mi casa. Papá había construido un laberinto en Buck's Peak y me había encerrado en su interior. Las paredes, de tres metros de altura, estaban formadas por las provisiones de la despensa subterránea: sacos de grano, cajas de munición y bidones de miel. Yo buscaba algo, algo valioso que jamás podría reemplazar. Para recuperarlo tenía que salir del laberinto, pero no encontraba la forma de escapar y papá me perseguía cerrando las salidas con barricadas de sacos de grano.

Dejé de ir al grupo de estudio de francés y luego al curso de dibujo. En vez de leer en la biblioteca o de asistir a las clases, me quedaba en mi dormitorio viendo en el televisor las series más populares de las últimas dos décadas. En cuanto terminaba un episodio me tragaba el siguiente sin pensar, del mismo modo que una respiración sigue a otra. Veía la televisión durante dieciocho o veinte horas diarias. Cuando me dormía soñaba con mi casa, y al menos una vez a la semana me despertaba en medio de la calle en plena noche, sin saber si el grito que había oído antes de despertarme era mío.

No estudiaba. Intentaba leer pero las frases carecían de sentido. Necesitaba que no significaran nada. No soportaba ensartar enunciados en hilos de pensamiento ni trenzar esos hilos para formar ideas. Las ideas eran demasiado similares a imágenes, y mis imágenes eran siempre de la expresión del rostro tenso de mi padre antes de que huyera de mí.

Lo que pasa con las depresiones nerviosas es que, por muy evidentes que sean, nunca lo son para quienes las sufren. «Estoy bien —nos decimos—. Y qué más da que ayer viera la tele veinticuatro horas seguidas. No es que esté mal. Es que tengo pereza.» No sé bien por qué preferimos considerarnos perezosos antes que pensar que estamos angustiados. El caso es que nos parece preferible. Más que preferible: vital.

En diciembre llevaba el trabajo tan atrasado que una noche, al hacer una pausa antes de empezar a ver un episodio de *Breaking Bad*, caí en la cuenta de que tal vez no me sacara el doctorado. Me reí como una loca durante diez minutos al pensar en esta paradoja: tras haber sacrificado a mi familia por una educación universitaria, tal vez me quedara también sin esta.

Tras unos meses más en ese estado, una noche me levanté de la cama y concluí que había cometido un error, que debería haber aceptado la bendición

que me había ofrecido mi padre. No era demasiado tarde. Podía reparar el daño, enmendarlo.

Compré un billete de avión con destino a Idaho para Navidad. Dos días antes del viaje me desperté bañada en sudor frío. Había soñado que estaba en un hospital, acostada entre sábanas blancas bien planchadas. Al pie de la camilla, mi padre contaba a un policía que me había apuñalado yo misma. Mi madre repetía sus palabras, con los ojos llenos de pánico. Me sorprendió oír la voz de Drew, que gritaba que debían trasladarme a otro hospital. «Aquí él la encontrará», decía una y otra vez.

Escribí a Drew, que residía en Oriente Próximo. Le informé de que viajaría a Buck's Peak. Me contestó con un tono apremiante y áspero, como si intentara atravesar la neblina en la que yo vivía. «Querida Tara —me escribió—. Si Shawn te apuñala, no te llevarán a un hospital. Te meterán en el sótano y te darán lavanda para la herida.» Me suplicó que no fuera, me dijo un centenar de cosas que yo ya sabía y que me traían sin cuidado, y al ver que eso no daba resultado añadió: «Me contaste tu historia para que te detuviera si alguna vez cometías alguna locura. Pues bien, Tara, esto lo es. Esto es una locura».

«Puedo resolverlo», salmodié cuando el avión despegó.

Llegué a Buck's Peak una mañana radiante de invierno. Recuerdo el olor fresco de la tierra helada cuando me acerqué a la casa y el crujido del hielo y la gravilla bajo mis botas. El cielo era de un azul intensísimo. Aspiré el agradable aroma de los pinos.

Al mirar hacia la falda de la montaña se me cortó el aliento. Cuando la abuela vivía, había mantenido a raya la chatarra de mi padre a fuerza de porfiar, de proferir gritos y amenazas. Ahora los residuos cubrían la granja y

avanzaban hacia la base de la montaña. Las ondulantes colinas, antaño lagos de nieve impecables, aparecían salpicadas de camiones destrozados y de depósitos sépticos herrumbrosos.

Mi madre se volvió loca de alegría al verme entrar por la puerta. No le había anunciado mi llegada con la esperanza de conseguir evitar a Shawn si nadie me aguardaba. Empezó a hablar muy deprisa, nerviosa.

—¡Te prepararé panecillos con salsa de carne! —dijo, y corrió a la cocina.

—Enseguida voy a echarte una mano. Tengo que mandar un correo electrónico.

El ordenador de la familia estaba en la parte vieja de la casa, en lo que antes de las reformas era la sala de estar. Me senté a escribir a Drew porque le había prometido, en una especie de acuerdo entre los dos, que durante mi estancia en la montaña le enviaría un mensaje cada dos horas. Moví el ratón y la pantalla parpadeó y se encendió. El navegador estaba abierto; alguien había olvidado cerrar la sesión. Me disponía a abrir otro navegador cuando vi mi nombre. Aparecía en el correo que mostraba el monitor. Mi madre lo había mandado hacía unos instantes e iba dirigido a Erin, la exnovia de Shawn.

La premisa del mensaje era que Shawn había renacido, que estaba limpio espiritualmente. Que la Expiación había curado a nuestra familia y que todo se había restablecido. Menos yo. «El espíritu me ha susurrado la verdad acerca de mi hija —había escrito mi madre—. Mi pobre niña se ha entregado al miedo, y por culpa de ese miedo está desesperada por corroborar sus percepciones erróneas. No sé si representa un peligro para nuestra familia, aunque tengo motivos para pensar que puede serlo.»^[10]

Ya antes de leer el mensaje sabía que mi madre compartía la visión lóbrega de papá y que, como él, creía que el diablo se había apoderado de mí, que era peligrosa. No obstante, al ver las palabras, al leerlas y oír en ellas su voz, la voz de mi madre, se me heló el cuerpo.

El mensaje continuaba. En el último párrafo describía el nacimiento, un mes antes, del segundo hijo de Emily, una niña. Mi madre la había atendido en el parto, que había tenido lugar en casa. Según contaba, Emily había estado a punto de morir desangrada antes de que la llevaran al hospital. Acababa el relato asegurando que aquella noche Dios había intervenido a través de sus manos. El nacimiento era un testimonio de Su poder.

Recordé de qué forma tan dramática había venido al mundo Peter, con poco más de quinientos gramos de peso y un tono grisáceo tan intenso que habían creído que estaba muerto; en medio de una tormenta de nieve habían tenido que trasladarlo al hospital, donde les habían dicho que no estaban preparados para atenderlo y que los helicópteros no podían volar; habían enviado dos ambulancias al hospital McKay-Dee de Ogden. Que a una mujer con semejante historial médico, una mujer con un riesgo tan elevado, le hubieran aconsejado que tuviera su segundo hijo en casa parecía una temeridad rayana en el delirio.

Si Dios dispuso la primera caída, ¿quién dispuso la segunda?

Seguía asombrada por el nacimiento de mi sobrina cuando apareció la respuesta de Erin: «Tiene razón acerca de Tara. Sin fe está perdida». Añadía que el hecho de que dudara de mí misma —de que le hubiera escrito para preguntarle si me equivocaba, si mis recuerdos eran falsos— demostraba que mi alma se hallaba en peligro y que no se podía confiar en mí: «Tara está construyendo su vida sobre el temor. Rezaré por ella». Terminaba el mensaje con elogios a la pericia de mi madre como partera. «Es usted una verdadera heroína», afirmaba.

Cerré el navegador y clavé la vista en el papel pintado de detrás de la pantalla. Era el mismo estampado de flores de mi infancia. ¿Cuánto tiempo llevaba soñando que lo veía? Había ido a casa para recuperar aquella vida,

para salvarla. Sin embargo, no había nada que salvar, nada a lo que agarrarse. Solo arena movediza, lealtades volubles, crónicas cambiantes.

Evoqué el sueño del laberinto. Recordé las paredes construidas con sacos de grano y cajas de munición, con los miedos y las paranoias de mi padre, con sus escrituras y sus profecías. Había querido escapar del laberinto de recodos pronunciados que desorientaban, de pasillos que se modificaban sin cesar, en busca de algo valioso. Y de pronto lo entendí: ese algo valioso era el laberinto. Era lo único que me quedaba de la vida que había llevado en esa casa: un rompecabezas cuyas reglas nunca llegaría a entender porque no eran reglas sino una especie de jaula destinada a encerrarme. Podía quedarme y buscar lo que había sido mi hogar, o podía irme sin demora, antes de que las paredes se movieran y la salida se cerrara.

Cuando entré en la cocina mi madre metía los panecillos en el horno. Miré alrededor registrando mentalmente la casa. ¿Qué necesito de este lugar? Solo una cosa: mis recuerdos. Los encontré debajo de mi cama, dentro de una caja, donde los había dejado. Los llevé al coche y los deposité en el asiento trasero.

—Voy a dar una vuelta —le dije a mi madre intentando que mi voz sonara apacible.

La abracé y contemplé Buck's Peak para memorizar cada una de sus líneas y sus sombras. Mi madre me había visto llevar los diarios al coche. Debió de suponer lo que eso significaba, debió de intuir la despedida, porque fue a buscar a mi padre, que me abrazó con frialdad.

—Sabes que te quiero, ¿no? —dijo.

—Sí. Ese no es el problema. Nunca lo ha sido.

Fueron las últimas palabras que dirigí a mi padre.

Puse rumbo al sur. No sabía adónde iba. Se acercaba la Navidad. Había

decidido ir al aeropuerto para tomar el siguiente avión a Boston cuando Tyler me llamó.

Hacía meses que no hablaba con él porque, tras lo ocurrido con Audrey, me parecía que de nada servía confiarme a mis hermanos. Estaba segura de que mi madre les había dicho no solo a ellos, sino también a mis primos y tíos, lo mismo que a Erin: que estaba poseída, que era peligrosa, que el demonio se había apoderado de mí. No me equivocaba: mi madre les había prevenido. Sin embargo, había cometido un error.

Cuando me marché de Buck's Peak, le entró pánico. Temió que contactara con Tyler y que él se pusiera de mi parte. Por lo tanto, decidió comunicarse con mi hermano antes que yo y negar cuanto yo pudiera contarle, pero calculó mal. No se paró a pensar qué efecto tendrían unas negaciones que no venían a cuento.

«Claro que Shawn no apuñaló a Diego ni amenazó a Tara con el cuchillo», aseguró para tranquilizar a Tyler, aunque a Tyler, que nada sabía de lo ocurrido, ni por mí ni por nadie, esas palabras le resultaron poco tranquilizadoras. En cuanto se despidió de nuestra madre me llamó para preguntarme qué había sucedido y por qué no había acudido a él.

Pensé que me llamaría mentirosa, pero no fue así. Casi de inmediato aceptó la realidad que yo llevaba un año negando. No entendí por qué se fiaba de mí, hasta que me contó lo que le había pasado a él y caí en la cuenta de que Shawn también era su hermano mayor.

Durante las semanas siguientes puso a prueba a mis padres con el estilo sutil y pacífico que le caracterizaba. Insinuó que quizá la situación no se había llevado bien, que tal vez no estuviera poseída. Que tal vez no fuera malvada.

Debería haberme confortado que Tyler intentara ayudarme, pero el recuerdo de lo ocurrido con mi hermana estaba demasiado vivo y no confié

en él. Sabía que si se enfrentaba a mis padres —si les plantaba cara de verdad — lo obligarían a escoger entre ellos y yo, entre el resto de la familia y yo. Y con Audrey había aprendido la lección: no me elegiría a mí.

En primavera acabó mi beca de profesora investigadora en Harvard. Viajé a Oriente Próximo, adonde Drew había ido con una beca Fulbright. Con cierto esfuerzo logré ocultarle lo mal que me sentía, o al menos eso creí. Es probable que no lo consiguiera. A fin de cuentas, era él quien me seguía por su piso cuando me despertaba gritando y corriendo en plena noche, sin la menor idea de dónde estaba pero acuciada por la necesidad de escapar.

Partimos de Amán en dirección al sur. Nos encontrábamos en el desierto jordano, en un campamento beduino, el día que las fuerzas especiales de Estados Unidos mataron a Bin Laden. Cuando se conoció la noticia, Drew, que hablaba árabe, pasó horas conversando con nuestros guías. «No es musulmán —le dijeron. Estábamos sentados en la fría arena contemplando las llamas mortecinas de una fogata—. No entiende el islam, o no haría las barbaridades que ha hecho.»

Observando cómo Drew charlaba con ellos y oyendo los extraños sonidos que salían con fluidez de sus labios me sorprendió lo increíble de mi presencia en ese lugar. Diez años antes, cuando se habían derrumbado las torres gemelas, no sabía nada del islam. Y en esos momentos bebía té con azúcar acucillada junto a beduinos zalabia en una duna móvil de Wadi Rum, el Valle de la Luna, a menos de treinta kilómetros de la frontera de Arabia Saudí.

La distancia —física y mental— recorrida en los últimos diez años casi me dejó sin respiración y me pregunté si quizá no habría cambiado demasiado. Los estudios, las lecturas, la reflexión, los viajes, ¿no me habría transformado

todo eso en una persona que ya no pertenecía a ningún sitio? Me acordé de la niña que, sin conocer nada más allá de su desguace y su montaña, se había quedado con la vista clavada a una pantalla contemplando cómo dos aviones se estrellaban contra unas extrañas columnas blancas. Su aula era un montón de chatarra. Sus libros de texto, pizarras de desecho. Y aun así ella poseía algo valioso que yo —a pesar de todas las oportunidades de la que disponía, o quizá debido a ellas— no tenía.

Regresé a Inglaterra, donde seguí viniéndome abajo. La primera semana en Cambridge me desperté casi todas las noches en la calle, adonde había corrido gritando en sueños. Sufría jaquecas que duraban varios días. El dentista me dijo que rechinaba los dientes. Me salió un sarpullido tan intenso que en dos ocasiones me pararon en la calle absolutos desconocidos para preguntarme si sufría una reacción alérgica. No, les dije. Siempre tengo este aspecto.

Una noche una amiga y yo discutimos por una nadería y, antes de que me diera cuenta de lo que pasaba, me encontré arrimada a la pared, abrazándome las rodillas, que tenía pegadas al pecho, para evitar que el corazón se me saliera del cuerpo. Cuando mi amiga corrió a ayudarme, grité. Durante una hora no dejé que me tocara ni tuve la fuerza de voluntad necesaria para apartarme de la pared. «Conque eso es un ataque de pánico», pensé la mañana del día siguiente.

Poco después envié a mi padre una carta de la que no me enorgullezco. Es una carta de una niña intratable que grita «Te odio» a un progenitor. Está llena de rabia, de palabras como «bruto» y «tirano», y ocupa varias páginas, todo un torrente de frustración e improperios.

Así fue como anuncié a mis padres que rompía el contacto con ellos. Entre

insultos y arranques de mal genio, les decía que necesitaba un año para curarme; pasado ese tiempo, tal vez pudiera volver a su disparatado mundo para tratar de entenderlo.

 Mi madre me suplicó que buscara otra forma. Mi padre no dijo nada.

Familia

No iba a sacarme el doctorado.

Si le hubiera contado al doctor Runciman, mi director de tesis, por qué no podía trabajar, me habría ayudado, me habría buscado financiación adicional, habría solicitado más tiempo al departamento. Pero no le dije nada, no pude. Él desconocía por qué llevaba casi un año sin mandarle nada; por eso, en la entrevista que tuvimos en su despacho una tarde encapotada de julio, me aconsejó que lo dejara.

—El doctorado exige un esfuerzo excepcional. No pasa nada si no puedes hacerlo.

Salí del despacho enfadada conmigo misma. Me dirigí a la biblioteca y elegí media docena de libros que llevé a mi habitación y coloqué sobre el escritorio. Sin embargo, a mi mente le repugnaba el pensamiento racional, por lo que a la mañana siguiente los libros se habían desplazado a la cama, donde sostenían el portátil mientras yo veía un episodio tras otro de *Buffy, cazavampiros*.

En otoño Tyler se enfrentó a papá. Primero habló por teléfono con nuestra madre. Después me llamó a mí para referirme la conversación. Aseguró que

mi madre estaba «de nuestro lado», que consideraba inaceptable la situación respecto a Shawn y que había convencido a papá de que era preciso actuar.

—Papá se está ocupando del asunto —me dijo Tyler—. Todo saldrá bien. Puedes ir a casa.

Al cabo de dos días volvió a sonar el teléfono e interrumpí el episodio de *Buffy* para contestar. Era Tyler. Le había salido el tiro por la culata. Intranquilo tras la conversación con nuestra madre, había llamado a papá para averiguar qué medidas había tomado con Shawn. Papá se había enfurecido y se había puesto agresivo. Le había dicho a voz en cuello que si volvía a sacar el tema renegaría de él, tras lo cual había colgado.

No me gusta nada imaginar esa conversación. Tyler tartamudeaba más cuando hablaba con nuestro padre. Imagino a mi hermano con el auricular en la mano, encorvado, intentando concentrarse, articular las palabras que se le han atascado en la garganta, mientras papá lanza todo un arsenal de vocablos desagradables.

Tyler aún no se había recuperado de la amenaza de papá cuando le sonó el teléfono. Creyó que era mi padre, que le llamaba para disculparse, pero era Shawn. Papá se lo había contado todo. «Puedo echarte de la familia en un santiamén —le dijo Shawn—. Ya lo sabes. Pregúntale a Tara.»

Escuché a Tyler sin apartar la vista de la imagen congelada de Sarah Michelle Gellar. Habló mucho rato. Relató los hechos deprisa y se entretuvo en un páramo de racionalización y reproches a sí mismo. Papá no debía de haberle entendido, conjeturó. Se había producido un error, un problema de comunicación. Quizá fuera culpa suya, quizá no hubiera dicho lo que debía de la forma debida. Eso era. Él mismo había provocado la situación y él mismo la resolvería.

Mientras le escuchaba experimenté una insólita sensación de distanciamiento que bordeaba el desinterés, como si mi futuro con Tyler, ese

hermano al que había tratado y querido toda mi vida, fuera una película ya vista cuyo final sabía. Conocía el desarrollo del drama porque ya lo había vivido con Audrey. Ese era el momento en que había perdido a mi hermana: el momento en que los costes se habían vuelto reales, en que se imponían tributos y se cobraban las rentas. Ese era el momento en que mi hermana se había dado cuenta de que resultaba mucho más fácil alejarse: de que era un mal negocio trocar una familia entera por una única hermana.

Así pues, supuse que Tyler tomaría el mismo camino. En el eco prolongado del teléfono me pareció oír cómo se retorció las manos angustiado. Estaba decidiendo lo que debía hacer, pero yo sabía algo que él ignoraba: que la decisión ya estaba tomada y que en esos momentos estaba enfrascado en la larga tarea de justificarla.

En octubre recibí la carta.

Llegó en forma de un PDF adjunto a un correo electrónico de Tyler y Stefanie, en el cual afirmaban que la habían redactado con sumo cuidado, de manera reflexiva, y que enviarían una copia a mis padres. Al leerlo supe lo que eso significaba: que Tyler estaba dispuesto a censurarme, a pronunciar las palabras de papá, a acusarme de estar poseída y de ser peligrosa. La carta era una especie de comprobante, un pase que permitiría su readmisión en la familia.

No me atrevía a abrir el archivo adjunto. Una especie de instinto me atenazaba los dedos. Me acordé de Tyler tal como había sido en mi infancia, el hermano mayor callado que leía libros mientras yo, tumbada al pie del escritorio, respiraba su música sin apartar la vista de sus calcetines. No estaba segura de que soportara oír aquellas palabras en la voz de Tyler.

Pulsé el ratón y se abrió el archivo adjunto. Me sentía tan alejada de mí misma que leí la carta entera sin entenderla: «Nuestros padres están constreñidos por cadenas de maltrato, manipulación y control... Consideran

peligrosos los cambios y expulsarán a quienes los pidan. Es una concepción pervertida de la lealtad familiar... Afirman la fe pero esto no es lo que nos enseña el evangelio. Cuídate. Te queremos».

Por Stefanie, la mujer de Tyler, me enteré de la historia de esa carta; de que, después de que mi padre amenazara con renegar de él, mi hermano se había acostado todas las noches repitiéndose en voz alta: «¿Qué debo hacer? Es mi hermana».

Al saberlo tomé, por primera vez en muchos meses, una decisión acertada: me apunté al servicio de orientación universitaria. Me asignaron a una mujer vivaz de mediana edad, cabello ensortijado y mirada penetrante, que apenas hablaba en nuestras entrevistas, pues prefería dejar que me explayara, y así lo hice, semana tras semana, mes tras mes. La psicoterapia no tuvo ningún efecto al principio; pese a que no recuerdo ni una sola sesión que pudiera calificar de «útil», es imposible negar el poder conjunto de todas ellas a lo largo del tiempo. No lo entendí entonces, y sigo sin entenderlo, pero resultaba saludable reservar ese rato cada semana y reconocer que necesitaba algo que no podía conseguir por mí misma.

Tyler envió la carta a mis padres y, una vez comprometido, no flaqueó. Aquel invierno pasé muchas horas al teléfono con él y Stefanie, que se convirtió en una hermana para mí. Estaban siempre a mi disposición cuando necesitaba hablar, y en aquella época necesitaba hablar mucho.

Tyler pagó un precio por la carta, si bien resulta difícil definirlo. Papá no renegó de él, o al menos no para siempre. Aunque con el tiempo mi hermano logró establecer una tregua con él, la relación entre ambos no volvió a ser la misma.

Me he disculpado innumerables veces con Tyler por lo que le he costado, pero no puedo evitar colocar mal las palabras y me trabo con ellas. ¿Cuál es la combinación apropiada de palabras? ¿Cómo elaborar una disculpa por

debilitar los vínculos de alguien con su padre, con su familia? Quizá no haya palabras para eso. ¿Cómo dar las gracias a un hermano que se negó a soltarme, que me agarró la mano y tiró de mí hacia arriba cuando yo había decidido ya dejar de mover las piernas y hundirme? Tampoco hay palabras para eso.

Aquel año el invierno fue largo, con la monotonía rota únicamente por las sesiones semanales de psicoterapia y por la curiosa sensación de pérdida, casi de duelo, que experimentaba cada vez que acababa una serie de televisión y tenía que buscar otra.

Llegó la primavera, luego el verano, y cuando el verano dio paso al otoño advertí que podía concentrarme en la lectura. Mi mente podía albergar pensamientos además de ira y reproches a mí misma. Retomé el capítulo que había escrito hacía casi dos años en Harvard. Volví a leer a Hume, Rousseau, Smith, Godwin, Wollstonecraft y Stuart Mill. Reflexioné de nuevo sobre la familia, que encerraba un rompecabezas, algo no resuelto. Me preguntaba qué ha de hacer una persona cuando sus obligaciones con su familia están reñidas con otras obligaciones, con las que tiene con sus amigos, con la sociedad, consigo misma.

Inicié el trabajo de investigación. Acoté la pregunta, la concreté, la planteé en términos académicos. Al final elegí cuatro corrientes de pensamiento del siglo XIX y analicé cómo habían abordado el tema de la obligación familiar. Una de las corrientes que escogí fue el mormonismo decimonónico. Tras un año de trabajo ininterrumpido acabé el borrador de mi tesis: «La familia, la moral y las ciencias sociales en el pensamiento cooperativo angloamericano, 1813-1890».

El capítulo dedicado al mormonismo era mi favorito. De niña me habían

enseñado en la escuela dominical que la historia entera era una preparación para el mormonismo: que Dios había fraguado los acontecimientos posteriores a la muerte de Jesucristo para propiciar que Joseph Smith se arrodillara en la Arboleda Sagrada y así ver restaurada la única iglesia verdadera. Guerras, migraciones y catástrofes naturales no eran más que preludios del relato mormón. Por otra parte, las crónicas históricas de carácter laico tendían a pasar por alto corrientes como el mormonismo.

Mi tesis doctoral daba una forma distinta a la historia, una forma que no era ni mormona ni antimormona, ni espiritual ni secular. No trataba el mormonismo como el objetivo de la historia de la humanidad, pero tampoco desechaba sus aportaciones a la hora de abordar los problemas de la época. Trataba la ideología mormona como un capítulo dentro del relato más amplio de la humanidad. En mi versión, la historia no separaba a los mormones del resto de la familia humana; los ligaba a ella.

Envié el borrador al doctor Runciman y unos días después nos vimos en su despacho. Se sentó frente a mí y, con expresión de asombro, me dijo que el trabajo estaba bien. «Algunas partes son excelentes —añadió sonriendo—. Me sorprendería que no consiguieras el doctorado.»

Mientras caminaba hacia casa con el voluminoso manuscrito recordé una clase que el doctor Kerry había empezado escribiendo en la pizarra: «¿Quién escribe la historia?». Me acordé de lo rara que me había parecido la pregunta. Mi concepto de los historiadores no era humano; yo los veía como a mi padre, más profetas que hombres, con visiones del pasado y del futuro que no podían ponerse en tela de juicio, y mucho menos desarrollarse. Al atravesar el King's College, bajo la sombra de la enorme capilla, casi me extrañó mi apocamiento de entonces. «¿Quién escribe la historia? —pensé—. Yo.»

El día en que cumplí los veintisiete, el día de cumpleaños que había elegido, entregué mi tesis doctoral. La defendí en diciembre, en una sala pequeña de decoración y mobiliario austeros. Aprobé y regresé a Londres, donde Drew trabajaba y habíamos alquilado un piso. En enero, casi diez años después de que hubiera puesto por primera vez los pies en un aula, en la BYU, recibí la confirmación de la Universidad de Cambridge: era oficialmente la doctora Westover.

Me había construido una vida nueva, y además feliz, pero experimentaba un sentimiento de pérdida que iba más allá de la familia. Había perdido Buck's Peak, no al marcharme, sino al marcharme en silencio. Me había retirado, había huido al otro lado del océano y había permitido que mi padre contara mi historia por mí, que me definiera ante todas las personas que yo conocía. Había cedido demasiado terreno: no solo la montaña, sino toda la región de nuestra historia compartida.

Había llegado la hora de ir a casa.

Contemplar al búfalo

Llegué al valle en primavera. Avancé por la carretera hasta el límite de la ciudad y me detuve en el precipicio que da al Bear River, desde donde contemplé la cuenca fluvial, una cuadrícula de campos expectantes que se extendían hasta Buck's Peak. La montaña se veía nítida con sus árboles de hoja perenne, luminosos sobre los tonos marrones y grises del esquisto y la caliza. La Princesa se mostraba tan deslumbrante como siempre la había visto. Separada de mí por el valle, irradiaba permanencia.

La Princesa me había obsesionado. Desde el otro lado del océano había percibido su llamada, como si fuera un ternerito fastidioso que se hubiera alejado del rebaño. Al principio su voz había sido amable y cariñosa, pero, en vista de que no le contestaba, de que no regresaba, se había vuelto colérica. La había traicionado. Imaginaba su rostro crispado de rabia, su actitud sombría y amenazadora. Durante años había vivido de esa forma en mi mente, como una deidad del desdén.

Sin embargo, al verla en ese momento, centinela de sus campos y pastos, comprendí que no la había entendido. No estaba enfadada conmigo por mi marcha, pues las partidas formaban parte de su ciclo. Su cometido no consistía en acorralar a los búfalos, en agruparlos y encerrarlos por la fuerza. Consistía en celebrar su regreso.

Retrocedí medio kilómetro y aparqué junto a la valla blanca de la abuela de la ciudad. En mi mente seguía siendo su valla, pese a que ya no vivía en la casa: la habían llevado a una residencia situada cerca de Main Street.

Hacía tres años que no veía a mis abuelos, desde que mis padres habían empezado a contar a toda la familia que yo estaba poseída. Mis abuelos querían a su hija, por lo que no me cabía la menor duda de que habían creído su versión de mí. Por eso había renunciado a ellos. Era demasiado tarde para recuperar a la abuela, ya que sufría la enfermedad de Alzheimer y no me habría reconocido, de modo que fui con la intención de ver al abuelo, de averiguar si en su vida quedaba un espacio para mí.

Nos sentamos en el salón, que tenía la misma moqueta blanca inmaculada de mi infancia. Fue una visita breve y cordial. Me habló de la abuela, a la que había cuidado durante años, hasta que dejó de reconocerlo. Yo le hablé de Inglaterra. Mencionó a mi madre, y al nombrarla adoptó la misma expresión de respeto que yo había visto en el rostro de los seguidores que ella tenía. No me extrañó. Por lo que había oído, mis padres se habían convertido en personas importantes en el valle. Mi madre comercializaba sus productos como una alternativa espiritual al Obamacare y los vendía tan pronto como los elaboraba, sin apenas dar abasto aunque tenía decenas de empleadas.

Dios tenía que estar detrás de ese éxito prodigioso, afirmó el abuelo. Mis padres debían de haber recibido Su llamada para hacer lo que habían hecho, para convertirse en curanderos extraordinarios y llevar almas al Señor. Sonreí y me levanté para irme. El abuelo seguía siendo el anciano amable que recordaba, pero me apenaba la distancia que existía entre nosotros. Lo abracé junto a la puerta y lo observé. Tenía ochenta y siete años. Dudé que en los que le quedaban de vida pudiera demostrarle que no era lo que mi padre decía que era; que no era un ser perverso.

Tyler y Stefanie vivían unos ciento cincuenta kilómetros al norte de Buck's Peak, en Idaho Falls, el siguiente lugar al que tenía previsto ir, si bien escribí a mi madre antes de abandonar el valle. Fue un mensaje breve. Le decía que me encontraba en la zona y que me gustaría quedar con ella en la ciudad. Que no estaba preparada para ver a papá y que hacía años que no la veía. ¿Aceptaría?

Aguardé la respuesta en el aparcamiento de Stokes. No tuve que esperar mucho.

«Me duele que te parezca normal pedirme eso. Una mujer no va a ningún sitio donde su marido no sea bien recibido. No seré cómplice de una falta de respeto tan flagrante.»^[11]

El mensaje era largo y me fatigó leerlo, como si hubiera corrido una gran distancia. En su mayor parte era un sermón sobre la lealtad: que las familias perdonan y que si yo no podía perdonar a la mía lo lamentaría el resto de mi vida. «El pasado —escribió—, fuera como fuese, habría que sepultarlo bajo paladas de tierra y dejar que se pudriera en ella.»

Añadía que podía ir a casa cuando quisiera, que rezaba por que llegara el día en que me viera cruzar la puerta de atrás corriendo y gritando: «¡Estoy en casa!».

Aunque habría querido responder a su plegaria —me encontraba a poco más de quince kilómetros de la montaña—, sabía que trasponer la puerta significaría establecer un pacto tácito. Tendría el cariño de mi madre, pero se impondrían condiciones, las mismas que me habían ofrecido tres años antes: que cambiara mi realidad por la suya, que cogiera mi intelecto y lo enterrara para que se pudriera en la tierra.

El mensaje de mi madre equivalía a un ultimátum: o los veía a ella y a mi

padre, o no volvería a verla. Y no se ha desdicho.

El aparcamiento se había llenado mientras leía el mensaje. Dejé que las palabras de mi madre sedimentaran, puse el coche en marcha y me dirigí hacia Main Street. En la intersección torcí al oeste, hacia la montaña. Antes de abandonar el valle vería mi hogar.

En el transcurso de los años había oído muchos rumores sobre mis padres: que eran ricos, que estaban construyendo una fortaleza en la montaña, que habían escondido comida suficiente para décadas enteras. Las historias más interesantes, con diferencia, eran las relativas a las contrataciones y despidos de papá. El valle no se había recuperado de la recesión; sus habitantes necesitaban trabajo. Mis padres se contaban entre los patronos más importantes del condado, pero según tenía entendido a papá no le duraban mucho los empleados: cuando sufría un ataque de paranoia, los echaba sin motivo. Meses antes había despedido a Diane Hardy, la exesposa de Rob, el mismo Rob que había acudido a recogerlos después del segundo accidente. Diane y Rob habían sido amigos de mis padres durante veinte años. Hasta que papá echó a Diane.

También puso de patitas en la calle a Angie, la hermana de mi madre, quizá en otro ataque de paranoia. Angie habló con mi madre convencida de que su hermana jamás trataría de ese modo a un pariente. En mi infancia el negocio había sido solo de mi madre; ahora les pertenecía a ella y a papá. Sin embargo, en esta prueba sobre quién era el verdadero dueño, ganó mi padre: Angie quedó despedida.

Aunque resulta difícil reconstruir lo que ocurrió a continuación, según me enteré más tarde Angie presentó los documentos para solicitar el subsidio por desempleo, y cuando el Departamento de Trabajo contactó con mis padres

para confirmar que la habían cesado, papá perdió el poco juicio que le quedaba. No era el Departamento de Trabajo el que llamaba, dijo, sino el Departamento de Seguridad Nacional, que se hacía pasar por el otro. Según él, Angie había incluido su nombre en la relación de posibles terroristas y ahora el Gobierno iba a por él, a por su dinero, sus armas y su gasolina. El caso de Ruby Ridge se repetía.

Dejé la carretera y enfilé el camino de grava, me bajé del coche y contemplé Buck's Peak. De inmediato quedó claro que al menos algunos rumores eran ciertos; para empezar, el de que mis padres ganaban muchísimo dinero. La casa era enorme. La vivienda donde me había criado tenía cinco habitaciones; ahora se extendía en todas las direcciones y parecía tener al menos cuarenta.

Pensé que papá no tardaría en invertir el dinero en prepararse para el Fin de los Tiempos. Imaginé el tejado revestido de paneles solares extendidos como naipes de una baraja. «Tenemos que ser autosuficientes», fantaseé que decía mientras arrastraba los paneles por la gigantesca casa. Al año siguiente gastarían centenares de miles de dólares en maquinaria para explorar la montaña en busca de agua. No deseaba depender del Gobierno y sabía que en Buck's Peak debía de haber agua, aunque era preciso encontrarla. En la falda de la montaña aparecerían zanjas del tamaño de campos de fútbol que dejarían un paisaje devastado de raíces rotas y árboles caídos. Es probable que el día en que se subió a un tractor oruga para atacar los campos de trigo sedoso salmodiara: «Hay que ser autónomo».

La abuela de la ciudad falleció el segundo domingo de mayo, el día de la Madre en Estados Unidos.

Me enteré de la noticia en Colorado, donde realizaba tareas de

investigación. Partí de inmediato hacia Idaho y durante el viaje caí en la cuenta de que no tenía dónde alojarme. Entonces me acordé de la tía Angie, que había incluido a mi padre en una relación de posibles terroristas, según contaba él a quien quisiera escucharle. Mi madre la había dado de lado. Confié en recuperar a mi tía.

Angie vivía al lado del abuelo, de modo que volví a aparcar junto a la valla blanca. Llamé a la puerta. Angie me recibió con cortesía, como había hecho el abuelo. Era evidente que en los últimos cinco años había oído a mis padres contar muchas cosas sobre mí.

—Te propongo un trato —le dije—. Olvidaré lo que mi padre me ha dicho sobre ti si tú olvidas lo que te ha dicho sobre mí.

Se rio cerrando los ojos y echando la cabeza hacia atrás, y al verla casi se me partió el corazón, pues se parecía muchísimo a mi madre.

Me quedé en su casa hasta el funeral.

En los días anteriores al oficio religioso los hermanos de mi madre fueron llegando al hogar de su infancia. Eran mis tíos y tías, a algunos de los cuales no veía desde que era niña. El tío Daryl, al que apenas conocía, propuso que todos los hermanos pasaran una tarde juntos en un restaurante muy conocido de Lava Hot Springs. Mi madre se negó a acompañarlos; no pensaba acudir sin mi padre, quien no quería saber nada de Angie.

Una tarde luminosa de mayo nos subimos todos a una furgoneta grande para emprender un viaje de una hora. Me incomodó darme cuenta de que ocupaba el puesto de mi madre en esa excursión que realizaban sus hermanos y su padre para rememorar a la madre, la abuela a la que yo no había llegado a conocer bien. No tardé en advertir que ese desconocimiento mío de la abuela era espléndido para sus hijos, que bullían de recuerdos y estaban encantados de responder a preguntas sobre ella. Con cada anécdota la imagen de mi abuela se volvía más nítida, pero la mujer que cobraba forma con esas

remembranzas colectivas no se parecía en absoluto a la que yo recordaba. Comprendí entonces la crueldad con que la había juzgado y que mi percepción de ella estaba distorsionada porque la había mirado con las severas lentes de mi padre.

En el trayecto de vuelta la tía Debbie me invitó a ir a visitarla a Utah. El tío Daryl la imitó. «Nos encantaría tenerte en Arizona», dijo. En un día había recuperado una familia..., no la mía, sino la de mi madre.

El funeral se ofició al día siguiente. Desde un rincón observé cómo iban entrando mis hermanos.

Asistieron Tyler y Stefanie. Habían decidido no llevar a sus hijos a la escuela, darles clases en casa, y, por lo que había visto, les exigían un nivel muy alto. A continuación acudió Luke, con una prole tan numerosa que perdí la cuenta. Al verme se acercó a mí y charlamos unos minutos sin que ninguno de los dos mencionara que no nos veíamos desde hacía cinco años; sin que ninguno de los dos aludiera al motivo. «¿Crees lo que papá dice sobre mí? —habría querido preguntarle—. ¿Crees que soy peligrosa?» Luke trabajaba para mis padres y, sin estudios, necesitaba ese empleo para mantener a su familia. Obligarlo a tomar partido solo provocaría pesadumbre.

Richard, que estaba a punto de terminar el doctorado en química, viajó desde Oregón con Kami y sus hijos. Me sonrió desde el fondo de la capilla. Me había escrito unos meses antes para decirme que lamentaba haber creído a papá, que desearía haber hecho más por ayudarme cuando lo necesité y que en adelante contara con su apoyo. Éramos familia, decía.

Audrey y Benjamin eligieron uno de los últimos bancos. Mi hermana llegó temprano, cuando no había nadie en la capilla. Me agarró del brazo y me susurró que mi negativa a ver a papá constituía un pecado grave. «Es un gran hombre —aseguró—. Durante el resto de tu vida te arrepentirás de no haberte

mostrado humilde y de no haber seguido su consejo.» No respondí a esas palabras, las primeras que Audrey me dirigía desde hacía años.

Unos minutos antes de que empezara el funeral llegó Shawn con Emily, Peter y una niña a la que hasta entonces no había visto. Era la primera vez que estaba en la misma estancia que mi hermano desde la noche en que mató a Diego. Me puse tensa, aunque no tenía por qué estarlo. Durante el oficio no me miró ni una sola vez.

Tony, mi hermano mayor, se sentó junto a mis padres, con sus cinco hijos desperdigados en el banco. Tenía un diploma equivalente al título de educación secundaria y había creado en Las Vegas una próspera empresa de transporte por carretera, que sin embargo no sobrevivió a la recesión. En esos momentos trabajaba para mis padres, al igual que Shawn, Luke y sus esposas, y que Audrey y Benjamin, su marido. Al pensarlo me di cuenta de que todos mis hermanos, excepto Richard y Tyler, dependían económicamente de mis padres. Mi familia se había partido en dos: los tres que habíamos dejado la montaña, por un lado, y los cuatro que se habían quedado, por el otro. Los tres con doctorados y los cuatro sin título de educación secundaria. Se había abierto un abismo, que seguía creciendo.

No regresaría a Idaho hasta un año después.

Unas horas antes de que mi avión despegara de Londres, escribí a mi madre —como siempre hacía y como siempre haré— para preguntarle si quería verme. De nuevo respondió enseguida. No me vería, ni esa vez ni nunca, a menos que yo accediera a ver a mi padre. Afirmó que quedar conmigo sin él sería faltar al respeto a su marido.

Durante unos instantes me pareció inútil esa peregrinación anual a un hogar que seguía rechazándome y me pregunté si debía ir. Luego recibí un

mensaje de la tía Angie. Decía que el abuelo había anulado todos sus planes del día siguiente y que ni siquiera acudiría al templo, como solía hacer los miércoles, porque quería estar en casa por si yo pasaba a visitarlo. Angie añadía: «¡Te veré por fin dentro de unas doce horas! ¡No es que las esté contando...!».

Una educación

De niña esperaba desarrollar mi mente, acumular experiencias y consolidar mis decisiones para tomar forma hasta adquirir la imagen de una persona. Esa persona, o esa imagen de una persona, tenía un sentimiento de pertenencia. Yo era de la montaña, de la montaña que me había creado. Solo con el paso de los años me pregunté si acabaría como había empezado, es decir, si la primera forma que una persona toma es su única forma verdadera.

En el momento en que escribo las últimas palabras de este relato llevo años sin ver a mis padres, desde el funeral de mi abuela. Mantengo una relación estrecha con Tyler, Richard y Tony, y por ellos y otros parientes me entero del drama que se desarrolla en la montaña: de las heridas, la violencia y las lealtades volubles. Sin embargo, me llega de oídas, como un rumor distante, lo que es de agradecer. Ignoro si la separación es permanente, si algún día encontraré la manera de volver; en cualquier caso, me ha aportado tranquilidad.

Esa tranquilidad no ha sido fácil de conseguir. Pasé dos años enumerando los defectos de mi padre, actualizando la cuenta sin cesar, como si la lista de rencores, de actos reales o imaginados de crueldad, de desamparo, fuera a justificar la decisión de apartarlo de mi vida. Creía que al justificarla quedaría libre del asfixiante sentimiento de culpa y volvería a respirar.

No obstante, la justificación carece de efecto sobre el sentimiento de culpa.

Ni la ira ni la rabia contra los demás, por muy intensas que sean, logran aplacarlo, puesto que no tiene que ver con ellos. El sentimiento de culpa es el miedo a nuestra propia vileza. No guarda relación con otras personas.

Me despojé de él cuando acepté mi decisión tal como era, sin enjuiciar a todas horas quejas del pasado ni contraponer los pecados de mi padre a los míos. Sin pensar en él en absoluto. Aprendí a aceptar mi decisión por mi bien, por mí, no por él. Porque la necesitaba, no porque él la mereciera.

Era la única manera en que podía quererle.

Cuando mi padre estaba en mi vida y luchaba conmigo para conseguir el control de esa vida, lo percibía con los ojos de un soldado, a través de la niebla del enfrentamiento. No distinguía sus rasgos tiernos. Teniéndolo delante, imponente, colérico, no me acordaba de que, cuando yo era pequeña, la risa hacía que le vibrara la tripa y le brillaran las gafas. En su severa presencia olvidaba de qué modo tan bonito le temblaban los labios, antes de que se le abrasaran, siempre que un recuerdo le arrancaba lágrimas. Todo eso me viene a la memoria únicamente ahora, con un espacio de kilómetros y años entre los dos.

Sin embargo, lo que se ha interpuesto entre mi padre y yo no es solo el tiempo y la distancia. Es un cambio de ser. No soy la niña a la que crio, pero él sí es el padre que la crio.

Creo que si hubo un momento en que la brecha entre nosotros, que llevaba veinte años abriéndose y astillándose, resultó demasiado grande para tender puentes fue aquella noche de invierno en que contemplé mi reflejo en el espejo del cuarto de baño mientras, sin que yo lo supiera, mi padre cogía el teléfono con sus dedos sarmentosos para marcar el número de mi hermano. Diego, el cuchillo. Lo que vino después fue dramático, pero el verdadero drama ya se había representado en el cuarto de baño.

Se representó cuando, por razones que no alcanzo a entender, fui incapaz

de atravesar el espejo y enviar a la chica de dieciséis años en mi lugar.

Hasta entonces la chica había estado presente en todo momento. Por muy distinta que pareciera —por muy ilustre que fuera mi educación y por mucho que hubiera cambiado mi aspecto—, yo seguía siendo ella. En el mejor de los casos, era dos personas, una mente fracturada. Ella estaba dentro de mí y salía cada vez que yo trasponía el umbral de la casa de mi padre.

Aquella noche la llamé y no contestó. Me abandonó. Se quedó en el espejo. Las decisiones que tomé a partir de entonces no fueron las que ella habría tomado. Fueron las de una persona cambiada, las de un ser nuevo. El desarrollo de un nuevo yo.

Podéis llamarlo transformación. Metamorfosis. Falsedad. Traición.

Yo lo llamo una educación.

Agradecimientos

Tengo la mayor deuda con mis hermanos Tyler, Richard y Tony por hacer posible este libro, en primer lugar cuando lo viví y luego cuando lo escribí. De ellos y sus esposas, Stefanie, Kami y Michelle, he aprendido mucho de lo que sé sobre la familia.

Tyler y Richard en particular se mostraron generosos con su tiempo y sus recuerdos: leyeron numerosos borradores, añadieron datos y, en general, me ayudaron a que el libro fuera lo más fiel posible. Aunque nuestros puntos de vista diferían en algunos pormenores, su buena disposición a comprobar los hechos de esta historia me permitió ponerla sobre el papel.

El profesor David Runciman me animó a escribir estas memorias y fue de los primeros que leyeron el manuscrito. Sin su confianza en él, yo no la habría tenido.

Doy las gracias a quienes convierten los libros en la labor de su vida y proporcionaron a este una parte de esa vida: a Anna Stein y Karolina Sutton, mis agentes; a mis espléndidos revisores, Hilary Redmon y Andy Ward en Random House, y Jocasta Hamilton en Hutchinson; a las numerosas personas estupendas que trabajaron en la preparación, composición y lanzamiento de esta historia. En particular, Boaty Boatwright, en ICM, demostró una entrega incansable. Un agradecimiento especial a Ben Phelan, a quien correspondió la ardua tarea de verificar los datos de este libro, y que lo hizo con tanto rigor como sensibilidad y profesionalidad.

Sobre todo estoy agradecida a quienes creyeron en este libro antes de que

lo fuera, cuando no era más que un farrago de hojas impresas en casa. Entre esos primeros lectores se cuentan la doctora Marion Kant, el doctor Paul Kerry, Annie Wilding, Livia Gainham, Sonya Teich, Dumni Alao y Suraya Sidhi Singh.

Mis tías Debbie y Angie regresaron a mi vida en un momento crucial, y su apoyo lo es todo. Gracias al profesor Jonathan Steinberg por creer, siempre, en mí. Estoy en deuda con mi querido amigo Drew Mecham por ofrecerme un refugio emocional y práctico en el que escribir este libro.

«Podéis llamarlo transformación. Metamorfosis. Falsedad. Traición. Yo lo llamo una educación.»



Nacida en las montañas de Idaho, Tara Westover ha crecido en armonía con una naturaleza grandiosa pero doblegada a las leyes que impone su padre, un mormón fundamentalista convencido de la llegada inminente del fin del mundo. Al igual que sus hermanos, Tara no va a la escuela ni acude al médico cuando enferma; todos trabajan con el padre mientras la madre asiste como curandera y partera a los vecinos de la zona.

Tara tiene un talento: el canto, y una obsesión: saber, y a pesar de empezar de cero reúne las fuerzas necesarias para preparar el examen de ingreso en la universidad. Cuando, a los diecisiete años, pisa por primera vez un aula, ignora desde la fecha exacta de su nacimiento hasta que ha habido dos guerras mundiales, pero intuye que la educación es la única vía para huir de su hogar. Gracias a ella cruzará el océano y logrará graduarse en Cambridge, aunque para ello deba romper los lazos con su familia. Westover ha escrito una historia extraordinaria —la suya propia—, una formidable epopeya, desgarradora e inspiradora, sobre la posibilidad de cambiar y de ver la vida a través de otros ojos que se ha convertido en un rotundo éxito editorial.

«La historia más poderosa sobre el poder transformador de la educación que he leído nunca. [...] No hay libro que pueda competir con *Una educación*.»

CAROLINE SANDERDON, *The Bookseller*

«Westover logra no solo plasmar su educación excepcional y extravagante, sino también hacer que su situación actual no parezca excepcional y halle eco, incluso, en la de muchos otros.»

ALEC MACGILLIS, *The New York Times*

«La crónica de una joven que consiguió salir de una infancia difícil en Idaho para encontrarse a sí misma a través de los libros.»

MICHELLE DEAN, *The Guardian*

«Tara Westover convierte su infancia de aislamiento en una historia memorable.»

Vanity Fair

«Maravillosa. No hay sentimiento igual al de descubrir a una joven escritora con semejante talento.»

STEPHEN FRY

«Un sorprendente relato de superación y realización personal.»

Kirkus Reviews

«Impresionante y alentadora.»

Mail on Sunday

«Westover consigue transmitir ternura y honestidad salvaje, no perdona a nadie, ni siquiera a sí misma. [...]Una educación es algo más que la historia de un éxito.»

AMANDA WINTERROTH, *Booklist*

«Westover acerca al lector a las profundidades de un mundo desconocido para muchos. [...] La tensión central es cómo ser fiel a uno mismo sin apartarse de la familia. Su educación fue extraordinaria, pero esa lucha es universal.»

The Economist

«Una novela única e inspiradora.»

BBC News

«Uno de los grandes fenómenos editoriales de la temporada.»

Library Journal

Tara Westover nació en Idaho en 1986. Empezó los estudios en la Brigham Young University y se graduó en Arte en 2008. Gracias a varias becas pudo seguir estudiando y obtuvo un postgrado por el Trinity College, en Cambridge, en 2009. Consiguió una maestría en Filosofía y se graduó en Historia en 2014, después de una estancia en la universidad de Harvard. Actualmente reside en Londres. *Una educación* es su primer libro, que se ha traducido en veintidós países y ha sido aclamado por los lectores y la crítica. Fue considerado uno de los libros más importantes del año según *The New York Times*, la *BBC*, el *Daily Express*, el *Library Journal* y *Entertainment Weekly*, y figuró desde su publicación en las listas de más vendidos.

Una educación es una obra de no ficción.
Se han cambiado algunos nombres y detalles distintivos.

Título original: *Educated. A Memoir*

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Second Sally, Ltd.

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Antonia Martín Martín, por la traducción

Adaptación de la portada original de Knopf Doubleday: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografía de portada: Patrik Svensson

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-264-0517-3

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] A excepción de mi hermana Audrey, que se rompió un brazo y una pierna cuando era niña, y tuvieron que llevarla a que se los escayolaran.

[2] Aunque todos coincidimos en que durante muchos años no hubo teléfono en casa, no nos ponemos de acuerdo sobre en qué años fue. He preguntado a mis hermanos, tías, tíos y primos, pero no he logrado establecer unas fechas concretas, por lo que he tenido que confiar en mis recuerdos.

[3] Desde que escribí esta historia, he hablado con Luke sobre el incidente. Su versión es distinta de la mía y de la de Richard. Por lo que él recuerda, papá lo llevó a casa, le dio un medicamento homeopático contra las conmociones y luego lo metió en la bañera llena de agua fría, tras lo cual se fue para apagar el fuego. Esto no se ajusta para nada a mis recuerdos, ni a los de Richard. Aun así, quizá nuestra memoria nos engañe. Quizá encontré a Luke en la bañera, solo, y no en la hierba. Curiosamente, todo el mundo coincide en que Luke acabó en el césped delante de casa y con la pierna metida en un cubo de la basura.

[4] Mi relato de la caída de Shawn se basa en la historia que me contaron por entonces. A Tyler le contaron la misma historia; de hecho, muchos de los detalles del relato proceden de sus recuerdos. Al preguntarles al cabo de quince años, otros tienen recuerdos distintos. Mi madre dice que Shawn no se encontraba sobre un palé, sino sobre las horquillas de la carretilla elevadora. Luke recuerda el palé, pero habla de un desagüe metálico, sin la rejilla, en lugar de barras de acero. Dice que la caída fue de tres metros y medio y que Shawn empezó a comportarse de forma extraña en cuanto recuperó el conocimiento. Luke no recuerda quién llamó a urgencias, pero dice que había varios hombres trabajando en un molino cercano y supone que uno de ellos realizó la llamada inmediatamente después de la caída de Shawn.

[5] Al preguntarle a Dwain quince años después, no recordaba haber estado allí. Pero en mi memoria lo veo claramente.

[6] Es posible que me equivoque de uno o dos días en mi cronología. Según alguien que estuvo allí, a pesar de que mi padre había sufrido quemaduras horribles, no parecía que corriese verdadero peligro hasta el tercer día, cuando se empezaron a formar costras, lo cual hizo que le costara respirar. La deshidratación agravó su estado. Según este relato, fue entonces cuando temieron por su vida y mi hermana decidió llamarme. Lo entendí mal y di por supuesto que la explosión se había producido el día anterior.

[7] Las comillas usadas en esta página indican que el mensaje citado no se reproduce literalmente, sino que se parafrasea manteniendo su sentido.

[8] Las frases entrecorridas en la descripción del intercambio de mensajes no son citas literales, sino paráfrasis. El sentido se ha mantenido.

[9] En mi recuerdo, esta cicatriz fue resultado de trabajar con la Cizalla; sin embargo, tal

vez se debiera a un accidente mientras techaba.

[10] Las frases entrecomilladas en la descripción del intercambio de correos electrónicos no son citas literales, sino paráfrasis. El sentido se ha mantenido.

[11] Las frases entrecomilladas no son citas literales del mensaje, sino paráfrasis. El sentido se ha mantenido.

Índice

Una educación

Nota de la autora

Prólogo

Primera parte

1. Escoger lo bueno
2. La comadrona
3. Zapatos color crema
4. Las apaches
5. Suciedad honrada
6. Escudo y rodela
7. Dios proveerá
8. Pequeñas ramerías
9. Perfecto en Sus generaciones
10. Escudo de plumas
11. Instinto
12. Ojos de Pez
13. Callen en las congregaciones
14. Ya no toco la tierra con los pies

15. Ya no soy una niña

16. Hombre desleal, cielo rebelde

Segunda parte

17. Para santificarlo

18. Sangre y plumas

19. En el principio

20. Relatos de los padres

21. Escutelaria

22. Lo que susurramos y lo que dijimos a gritos

23. Soy de Idaho

24. Un caballero, errante

25. El producto del azufre

26. Que esperaban el movimiento del agua

27. Si yo fuera mujer

28. Pigmalión

29. Graduación

Tercera parte

30. La mano del Todopoderoso

31. Primero tragedia, después farsa

32. Mujer rencillosa en casa espaciosa

33. La magia de la física

34. La sustancia de las cosas

35. Al oeste del sol

36. Cuatro brazos largos que giran

37. Arriesgar para salvarse

38. Familia

39. Contemplar al búfalo

40. Una educación

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Tara Westover

Créditos

Notas